

HISTORIA

I G N A C I O  
ZARAGOZA

FEDERICO BERRUETO RAMÓN





*Ignacio Zaragoza*  
*Federico Berrueto Ramón*

- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Consejo Editorial del Estado
- © Secretaría de Cultura de Coahuila

*Ignacio Zaragoza*

*Federico Berrueto Ramón*



Cuauhtémoc sur 349, zona centro

Primera edición: Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1962

Segunda edición: Gobierno del Estado de Coahuila, 1996

Tercera edición: Gobierno del Estado de Coahuila, 2012

Impreso en Saltillo, Coah., México

# Presentación

La construcción de la nación mexicana ha sido resultado de una lucha tenaz por afirmarse soberana a través de principios jurídicos e instituciones de orden social que la proyecten hacia el futuro en un ambiente de justicia, libertad y prosperidad. Su rica y larga historia así lo demuestra.

En cada uno de esos momentos históricos se ha recurrido a la voluntad, a la imaginación y, sobre todo, al esfuerzo de los mexicanos para dar contenido específico a la visión del país que se ha querido forjar.

Y uno de los momentos cruciales de la historia de México lo encontramos apenas pasada la medianía del siglo XIX, durante la Intervención Francesa, cuando las fuerzas de Napoleón III invadieron el territorio nacional para imponer como emperador a Maximiliano de Habsburgo, en época juarista.

En ese periodo surgió una de esas figuras esenciales que resumen en su personalidad todos los actos de voluntad, imaginación y esfuerzo que trascienden, incluso, su propio ser para volverse después entidades simbólicas capaces de trazar rumbos e iluminar la mente de otros hombres en el esfuerzo de sostener el sentido de orientación inspirado por esos próceres.

Y sí, una de esas figuras clave para la historia de México es Ignacio Zaragoza, que encontró el punto culminante de su actuación en ese momento histórico, el 5 de mayo de 1862, cuando al mando del Ejército de Oriente derrotó a los franceses en Puebla.

No es, sin embargo, por ese episodio por lo que su figura alcanza dimensiones de prócer. La importancia de su esencialidad radica en el hecho irrefutable de que Zaragoza resume en su personalidad los valores vitales que la patria necesitó para proyectarse hacia el futuro que ahora somos.

Su figura es inspiradora de un pensamiento político, hoy identificado con lo social porque se entiende a la perfección que el punto de partida es que el pensamiento político no es exclusivamente teórico o contemplativo; aspira, en cambio, a la eficacia, a la aplicación y prolongación en el campo de acontecimientos reales con miras a lograr un beneficio colectivo bajo condiciones de verificabilidad.

Tales condiciones son posibles sólo a través de obras concretas realizadas en el ejercicio de la acción con el claro objetivo de alcanzar un desarrollo sostenido en todos los aspectos de lo social. Y alcanzar un nivel de desarrollo así, sólo es posible cuando se asumen funciones de liderazgo como algo más que un concepto para crear condiciones de cambio hacia el progreso.

Ya Hegel señalaba que los liderazgos surgen más fácilmente en las sociedades en fase de rápida transformación estructural. Esto es porque el liderazgo expresa siempre un contexto donde se reconoce un marco de recursos puestos en juego para la conquista y conservación de un *status* de beneficio social que abarque a la totalidad de la ciudadanía.

El liderazgo abandera la postura de quienes detentan una posición que influye de manera determinante en las decisiones de carácter estratégico y que encuentra una legitimación en su correspondencia con las expectativas del grupo social donde se ejerce.

Y el liderazgo que asumió Ignacio Zaragoza en su momento, le alcanzó para dar fortaleza y reciedumbre a un pueblo que necesitaba sacar lo mejor de su espíritu para hacer una defensa de la patria con absoluta entrega.

Y es eso lo que hace contemporánea la figura de Ignacio Zaragoza; su contribución a la construcción del México que hoy podemos gozar es incuestionable. Su capacidad de liderazgo para edificar la fuerza moral de los mexicanos y luchar contra las aspiraciones imperialistas, es un ejemplo a seguir en el tiempo presente.

Por eso el gobierno del estado de Coahuila, ha dispuesto la reedición de esta obra que se publica con el propósito de contribuir a un mejor conocimiento de la figura de este coahuilense, defensor de la patria.

**Rubén Moreira Valdez**

Gobernador Constitucional del Estado  
de Coahuila de Zaragoza



## Prefacio

Con motivo del centenario de la batalla de Puebla, la Secretaría de Gobernación publicó en 1962 la que fue considerada como la mejor biografía que se hubiera escrito hasta entonces en torno a la figura de Ignacio Zaragoza, autoría de uno de los intelectuales más destacados de Coahuila: el profesor Federico Berrueto Ramón.

A partir de aquel momento, la obra ha sido objeto de varias reediciones, como la que publicara este mismo Consejo Editorial en 1996. En el trasfondo de estos beneficios editoriales se encuentra su indudable valía puesta a prueba por el mejor de los jueces: el tiempo.

En efecto, la calidad de su prosa, sus fuentes de consulta de primera mano, su análisis serio y profundo y su entrañable amor “para educar a las generaciones en el pensamiento y la vida de los rectores de México”, han permitido mantener vigente el contenido entero de su línea de argumentación para forjar la biografía de un héroe, que lo es en una dimensión inconmensurable.

Berrueto Ramón siempre supo que escribir esta obra era un deber ciudadano y un deber intelectual porque a través de ella se honraba y exaltaba el origen, la historia, el desarrollo y significado de una nación que se construye cada día en sus afanes de libertad, en la conquista de su

soberanía y el establecimiento de sistemas de gobierno democrático que le dieran garantías de un desarrollo pleno al individuo.

Supo también que, en esencia, todo eso significa identidad; identidad que implica transformaciones en el Estado y en una sociedad libre y capaz de abrir un horizonte de bienestar y justicia para todos.

Y toda esa expresión de cambios proviene del conocimiento exacto de aquellas figuras que, por su actuación en la historia, llegan incluso a convertirse en símbolos.

El profesor Federico Berrueto Ramón consiguió en esta semblanza biográfica consignar con precisión los datos suficientes para perfilar lo esencial del protagonista, sin traicionar su propio entusiasmo de autor, ajustándose a los datos que tenía frente a sí.

El resultado es que, a partir de esta obra, tenemos una visión más justa de su actuación en la construcción de México y un conocimiento más exacto de la vida personal de Ignacio Zaragoza. A lo largo del libro se puede corroborar que todos y cada uno de los aspectos que debe cubrir una biografía fueron, efectivamente, cubiertos.

En el Consejo Editorial tenemos la certeza de que éste es un libro esencial y su autor un intelectual imprescindible en el pensamiento contemporáneo de México. Mantenemos la confianza en que esta obra contribuirá a fortalecer el espíritu que anima el orgullo de pertenecer y compartir el destino de ser mexicanos.

**Lic. Javier Fuentes de la Peña**

Director del Consejo Editorial

## Prólogo

Desde la infancia, Ignacio Zaragoza Seguín aspiró el ambiente de la milicia y la inestabilidad. Su padre Miguel, fiel soldado de la incipiente nación mexicana, le heredó la simiente que habría de regir su destino.

Cuando nació Ignacio Zaragoza Seguín en 1829, la sociedad tejana manifestaba abiertamente anhelos separatistas. Los brotes insurrectos se habían acentuado en la actitud de los colonos sajones que aspiraban, primero, separarse de Coahuila, después de la federación mexicana, posteriormente convertirse en una República independiente y como última opción anexarse a los Estados Unidos. Sam Houston tomaba la estatura de figura en el movimiento texano, dejando atrás a Esteban Austin, padre de Texas.

A fuerza de las circunstancias de sobrevivencia, las familias Zaragoza y Seguín—como el resto de los aislados pueblos del septentrión novohispano—, sin ser militares tenían por oficio las armas. El abandono a que estaban sometidos por las autoridades mexicanas hacía insostenible su dependencia.

Las bondades de las constituciones Federal de México y en particular la del estado de Coahuila y Texas con cuyas leyes debía regirse la vida del gran territorio, no los beneficiaba en nada; sólo había una ilusoria concesión, poblar esos confines mediante una nueva Ley de Colonización.

Desde 1821, los precursores del colonialismo de este apartado y desolado territorio, como los Austin, Moisés y Esteban, padre e hijo, creadores del actual estado de Texas de la Unión Americana, alentados por la necesidad de fincar un conglomerado capaz de regir sus propios destinos con la directriz de las leyes mexicanas, se dieron a la tarea de colonizar los Texas con facultad autorizada inicialmente por cónclaves regionales, posteriormente por Agustín de Iturbide y aprobada muy después por el Congreso Constituyente del estado de Coahuila y Texas en 1827; las puertas estaban abiertas a quien quisiera poblar el extenso territorio del extremo noreste de la naciente República Mexicana, la Provincia Interna de Oriente conformada por Coahuila, Reino de León, Nuevo Santander y Texas.

En los objetivos de los colonizadores texanos también estaba desterrar la corrupción y terminar con el maltrato a colonos, propósitos ya fijos en la mente de los incipientes pobladores quienes ante el abandono y las injusticias pretendieron de inmediato fijar sus propias leyes y determinaron la separación definitiva de Texas; Esteban Austin no había aceptado el ofrecimiento de Santa Anna de convertir a Texas en un territorio federal. El 1° de marzo de 1836 se efectuó la convención en un lugar conocido como Washington, en honor del gran libertador, ahí se declaró la creación de la República de Texas.

Las vicisitudes territoriales del solar nativo de la familia Zaragoza Según dejaron al pequeño Ignacio con dos patrias: la primera perteneciente al estado de Coahuila y Texas de la República Mexicana, a la que originalmente correspondía y la segunda al estado de Texas de la Unión Americana. Pero nuestro personaje tenía bien definido su origen y a su destino se encaminó porque la patria que lo vio nacer reclamó muy pronto de sus servicios.

El joven Ignacio Zaragoza Seguín habría de convertirse en guerrero implacable gracias a las lecciones familiares y hasta a las de orden militar surgidas de su maestro don Santiago Vidaurri Valdés y de sus compañeros Zuazua, Escobedo, Aramberri, Treviño, Naranjo y toda la pléyade que integraron el Ejército del Norte, salvaguarda de los intereses republicanos en el septentrión mexicano.

Refulgente astro de primera magnitud surgió Ignacio Zaragoza cuando su espada y un ejército mal armado y peor alimentado logró impedir el avance de las tropas francesas el 5 de mayo de 1862 en los fuertes de Loreto y Guadalupe, en Puebla.

Las compañías de zuavos y traidores hubieron de remontar su camino con la derrota a cuestas; el presidente Juárez, orgulloso, recibió la noticia del triunfo nacional lo que celebró junto con todo el país, renaciendo el optimismo a favor de la República.

A este singular hecho militar se debe la presente obra de don Federico Berrueto Ramón, escrita con motivo del centenario del triunfo mexicano; editada primordialmente por la Secretaría de Gobernación del gobierno federal; hoy, por instrucciones del Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila de Zaragoza, Lic. Rubén Moreira Valdez, se imprime la presente edición para recordar los 150 años de la gesta de Puebla, peldaño sólido que sostiene hasta la fecha a nuestra República.

Saltillo, Coahuila de Zaragoza, mayo del 2012

**Profr. Arturo Berrueto González**





***General Ignacio Zaragoza.***



## Introducción

En el calendario de la ciudadanía mexicana el 5 de mayo registra uno de los signos victoriosos de la defensa nacional; por eso, el héroe que lo trazó ha sido objeto de las mayores exaltaciones; su juventud, su patriotismo, su convicción reformista, su fe en la República y su figura marcial y modesta, constituyen los elementos que suscitan la veneración popular.

Esa fecha asocia, aun en las mentes menos letradas, el nombre de Ignacio Zaragoza, factor indiscutido en la lucha por las instituciones republicanas, a cuya causa entregó hasta el último pulso de su sangre.

Pero a Zaragoza no lo inhumaron los que el 13 de septiembre de 1862 depositaron sus restos en el panteón de San Fernando; lo que en realidad lo ha sepultado es la montaña de discursos que a lo largo de cien años se han venido pronunciando y casi siempre repitiendo en todos los lugares del país cuando se recuerda la épica jornada.

No desconocemos la misión de esa oratoria, pues ha fortalecido el patriotismo y mantenido el culto cívico a una de nuestras mejores presencias en la historia; pero si así lo aceptamos, también precisa confesar que se han dejado en las sombras aspectos esenciales de su vida.

De Zaragoza apenas si se nos revelan unos cuantos datos y casi todos en relación con la jornada de Puebla, no obstante que es de los que ofrecen mayor sustancia educadora, por lo rectilíneo de la conducta y su devoción por los fueros de la libertad.

Zaragoza tiene gran valía como reformista y soldado, pero no es menor la significación de sus valores morales, que son la base de las verdaderas expresiones del heroísmo.

En alguna ocasión, cuando visitábamos un museo de figuras de cera, nos encontramos con la de uno de nuestros ciudadanos ilustres, perpetuado en mármoles y bronce en muchos parques de la nación; entonces tuvimos la impresión de que aquella ceriescultura, acaso de menor calidad artística, era un trasunto más humano: el color de la piel, el fulgor de la mirada, el brillo del pelo, la serenidad de la frente, la naturalidad del gesto, la actitud, la indumentaria y el continente todo, nos acercaban más al personaje, cuya modelación adquiría la emoción de lo vivo.

En el bronce y en el mármol se fijan los rasgos heroicos, los definidores del ser extraordinario, pero, generalmente, nos hurtan al hombre en esa dimensión que lo identifica con quienes lo reverencian; por eso pensamos que el tributo a su memoria se vuelve más legítimo y educador, si se le acerca a la sensibilidad colectiva, porque el pueblo cuando rinde homenaje a sus claros varones, está, en cierto modo, exaltando sus propias esencias.

Casi todos nuestros próceres, Zaragoza entre ellos, se han quedado en el bronce y en el mármol; los hemos conservado en sus perfiles legendarios, pero se nos ha escapado el vigor de su vida, el ir y venir por el mundo desde los primeros días hasta el momento de su consagración.

Impulsados por esas reflexiones, al acercarse el centenario [1862,1962] de la epopeya que dio renombre al joven caudillo, nos dimos a la ambiciosa tarea de rescatarlo, examinándolo a través de su paso por los caminos de México, cuando se pugnaba por darle el alma y la fisonomía de una nación moderna.

Para precisar las notas que singularizan a un hombre de importancia histórica, no es posible soslayar ni la sangre, ni la geografía, ni el tiempo en que vivió; porque el hombre sólo es hombre en las relaciones con su circunstancia, porque sólo en esa interacción nos es dable descubrirlo en su verdadera sustancia y explicar los móviles de su conducta para superar su mundo a la luz de mejores expectativas.

De allí por qué nos fue necesario, en cada periodo de su vida, después del análisis del medio natural y social que le dio origen, aludir a los

acontecimientos nacionales y a los de su entorno inmediato; porque fueron aquél y éstos los que le dieron luminosidad y dinamismo a su existencia.

Sin explorar el ámbito geográfico de su niñez, acaso no hubiéramos podido aclarar rasgos importantes del carácter. Sin adentrarnos en la conturbada época que va desde el nacimiento de la República hasta la Intervención Francesa, pasando por Ayutla y La Reforma, de seguro que no habríamos logrado desentrañar los elementos integradores de su conciencia.

En los primeros años de su actuación pública, así se observará, lo absorben los sucesos nacionales a tal grado, que parece perdersenos su presencia; porque Zaragoza no es de las figuras impresionantes que surgen de golpe al plano de la notoriedad; por lo contrario, su elevación es el fruto de una voluntad inflexible. Desde el modesto empleo de capitán de milicianos, va avanzando lentamente para entrar con paso propio al campo de las grandes hazañas, en donde habrán de destacarse la intrepidez, la rectitud, la fe del reformista en los destinos de la patria y de la República, la franqueza, la lealtad y el repudio a toda capitulación desintegradora de sus convicciones.

Por esos caminos hicimos cuanto fue posible para entrar en muchos aspectos de su existencia; pero en el orden de lo íntimo, desde ahora admitimos nuestra derrota; porque Zaragoza, aun cuando parezca inexplicable, deja poco margen para compulsar el yo privado, y no por hosquedad o por aguda introversión, sino porque pertenece a los que piensan muy poco en sus propios intereses; con ser hombre de muy estimables prendas morales en lo doméstico, sus deberes cívicos siempre estuvieron por encima de toda clase de instancias de otra índole.

En los ensayos biográficos, como el presente, a menudo seduce el afán de hacer novela en obsequio a la amenidad, y en ese respecto cancelamos toda tentación que nos indujera a tal expediente literario. En el norte de Coahuila y en Nuevo León circulan apasionantes consejas zaragozanas que la tradición embellece con su sabor nativo, pero tampoco quisimos hacer historia con la fantasía popular. Gentes de estudio ofrecen también relatos impresionantes que ojalá prueben documentalmente, pues cuanto pueda encontrarse para conocer mejor a Zaragoza lo recibiremos

con aplausos, y si esta obra se convierte en acoso para nuevos hallazgos, ésa será su mejor recompensa.

De esta suerte, como se apreciará, en cada periodo de la vida de Zaragoza, acudimos, en primer término, a diseñar con grandes trazos la correspondiente época histórica y, después, nos dimos a rastrear el paso del niño, del adolescente, del guardia nacional, del chinaco y del soldado de la República.

Para cubrir esos propósitos preciso era recurrir a la historia, a los documentos del héroe y a los de aquellos que con él se relacionaron, a las narraciones de quienes lo conocieron y trataron, no menos que al testimonio o los estudios de los que, de diverso modo, se han interesado por descubrirlo.

Muy lejos de nosotros la pretensión de realizar una biografía exhaustiva; tampoco un ensayo de interpretación psicológica, social o de otra naturaleza; ni menos aún un libro de crítica en el orden militar; queríamos obligar a Zaragoza a que nos dijera su vida en lo que dejó escrito, con lo que obviamente se desprende de los hechos y con las propias confesiones relatadas a los suyos y a sus amigos.

Quédese, pues, para el ensayista, el investigador y el experto en cuestiones de táctica y estrategia, la tarea de enfocar con luces más potentes las perspectivas que entran en la órbita de sus quehaceres, perspectivas que tenían que escapársenos a causa de toda clase de limitaciones.

Desde luego deben cerrar este libro quienes esperen encontrar un genio de la guerra, los que anden a caza de otro mito que venerar, lo mismo que los que pretendan apañar miga para la novelería y el sensacionalismo; pero a los que deseen asomarse con interés histórico a la vida de un mexicano, les entregamos estas páginas, fruto no más que de una buena intención; con ellas hemos querido presentar a un varón egregio, sin afeites ni falsificaciones, tal cual se manifiesta en sus testimonios, única forma de sacar a la luz lo que ha quedado oculto bajo la retórica de los discursos de mayo y en la emoción cívica de los panegíricos.

Este trabajo es, así lo reconocemos, apenas un sencillo tributo a la memoria del chinaco norteño en el centenario de su hazaña cimera, cimera no por su importancia táctica o estratégica, sino por algo más profundo y

vital: porque contribuyó a devolverle a un pueblo la fe en su destino y a fortalecer la decisión de defenderlo en uno de sus momentos más comprometidos.

\*  
\*            \*

En el cumplimiento de nuestros empeños debemos significar, además del concurso prestado por las obras de carácter histórico, el que obtuvimos del archivo de historia de la Secretaría de la Defensa Nacional, cuyos investigadores preparan obra semejante; del valioso archivo de historia del estado de Nuevo León y de la correspondencia de don Benito Juárez que se conserva en la Biblioteca Nacional, para no señalar sino las principales fuentes documentales.

El material biográfico se ha distribuido en cuatro partes que corresponden a las etapas más calificadas de la vida de Zaragoza: la primera pertenece a la época que va desde su origen hasta convertirse en guardia nacional; la segunda comprende su participación en la Guerra de Reforma; la tercera abarca, principalmente, su gestión como ministro de Guerra en el gabinete de don Benito Juárez, y la última alude al defensor de la patria contra los invasores en 1862.

\*  
\*            \*

Esta obra, que sólo consideramos como una muy modesta colaboración al patriótico empeño del señor presidente de la República, licenciado don Adolfo López Mateos, para educar a las generaciones en el pensamiento y la vida de los rectores de México, sale a la publicidad gracias al generoso estímulo recibido de parte del señor secretario de Gobernación, licenciado don Gustavo Díaz Ordaz, del señor senador licenciado don Manuel Moreno Sánchez y del maestro licenciado don Salvador Azuela, vocal ejecutivo del Instituto Nacional de Estudios Históricos. Para ellos nuestro más vivo reconocimiento.

Vaya también nuestra gratitud al señor general de división don Benecio López Padilla, jefe del archivo de historia de la Secretaría de la Defensa Nacional y al distinguido investigador, general don Luis Ramírez Fentanes, por su gentileza al proporcionarnos la magnífica colección de notas que con vista a documentos oficiales ha formulado en relación con la vida de Zaragoza.

Y con estos votos, dejamos los que debemos al señor doctor don Manuel Alcalá, director de la Biblioteca Nacional; al ilustre escritor don Agustín Yáñez; al historiador neoleonés, Israel Cavazos Garza y a su colega don Ricardo Covarrubias; al abogado regiomontano don Santiago Roel, Jr.; a Manuel Neira Barragán y a Javier Guerra Escandón, pionero de las investigaciones que realizamos; todos esos estímulos hicieron posible la redacción y publicación de esta obra, cuyo mérito, si lo tiene, les pertenece por entero.

Saltillo, Coah., noviembre de 1961

**El autor**

## PARTE PRIMERA

### Las vertientes de la sangre y el tiempo



## *Los antepasados inmediatos*

*Un jovenzuelo de 17 años.– El norte neurálgico.– Tempranos esponsales.– Semblanza de una mujer.– Por tierras de Coahuiltecas. Ignacio Zaragoza.– Matamoros-Monterrey-San Luis Potosí-Matamoros-Zacatecas.– Ante los invasores.– El ancla en Monterrey. Miguel Zaragoza Valdés rinde su tránsito.*

Sobre las aguas del puerto de Veracruz, cuatro embarcaciones abarrotadas de tropa esperan el momento de zarpar.

Son los bergantines Minerva y San Esteban, y las goletas San Cayetano y San Erasmo; en el primero se ha instalado un joven brigadier, don Antonio López de Santa Anna, comandante en jefe de aquella flota, quien después de haber proclamado la República contra el Imperio iturbidista, conduce esta expedición que se dirige a Tampico para internarse a San Luis Potosí, desde donde estará pendiente de las operaciones que se desarrollan sobre la ciudad de México para finiquitar la monarquía.

En la proclamación republicana lo indujeron el inquieto Miguel Santa María y don Guadalupe Victoria, el insurgente inmaculado; ahora los hombres del Plan de Casa Mata han fortalecido el movimiento y son éstos de acuerdo con aquéllos los que proyectaron la misión militar de ocupar el centro del país, misma que confirieron a Santa Anna. Bravo y Guerrero asedian por el sur a la metrópoli, al tiempo que el marqués de Vivanco, Cortázar y Negrete lo hacen por el rumbo de Puebla; el Imperio se desintegra; Iturbide que antes disolvió el Congreso, ahora lo reúne en un desesperado afán de salvación.

Es el 19 de marzo de 1823, el soldado de Iguala abdica ante la representación nacional que rechaza la solicitud, pues tiene por impostura la instauración del Imperio; en esa misma fecha Santa Anna, militar inquieto y turbulento, convertido en adalid republicano, inicia la navegación desde Veracruz.

A bordo de la goleta San Cayetano, un jovencuelo de 17 años que luce la espiguilla de subteniente de fusileros del batallón número 8, contempla la ciudad murada donde ingresó cadete en julio del año anterior y a la que no habrá de volver. Allí quedará el hogar, allá le espera lo desconocido, el destino incierto del dios de las batallas; así dejó la tierra de los suyos Miguel Zaragoza Valdés, muchacho de algunas letras en cuyas venas bulle la aventura con todas sus sorpresas.<sup>1</sup>

Ahora se inicia la marcha que es lenta y segura, pero de súbito el tiempo se torna borrascoso y la San Cayetano se ve a punto de zozobrar, circunstancia que le obliga a echar el ancla en Pueblo Viejo, después de seis días de asendereado navegar.

Para el 30, Santa Anna ha logrado reunir sus efectivos en Tampico, donde ordena 10 días de descanso; el 9 de abril principia la penosa jornada para escalar la Sierra Madre Oriental y asomarse al altiplano; en la hacienda de Peotillos lo reciben comisiones de la capital potosina, que pronto ocupará en medio de regocijo inusitado; designa luego gobernador al marqués de Jaral de Berrio y toma bajo sus órdenes al 12º batallón de línea que guarnece la población; se trata de un cuerpo formado con gentes de aquella comarca.

---

<sup>1</sup> En el archivo de la parroquia de La Asunción de Nuestra Señora, del puerto de Veracruz, y en el libro de bautismo número 8, que comprende los registrados desde el 26 de septiembre de 1805 hasta el 20 de septiembre de 1813, aparece en la página 109 vuelta, el acta siguiente: "Al margen: Miguel María Gerónimo.— Al centro: En la Ciudad de la Nueva Vera.Cz. en treinta de septiembre de mil ochocientos seis, yo, don Ignacio José Jiménez, Teniente de Cura de esta Parroquial, Título, <<La Asunción de Nttra. Sra.>>, bauticé solemnemente a MIGUEL MARÍA GERÓNIMO. niño nacido el día anterior, hijo legítimo de D. José María de Zaragoza y de D. María de los Santos Valdés. Fue su padrino, D. Francisco de Zaragoza, a quien advertí el parentesco espiritual y la obligación de enseñar la Doctrina Cristiana a su ahijado y lo firmé. Firmando.— Ignacio José Jiménez".—

Una serie de festejos de toda laya halagan la vanidad del veracruzano que acaso no se da cuenta del paso de los días; el carácter bullanguero, audaz y arrogante de los jarochos, no se aviene con el de los potosinos, recatados y sobrios; las familias se quejan de las osadías de los recién llegados que se sienten en tierra conquistada y Santa Anna, que los sabe su única defensa, tolera los desmanes, mientras quema las horas en comilonas, partidas de naipes y peleas de gallos, su debilidad más entrañada.

Pero principia a percibir que se le ha separado con una gran distancia del escenario donde comienza a decidirse el destino del país; Iturbide resuelve abdicar y expatriarse; la República ha triunfado; mientras tanto en San Luis siguen las fricciones, el 12 de mayo se registra el primer zipizape entre los hombres del 8º y los del 12º que llegan a ponerse sobre las armas; Santa Anna, tan experto en eludir los conflictos, deja la solución al gobernador, pero éste que no las tiene todas consigo, abandona la población, dimite su encargo y deja al milite jarocho la responsabilidad de la algarada.

Éste indica al ayuntamiento la necesidad de nombrar nuevo gobernador, pero los ediles rehúyen tamaña encomienda, aduciendo carecer de facultades para cumplirla, actitud que deja a Santa Anna dueño y señor de la ciudad; apela a la conciliación y así congrega a la oficialidad de las corporaciones en pugna; les ofrece un banquete y allí se arma de nuevo el escándalo que al fin se logra conjurar.

Mientras todo esto ocurre, en México menudean las protestas de la diputación provincial ya reunida, del ayuntamiento y de calificados vecinos de San Luis que ya no pueden soportar aquel desorden sin trazas de terminar.

Los enemigos de Iturbide se resienten de falta de unidad en lo atañadero al régimen republicano por instaurar; pues mientras los borbonistas piensan en el centralismo como sistema, los viejos insurgentes se encaminan a la estructura federalista, única que a su juicio asegura plenamente las libertades; el pasado se resiste a sucumbir ante el ímpetu renovador de los soldados de la Independencia; la agitación sube en la

metrópoli a peligrosas temperaturas que no estallan porque se buscan medios de cordialidad; pero Santa Anna, a la distancia, confunde la prudencia con la vacilación y como le hormiguea el fermento de la notoriedad, el 5 de junio reúne a su leal y jacarandoso batallón número 8, para proclamar la República Federal y se intitula Protector de la Libertad del Pueblo, creyendo servir de esta suerte al ideario de Victoria, a quien tiene por jefe, amigo y guía; tras de tal hazaña se dirige luego al cuartel del 12° con la mira de incorporarlo a sus planes, pero la oficialidad consultada los rechaza y ante esta resolución les ordena abandonar la ciudad.

Pero el triunvirato que preside al país se ha dado cuenta de esos acontecimientos y acuerda designar al general José Gabriel de Armijo para que suceda en el mando a Santa Anna, quien visiblemente ofendido al llegarle la noticia, entrega la situación al coronel Argüelles y sale para México el 10 del propio mes, desobedeciendo la orden recibida para marchar al norte a pacificar la lejana y convulsionada provincia de Texas.

Mientras el caudillo veracruzano rumiando su despecho camina para México a responder de su conducta, el gobierno nacional dispone la disolución del batallón número 8, misma que se efectúa en Querétaro cuando ya caminaba para la metrópoli.

El joven Zaragoza se ve de esta suerte en difícil condición; no quiere renunciar a la aventura y decide incorporarse a la división de Armijo, cuyo jefe lo acoge con simpatía como se asienta en un documento expedido poco después, el 24 de noviembre, cuando se trataba de legalizar la hoja de servicios del citado oficial que dijo haber abandonado las banderas santanistas, cuando advirtió que se apartaban del bien del país.

(Desde 1766 se procuraba colonizar con canadienses y europeos la entonces provincia española de Luisiana, para preservar los dominios hispánicos de la colonización anglosajona; pero Carlos III, en 1786, permitió la inmigración temporal al territorio de Luisiana de varios norteamericanos y realistas ingleses que se habían quedado en los Estados Unidos después de la paz de 1783, iniciándose así la colonización anglosajona en la Luisiana.

Al pasar esta provincia a Francia y después, por venta, a los Estados Unidos, muchos sedicentes vasallos de la Corona española, casi todos

norteamericanos radicados en virtud del acuerdo anterior en Luisiana, pidieron establecerse en Texas, y el 24 de septiembre de 1803 expidióse una real cédula que permitía a todos los vasallos españoles residente en Luisiana para que se residenciaran en territorio tejano, pudiendo internar todos sus efectos libres de derechos, a condición de que ratificaran su obediencia al trono español).

Las recomendaciones de Armijo no resultan estériles, pues Zaragoza ha sido nombrado oficial supernumerario del 12º batallón; tal vez el carácter de la designación le haya deparado desde entonces el quehacer de servir en las oficinas castrenses.

Apenas establecido el gobierno republicano, fija sus ojos en la necesidad de organizar la administración pública en cada una de las provincias; entre éstas, las del norte, casi deshabitadas, sufren los estragos de las tribus indígenas que en aquellas latitudes nunca pudo someter el gobierno virreinal; tales desmanes condenaban a los pueblos a vivir sobre las armas, impidiendo el desarrollo de su precaria economía agrícola; el labrador, sobre la manquera del arado, llevará el mosquete para defenderse y algo parecido ocurrirá a los que se dedican al desarrollo de una incipiente ganadería, tan significada entonces como fuente de abastecimiento para la alimentación, el vestido y el trabajo. Si a todo esto se añaden las discordias locales que nacieron y prosperaron con los bandos durante la Independencia, se verá cómo no era tarea fácil encaminar aquellas entidades por los menesteres de una vida pacífica, próspera y segura.

El problema demográfico era de extrema gravedad; territorios había como el que ocupa hoy Coahuila en donde sólo vivían cerca de 50,000 habitantes diseminados en 150,000 kilómetros cuadrados, que le asignaban una densidad de una persona por cada tres kilómetros cuadrados. En casi todos ellos denominaba el desierto, las sequías, la falta de ríos y las inclemencias de un clima que lo calcina todo en el verano y lo desgarrar todo en el invierno.

Pero entre esas provincias, donde el desamparo tiene asiento, la de Texas acusa situación desesperante; en una superficie de 689,836 kilómetros cuadrados, apenas figuran unos cuantos villorios con no más

de 4,000 habitantes en total; en ese mismo territorio y frente a tan desmedrada convivencia más o menos organizada, merodean por las llanuras 45,000 indígenas, según estimaciones de la época, de los que 30,000 son comanches, distribuidos en grupos que viven de la caza, del asalto y de lo que la naturaleza podía ofrecerles para cubrir sus parvas exigencias.

Desde la Colonia se percibió esta lacerante realidad; y no precisamente por imprevisión, sino por pobreza, jamás pudo ejercerse un auténtico dominio; ni había dinero para alcanzarlo, ni gentes que tuvieran la vocación heroica de vivir en los desiertos pese a los beneméritos empeños de insignes misioneros que dejaron su esfuerzo o su sangre en aquella tierra desolada.

Pero no todo era hostil para la vida; el suelo de la región nordoriental tejana, ofrecía magníficas perspectivas; comarca bien regada y con litorales a la mano, desde el siglo XVIII venía despertando la codicia extranjera, propiciada por las enormes distancias que separaban al territorio de la capital del país y de sus poblaciones más importantes, cuando los medios de comunicación eran rudimentarios, los caminos intransitables gran parte del año y siempre llenos de peligros por los amagos de la naturaleza y los asaltos de los bárbaros.

La inseguridad, las incursiones indígenas que tanto estimularon y aprovecharon más tarde los aventureros, la escasez de ríos en la mayor parte de aquellas lejanías y la carencia de comunicaciones, fueron elementos que habrían de favorecer a los filibusteros de Luisiana, franceses primero, norteamericanos después, entregados al principio a un contrabando fácil y más tarde a toda clase de invasiones para establecer poblados al margen de toda injerencia de la ley.

La venta de la Luisiana a Francia, error borbónico, y el traspaso de esa provincia, por idéntica operación, a los Estados Unidos, hizo de Texas en las postrimerías de la Colonia, el antemural de la Nueva España; el gobierno monárquico, sin atender las observaciones de sus subalternos en el Virreinato, seducido por la necesidad de poblar Texas, acudió a una colonización impremeditada, dejándole por herencia a la República un problema que en vano quiso resolver con leyes que nadie obedecía, porque no estaba en aptitud de hacerlas acatar.

En esa anarquía en que el despojo tiene campo libre, la República, más por dignidad que por otra cosa, principió a organizar expediciones, casi siempre sin más recursos que los que el desierto pudiera depararles, cuando se necesitaban meses de penosas jornadas para llegar a la zona de todos los excesos.

En 1825 se contaban por centenares los empresarios de tierras que, procedentes del extranjero las más de las veces, pedían al gobierno concesiones para fundar colonias, especulando de paso con las tierras; esos grupos peligrosos de aventureros convirtieron en cuartel general al distante pueblo de Nacogdoches (con Béjar y Bahía los tres únicos centros más o menos organizados), que desde entonces y por mucho tiempo fue el refugio de traficantes y la guarida de contrabandistas, filibusteros y conspiradores.

La frontera con los Estados Unidos se convertía en una pesadilla y Texas, envuelta en mil conflictos que forman una de las encrucijadas de nuestra historia, principiaba a escaparse de toda posibilidad de mantenerla dentro de la soberanía nacional.

Para integrar una de las expediciones que parten para Texas, se ordena el 29 de mayo de 1825 la salida del 12º batallón de línea, que desde San Luis Potosí marcha para Béjar, refugio del espíritu nacional, activo colmenar de no más de 2,000 mexicanos laboriosos y paso obligado de las fuerzas y caravanas hacia el centro y el norte tejanos, como también lo era Bahía (con sus 1,000 pobladores) de las que transitaban por las inmediaciones del litoral hacia la zona nordoriental de la atormentada provincia.

En Béjar quedará, por razones del servicio, parte de las fuerzas del 12º, y entre sus oficiales el joven Miguel Zaragoza, quien principia amoroso devaneo con una jovencita que descende de la familia Seguí, muy estimada por ser de las primeras que llegaron al lugar; el romance, por ausencia de pormenores, no deja miga para la imaginación, pero lo cierto es que culmina en esponsales, cuyo testimonio registra con eclesiástica sencillez este documento:

En la Ciudad de San Fernando de Béjar a 5 de Julio de 1826. Yo el Presbrito. D. Refugio de la Garza Cura propio de dicha Ciudad, habiendo precedido las informaciones de estilo, y proclamados en tres días festivos inter missarum solemnina, y no habiendo resultado canonico impedimento alguno, casé y velé in facie ecclesie á D, Miguel de Zaragoza soltero de 18 as. de edad, natural de la Ciudad de vera Cruz, hijo legítimo de D. José María de Zaragoza, y Da. María de los Santos G. Valdés, con Da. María de Jesús Seguín de 17 años de edad, natural de Béjar, hija legítima de D. Ygnacio Seguín y de Da. Lugarda Martínez: fueron sus padrinos D. José María Tavison y Da. Lugarda Martínez, y testigos al verlos casar, el espresado Tavison y D. José Antonio Dias. Y para que conste lo firmo— *Refugio de la Garza.*<sup>2</sup>

- 
- <sup>2</sup> Orígenes de la familia Seguín.— Se le atribuye un lejano origen francés. La primera persona de este apellido que aparece en México, es Guillaume o Guillermo que murió en Aguascalientes a los 73 años; dejó cuatro hijos: José, Bartolomé, José Luis y Santiago; el deceso de don Guillermo acaeció en 1714. Para nuestro objeto, cabe señalar a:
- A. Bartolomé, que nació en Aguascalientes; se casó en San Antonio, Tex.— con Luisa de Ocón y Trillo, hija de Pedro, originario de Castilla, y de Ignacia Flores de Valdés; tuvieron un solo hijo:
  - B. Santiago, que nació el 8 de junio de 1754, probablemente en San Antonio, Tex.— Se casó con Guadalupe Fuentes Hernández, hija de Toribio Fuentes y de Juana Ramos. Tuvieron siete hijos; el tercero fue:
  - C. Erasmo.— Fue bautizado el 2 de junio de 1782 en San Antonio, Tex., con el nombre de Juan José María Erasmo de Jesús y vivió hasta el 7 de noviembre de 1857. Contrajo matrimonio con Josefa Agustina Becerra, hija de Miguel Becerra y Bárbara Sánchez Navarro; tuvieron tres hijos y el primero fue:
  - D. Juan Nepomuceno, bautizado en San Antonio, Tex., El 3 de noviembre de 1806; el 18 de enero de 1826 se casó con María Gertrudis Flores, hija de José Flores y María Rodríguez; tuvieron nueve hijos; el sexto fue:
  - E. Juan N. Seguín, nacido en 1833, que era quien acompañaba a Zaragoza durante la Guerra de Reforma con el grado de coronel y de quien venía siendo primo en tercer grado.  
Don Bartolomé contrajo segundas nupcias con Manuela Martínez, de este matrimonio desciende:
  - A. Hermenegildo: nació en Bahía en 1761 y era voluntario del servicio militar en 1784; fue casado dos veces, la primera con Francisca Flores, hija de Cristóbal Flores de Valdés y María Gutiérrez de Lara; la segunda con María Leonarda Rodríguez, hija de Eugenio Rodríguez y María Gertrudis Flores. Del primer matrimonio tuvo diez hijos y el segundo fue:
  - B. José Ignacio, bautizado en 1786, tal vez en Bahía; soldado veterano casado con Lutgarda Martínez, hija de Nicolás Martínez y María Gertrudis Mireles. En el matrimonio hubo varios hijos y entre ellos:
  - C. MARÍA DE JESÚS, nacida el 20 de noviembre de 1809 en San Antonio, Tex., en donde contrajo matrimonio el 5 de junio de 1826 con MIGUEL ZARAGOZA VALDÉS.

La vida que espera a Jesusita Seguí viene cargada de incertidumbres; su futuro, seguir a un oficial de ínfima graduación, comprometido en una campaña sin esperanzas de terminar, bajo las banderas de un ejército siempre sin recursos; la joven esposa tendrá que vivir en aldehuelas incómodas, aisladas de las demás por grandes distancias, a menudo asediadas por maleantes vagabundos, cuando no por los comanches tan expertos en montar a caballo como en usar el rifle con destreza; aldehuelas, en suma, donde casi todo ha de proporcionárselo el hombre, porque el comercio es escaso y pobre, pues apenas sí de tarde en tarde llegarán mercaderías de cierta calidad introducidas por los caminos del contrabando.

Pero Jesusita Seguí se ha formado en el crisol de un hogar norteño, donde todos laboran bajo la seca austeridad del padre y la rectitud sin fracturas de la madre que no admite en sus hijos deserciones de las normas establecidas; con todo, la ternura doméstica para cuidar la prole no escasea, pero la condicionan las necesidades del trabajo duro y el acatamiento de las costumbres que preside el buen nombre de la familia, patrimonio que nunca habrá de enajenarse.

En aquel Béjar pueblerino, el cultivo de los campos y la cría de los ganados se desarrollan precariamente a causa de los temores a los asaltos indígenas; con todo, uno y otra, así como determinadas artesanías, son las ocupaciones de los hombres, en tanto que las tareas del hogar absorben la vida de las mujeres; ninguna traspasará la adolescencia sin ser verdadera ama de casa; en su niñez, unos y otras, apenas podrán asistir a la única escuela de primeras letras; las gentes tienen fama de alegres y de indolentes, pero en verdad es el medio lleno de limitaciones el que frena la posibilidad de progresar, pues como quiera que ello sea, Béjar era, hacia el norte, la última población genuinamente mexicana.

Las jerarquías sociales casi no existen y es más bien la conducta observada, la que determina el lugar de la persona en la consideración de los demás.

La naturaleza no se prodiga con bienes gratuitos, pese a la feracidad de las tierras de Béjar; todo hay que arrancárselo: alimento, vestido, vivienda, medicinas y hasta materiales para instrumentos de trabajo.

Con todo, hay pobreza, pero no miseria; se carece de muchas cosas, pero no hay hambre; el trabajo duro, los rigores del verano y los hielos del invierno, la inhospitalidad del suelo, la inclemencia de un cielo, sordo a todos los ruegos, que a menudo destruye con ciclones y tornados los frutos del esfuerzo, todo eso fue formando generaciones de hombres fuertes que iban aprendiendo a no esperar nada que no les viniera por el camino de sus brazos y la entereza del corazón.

De ese ambiente procede Jesusita Seguí, quien ya probará más tarde su abnegación para sobrellevar infortunios y soportar las vicisitudes que le reserva la vida de un soldado sin fortuna, que a poco se le torna débil para resistir los halagos del dios de los viñedos; ya probará su energía para volverlo a los senderos del deber; ya probará su energía para dirigir la prole, como probará también en la temprana viudez su calidad de madre y consejera de sus hijos, cuando éstos deciden peligrosas hazañas de libertad.

Cuando no habían transcurrido cinco meses del matrimonio de Miguel Zaragoza, principian a cundir en Béjar las noticias de que un tal Hayden Edwards, asociado a un maniático doctor Juan Dums Hunter, a quienes se les habían cancelado por inconvenientes unas concesiones, se dedicaban a sublevar el norte tejano, para cuyo efecto habían logrado la connivencia de dos agentes de la tribu de los cherokees que, despojados de sus tierras en los Estados Unidos, buscaban asiento en los alrededores de Nacogdoches, población ésta de la que se habían apoderado los primeros, revoltosos irresponsables, que proclamaban la utópica República de Fredonia.

En Béjar, el jefe político José Antonio Saucedo y el coronel Mateo Ahumada, tras de dar cuenta de lo ocurrido a las autoridades superiores, organizan una columna expedicionaria, entre cuyas tropas, que salieron el 13 de diciembre, marchará el subteniente Zaragoza; las jornadas son tan penosas, que hubieron de demorar su tránsito por tres semanas en la recién establecida colonia de San Felipe, en donde se les incorporará el concesionario Esteban Austin para someter a los sublevados.

Mientras tanto, los jefes insurrectos, por desavenencias internas se han disgregado; poco después, en los primeros días de enero de 1827,

llegan a Nacogdoches, Saucedo, Ahumada y su gente, que recuperan la plaza sin combatir. Así termina la primera tentativa separatista de Texas.

Saucedo distribuye tierras entre algunos grupos indígenas, resuelve las dificultades que se habían venido presentando en materia política y en el orden de la colonización, en tanto que Ahumada, cumplida su misión pacificadora sin ajusticiar a uno solo de los enemigos que cayeron prisioneros, regresa a Béjar por el camino de Bahía, no sin antes dejar una guarnición en Nacogdoches, en cuyas tropas quedará Miguel Zaragoza, quien permanecerá por largo tiempo en el lugar, donde, después de traer a su esposa, le nacerá, probablemente a mediados de 1827, su primer vástago que llevará el mismo nombre de su progenitor.

La influencia de lo mexicano tan visible en Béjar, va disminuyendo a medida que se avanza hacia el norte, hasta casi extinguirse en Nacogdoches, donde la población extranjera ha subido a la proporción de diez por uno respecto de la nacional; se trata, en los días de 1828, de un lugar con activo comercio, pues allí confluyen los indígenas con sus mercaderías: carne en tasajo, pieles de oso, venado, nutria, etc., que venden a los negociantes americanos para exportarlas sin estorbos a su país.

De los mexicanos residentes en Nacogdoches se dice que son pobres e ignorantes, y tan influidos por los estadounidenses, que hasta el español que hablan difiere mucho del que llevaron; el general Mier y Terán cuando hacía su histórico recorrido por Texas, en carta privada decía al presidente Victoria, aludiendo al poblado que nos ocupa:

...el total de la población es una mezcla de partes tan extrañas o incoherentes, que no se da otra igual en toda la federación: tribus de bárbaros, numerosas y pacíficas, pero armadas y a toda hora prontas para la guerra, cuyos progresos para la civilización se conseguirán seguramente con la vigilancia inmediata de una autoridad política, celosa e ilustrada; colonos venidos de otro pueblo más adelantado, con mejores luces, pero también con más malicia y cavilosidad que los mexicanos; entre los extranjeros hay de todo: delincuentes fugitivos, labradores honrados, vagos y viciosos, trabajadores, etcétera.

Respecto a las condiciones de la guarnición militar, el propio Mier y Terán informaba al ministro de Guerra, Gómez Pedraza:

...la guarnición de este presidio (Nacogdoches) ya va para siete meses que no recibe cantidad alguna por haberes atrasados, con lo que se encuentra reducida a la situación más deplorable, no conociéndose otro para sostenerla que el de tomar punto menos que por la fuerza, de las tiendas del pueblo, que todas son de extranjeros, el pan y el arroz que bastan para los ranchos a que están sujetos hasta los oficiales...

Tales eran el medio y las circunstancias en que Miguel Zaragoza habría de vivir hasta bien entrado el año 1828.

No se precisa con exactitud la fecha en que por razones de servicio el subteniente Zaragoza pasa a Bahía de Espíritu Santo, sobre el litoral del Golfo de México, pero ya para los primeros meses del [18] 29 se encontraba destacamentado en dicho lugar, donde el 24 de marzo nace su hijo Ignacio Zaragoza Seguín.

El 4 de febrero de ese mismo año la Legislatura del Estado de Coahuila y Texas había decretado que el presidio de Bahía de Espíritu Santo se erigiese en villa con el nombre de Goliad mismo que, según el general Filisola, debía ser Golhiad como anagrama del *Padre de la Patria*, ocurrencia un tanto peregrina, pues no se explica esta traslación del nombre de Hidalgo en una época en que ya se le glorificaba por todas partes, a menos de que se tratara de identificarlo, por las dimensiones de su hazaña, forzando un poco la ortografía, con el bíblico personaje. De acuerdo con el censo de ese año, Bahía tenía 795 habitantes; en verdad Goliad se estableció a poco más de dos kilómetros del antiguo pueblo de Espíritu Santo.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Lo que fue la población de Bahía de Espíritu Santo se encontraba a escasos tres kilómetros de donde se estableció la de Goliad, que a su vez está situada a poco más de 250 kilómetros sobre el camino que conduce de Laredo a Houston, Tex. En Bahía viven aún algunas familias y todavía puede apreciarse el trazo de las calles; se conserva en muy buen estado la iglesia franciscana dentro de lo que fue el recinto fortificado del presidio del mismo nombre; en esa misma iglesia fue bautizado Ignacio Zaragoza, quien, según la tradición que se conserva en el lugar, nació en una modesta vivienda a unos cuantos metros del templo citado y de la que sólo se conservan los cimientos.

Hasta aquí hemos seguido los pasos de Miguel Zaragoza dentro del drama y la odisea de Texas; escapa a nuestro objeto seguirlo con acuciosidad, pues sólo nos hemos propuesto diseñar en sus líneas generales el ambiente y la sangre de donde habrá de surgir la vida del gran republicano.

Miguel Zaragoza continuará su profesión castrense en medio de mil penalidades, con tan escasa fortuna que será hasta 1830 cuando logre el ascenso a teniente de granaderos; reacio a los rigores de la disciplina se verá envuelto en malquerencias y postergas; mientras, Texas sigue siendo colonizada por norteamericanos hasta alcanzar una población que superará a la mexicana.

---

Muy cerca de este último y en una pequeña y añosa casa de madera reside doña Elisa de la Garza, de 85 años de edad, hija de don Antonio del mismo apellido, también nativo de Bahía, y nieta de don Carlos de la Garza y de doña Tomasa Garza, que figuraron como padrinos de bautismo de Ignacio Zaragoza. La persona primeramente nombrada confirmó los datos a que se contrae esta nota.

Respecto a Bahía de Espíritu Santo, como ya se ha dicho, poco antes del nacimiento de Zaragoza, la Legislatura del Estado de Coahuila y Texas dispuso que llevara el nombre de Goliad, pero en verdad esta población se instaló cerca de tres kilómetros al poniente, por lo que Espíritu Santo continuó formando un poblado distinto hasta años más tarde en que sus habitantes acabaron por trasladarse a la nueva fundación. La misión del Presidio de Bahía de Espíritu Santo, después de dos fallidas instalaciones en la región se ubicó definitivamente en el lugar que ocupa el templo ya referido en 1749, muy cerca del río de San Antonio. En este lugar se registró otro hecho histórico: dentro del recinto fortificado fueron pasados por las armas Fannin y sus hombres que formaban parte de los insurrectos texanos en 1836; este hecho ocurrió el 27 de marzo, después de los hechos de El Álamo y poco antes de la batalla de San Jacinto.

En Goliad y en la comarca misma existe una verdadera veneración por el lugar y su tradición; la "Sociedad Ignacio Zaragoza", que preside don Carlos Reyes, ha obtenido del Departamento de Parques del Estado de Texas el acuerdo de considerar como sitio histórico el que marca la casa cuna de Zaragoza, habiéndose elaborado un anteproyecto para erigir un parque conmemorativo; por ahora el templo y lo que queda de la vivienda zaragozana se encuentran perdidos entre un monte de anacuas, mezquites y plantas de monte bajo.

Las pesquisas realizadas para encontrar la partida de bautismo de Zaragoza tanto en los archivos de San Antonio como en los de Goliad, resultaron infructuosas; los documentos eclesiásticos del templo de Bahía datan de 1854 y por lo mismo nada hay de fechas anteriores; algunas personas conocedoras de la historia del lugar apuntan que durante la guerra de Texas las tropas de Fannin se acuartelaron en el presidio y en la iglesia misma, lo que les hace suponer que en ese tiempo muy probablemente se destruyeron los documentos religiosos; la investigación se encaminó a los de otras misiones aún existentes, pero el resultado fue el mismo, por cuyo motivo queda abierta la búsqueda de tan importante prueba.

Las discusiones domésticas que por muchos años convulsionaron al país en una sucesión de regímenes inestables en donde la dictadura y la anarquía se disputaban nuestro destino; la pobreza, que no la ignorancia del problema, para mantener un ejército capaz de defender nuestra frontera norte, sirviendo de apoyo a los funcionarios para hacer cumplir la ley, pobreza generadora por otra parte de mil desesperadas exacciones que hicieron repudiable la presencia de nuestras tropas en Texas; la penetración incontenible amparada en una serie de graciosas concesiones; las grandes distancias que imposibilitaron todo auxilio defensivo; la falta de población mexicana en aquella comarca y también las querellas que desintegraron la unidad de los esfuerzos en el orden político, forman el complejo de circunstancias que condujeron a la pérdida de gran parte de nuestro suelo, cumpliéndose así el designio forastero de adquirir de cualquier modo la posesión del norte mexicano.

En esa penosa y prolongada lucha que en su manifestación más cruenta se extiende desde 1823 hasta 1848, Miguel Zaragoza, ni más bueno ni más malo que los mexicanos de su tiempo, le dio a su país cuanto podía darle en su condición de humilde soldado a merced de fuerzas que nadie pudo controlar.

La familia Zaragoza no tendrá residencia fija por muchos años; al jefe de la misma lo encontraremos desde 1830 a 1833 en los mismos lugares que en Texas requerían la presencia de los destacamentos del ejército. Béjar, Nacogdoches, Bahía, Anáhuac y también Matamoros, del estado de Tamaulipas, marcan el azaroso itinerario; quienes conozcan las grandes distancias que separan a esas poblaciones, podrán calibrar las fatigosas jornadas que las tropas mexicanas tenían que salvar con frecuencia para mantener una seguridad a cada momento interrumpida por la insolencia de muchos colonos movidos casi siempre por agentes que atizaban la idea del separatismo.

En 1834 Zaragoza vuelve al San Luis de su mocedad acompañado por su familia; allí la dejará para continuar su viaje a México con su hijo Miguel; va en busca de mejor destino, pero también allá le esperan días de indigencia, pues ni siquiera logra que se le paguen sus haberes atrasados y menos que se atienda su ruego de que se le entreguen cien pesos a su familia por cuenta de la caja militar potosina; lo que consigue es una orden



***Cimientos de la casa en que, según la tradición del lugar, nació en Bahía de Espíritu Santo, Tex., el general Ignacio Zaragoza.***



***Estado actual de la iglesia del antiguo Presidio de Espíritu Santo, en ella fue bautizado Ignacio Zaragoza.***

de marcha a Michoacán, para volver a la capital donde habrá de padecer la misma penuria y por fin en 1835 se le comisiona en el detall de la ciudad de Guanajuato, desde donde en 1836 pedirá se le mande a Texas para participar en la campaña emprendida contra los insurrectos texanos.

Por ese año de 1836, la familia pasa por situación angustiosa: doña María de Jesús en carta al Ministerio de la Guerra pide noticias de su marido, pues hace dos años que no sabe dónde se encuentra, mismos en que tiene que sufrir una extrema pobreza.

La solicitud de Miguel Zaragoza fue atendida en septiembre, sólo que para esas fechas ya nuestro ejército había rendido sus armas en San Jacinto, con cuyo desastre México perdió la relativa autoridad que había podido sostener sobre Texas.

Miguel Zaragoza afirma haber participado en la ominosa campaña, pero los documentos prueban que sólo asistió a las últimas operaciones de 1836 y principios de [18] 37, ya que en junio de ese año aparece adscrito en calidad de “suelto” a la comandancia militar de Matamoros, Tamps., donde vivirá hasta 1845; durante estos ocho años de modesta tranquilidad familiar, desempeñará las más diversas comisiones: ya marchando con Arista, primero, y con Parrodi, después, en las expediciones que se encaminaron hacia Texas; ya desempeñando menesteres burocráticos o bien ocupando interinamente la capitanía del puerto. Durante varios años reclamará su ascenso, pero por diversos motivos, no siempre justificados, se le posterga, no obstante que se le siguen encomendando responsabilidades superiores a su jerarquía; por eso en una carta de protesta ante el ministro de Guerra, refiriéndose a los trabajos que se le asignan, dirá: “... para las fatigas, capitán, para lo demás, teniente...”; por fin en 1843, cuando lleva más de veinte años de soldado, recibe el ascenso de capitán y ya no logrará otro más.

Desde que vive en ese puerto la familia no pasa por tantos apremios; la cercanía de la parentela materna y las relaciones que afirma el paisanaje, vuelven menos difícil la situación y Miguel e Ignacio asistirán a las escuelas de Matamoros para recibir las primeras letras.

Matamoros era en ese tiempo, como ha logrado serlo en los últimos años, una población de gran importancia; de allí partieron diversas columnas sobre Texas y hasta 1837 fue cuartel general de la comandancia militar de

Nuevo León y Tamaulipas, circunstancias que, unidas a la actividad del puerto, sugieren la existencia de planteles escolares de mejor calidad que los muy rudimentarios de los otros lugares de la región; a uno de aquéllos, al benemérito colegio de San Juan, asistirán Ignacio y Miguel para recibir los primeros mensajes de la cultura.

Mientras tanto, la República padecía su tragedia en el seno de continuos levantamientos; desconocida la Constitución de 1824, la lucha se vuelve enconada entre federalistas y centralistas; los primeros representando los intereses de los estados y las libertades sociales y políticas, y los segundos los de una autocracia intransigente.

En 1844, Miguel Zaragoza ocupaba el cargo de capitán supernumerario en el detall de Matamoros, pero el 2 de agosto pide que se le cambie con igual situación a San Luis Potosí, para cuyo efecto aduce en su favor que lleva 19 años de servicios (se le escaparon dos) y que su familia ha sobrellevado graves enfermedades con pérdida de dos hijos; por estas razones se ve obligado a solicitar se le ayude a buscar mejor ambiente.

Es hasta el 20 de octubre en que, por no existir vacante alguna en San Luis, se le nombra con el mismo carácter que tiene para el detall de Zacatecas; pero como sólo recibiera la orden y no recursos, reuniendo los propios después de inútiles esperas, sale con rumbo a su destino en abril de 1845, pero apenas puede llegar a Monterrey, en donde se presenta a la comandancia general de la 4ª división y se le adscribe como ayudante en la Comisaría principal de Nuevo León, en cuyo encargo durará once meses.

Probablemente ya para esa época Ignacio, que había cumplido 16 años, hacía sus estudios superiores en Monterrey, como se ha venido afirmando; doña María de Jesús, que siempre ejerció vigilante y firme autoridad sobre sus hijos, debe haber acudido a todos los medios para que el más despierto y serio de sus vástagos no se perdiera en el vagabundaje de su trashumante destino.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Sobre los estudios posprimarios de Zaragoza se ha sostenido que fue alumno del seminario de Monterrey, que estuvo situado, según lo informa el distinguido historiador neoleonés don Israel Cavazos Garza, en el edificio que ocupa el Hotel Iturbide: así se ha venido repitiendo, pero nuestras pesquisas en el orden documental fueron inútiles.

Por fin, el 1º de marzo de 1846 llega el capitán Zaragoza a Zacatecas y a poco se le reúne su familia.

Mas ahora sobre el México de los cuartelazos, de las ambiciones sin freno, de los disturbios sin tregua, del desorden y la desesperanza, se abate la Invasión Americana, sin que fuera suficiente tamaña pesadilla para detener al monarquista Paredes Arrillaga (general en jefe de la columna con que el gobierno trataba de contener al enemigo), en su menguada odisea de volver las armas contra el presidente Herrera.

Por ese mismo mes de marzo en que los Zaragoza llegan a Zacatecas, se rompen las hostilidades en las cercanías de Matamoros y poco después, tras de batallas infortunadas, las tropas mexicanas se repliegan a Monterrey; mientras tanto, Paredes ha sido derrocado; lo sustituye el general Salas, quien convoca al Congreso para que designe Presidente: Antonio López de Santa Anna increíblemente ha vuelto al poder.

Los hijos mayores ayudan a don Miguel en sus labores; así lo revelan muchos documentos del detall zacatecano, que registran la serena, firme, clara y elegante caligrafía de Ignacio.

---

Las notas que forman el expediente del capitán Miguel Zaragoza, padre del héroe, sólo señalan hasta antes de 1848, cuando su familia se instaló definitivamente en Monterrey y cuando Ignacio se acercaba a los veinte años, una estadía de once meses.

Ahora bien, es innegable que éste tenía una cultura superior a la media de su tiempo, como se aprecia en diversos documentos de su puño y letra; entonces cabía preguntar: ¿cuándo y dónde la obtuvo?

Don Manuel Z. Gómez, amigo personal y casi confidente de Zaragoza, en la semblanza biográfica que escribió meses después de su muerte, afirma lo de los estudios en el seminario, apuntando que, por carecer de vocación para la Iglesia y el foro, decidió abandonarlos, pues, además, se veía precisado a seguir a su padre que había sido destinado a Zacatecas, lo que ocurría en 1846.

Ante todas estas circunstancias, nos resistíamos a creer que en once meses de escolaridad seminarista hubiera adquirido la preparación de que dio buena cuenta, y entonces sólo cabía esta conjetura: Zaragoza para antes de la primera llegada de su familia a Monterrey en 1845, ya se encontraba estudiando en el citado plantel.

En efecto así parece ser; el escritor e historiador neoleonés don Ricardo Covarrubias, en sus investigaciones sobre la vida de Zaragoza a través de sus descendientes, pudo descubrir que éste fue pensionista del Seminario de Monterrey en la casa de una familia Barragán, muy antes de 1845.

Al propio señor Covarrubias debemos el dato relativo a que los estudios primarios los realizó en el benemérito Colegio de San Juan, del puerto de Matamoros, Tamps.

Éste ha cumplido 17 años; en su sensibilidad de adolescente vibra el sentimiento de la patria, el coraje por sus infortunios y con ello la decisión de defenderla; así se percibe en este documento lleno de sencillez, el primero de carácter oficial en la vida del héroe:

Exmo. Sor. Gefe de la Plana Mayor del Ejército.

IGNACIO ZARAGOZA SEGUÍN, hijo legítimo del capitán de Plana Mayor don Miguel Zaragoza y Valdez y de D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> de Jesús Seguíñ, previo su consentimiento que tiene el honor de acompañar; a V.E. con todo respeto hace presente: Que deseoso de contribuir en alguna manera, a la Defensa de su cara Patria que la vé hoy en peligro, a V.E. suplica, se digne concederle la gracia de que le admita en la clase de Cadete, en el Regimiento de Húzares para vaticarse con los enemigos: prometiendo no desmentir de los buenos sentimientos que le animan, ni de la educación con que ha sido criado, hasta la edad de diez y siete años en que hoy se encuentra.

Por tanto

A V.E. Rendidamente reitera su súplica, en que espera recibir honor y una particular gracia.

Zacatecas Octubre 23 de 1846.

*E.S.*

*Ignacio Zaragoza Seguíñ.*

Sobre este documento recaen diversos acuerdos: primero diciendo que está prohibida la admisión de cadetes en los cuerpos; después proponiéndolo como alférez en las fuerzas del Estado de México, siempre que reúna los requisitos de ordenanza y, finalmente, cuando se dictó una disposición que ya autorizaba lo pedido, se dice que el interesado debe acudir al jefe del cuerpo; este acuerdo se expidió en enero de 1847 cuando el regimiento de húzares se encontraba en marcha sobre el norte; pero hay algo más que debe destacarse: no hay contestación para el interesado, sino simples recomendaciones oficinescas; la precipitación de los acontecimientos, el desorden cada vez más grande y la carencia de recursos, así como la incertidumbre reinante, privaron a Zaragoza de

rendir el primer tributo de su esfuerzo o de su sangre en la defensa nacional.

1847. El país vive el más aciago de sus años; en La Angostura, Cerro Gordo, Padierna y Churubusco da sus mejores cosechas el heroísmo mexicano y allá en la cumbre de Chapultepec la ofrenda de un puñado de muchachos, como si la patria, abatidas sus fuerzas adultas, apelara al sacrificio de la valiosa reserva de su juventud.

Llega 1848, el de los peores agravios; el invasor, dueño de la capital, ofrece la paz al gobierno de la República instalado en Querétaro; se acepta entrar en negociaciones y el 2 de febrero se firman los tratados de Guadalupe, pero todavía en junio no salen las fuerzas invasoras.

Terminada la contienda, el capitán Zaragoza, el 24 de mayo, pide desde Zacatecas una licencia por cuatro meses para ir a Texas, seguramente instigado por su esposa, para ver lo ocurrido con sus familiares y sus bienes, pues por lo menos tales son los objetivos que apunta; no se le concede, porque los estados de Coahuila y Nuevo León, por los que habrá de transitar, aún se encuentran en poder de las tropas americanas, “por cuyo motivo debe esperar a que se restablezca la paz”.

Dos meses más tarde sigue insistiendo y el 2 de septiembre se le acuerda licencia ilimitada con goce de las dos terceras partes del sueldo, por más de 25 años de servicios.

A mediados de octubre se encaminó hacia el norte, tal vez hasta Béjar, donde sólo debe haber estado transitoriamente, pues a poco ya residía en Monterrey, circunstancia explicable por dos razones: porque en Texas no podía vivir quien había combatido a los colonos, que ya principiaban a cobrarse sus deudas de sangre, y porque en Monterrey, en días desfavorables, había encontrado ámbito amigo para la educación de la familia y el trato cordial, franco y humano del neoleonés.

La vida errante toca a su fin; la familia principia a reorganizarse; Ignacio, que se acerca a los 20 años, trabajará como empleado de comercio, actividad ya entonces dominante en Monterrey, y así lo encontraremos en el de don Felipe Sepúlveda, quien le tiene en gran estima por su rectitud, diligencia y seriedad; probablemente una de las raíces del liberalismo de

Zaragoza se encuentre en este señor Sepúlveda, quien años más tarde figuró como coronel de la Guardia Nacional llevando a Zaragoza de oficial.<sup>5</sup>

Don Miguel va disfrutando de una laboriosa tranquilidad antes no conocida y así transcurrirán los años de 1849 y 1850. Promediaba ya el 1851, cuando la bien ganada seguridad de la familia se entenebrece: don Miguel ha contraído una agresiva fiebre tifoidea y el 11 de junio rinde su última jornada.

En el matrimonio Zaragoza-Seguín, si nos atenemos a los testimonios rendidos por doña María de Jesús para los efectos de su pensión como viuda, hubo los siguientes hijos:

Miguel, que probablemente nació en Nacogdoches, estado de Coahuiltejas, acaso en 1827.

Ignacio, nacido en Bahía del Espíritu Santo, estado de Coahuiltejas, el 24 de marzo de 1829 (lleva el nombre del abuelo materno).

Genoveva, nacida tal vez en Nacogdoches, en 1833 (lleva el nombre de la abuela paterna).

María de Jesús, nacida en San Luis Potosí, el 10 de octubre de 1834.

Emeteria de los Dolores, nacida en Matamoros, Tamaulipas, el 7 de marzo de 1842.

José María, nacido en Monterrey, Nuevo León, el 27 de julio de 1845 (lleva el nombre del abuelo paterno).

Elena, nacida en Zacatecas, Zacatecas, el 28 de julio de 1848, y

Miguel Francisco, nacido en Monterrey, Nuevo León, el 8 de mayo de 1851.

Posiblemente hubo dos hijos más, los que murieron en Matamoros, y doña María de Jesús sólo hizo referencia a los que sobrevivieron.

---

<sup>5</sup> Por lo que se refiere a las actividades comerciales de Zaragoza antes de ingresar al activo de la Guardia Nacional, se dice que por algún tiempo se estableció en Lampazos, donde principió a cultivar la amistad de Vidaurri y de Zuazua, ambos oriundos de esa población neoleonesa; aun cuando se señala la casa en que residió, no se encontraron documentos probatorios de aquella afirmación que bien puede ser cierta; de serlo esto debe haber ocurrido por 1849 o 1850, pues ya en 1851 se encontraba en Monterrey adonde tal vez hubo de concentrarse con motivo de la muerte de su padre ocurrida el 11 de junio de este último año.



**Coronel José María Zaragoza (1871), hermano menor de don Ignacio.**

Miguel Zaragoza Valdés cumplió su modesto destino de soldado; pese a sus flaquezas, jamás le desmayó el patriotismo en una época de anarquía moral y política. Nunca supo de las satisfacciones del poder y menos aún de las que el dinero proporciona; le tocaron las campañas más duras y los quehaceres más penosos, sin recompensas: en el desierto contra los bárbaros; en el desierto contra los impostores de Texas.

Sobre su tumba, ningún epitafio habría quedado mejor que sus propias palabras:

“PARA LAS FATIGAS, CAPITÁN; PARA LO DEMÁS, TENIENTE”

## *Ignacio Zaragoza Seguín*

*Niñez y adolescencia peregrinas.– Los signos del carácter.– La Guardia Nacional.– Anverso de Vidaurri.– Un capitán de milicianos.*

Niñez vivida en la vecindad del campamento o en poblados misérrimos, perdidos en el norte deshabitado; a veces en la zona donde el otoño lluvioso dilata el aislamiento, a veces en el sur donde las aguas son casi un milagro; siempre bajo la inseguridad, escuchando por las noches el aullar de los coyotes y el alarido del salvaje; niñez en la soledad y el desamparo de los primeros años y después en el atareado puerto, donde unos pedagogos provincianos le descubrirán el misterio del alfabeto.

Niñez en hogar pobrísimo, donde a menudo falta lo indispensable; lo que no faltará es el cuidado de la madre, resuelta a salvar del desastre los mensajes de su sangre, mientras el padre, oficial sin suerte y sin fortuna, acarrea los parvos bienes para la prole en aumento.

Niñez que transcurre entre soldados arrancados por la leva, del surco o del presidio; entre filibusteros y contrabandistas; entre vagabundos y cuatrerros; entre labradores de escasa heredad y criadores de ganado con el rifle en la cabeza de la montura.

Adolescencia en el Monterrey que anuncia su batallador futuro; en la gambusina Zacatecas, refugio de exaltado liberalismo, donde todavía se siente el pulso civilizador de García Salinas; adolescencia que tras de largo merodeo se disuelve en la juventud, para echar el ancla otra vez en la capital de Nuevo León.

Ahora es un joven sano, siempre lo fue; de estatura más bien aventajada; enteco, fuerte y ágil; moreno el color; frente amplia; boca grande y fina; nariz bien proporcionada, sobre la que cabalgan los espejuelos correctores de la acentuada miopía de unos ojos oscuros; continente sereno que afina el cuidadoso aliño del pelo liso y negro.

Su carácter sereno no es signo de debilidad orgánica; su calma habitual no es signo de indolencia, sino de profundo equilibrio emocional que se refleja en controladas reacciones; es valeroso sin ostentación; se le descubre la bondad a distancia, pese al ambiente de dislocaciones morales en que ha vivido; muy sensible a los contactos humanos, su generosidad no tendrá límites; porque es humilde, le irritará la soberbia de los fuertes, como le conmoverá la desgracia de los desvalidos; honrado sin jactancia, por encima de la ligereza de un su enemigo que trató de macularlo, nunca se manchará las manos con el hurto o el saqueo; de inteligencia despierta, está dotado de perspicacia que le permite abarcar de golpe el origen, la magnitud y el rumbo de los acontecimientos; en la raíz de su juventud late incontenta una voluntad de ser y de servir, y si aspira a distinguirse, no será por la notoriedad, que tanto riñe con su modestia, sino para encauzar el rumbo generoso de su vida.

Y aquel muchacho sereno, rectilíneo, de modales sosegados y casi inalterable, en el momento de las supremas decisiones, rayará en la intrepidez y, cuando sea preciso, en la temeridad.

Vino a la vida bajo el signo de la República, Victoria era entonces su primer Presidente; en la sensibilidad infantil sufrió el drama de Texas y, adolescente ya, pudo contemplar con amargura la pérdida del solar nativo y el desgarramiento de la patria martirizada, primero por una invasión, y luego por caudillos cuarteleros a los que no pudieron someter los pocos militares limpios que la pensaron y la sintieron digna, porque fueron arrollados por soldadones sin escrúpulos que hicieron del país botín de sus ambiciones.

Esa realidad estrujante que oscila entre el desorden y el despotismo que victiman a un pueblo con todas las carencias y todos los infortunios, le caló a Zaragoza tan hondo, que cuando en el horizonte nacional se anuncia

la esperanza de un nuevo día, se convierte desde su recién nacida juventud en militante activo de esa causa; ya ha percibido que la asociación de la espada, del dinero y de un clero extraviado de su misión, son los factores que en cada momento tratan de retrotraer al país al régimen consagrado por la Colonia que la Independencia no alcanzó a liquidar.

1851. Acaba de morir el capitán Zaragoza; el hijo, empleado de comercio, contribuye al sostén de la prole en orfandad; el patrón le distingue por su rectitud y por una preciosa caligrafía, signo de carácter sereno y de una larvada aptitud estética; pero si ayer, por ausencia de vocación, dejó los estudios que conducían al culto o al foro, también ahora, por afortunada ineptitud para los negocios (Zaragoza siempre repudió las ventajas), buscará la forma de escapar al encierro del establecimiento mercantil, tal vez para compensar su oscura presencia con una resuelta actividad social.

México no acababa de salir del desastre del [18] 48; centralistas y federalistas se disputaban el poder; gobernaba al país entonces un soldado patriota y leal, el general Mariano Arista, simpatizante del liberalismo, que venía poniendo en orden la administración; horado de verdad, sus preocupaciones se encaminaron a sanear la hacienda pública y pacificar la nación, único medio de fincar la seguridad que su destino económico y social requería.

Entre las medidas para lograr lo primero, adoptó la de reducir los efectivos del ejército a no más de 7,000 hombres, determinación ineludible a la que obligaba el déficit del erario, pues era preciso terminar con el procedimiento de que las tropas gravitaran sobre los pueblos, acudiendo al saqueo, a la exacción, al abuso y, en el mejor de los casos, al préstamo forzoso, procedimiento a veces inevitable porque objetivos superiores lo demandaban, pero que no podía aceptarse como sistema; la disposición tan patriótica, desató resentimientos entre los posibles desplazados, resentimientos que habrían de aprovechar los agentes del santanismo, cáncer todavía latente en el cuerpo debilitado de la nación.

Pero si se reducía el ejército, ¿cómo iba a resolverse el problema de la pacificación? En Yucatán la guerra de castas sembraba el exterminio; en el norte se multiplicaban las depredaciones de los bárbaros, ahora en mayor

número a causa de que, al progresar la colonización en Texas y mantenerse crecidos contingentes de tropas norteamericanas, aquéllos eran empujados hacia nuestra frontera; a esto se sumaban las incursiones de filibusteros protectores del contrabando y de ladrones de ganado, cuando no al servicio de los agentes de una nueva penetración.

Los estados del norte sufrían tales desmanes sin que el gobierno nacional pudiera impedirlos cabalmente; las aldeas no tenían más garantías que las que pudieran proporcionarse con sus propias gentes; lo más grave aún, no podían crearse otras poblaciones, única forma de defender al país de la rapacidad extranjera; el ejemplo de Texas todavía sangraba en el recuerdo.

Ni la agricultura, ni la ganadería como actividades básicas podían prosperar, y tal postración debilitaba más la capacidad defensiva de lo que había quedado de territorio nacional en el norte.

Ante esas circunstancias y la penuria de la administración federal, no cabía sino un recurso: organizar la Guardia Nacional de los Estados en sus dos aspectos: sedentaria y móvil; la primera, formada con jefes de familia, se encargaría de defender las respectivas poblaciones, en tanto que la segunda, integrada con individuos que no tenían la responsabilidad de sostener un hogar, se movilizaría de acuerdo con las necesidades de cada comarca o estado.

Estas corporaciones van a cubrir un papel histórico de primer orden; en su seno se formará una nueva generación de hombres de mando; se trata de ciudadanos en armas, de milicianos, que no militares, al servicio de los pueblos, cuyo bienestar y seguridad se les encomienda, y a su hora, se convertirán en las columnas que harán triunfar a La Reforma, primero, y a la República, después, cuando sobre nuestro suelo se trate de instalar una monarquía.

Son estos milicianos (del norte, del centro y del sur de México), los que se encargarían de liquidar a los regímenes militaristas y su sistema de privilegios, para encauzar al país por las rutas de una nación moderna.

Los milicianos de las Guardias Nacionales del norte tendrán un magnífico adiestramiento de combate con la lucha con los salvajes;

avezados a la sorpresa y a la vigilancia permanente, se convertirán en expertos tiradores, en hombres hechos para las grandes jornadas y, sobre todo, para pelear en medio de toda suerte de penurias y contrariedades; verdaderos centauros, se van modelando en la más adversa geografía y no les arredrarán ni la fatiga, ni el hambre, ni el clima, ni la sed, ni la muerte.

Primero formarán modestos batallones, cuya tropa ha elegido a su oficialidad; tienen así una estructura democrática, pues si a los jefes los designan los gobernados, los encargados directos del mando lo ejercerán por voluntad de sus propios compañeros.

En las filas de esta Guardia Nacional norteña, se convirtieron en soldados de grandes dimensiones, bravos generales de La Reforma y la República; de allí salieron Juan Zuazua, Mariano Escobedo, Miguel Blanco, José Silvestre Aramberri, Lázaro Garza Ayala, Julián Quiroga, Francisco Naranjo, Gerónimo Treviño y el miliciano por antonomasia, Ignacio Zaragoza.

En este cuadro de circunstancias, antecedentes necesarios para explicar la presencia de Zaragoza en la historia, no es posible desdeñar la influencia que en esta época tiene en el noreste de México don Santiago Vidaurri; bajo su dirección y bajo su entonces espíritu liberal y reformista, se iniciaron los jefes que acabamos de mencionar.

A Vidaurri se le tiene por un cacique y lo fue como acaso nadie lo haya sido en México; pero no puede restársele el mérito de haber escrito brillantemente con sus tropas un primer capítulo de la Guerra de Reforma; era ambicioso de poder como ninguno: lo ejercía en forma absoluta en Nuevo León, en Coahuila y con frecuencia extendía su garra hasta Tamaulipas; no toleraba injerencia de nadie en su región, ni siquiera del gobierno nacional; recogió por algún tiempo los ingresos de las aduanas sobre el Bravo desde Piedras Negras a Matamoros, ingresos que utilizó para formar, armar y equipar el Ejército del Norte, cuya jefatura asumió por mucho tiempo. Pero este cacique arrebatado y autoritario, era amado por su pueblo; tenía un gran sentido de humanidad; jamás fue sanguinario; era un apasionado de las gentes de la frontera; era un liberal exaltado pero

con una ofuscación tremenda en el orden del poder que ejercía. Se sentía superior a todos los hombres de su tiempo, por eso riñó con Degollado y con González Ortega; por eso conspiró contra Juárez y por eso no permitió intervenciones en su dilatado cacicazgo, cuyo dominio en un momento infortunado le obnubiló la noción del patriotismo, al reconocer al Imperio, arrojando sobre su memoria un estigma que mancilló sus títulos de reformista y de mexicano.

Posiblemente en 1851 se inició en Nuevo León la organización de su Guardia Nacional, a la que ingresa Ignacio Zaragoza; don Manuel Z. Gómez, en su semblanza biográfica del héroe, afirma que en esa época se le designa sargento, pero si hemos de atender a los documentos encontrados, podemos asegurar que ya en 1852 se ha convertido en miliciano, pues el 12 de marzo de ese año y en la elección para designar oficiales y sargentos del “Batallón de Guardia Nacional Sedentaria de Monterrey”, Zaragoza resulta nombrado capitán de la primera compañía de fusileros.

En octubre siguiente se resistió a obedecer una orden de servicio para su fracción, en virtud de que en el mes anterior había hecho el que le correspondía; defendía a sus compañeros, porque no consideraba equitativo que se les dieran tareas que debía cubrir otra compañía; como protestas de esta índole no entraban muy bien en el régimen militar, Zaragoza sufrió un arresto que se le impuso, pero “dejando a salvo sus derechos para reclamar lo conducente”.

Durante 1853 y 1854, Zaragoza continúa en servicio, sin dejar seguramente sus ocupaciones habituales, a menos que las comisiones de su encargo lo reclamaran; pero por ese tiempo están ocurriendo acontecimientos que habrán de marcarle un derrotero de alcance nacional.

## *El resplandor de Ayutla*

*Su Alteza Serenísima.— El Plan de Ayutla.— Álvarez y Comonfort.  
El Constituyente y la Constitución.*

Las disposiciones de Arista han puesto en guardia al grupo conservador que espera la primera oportunidad; don Melchor Ocampo, después de haber dejado el Ministerio de Hacienda, pasa a gobernar el estado de Michoacán, donde ensaya la práctica de sus ideas reformistas, que alarman al clero y los grandes propietarios, no menos que a don Lucas Alamán, pontífice de la reacción mexicana.

Por ese tiempo, julio de 1852, estalla un movimiento de carácter local en Guadalajara, pues se trata de derrocar al gobernador, sólo que los agentes santanistas aprovechan el incidente para darle proporciones nacionales, y una vez obtenido su objeto, fraguan el Plan de Jalisco el 13 de septiembre, mismo que reforman el 20 de octubre con el Plan del Hospicio, por el que se determina: desconocer al presidente Arista; llamar a Santa Anna para que lo sustituya y convocar a una convención o congreso nacional que determine el régimen a que debe someterse al país; la deslealtad de algunos jefes, la agitación de los conservadores y la penuria oficial, provocan la renuncia del Presidente el 4 de enero de 1853; lo reemplaza el presidente de la Suprema Corte, don Juan Bautista Ceballos, pero al negarle el Congreso el permiso para convocar una asamblea nacional parecida a la propuesta por el Plan del Hospicio, procede a disolver las Cámaras y le ofrece la Presidencia al general don Manuel María Lombardini, quien declina el regalo, por lo que Ceballos continúa en el poder, hasta que un grupo de generales residentes en México,

determina adherirse a la revuelta y designar Presidente al citado Lombardini, mientras llega Santa Anna que se encuentra desterrado en Colombia.

Apenas llega a Veracruz el indispensable don Antonio, ya recibe una carta de Alamán, que será la inspiradora inicial de la nueva etapa. En ella se culpa a Ocampo de haber provocado la sublevación con sus medidas contra la Iglesia y los propietarios en Michoacán, y hace ver a Santa Anna: que la religión es el único lazo que une a los mexicanos; que se repudia al sistema federal, lo mismo que al sistema representativo y a lo que huele a “todo eso que se llama elección popular”; que es necesario organizar las milicias provinciales para que cooperen a luchar contra los indios y darle seguridad a los caminos, y le anuncia que tiene ya lista una ley orgánica provisional que someterá a su consideración cuando llegue a México. Valientemente le expone sus temores de que (Santa Anna) se preste a que se cumplan algunos negocios onerosos, de que se encierre (como antes) en Tacubaya sin que se le pueda ver y de que siga con su táctica de largarse a Manga de Clavo cuando aparece un problema grave.

En abril, de 1853, ya presidente Santa Anna, convierte a Alamán en un auténtico jefe de gobierno que encabezará un consejo representativo de los sectores conservadores, que se pronuncia: contra el sistema federal, por el respeto irrestricto a la autoridad y por las medidas de orden, tales como la represión a la prensa desbocada y el destierro de los agitadores, pero no fuera del país, sino en poblaciones distantes de donde residen.

Mientras tanto, Alamán coquetea con la real casa de España, auscultando la posibilidad de que uno de sus príncipes acepte el solio monárquico de México; decididamente Alamán se había quedado en el año 1821. El pontífice reaccionario muere el 2 de junio, pero le quedan a Santa Anna sus representantes, Haro, Munguía y Tornel; los dos primeros se le van, y, a poco, después de un remedo plebiscitario, se declara dictador con el título de Alteza Serenísima, y ahora volverá a las andadas.

Debemos a don Guillermo Prieto este vívido relato de la corte santanista:

... Aparecieron como brotando de debajo de la tierra, tahúres condecorados, rufianes, contratistas, galleros, próceres, horizontales, pensionistas y canalla

que no habría podido figurar ni en los personajes del Manolo –y más luego apunta–: En los entresuelos de la Presidencia se alojaron los ayudantes, y las escaleras de los patios interiores estaban transitadas por valentones desastrados, galleros, buscavidas e insolentes, horizontales graduadas de viudas y pensionistas y ahijadas de tal o cual clérigo contemporizador y mundano...

Pero el descontento que nunca rebasó la censura a hurtadillas, encuentra la protesta armada en el sur; un viejo insurgente don Juan N. Álvarez y un hombre de corazón, honrado y valeroso, don Ignacio Comonfort, hacen suyo el Plan de Ayutla proclamado el 1 de marzo de 1854 y que sustancialmente declara: desconocer a Santa Anna, quien será sustituido por persona que designe una asamblea representativa de los estados; autoriza al jefe principal de los que secunden el plan en cada estado para que asociado a siete personas bien conceptuadas que él mismo designará, acuerde y promulgue al mes de reunidos, el estatuto provisional que deba regir en la respectiva entidad o territorio, teniendo por base que la nación es una e indivisible.

Expresa asimismo que a los quince días de haber tomado posesión el Presidente, convocará a un congreso extraordinario que se ocupará de constituir la nación bajo la forma republicana, representativa y popular; apunta también que se propone conservar el ejército y atenderlo; que se protegerá el libre comercio interior y exterior, decretando los aranceles que deben observarse; que cesan los efectos de los sorteos, la expedición de pasaportes y la gabela impuesta a los pueblos con el nombre de captación. Declara enemigos de la nación a los que se opongan al plan, e invita a Bravo, Álvarez y Tomás Moreno para que al frente de las fuerzas libertadoras lo proclamen y sostengan, así como para que lleven a efecto las reformas administrativas que contiene y hacerles las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.

Los inspiradores del plan en sus líneas generales formaban el grupo de liberales desterrados en Nueva Orleans, dirigidos por don Melchor Ocampo, desde entonces cerebro y guía del movimiento reformista, cuyo verdadero fondo era darle al país una estructura democrática y para el

efecto proclamaban entre otras cosas “la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, la desamortización de los bienes del clero y la enseñanza laica y obligatoria”; para lograr sus propósitos, se proponían derrocar a Santa Anna y, lo que era más importante, acabar con el santanismo.

Santa Anna trata de dominar la sublevación, cuyas tropas no tienen suficiente armamento, pero a poco Comonfort las dotará con el que adquirió en los Estados Unidos y que acaba de desembarcar en Zihuatanejo.

El país se siente conmovido en sus más hondas raíces; no es un cuartelazo más; se trata ahora de una genuina revolución. La suerte estaba echada y cada mexicano tomaba partido, porque en ésta, como en todas las crisis de la historia, así lo apunta Roeder al referirse a lo de Ayutla “nadie era, ni podía ser neutral, ni inocente, ni inocuo”; y así ocurría, aun los liberales moderados que muchos tenían por tibios y hasta por neutrales, en realidad aspiraban a ser en la dialéctica histórica de aquellos instantes la síntesis que recogiera lo válido del pasado con las exigencias más aceptables del presente para integrar el futuro.

Sólo que las revoluciones no han triunfado nunca por el expediente de las condescendencias y las concesiones, y la de Ayutla pronto lo iba a demostrar.

Porque no puede dominar la sublevación, Santa Anna renuncia el 9 de agosto de 1855, y los generales conservadores de la capital tratan de hacer una de las suyas: se adhieren al Plan de Ayutla con la mira de adueñarse del poder; pero ahora fallará la táctica de Iguala.

Para principios de octubre, Álvarez se encuentra en Cuernavaca; una junta representativa de los estados lo elige Presidente; su gabinete lo forman Juárez, Ocampo, Comonfort y Prieto, y el 16 de octubre se expide la convocatoria al Constituyente, excluyendo al clero de la representación nacional, medida que repudia Comonfort, pero que al fin acaba por aceptar.

El gabinete carece de unidad, pero la fuerza política la tiene Comonfort, empeñado en su táctica de transacciones; por esta razón renuncia Ocampo; Juárez y Prieto siguen el mismo camino, pero desisten a ruegos del Presidente.

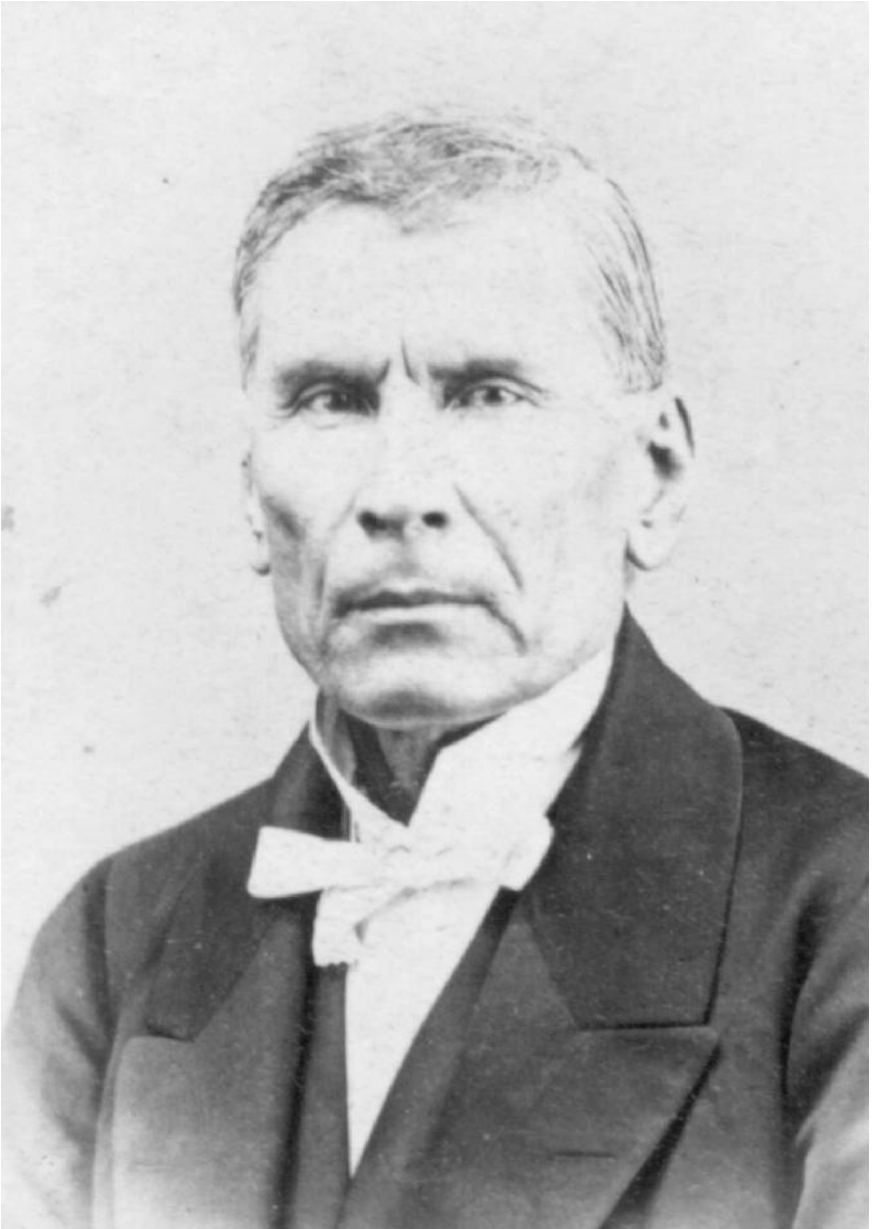
Ocampo, refiriéndose a su determinación apunta:

Como me explicó Comonfort que la revolución seguía una política de transacciones y como yo soy de los que se quiebran, pero no se doblan, dejé el Ministerio –y continuaba–: Dudo mucho que con apretones de mano, como Comonfort me dijo que había apaciguado a México y se proponía seguir gobernando, pueda conseguirlo, cuando yo creo que los apretones que se necesitan son los de pescuezo.

Juárez permanece en su puesto, teme que la revolución caiga en una de tantas encrucijadas y se juega la primera carta al expedir, con acuerdo de Álvarez, el 23 de noviembre, la ley que anula el fuero religioso en materia civil y el fuero militar en cuanto no sea de la incumbencia de las actividades castrenses; la ley no es como para alarmar, pero advierte ya el camino que seguirá el liberalismo en el poder; por eso se enciende el escándalo y Doblado, como gobernador de Guanajuato, se pronuncia el 6 de diciembre, pues en su concepto nada debe intentarse contra la Iglesia, porque la religión es el único lazo que une a los mexicanos.

Ante la agitación y los ataques irrespetuosos que se le lanzan, Álvarez decide renunciar el 8 de diciembre y entrega el poder a Comonfort, que integra un gabinete en el que dominan los moderados; sostiene, sin embargo, la Ley Juárez y el sentido de la convocatoria para el Constituyente.

Doblado se despronuncia cuando sabe la designación de Comonfort, su amigo entrañable; Tomás Mejía se rebela lanzando uno de los manifiestos más ultramontanos de que se tenga noticia. Osollo y Haro y Tamariz se sublevan en Puebla el 17 de diciembre y otro tanto harán las fuerzas de De la Llave y la división de Castillo, unas y otra destacadas para batir a los rebeldes; Comonfort toma el mando del ejército; derrota al enemigo en Ocotlán y se apodera de Puebla el 17 de enero de 1856; ahora sí aprieta el pescuezo: ha dispuesto que se confisquen los bienes del clero en esta última ciudad, para cubrir los gastos de la campaña e indemnizar a los familiares de los que sucumbieron.



***General don Santiago Vidaurri.***

Desde que Comonfort llegó al poder, Juárez dejó el Ministerio y aceptó el gobierno de Oaxaca; se marcha, pero ha dejado una chispa que tomará proporciones de incendio, sin que nadie lo pueda contener. Comonfort es un hombre que desconcierta; va probando la mala fe de los conservadores y advierte, por otra parte, que los liberales puros no cejan en su campaña doctrinaria; entonces, para darle una tónica avanzada a su administración, había aceptado en 1855 la expedición de la “Ley Lerdo” sobre la desamortización de los bienes eclesiásticos, y ahora, en 1856, la confirma con una serie de decretos suplementarios, mientras se expiden otros de marcado acento anticlerical: entre éstos cabe señalar el que prohíbe la coacción civil en el mantenimiento de los votos monásticos, el que regula los aranceles parroquiales, el que extingue la Compañía de Jesús y el que prohíbe al clero la posesión de bienes territoriales. Desconcierta esta conducta de Comonfort cuando por otra parte se consideran sus complacencias con los moderados y sus coqueteos con los conservadores.

Desde el 14 de febrero de 1856 viene funcionando el Constituyente, la tribuna más libre, en la que van a controvertir hombres de todas las tendencias y liberales de todos los matices. El 15 de mayo se expide el Estatuto Orgánico, toque de escándalo para muchos estados por el acento centralista que contiene, aun cuando su vigencia terminará al promulgarse el nuevo código fundamental.

Los trabajos del Congreso que se prolongarán hasta febrero de 1857, van definiendo el carácter de la Constitución que establece el régimen democrático, republicano, representativo y federal, con su división de poderes y su espíritu de liberalismo clásico respecto a las garantías individuales; tanto esta circunstancia como la índole de los debates entre los puntos de vista de liberales puros y moderados, dan margen a los conservadores para redoblar sus ataques a las nuevas instituciones, agitación que producirá más tarde lamentables frutos, porque aquella división preparará las condiciones de una política transaccionista, que desencadenará la más apasionada de nuestras contiendas.



## *Nuevo León levanta su bandera*

*Vidaurri y el Plan de Monterrey.– Ignacio Zaragoza, presente.  
La zarpa santanista.– Un ascenso en combate.– Zuazua marcha  
hacia el sur.– Nuevo León con el Plan de Ayutla.*

En Nuevo León se principian a registrar sucesos del mayor interés para la causa liberal. Vidaurri va a entrar en el escenario nacional; su vida política ha sido un prodigio de tenacidad; desde las más humildes ocupaciones burocráticas que inicia a los 24 años, llega ser oficial mayor de la administración estatal y para 1837, cuando frisaba en los 29, se le nombra secretario de Gobierno, puesto que ocupa en diversos regímenes locales y en 1854 lo era del general Gerónimo Cardona; el valimiento personal de Vidaurri y sus diecisiete años de contacto con los asuntos oficiales, le han permitido aumentar y estrechar sus relaciones personales fuera y dentro de Nuevo León, donde se le dispensaba una gran simpatía por ser originario de la entidad.

En la época citada las mantenía también con los hombres de Ayutla y un día de mayo de 1855 abandonó sigilosamente Monterrey y se fue a Lampazos, la población de su origen, “donde lo esperaba Juan Zuazua, joven vecino de aquel municipio”, aguerrido veterano de la Invasión Americana y de las luchas contra los indígenas, que venía organizando crecido contingente armado.

En Lampazos acaudilla Vidaurri su ejército y redacta un plan que denomina “Restaurador de la Libertad”, marcha en seguida sobre Monterrey, inicia las operaciones el 22 de mayo y al siguiente día cae la

ciudad en su poder, asumiendo las funciones de gobernador de Nuevo León, mientras el 25 del propio mes se celebra una asamblea que con apoyo en el movimiento anterior declara: que el estado de Nuevo León reasume su soberanía, hasta en tanto un congreso nacional defina la forma y sistema de gobierno que deba regir en el país se confirma el mando civil y militar a favor de Vidaurri, al que designan, además, jefe de las fuerzas libertadoras; para el ejercicio de las funciones gubernativas, se nombrará una comisión de cinco personas que integrarán un consejo consultivo en los diversos ramos de gobierno; la administración de justicia continuará funcionando; se convocará a los pueblos de Coahuila y Tamaulipas para que se adhieran al plan, y

si lo creyeren conveniente CONCURRAN A FORMAR BAJO UN SOLO GOBIERNO UN TODO COMPACTO Y RESPETABLE AL EXTRANJERO, A LA GUERRA DE LOS BÁRBAROS Y A TODOS LOS QUE PRETENDAN COMBATIR LOS PRINCIPIOS SALVADORES Y DE LIBERTAD CONTENIDOS EN EL PLAN;

después se habla de la forma en que deberá divulgarse por todo el estado y el país. Para esas fechas Vidaurri, que ya había enviado sus correos por todas partes, se dirige al comandante militar de Coahuila, general Valentín Cruz, dándole cuenta de lo acontecido y lo conmina a evacuar la plaza de Saltillo, en la inteligencia de que sólo deberá retirarse con la oficialidad, haciéndole ver, además, que se trata de darle al país un gobierno democrático, en lo que están de acuerdo Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas.

Zaragoza era amigo de Vidaurri, a quien reconocía como jefe; estas relaciones deben haberse cultivado a través de las funciones oficiales que aquél ejercía, pues no debe olvidarse que la Guardia Nacional de cada entidad dependía de su propia administración.

En mayo de 1855 y por razones del servicio, la corporación a que pertenecía Zaragoza se encontraba de guarnición en Ciudad Victoria, Tamaulipas. Don Manuel Z. Gómez en la semblanza biográfica ya citada, afirma que la madre de Zaragoza le dio aviso de los acontecimientos registrados en Monterrey, enviando a su hijo Miguel, y lo exhortaba a que

“ni por un momento más siguiera en las filas del odiado gobierno, que lo obligaría a combatir en contra de sus hermanos y de la buena causa”.

Pero Zaragoza ya traía lo suyo; por eso al cambiar impresiones con el jefe de su corporación, lo invita a seguir el movimiento vidaurrista, mas como no lo consigue, toma la iniciativa y el 31 de mayo al frente de ciento y tantos hombres secunda el plan de Monterrey y así lo comunica a Vidaurri, anunciándole que sale a reunírsele y que como se están haciendo gestiones para que lo persiga la columna de caballería que se halla en Tula, le pide el envío de tropas que vayan a encontrarlo, pues la fracción que tratará de batirlo es en número muy superior a la que comanda.

La prueba de que Vidaurri venía dirigiéndose a los oficiales de su amistad se revela en esta nota de Zaragoza: “Recibí su apreciable del 26 del presente y consecuente con V. E. y con mis ideas quedo desde... [palabra borrada] y en unión por mis compañeros a las órdenes de V. E.” En esta carta hay un “aumento” firmado por Miguel Zaragoza, lo que acaso pruebe que se le utilizó como emisario y que no es improbable que el propio Vidaurri acudiera a la madre de Zaragoza en demanda de su intervención para mayor seguridad de su objetivo.

Por esos días, en un vapor que había salido de Nueva Orleans con rumbo al sur, uno de los desterrados por Santa Anna navega al encuentro del destino; es un abogado indígena que desde el puente del bajel ausculta el horizonte con ojos impasibles: allá en Guerrero se le espera: no lleva otra mira que la de incorporarse al ejército que lucha contra la tiranía; ¿hasta dónde podrá realizar sus ideas de liberal sin claudicaciones? El futuro lo habrá de decidir; por ahora Benito Juárez no es sino un modesto letrado, pero ya en la sangre le bulle la determinación de hacer de la de Ayutla, no una algarada más, sino la revolución que le dé a México la tónica de una nación moderna.

El día 3 de junio Zaragoza se acerca a Linares, como lo revela este documento escrito con la sencillez del campamento: al margen y en la parte superior, un membrete que dice:

MILICIA NACIONAL DE NUEVO LEÓN RESTAURADORA DE LA LIBERTAD.—Al centro:

En estos momentos que serán las doce del día acabo de llegar a este punto con la fuerza de mi mando y con la de esa ciudad que se me ha incorporado hoy en el rancho del Borracho, tan luego como la tropa tome su rancho continuaré mi marcha y le aviso a V. para que se sirva mandar se me tenga listo el cuartel, alojamiento de oficiales y el forraje necesario para la caballada, pues es probable que mi llegada sea ya entrada la noche. Dios y Libertad. Guajuquito Junio 3 de 1855.—*Ignacio Zaragoza*. Sr. Alcalde 1° de Linares.

Mientras tanto, Vidaurri ha conferido a Zuazua el grado de coronel; en el sur neoleonés lo ha secundado don Mariano Escobedo y don José Silvestre Aramberri y se prepara a salir con sus tropas a expugnar Matamoros que se encuentra en poder del general Woll; ya en camino desiste de la empresa, porque ha sabido que el 8 de julio había regresado a Saltillo el general Valentín Cruz con la vanguardia de la brigada del general Güitián, enviada por Santa Anna para someter a Vidaurri, quien de regreso a Monterrey continúa la marcha hacia la capital coahuilense.

Cruz había lanzado un manifiesto a los pueblos de Coahuila, en el que condenaba el levantamiento de Vidaurri, al que acusaba de provocar una conflagración nacional: pero que el gobierno había organizado “una brillante brigada” al mando del general Güitián, quien exhorta a los coahuilenses a desoír al rebelde y excita a los que lo siguen para que se acojan al indulto decretado el 13 de junio de 1855.

El 22 de julio, el caudillo neoleonés llega con sus tropas frente a Saltillo; Güitián lo espera en el rancho de Las Varas, a escasos dos kilómetros al noreste de la ciudad, y después de un reñido combate, el triunfo se decide a favor de los sublevados; Zaragoza se distinguió en esta su primera batalla por la intrepidez y la bravura con que peleó al apoderarse de la artillería enemiga, por cuyo comportamiento Vidaurri lo asciende a coronel en el propio campo de lucha.

El camino al sur ha quedado expedito para las fuerzas neoleonésas y hacia allá continuará Zuazua con sus efectivos, en tanto que Zaragoza vuelve a Nuevo León con Vidaurri para encargarse de la defensa de los

pueblos del norte del estado amagados por los salvajes que recrudecieron sus tropelías desde que advirtieron que la Guardia Nacional de los pueblos se había concentrado en Monterrey para efectuar las operaciones reseñadas. Al coronel Sepúlveda y a Zaragoza se les encomienda la región de Lampazos, donde éste permanecerá hasta el final del año.

Zuazua, después de la batalla de Saltillo, sigue con rumbo a San Luis Potosí, plaza defendida por Haro y Tamariz y Parrodi, quienes asumen una actitud indecisa; el coronel liberal llega a la hacienda de Morterillos el día 9 de septiembre y el 12 libra un encuentro victorioso contra fuerzas de la guarnición potosina; continúa la marcha hasta la hacienda de Bocas y allí se entera de que Haro y Parrodi, jefes santanistas, andan en tratos con Comonfort que se encuentra en Lagos; con todo, Zuazua quiere atacar San Luis, pero le han fallado las fuerzas de Tamaulipas que le habían ofrecido cooperación; el 20 comunica a Vidaurri la noticia de un convenio celebrado entre los generales conservadores ya citados y Comonfort, quien ha ordenado que esas tropas salgan de San Luis para el sur; Zuazua le sugiere a Vidaurri la necesidad de entrevistar a Comonfort, pues comienza a darse cuenta de la significación política que éste va alcanzando.

El 4 de octubre Zuazua, que ha ocupado la capital potosina, comunica al presidente Álvarez que, en obediencia a órdenes del gobernador Vidaurri, regresa con sus fuerzas a Nuevo León para auxiliar las que se encuentran sobre el Bravo, pues se teme una invasión filibustera. Vidaurri se muestra alarmado y en previsión de ocurrencias lamentables, anuncia el 22 de aquel mes la salida de más tropas al norte, asegurando que podría triplicarlas de contar con recursos, mismos que podría conseguir si se le entregasen las aduanas del Bravo y la de Tampico.

Aun cuando parezca extraño, es hasta el 26 de octubre cuando el caudillo neoleonés reconoce al nuevo orden derivado del plan de Ayutla, pues hasta la fecha viene operando de acuerdo con el de Monterrey; al prestar obediencia pide que EN NUEVO LEÓN Y COAHUILA SE DEJAN LAS COSAS COMO ESTÁN EN EL ORDEN POLÍTICO.

La discreción del gobierno nacional ante estas instancias, hace que Vidaurri se dirija a Comonfort para explicarle la situación de la frontera,

sugiriendo que no se haga caso a los de Saltillo que pretenden separar a Coahuila de Nuevo León, asegurando que los pueblos del primero lo han nombrado libre y voluntariamente su gobernador, por lo que lo más cuerdo es dejar las cosas en el estado que guardan, hasta que el Constituyente determine lo más indicado; también se pronuncia contra el envío de fuerzas del ejército permanente, pues el recuerdo que dejaron es por demás deplorable, y, finalmente, le hace ver “que el carácter de los pueblos de la frontera se ofendería si se mandan empleados de México para atender las oficinas públicas”.

Vidaurri, que ha asumido el mando de las tropas de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, tiene como segundo en jefe al general Juan José de la Garza, gobernador y comandante militar de Tamaulipas, pero lo desconoce por haber desobedecido sus órdenes, iniciándose así una celosa tirantez que hizo imposible la unidad de tamaulipecos y neoleoneses, comprometiendo el éxito de más de una campaña.

En realidad, Vidaurri trata de ejercer un dominio absoluto sobre los tres estados y sobre sus aduanas para armar una división poderosa que permita la defensa del país contra los filibusteros que amenazan la frontera; como no ha conseguido lo que solicita, pide recursos económicos al gobierno federal, porque no quiere seguir gravando a la población para sostener las fuerzas de su mando.

De la Garza se defiende de los cargos que le hace el neoleonés y solicita al Presidente que le indique cuáles son las atribuciones de Vidaurri —que está obrando como si fuese el propio jefe de la nación.

Vidaurri principia a convertirse en un problema; su obstinación le conduce a caminos peligrosos y si se le tolera es por diversas circunstancias, pero sobre todo porque tiene un ejército bien organizado, con gente aguerrida y buenos jefes dispuestos a obedecerlo sin condiciones.

## *Un capítulo de la historia de Nuevo León*

*Un desmán vidaurrista.— Comonfort aprieta el puño.—  
La expedición  
sobre Nuevo León.— La Ciudadela.— La marcha sobre  
Monterrey.— Tratado de paz.— Vidaurri se ha salido  
con la suya.*

Por el engreimiento y la altivez de su conducta Vidaurri es atacado furiosamente en México; se le supone en connivencia con los filibusteros y hasta se le atribuyen conexiones con los autores del vesánico proyecto de la República de la Sierra Madre; tales cargos son una impostura; Vidaurri siempre combatió las incursiones texanas y de ellas hizo tenaz argumento para que el gobierno nacional le cediera los productos de las aduanas del Bravo y de la de Tampico, ya que con ellos se proponía mantener un ejército capaz de defender nuestra frontera.

Lo que no admite dudas es su tendencia a ser autoridad suprema en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas; sólo que en este último estado se encontró con la oposición abierta y sistemática del gobernador Juan José de la Garza, que no era un inexperto en eso de navegar en la política nacional; no ocurrió lo mismo en Coahuila, extenso territorio cuyos pueblos del norte, asediados por los indios, tenían más fácil acceso a Monterrey y en los cuales Vidaurri tenía muchos amigos, porque allí había vivido parte de su juventud y porque sus padres eran oriundos de aquella región.

Así, el 19 de febrero de 1856, de su propia autoridad, expidió un decreto anexando el estado de Coahuila a Nuevo León, pese a la protesta del distrito de Saltillo y del gobernador de la entidad afectada, quien por

falta de recursos no pudo defenderse de la intromisión de su ambicioso colega.

Vidaurri no ignoraba las simpatías que le dispensaban varios constituyentes; el Congreso había iniciado sus labores el 14 de ese mismo mes, y acaso aquella circunstancia lo alentó en su política anexionista que estuvo a punto de suscitar una grave escisión en el partido liberal.

Al presidente Comonfort le causó la peor impresión el desmán del cacique norteño y muy discretamente principió a bloquearlo, cerrándole el acceso a las aduanas del Bravo, por donde pretendería allegarse toda clase de elementos; lo percibió Vidaurri y el 27 de junio se quejaba ante el Ministerio de Guerra de que no se le dejaba pasar armas para sus tropas, al tiempo que solicitaba órdenes precisas en contra de aquella actitud, advirtiendo, además, que Tamaulipas se preparaba para invadir Nuevo León; la respuesta que obtuvo revela el sentir del gobierno nacional, pues el citado ministro en nota del 5 de julio le comunica que el Presidente aprueba la medida tomada contra el quejoso, al que acusa de inobediente, de producirse irrespetuosamente en sus relaciones oficiales, circunstancias que impiden proporcionarle recursos

que sin duda serían contrarios a la causa nacional y al orden que está dispuesto a sostener a todo trance el Excmo. Sr. Presidente.

Cuando V. E. reconozca en todas sus partes y acate las disposiciones supremas como es lo debido y, en fin, cuando V. E. haya obsequiado las que le tiene comunicadas PARA ENTREGAR EL GOBIERNO DEL ESTADO DE COAHUILA, de que aún no se desprende, puesto que en el rubro de sus comunicaciones se titula gobernador del mismo estado y del de Nuevo León, entonces no sólo permitirá la entrega de armamento, sino que se esforzará en proporcionar cuantos recursos sean necesarios para hacer con buen éxito la guerra a los bárbaros, que tan preciso es emprender para garantizar los intereses de los habitantes de Nuevo León.

Vidaurri no pierde de vista al gobernador tamaulipeco; de allá le vendrá el golpe y no yerra del todo, pues aparte de que se preparan fuerzas por aquel rumbo, se fortalece la línea del norte para proteger las aduanas, pues ya el 17 de agosto el general Antonio Canales con el coronel Guadalupe García, se disponen a cubrir esa zona.

Por otro lado el propio gobierno general destaca este mismo mes dos brigadas a las órdenes de los generales Echeagaray y Rosas Landa; el primero se encontraba en San Luis Potosí el 20 de agosto y el segundo se disponía a moverse hacia Matehuala, de donde no habría de pasar hasta nuevas órdenes, seguramente para coordinar las operaciones sobre Vidaurri.

Un hecho más enardeció al gobernador rebelde: el 15 de mayo se había expedido el Estatuto Orgánico, que en su artículo 114 establecía:

Los gobernadores de los Estados y Distritos y los jefes Políticos de los Territorios, serán nombrados por el Presidente de la República y deben ser mexicanos o naturalizados y tener 30 años de edad.

Tal disposición provocó descontentos, ya que se le consideraba contraria a los principios del federalismo que predominaba en el país como bandera de los mejores hombres de la revolución de Ayutla.

Pero Vidaurri se va a cuidar de esgrimir ese argumento; se sigue haciendo el desentendido; tiene la terquedad de las gentes del norte, terquedad que a veces es signo de carácter, pero que a veces también conduce a ofuscaciones que impiden percibir la realidad. Por eso Vidaurri no desmaya; aduce que si se anexó Coahuila, fue porque así se lo pidieron sus pueblos, con excepción de los del distrito de Saltillo que según él, se encuentran al servicio de intereses políticos desacreditados.

Manda emisarios por todas partes: lo mismo al norte de Zacatecas que a la entonces inhabitada comarca lagunera y al propio estado de Durango, cuyo gobernador se queja de un levantamiento efectuado el 14 de septiembre en Cuencamé, levantamiento sólo importante porque revela la esencia del vidaurrismo en el acta levantada por los sublevados y en la que, después de una serie de cargos al gobierno nacional por el abandono en que tiene a los estados, exalta a Nuevo León y “su digno jefe” que trata de formar un estado “compacto y fuerte” (insistente terminología vidaurrista), por todo lo cual solicitan:

La anexión al estado de Nuevo León; que vuelva a la Presidencia de la República don Juan Álvarez; que se revoque el Estatuto Orgánico; que

cuanto antes se expida la Constitución; que se supriman las alcabalas; que se respete la independencia y la soberanía de los estados en su régimen interior para formar su hacienda, nombrar sus autoridades y reformar su entidad política; que se eroguen los gastos necesarios para hacer la guerra al salvaje y que esta campaña en la frontera norte se encomiende a Vidaurri, a quien de lo acordado se le remite copia y, finalmente [ingenuidad o cinismo], que se invite al gobernador de Durango para que secunde este plan.

Si se examina, aun cuando sea someramente, esta proclama, se verá cómo el cuerpo de ideas que contiene coinciden con el liberalismo en su interpretación más radical, mismas que Vidaurri sostiene apasionadamente... pero a condición de que se le deje el dominio de la frontera.

Por hechos como el citado, el gobierno nacional, un tanto alarmado, se dirige a los gobernadores de los estados de San Luis Potosí, Tamaulipas, Jalisco, Guanajuato, Coahuila, Veracruz, Zacatecas y México, para que se mantengan en comunicación entre sí respecto a cualquier movimiento de Vidaurri para evitar que contamine a otros pueblos, informando, por último, que ya se cuenta con fuerzas suficientes para someterlo.

Las autoridades militares calculaban que el sublevado norteño no disponía de más de 1,200 hombres, pero en su mayoría bien montados, lo que hace que Rosas Landa pida que le manden más fuerzas de caballería; durante todo septiembre se registra una serie de encuentros: en el norte de Tamaulipas donde andaban Vidaurri y Zuazua forzando la puerta de los pueblos del Bravo; en la región de Ciudad Victoria contra las tropas de De la Garza y en el norte de San Luis contra las de Rosas, pues ya merodeaba por allí una gruesa fracción vidaurrista al mando de Aramberri.

El 16 de octubre llega Rosas Landa a Matehuala con ánimo de seguir a Saltillo para aliviar la presión que Vidaurri ejerce sobre el norte y facilitar, además, el éxito de la columna tamaulipeca, cuyo jefe, general De la Garza, le propone en nota que aquél recibe el 18, obrar combinadamente de modo que arreglando jornadas y fechas coincidan en Monterrey, calculando éste que cubrirá el trayecto en quince días y suplica a Rosas le avise, si acepta, cuáles serán sus jornadas. Como éste no tiene objeciones indica

que seguirá su marcha por La Presa, El Salado, San Salvador, Encarnación, Tanque de la Vaca (hoy Gómez Farías), Aguanueva y Saltillo; sólo que después de haberse comprometido, el 20 de octubre recibe la orden de no avanzar más allá de Matehuala sin disposición expresa del ministro de la Guerra, lo que viene a malograr el plan concertado, pues Rosas perderá siete días, mientras De la Garza, confiado en el compromiso, avanza sobre Monterrey, ya que desde el 22 se movía por Santa Engracia con 700 hombres y siete piezas de artillería.

Rosas no pierde el tiempo, pese a la contrariedad que le produjo la inexplicable orden recibida; invita a Aramberri, que se encuentra en El Canelo, para que vuelva a la obediencia y evitar esta pelea entre gentes del mismo partido; Aramberri se siente halagado, pero defiende a su caudillo, de quien dice que desea terminar pacíficamente este conflicto “concedida como está ya la unión de Coahuila y Nuevo León”; que ya se dirige a Vidaurri dándole cuenta de estos comunicados, “en la inteligencia de que si no transige yo y mis fuerzas correremos la misma suerte”.

¿Cuál era la situación del insubordinado y con quién contaba para contener estos tentáculos que tratan de estrangularlo? Por el norte lo combaten Canales y Guadalupe García; por el este lo viene atacando De la Garza; por el sur la poderosa columna de Echeagaray y Rosas; pero por el oeste le queda su refugio: el desierto.

Vidaurri cuenta con Zuazua, su genio militar, que le acompaña en las operaciones de la frontera; con Zaragoza que en realidad asume la responsabilidad de contener a Garza, y con Zaragoza, Zayas, jefe nominal de la columna, y Mariano Escobedo; y allá por el lejano sur con Silvestre Aramberri.

En ésta, como en otras campañas, Zaragoza llevará el peso de la pelea; sin perderle los pasos a Garza que avanza desde Victoria, Zaragoza sólo dispone de 300 hombres; su gallo de pelea es Escobedo a quien mantiene en contacto con el enemigo que trae ya 800 soldados y 9 piezas de artillería.

El 22 de octubre llega Zaragoza a Linares para esperar un refuerzo prometido y hacer una resistencia en firme, mientras tanto, seguirá retardando el avance enemigo; se dirige a Vidaurri sin darle muestras de

abatimiento y le comunica que sale para El Salero donde están los 300 hombres de Zayas con los que seguirá tiroteándose con Garza, pero indica que si se le echa encima con toda la fuerza se replugará a Villagrán, donde continuará deteniéndolo para dar tiempo a que llegue el auxilio de Monterrey.

El 24 llega Garza a Linares en camino para Cadereyta, de acuerdo con lo convenido con Rosas Landa, a quien le corre traslado de su marcha, apercibiéndolo de que al situarse en el último punto citado se lo comunicará para que le diga si lo aguarda o sigue para Monterrey. Por lo visto el general tamaulipeco ignoraba la demora de la columna del sur.

El 25 se repliega Zaragoza a Montemorelos y como no ha recibido el refuerzo, le sugiere a Vidaurri, en nota de esta fecha, la necesidad de proceder con mayor actividad; cree no equivocarse al asegurarle que las aspiraciones de Garza son las de ocupar Monterrey antes de que la columna del sur pueda venir en su ayuda, por lo que, si se manda una fuerte fracción de caballería a dicha ciudad, el triunfo vidaurrista será seguro. Sigue batiéndose informalmente y ordena la salida de los trenes de guerra por el camino de Cadereyta con rumbo a la capital neoleonesa.

Se queja de la falta de cooperación de la gente de Linares que no se da cuenta de

que la cusa que sostenemos es la del pueblo y la guerra es la de los principios únicos que realmente les aseguren a los fronterizos sus intereses y respectivo bienestar –y continúa–. Muy grandes son las necesidades de mis fuerzas, pero se han resignado a sufrir antes que exasperar a los pueblos con préstamos que sean cuales fueren las circunstancias siempre serán odiosos;

por estas palabras hablaba la rectitud del joven miliciano, rectitud que habrá de contrastar con la conducta de Garza “que saludó a Linares con un préstamo de veinte mil pesos”.

La tarde del mismo 25, ya con nuevos informes, participa a Vidaurri que Garza trae de 800 a 1,000 hombres, que es casi seguro que ocupará Monterrey en combinación con las fuerzas del interior que acaso se encuentren ya por Saltillo.

El 27 llega la columna tamaulipeca a Montemorelos “y mañana, dice Garza, seguiré a Cadereyta”. Ese mismo día Rosas Landa que se encuentra transitoriamente en San Luis, se dirige al ministro de Guerra aclarando la situación militar y apunta que, de acuerdo con la combinación convenida, Garza emprendió la marcha sobre Monterrey el 18 de este mes de octubre; que de conformidad con el plan que oportunamente aprobó Comonfort, también él (Rosas) emprendió la marcha, pero que hallándose ya en Vanegas recibió la orden de fecha 20 donde se le decía que no pasara de Matehuala, por cuyo motivo hubo de retroceder; “todo esto vino a destruir el plan concertado”, lo que tal vez provoque fatales consecuencias y sobre todo “que se pierda la oportunidad de destruir de un solo golpe esta revolución escandalosa que sirve de apoyo a los motines que tienen lugar en el interior de la República”.

A las cuatro de madrugada del 30 llega Zaragoza a Monterrey; viene optimista, no obstante que el día anterior sufrió Escobedo un revés en Loma Larga, donde según Hinojosa, su vencedor, perdió 46 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Verdaderamente estoy lleno de satisfacción porque he visto el espíritu de estos buenos ciudadanos (se refiere a los de Monterrey) y estoy seguro que llegado el momento en el acto se alistarán más de mil infantes con lo que basta para detener al amigo Garza, mientras que usted si lo tiene a bien puede cortar la retirada por el rumbo de La Mota o Linares;

con estas palabras se dirige Zaragoza a su jefe y le anuncia su propósito de marchar a Cadereyta donde esperará sus órdenes; que le mande armas y cápsulas y le insiste en que no se descuide destacar fuerzas sobre Linares, “pues de esto depende la ruina total de Garza”.

El 31 Rosas Landa se encuentra en camino de Saltillo y teme que a causa de su retardo la haya pasado mal el gobernador de Coahuila, don Santiago Rodríguez, quien con 300 hombres se movió de Mazapil hacia la capital coahuilense, confiado en la ejecución del plan.

Zaragoza no pudo ya marchar a Cadereyta, porque Garza se le adelantó avanzando sobre Monterrey; lo había hecho cubrir su derrotero

en 13 días, cuando tal vez le hubiera bastado la mitad de ese tiempo; Zaragoza rápidamente procedió a concentrar sus fuerzas en La Ciudadela, lugar así conocido en la ciudad, y en donde las ruinas de un templo no concluido, le servirán de trincheras; “seguramente para las doce del día recibiré el saludo de la artillería”, comentaba con sereno humorismo; se había reunido en ese lugar, para salvar los pertrechos de guerra, pues contando sólo con 700 hombres, no podía establecer una línea con la movilidad requerida.

Su plan es claro y así lo dice a Vidaurri:

En vano encareceré a S. E. el empeño que tomo para entretener al enemigo, mientras se acerca esa división cubriendo su retirada u obrando de cualquier modo que exijan las circunstancias;

tiene noticias, y así lo participa, de que las fuerzas invasoras temerosas de un fracaso tratan de evadirse a Saltillo

esforzando su paso por esta ciudad para salvarse poniéndose en contacto con Rosas Landa; esta operación acaso no se realice, pero de todos modos si S. E. tiene por conveniente violentar las marchas, nada habrá que desear... En este momento se ha presentado la caballería enemiga.

En efecto, en esos instantes recibió Zaragoza un pliego de Garza donde le fija un plazo perentorio para rendir la posición o en caso contrario iniciar el ataque; la respuesta fue sencilla y precisa: “Desde luego puede usted comenzar sus operaciones militares”.

Todavía le quedarán tiempo y serenidad para escribirle otra nota a Vidaurri que a marchas forzadas viene del norte, donde en verdad no logró el éxito esperando y en la que le habla de la contramarcha de Rosas Landa y don Santiago Rodríguez, lo que “nos pone en actitud de operar con seguridad sobre don Juan de la Garza”.

Respecto al proceso y resultado de la acción, dejamos la palabra al propio Garza que en su informe a la Secretaría de Guerra, firmado días después en Saltillo, apunta en la parte relativa, que el día primero ocupó la plaza de Monterrey, que intimó rendición a los rebeldes concentrados en

La Ciudadela a las órdenes de Ignacio Zaragoza, al que atacó durante dos días, hasta que en la mañana del 3 de noviembre supo que Vidaurri estaba a veintidós leguas con fuertes núcleos de caballería, ventaja que le permitió llegar al amanecer con todas sus fuerzas y en estas circunstancias Garza dispuso la retirada, “sufriendo los fuegos de la población civil que ocupaba las azoteas”, y de esa manera vino a dar a Saltillo donde se encuentra con 800 hombres.

El 3 de noviembre ya se encuentra Rosas Landa con su brigada en San Salvador y a corta distancia lo sigue Echeagaray con la suya; el 6 llega a Aguanueva, allí se entera de lo de Monterrey y escribe una nota para el ministro de guerra afirmando de nuevo que atribuye a su orden del 20 de octubre el desastre ocurrido, pero no deja sin lo suyo a Garza que desoyó sus indicaciones de no atacar La Ciudadela y de fortificarse en El Obispado o en la Cuesta de los Muertos, mientras le llegaban refuerzos. Informa asimismo que se han reunido en Saltillo, las tres brigadas para formar una división mandada por el general más antiguo, que lo es el propio Rosas Landa; al tiempo que todo esto ocurre, Zayas, a quien Vidaurri había encomendado la protección de su línea del norte, sufre serio descalabro a manos de Guadalupe García en Camargo, Tamaulipas, quien afirma haberle causado 600 bajas, cifra exagerada, pues no llegaban a ese número los efectivos de la fracción rebelde.

Vidaurri siente que se le echa encima una columna que, según el decir de Rosas Landa, cuenta con 3 generales, 35 jefes, 279 oficiales y 3,477 de tropa, con 880 caballos, 19 piezas de artillería, cerca de 3,000 rifles de todas clases, 606 sables y dotación de parque en abundancia, además de todo lo necesario para los servicios de intendencia, sanidad, etcétera.

Por esta razón, Vidaurri echó mano del recurso político y para el efecto remitió el día 7 de noviembre a Rosas Landa dos notas, una oficial y otra privada, en las que se duele de la agresión que sufre su estado, de la división del país en “fracciones encarnizadas” y del peligro que todo esto significa para la causa liberal, por cuyos motivos ha tomado la resolución de proponer la paz para que se le escuche y se acuerde lo que más convenga a la tranquilidad y prosperidad de la nación; comenta cómo

esta lucha la debilita y alienta a los filibusteros texanos que aprovecharán esta circunstancia para la consumación de un atentado y para el que se encuentran ya preparados; “cualquiera que sea el vencedor ¿a quién beneficia todo esto?”, pregunta en uno de los párrafos.

Advierte que esta campaña no terminará con el triunfo de las armas, que “jamás pueden domar el carácter de hombres resueltos, a quienes favorece el conocimiento del terreno y protege el clima”.

Aun cuando considera que Rosas no tiene facultades para arreglar la paz definitivamente, no cree que le falten instrucciones para admitir como preliminares una suspensión de armas. Luego le desliza un tanto como temor y otro tanto como amenaza:

Créame Ud., Sr. Gral., si esas tropas que vienen sobre Nuevo León y Coahuila llegaran a sujetarnos por la fuerza, éste y otros estados los perdería México infaliblemente. No es ésta una proposición aventurada, es la realidad que ministran los datos que obran en mi poder y que me han servido durante mi administración para contrarrestar esas tendencias, cuyo servicio, con otros que he prestado a la patria, se me han correspondido con llamarme anexionista y traidor suponiéndome de acuerdo con los que tienen preparado todo para hacer la República de la Sierra Madre.

En seguida expresa que en acatamiento a su propuesta de paz, ha designado a los licenciado Domingo Martínez y Manuel Antonio Morales para que, además de dar explicaciones sobre los temas citados, vean la posibilidad de un avenimiento de manera “digna del gobierno y del estado sustraído a la obediencia”, por lo que desea saber si está dispuesto a oírlo para, en tal caso, concurrir en persona o “mandar una persona ad hoc”; que si consigue su propósito quedará tranquila su conciencia y si no, “corramos la suerte que Dios nos tenga deparada a los que ha visto el gobierno como hijos bastardos y quizá no tendrá que lamentar pronto las consecuencias”.

Para escribir estas notas que explican su conducta y su pensamiento, Vidaurri no ha podido sustraerse a la altivez de todos sus actos, raíz de serias enemistades en su inquietante y azarosa carrera.

Rosas Landa debe haberse quedado confundido con la serie de problemas planteados y también ha de haber reflexionado sobre las consecuencias de que se le habla; así, no obstante que tiene en su favor la superioridad de elementos, opta por responder que se siente complacido por la solicitud de Vidaurri, diciéndole el día 9, que puede mandar sus emisarios y que la suspensión de armas sólo la concederá para tratar, “de otra manera, no”.

El 10 de noviembre recibe a los comisionados en Ramos Arizpe, quienes traen la peregrina petición de que la división de Rosas se retire a Matehuala mientras se formulan los tratados; Rosas les contesta indignado que no dará un paso atrás y que sólo los escuchará si de antemano reconocen y obedecen “al supremo gobierno”.

En todos estos ajustes, quien llevaba la peor parte era De la Garza, pues en caso de un arreglo, le tocaría seguir lidiando al vigoroso caudillo norteño; desde Saltillo el general tamaulipeco se dirige a la Secretaría de Guerra para informar sobre las operaciones de su columna, atribuyendo lo de Monterrey al incumplimiento del plan de campaña concertado con oportunidad, pues ni las fuerzas del norte se le reunieron en Cadereyta, ni las de Rosas Landa se acercaron a Saltillo en la fecha convenida.

Por fin y después de varios días de deliberaciones, el 18 de noviembre, en la Cuesta de los Muertos, campamento de Rosas, se perfeccionó el tratado de paz, que siguiendo más o menos su texto, presenta los siguientes acuerdos:

1. Nuevo León vuelve a la obediencia del supremo gobierno.
2. Cesando los motivos por los que las gentes de Nuevo León emplearon las armas, se retiran a sus hogares. Igualmente las tropas de la división Rosas Landa, arreglada la paz, restablecida la concordia y ya sin objeto su presencia en la ciudad de Monterrey, se retiran a cumplir otras órdenes de la superioridad, renunciando por tal motivo a la invitación que para pasar a dicha ciudad hizo al general Rosas el jefe de las fuerzas de Nuevo León.

3. SE HA CONVENIDO EN QUE LOS PUEBLOS DE COAHUILA SIGAN UNIDOS A NUEVO LEÓN, mientras se ratifica su voluntad en este punto de la manera siguiente: por medio de una circular que les girará el general Rosas Landa, la primera autoridad política de cada lugar reunirá solemnemente a los ciudadanos para que hagan o rechacen dicha ratificación por votos nominales en que expresen afirmativa o negativamente su voluntad, entendiéndose que ésta es enteramente libre en ambos sentidos. Cada autoridad se asociará de cuatro personas honradas que le ayuden en la votación: dos que estén por la unión y dos por la separación.
4. Sumados los votos en este sentido, se levantará un acta firmada por la autoridad y los asociados, remitiendo original al general Rosas Landa para que pasándola al supremo gobierno pueda hacerse la computación y declarar cuál es en definitiva el sentir de los pueblos. También se remitirá copia al gobierno de Nuevo León.
5. No se comprende en este escrutinio al distrito de Saltillo, que seguirá gobernándose como hasta aquí, mientras se expide la Constitución.
6. El supremo gobierno otorga al de Nuevo León subsidio mensual de ocho mil pesos para su defensa contra los bárbaros, cuya suma se destinará exclusivamente a ese objeto, dando cuenta de esto al gobierno de dicho estado.
7. Vidaurri declara que, como la cuestión que termina no tuvo otra mira que obsequiar la voluntad del pueblo que le confió sus destinos, ofrece entregar el gobierno “al Presidente del Consejo”, conforme al Estatuto de Nuevo León, “esta idea la propuso al abrirse las conferencias, sin que el señor general Rosas tocara dicho punto”.
8. “El estado de Nuevo León declara que en lo sucesivo será el más firme apoyo del gobierno nacional y contribuirá por todos los medios posibles al engrandecimiento de la República”.

9. En esta cláusula se expresa que se olvida todo lo pasado; se reconocen los méritos de la división Rosas Echeagaray (se les olvidó De la Garza) y, por último, “soldados permanentes y fronterizos se dan la mano de amigos por medio de sus respectivos jefes”.
10. “Este tratado sólo tiene por objeto restablecer la paz y no afecta derechos de tercero. En fe de lo cual lo firman los infrascritos en el día y paraje citados.– *Vicente Rosas.– Santiago Vidaurri*”.

Vidaurri se había salido con la suya; de hecho se aprobaba la anexión de Coahuila, pues el recurso de ratificación no presentaba problema alguno para el cacique fronterizo, muy hábil y ejecutivo en esta clase de menesteres; había obtenido un subsidio de consideración, si se toma en cuenta el poder adquisitivo de la moneda en aquellos días; cierto que renunciaba al gobierno, pero seguiría mandando, ya que eran sus amigos los que quedaban; la fuerza política también era suya y, sobre todo, dejaba a salvo su orgullo de caudillo: las fuerzas que fueron enemigas no pisarían su territorio; todo lo consiguió sin disparar un cartucho, apelando a su habilidad y a un desinterés que tenía mucho mar de fondo. Pronto volvería al poder para darle a la Reforma días alentadores en su comprometido nacimiento.

El 20 de noviembre, desde Saltillo, Rosas Landa le endulzaba la boca a De la Garza, declarando que, siendo de la mayor importancia su presencia en Tamaulipas, disponía que regresara con su brigada ese mismo día, siguiendo el camino de Rinconada, Puerto del Durazno, Pesquería, Cadereyta, Linares y Victoria (obsérvese que no debía tocar Monterrey), asignándole la misión de recobrar Tampico, cuya guarnición acababa de sustraerse a su mando.

Hasta el 13 de diciembre Vidaurri pondría en posesión del gobierno de Nuevo León al “Excmo. Sr. Presidente del Consejo, Lic. don Juan Nepomuceno de la Garza Evia”.

El 10 de diciembre el general Manuel María Calvo, con recursos proporcionados por el Directorio Conservador recién fundado en México,

sedujo y sublevó en San Luis a gran parte de la fuerza de Rosas Landa que apenas llegaba de su expedición sobre Vidaurri, y el 23 de ese mismo mes, el gobierno de Nuevo León preparaba ya una brigada que al mando de Aramberri operaría en la entidad potosina en defensa del gobierno nacional.

Zaragoza era el jefe del Sexto Cantón Militar con cuartel general en Monterrey y en obsequio de las órdenes recibidas, se disponía a reclutar 430 hombres que le correspondían a su jurisdicción para formar parte de la brigada aludida y recomendaba a los alcaldes que los escogieran entre los “más valientes, campistas, expertos en el manejo de las armas, honrados para que no deserten y extravíen los objetos que se ponen en sus manos, [procurando] que sean aquellos que hagan menos falta a sus familias e intereses”.

Vidaurri, durante este turbulento periodo, no había descuidado otro frente de gran significación: el del Congreso Constituyente, con muchos de cuyos diputados mantenía una correspondencia activísima; contaba con tantos simpatizantes, que al redactarse el texto constitucional se legalizó el atraco, pues no otra cosa era su decreto de incorporación de Coahuila a Nuevo León; ya el presidente Juárez, cuando Vidaurri le falló, al desertar de su condición republicana, le devolvería a Coahuila el ejercicio de su soberanía.

En la campaña contra Garza, la primera que Zaragoza dirige personalmente, principian a sobresalir sus mejores cualidades guerreras; va dejando el semianonimato en que ha vivido; ha demostrado habilidad para operar ventajosamente por propia iniciativa; optimismo que lo preserva de temores infundados; decisión oportuna y hasta temeridad en cada crisis; sentido político reflejado en cuidar el buen nombre de su causa y de su jefe, al evitar exacciones y abusos en los pueblos; serenidad sin precipitaciones para juzgar los acontecimientos; fortaleza física para soportar las jornadas, en trece días de vigilante y atareada defensa no lo rinde la fatiga; aptitud y sensibilidad humana para tratar y manejar su gente, cuidándola y llevando su misma vida, por eso fue siempre querido de su tropa, la que hace los héroes y la que finca las victorias sin obtener ventajas.

A todas esas cualidades añadiría la adhesión personal de sus jefes, en cuanto no comprometieran con su conducta la integridad de los principios republicanos; por todo eso Vidaurri no carece de razón al decirle más tarde: “para mí usted y Zuazua son la misma persona”. De esta manera identificaba al joven miliciano con quien representaba su amistad más entrañada.

Pero cuando en la crisis de septiembre de 1859 se encontró Zaragoza ante el dilema de Vidaurri o La Reforma, su determinación no admitió vacilaciones: se quedó con La Reforma.



## *El año de la Constitución*

*Intransigencias y veleidades.– Motines,  
sublevaciones y algaradas.–  
Un suicidio político.– Comonfort y la coalición de  
gobernadores.*

El año 1857 se va a convertir en un verdadero periodo de prueba para los reformistas; los conservadores utilizan todos los medios para sembrar la alarma y la desconfianza en el ánimo público, en tanto que los moderados no las tienen todas consigo, pues piensan que la nueva Constitución ha ido demasiado lejos, al tiempo que los radicales sostienen que ha dejado sin resolver problemas fundamentales.

Estas agitaciones se traducirán en levantamientos, motines y polémicas, pero Comonfort va dominando la situación en el orden militar; a los conservadores les advierte que la Constitución señala los caminos para introducir aquellas modificaciones que los afectan y de la misma manera se conduce con los liberales puros; quiere ser el hombre conciliador entre unos y otros, con la esperanza de encontrar las fórmulas jurídicas que permitieran la convivencia pacífica, pero introduciendo los principios democráticos capaces de estimular el progreso del país.

Desafortunadamente dentro del ejército privaban todavía los residuos del santanismo y esto constituía una amenaza para la paz pública, más aún cuando el poder económico y el poder eclesiástico trataban de utilizarlo para la defensa de sus intereses.

Presionado Comonfort por unos y otros, asumía una conducta de vacilaciones, pues aun cuando en el fondo sustentaba lo mejor de la doctrina

liberal, no se atrevía a enfrentarse abiertamente a una situación que consideraba peligrosa para la tranquilidad del país.

Efectuadas las elecciones asumió la Primera Magistratura, pero ya deslizaba la intención de modificar la Carta del [18] 57 en muchos de los aspectos que se consideraban inoperantes o reñidos con los sentimientos religiosos del sector mayoritario del país.

Los conservadores desconfiaron de las intenciones del Presidente y decidieron obligarlo a suspender la vigencia de la Constitución, proponiéndole que ejerciera dictatorialmente el poder, mientras se convocaba a un nuevo congreso que decidiera en definitiva sobre el orden jurídico que según ellos mejor respondiera a los intereses nacionales.

Comonfort no se atrevía a dejar a los suyos que eran los hombres de Ayutla, pero tampoco se decidía a colocar a la reacción en su sitio; de esta suerte trataba de ganarse a los moderados, cuya posición ideológica compartía, para buscar un avenimiento con los conservadores; éstos no perdieron el tiempo, acentuaron sus agitaciones, las propagaron entre los jefes militares, mientras los radicales por su parte no daban su brazo a torcer y se enfrentaban a las otras dos facciones.

Entre coqueteos y complacencias llegó Comonfort al fatídico mes de diciembre en que con una lamentable debilidad entró en acuerdos con militares, con líderes reaccionarios y con políticos moderados, para aceptar el 17 de aquel mes el Plan de Tacubaya encabezado por Zuloaga y que venía a constituir una derogación del estatuto en virtud del cual Comonfort era jefe de la nación. Este golpe de Estado fue la consecuencia lamentable de sus indecisiones, de las timideces de los moderados, de la inconsistencia de algunos radicales, de la agitación conservadora que venía exacerbando a la conciencia pública con la propaganda desde la prensa y el púlpito contra de la Constitución; este complejo de circunstancias va a formar el ambiente propicio para la resurrección cuartelera.

Veamos cómo ocurrió tamaña defección:

A Ocampo, desde 1854, no le interesaba tanto desplazar a Santa Anna, como acabar con el santanismo que era “el conservatismo de los soldados, de los que se proclamaban partidarios de la Iglesia para

explotarla mejor, de los aventureros del cuartelazo y del sablazo en ambos sentidos” y lo que estaba ocurriendo era precisamente lo que la causa de Ayutla y la Constitución misma no habían tenido tiempo de destruir.

Parece incalificable que el propio Presidente se reuniera con gentes de las diversas facciones para conocer su opinión y orientar su conducta, cuando ésta se la marcaba la carta fundamental.

Pero así sucedía; en una junta efectuada el 15 de diciembre de 1857 en Tacubaya y a la que concurrían Comonfort, su ministro Payno, Baz y Zuloaga (moderados el primero y el segundo, radical el tercero y reaccionario el último), se llegaba a la conclusión de que no era posible gobernar al país con el código aprobado y por cuya vigencia Comonfort era Presidente desde el primer día de aquel mes; en consecuencia era urgente reformarlo, la Constitución señalaba los caminos para introducir cualquier enmienda, pero el Presidente, que conocía bien a los hombres del Congreso, puros en su mayoría, desconfió del recurso legal que le parecía dilatorio y de problemáticos resultados, y se resolvió por el menos indicado: el del golpe de Estado.

La suerte de la Constitución estaba echada; era imprescindible nulificarla; sólo que en el país había gobernadores de cepa liberal con los que no se podía contar; examinadas las entidades más importantes, se advertía la necesidad de controlar a De la Llave, gobernador de Veracruz; a Doblado, de Guanajuato y a Huerta, de Michoacán. Baz respondió del de Veracruz, Comonfort utilizaría el conducto de don Manuel Siliceo para ganarse a Doblado, amigo muy personal del Presidente, y Zuloaga se encargaría del de Michoacán; en esta campaña proselitista entró también la invitación al de Jalisco.

Sólo que Huerta le informó a Parrodi, gobernador jalisciense, sobre la carta que acababa de recibir firmada por Zuloaga y con una posdata de Payno, en la que se le invitaba al movimiento proyectado; fue este documento el que, al llegar al Congreso, porque no faltó quien lo remitiera, desencadenó la tormenta y se determinó llevar al gran jurado al ministro Payno y llamar a Juárez, que lo era de Gobernación, para que informase. Juárez, que sí conocía lo que estaba sucediendo, puesto que ya había

rechazado la solicitud de Comonfort para seguirlo en su aventura, creyó más prudente serenar los ánimos y aseguró a los diputados que la situación no era tan grave como se presumía.

Fue esa carta la que descubrió la conjura y la que violentó los acontecimientos; el 17 de diciembre proclamó Zuloaga el Plan de Tacubaya que desconocía a la Constitución y que conservaba a Comonfort en el poder con facultades dictatoriales, pero asesorado por un consejo de gobierno; ese mismo día, Juárez y el presidente del Congreso fueron aprehendidos, quedando prisioneros en el Palacio Nacional.

Comonfort, en el error más grande de su vida, formó su consejo de gobierno en el que se encontraban distinguidos liberales de todos los matices: don José Fernando Ramírez, don Felipe Berriozábal, don Ignacio de la Llave, don Juan José Baz y don Sebastián Lerdo de Tejada. Estas designaciones principiaron a suscitar desconfianzas entre los militares reaccionarios.

Mientras ocurrían los acontecimientos, desde el 23 de diciembre se venía formando la coalición de gobernadores para sostener la Constitución, alianza que integrarían los de Aguascalientes, Colima, Querétaro, Guerrero, Michoacán, Guanajuato, Zacatecas y Jalisco, estado este último donde se radicaba el foco del movimiento y cuyo entusiasta mandatario, el Gral. Anastasio Parrodi, preparaba infatigablemente la defensa en el terreno en que casi siempre los pueblos deciden las grandes crisis de su historia: el de las armas. Más tarde se incorporaría también el dinámico gobernador de Nuevo León y Coahuila, don Santiago Vidaurri.

El horizonte se le encrespaba a Comonfort; no se sentía alentado, considérese la nobleza de su espíritu, para batir a sus viejos compañeros de armas; esta nueva indecisión y la forma de integrar el consejo de gobierno, provocó la desconfianza de su compadre Zuloaga, santanista marrullero y soldado de escaso valimiento, quien preparó un cuartelazo más, auxiliado por dos nuevas figuras: Luis G. Osollo y Miguel Miramón, jóvenes intrépidos y soldados de la más rigurosa formación militar.

Comonfort trató de echar paso atrás; quiso restaurar la Constitución y reunir al Congreso que días antes había mandado disolver, pero ya era

tarde. El 11 de enero de 1858 se registró la asonada que desconocía al Presidente; éste dejó escapar a Juárez, quien marchó a Guanajuato para lanzar, cuatro días más tarde, un manifiesto en el que anunciaba que, de conformidad con la Constitución y una vez que Comonfort destruyó los títulos de legalidad de su investidura, asumía el Poder Ejecutivo, cuyo encargo le correspondía dado su carácter de presidente de la Suprema Corte de Justicia, e invitaba a los gobernadores y al pueblo mexicano para que se aprestaran a sostener la vigencia de la Constitución.

En la capital se registra una serie de encuentros, pero a la postre son sometidas las fuerzas leales; el 21 de enero Comonfort abandona la ciudad para lanzar después un manifiesto revelador de los propósitos que lo animaron a aceptar lo de Tacubaya y en cuyo documento dimite formalmente de su encargo, para expatriarse después. Así terminaba la gestión de un hombre que quiso hacer de la política una aventura sentimental. Los apretones de manos que tanto preocupaban a don Melchor Ocampo, habían rendido fatalmente su cosecha.



PARTE SEGUNDA

La Guerra de Tres Años

1858

El año del reto conservador



## ***Benito Juárez entra en la historia***

*El compadre Zuloaga, presidente.– Benito Juárez.– Salamanca.  
El cuartelazo de Guadalajara.– Un gobierno trashumante.– Don  
Santos Degollado.– Veracruz, ciudadela de la esperanza.– Las  
milicias de los estados.– Escenarios y ciudades claves.– Los  
hombres del drama.*

De acuerdo con la sublevación del 11 de enero de 1858, Zuloaga era Presidente y después de formar su consejo de gobierno con los conservadores más calificados, se preparó a combatir a las fuerzas de la coalición que se encontraban en el Bajío comandadas por Parrodi, al que acompañaban Manuel Doblado, José María Arteaga, Epitacio Huerta y Juan N. Rocha; contaban con treinta piezas de artillería y siete mil hombres, que situaron en las cercanías de Celaya, mientras el ejército conservador se organizaba en Querétaro al mando de Osollo; tal era la situación el 14 de febrero.

Ese mismo día llegó Juárez a Guadalajara con los miembros del gabinete que había organizado en Guanajuato el 19 de enero: don Melchor Ocampo, su ministro de Relaciones y Guerra; don Santos Degollado, de Gobernación; don Guillermo Prieto, de Hacienda y don Manuel Ruiz, de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

Ante la conducta expectante de Parrodi, Juárez comisionó a Degollado para que le sugiriera activar las operaciones, con objeto de impedir que el enemigo se vigorizara; desgraciadamente las cosas ocurrieron de distinto modo; los constitucionalistas se replegaron a Salamanca, donde fueron

aniquilados el 10 de marzo, y el 11, después del desastre, Doblado capituló en Romita dejando sus ochocientos hombres a las órdenes de Osollo.

El 13 de marzo se pronunció en Guadalajara el teniente coronel Antonio Landa y aprehende al Presidente y sus ministros; se entablan negociaciones y después de un dramático episodio con el que pudo terminar la vida de Juárez y ante la inminencia de la llegada de Parrodi que regresaba con los restos de su derrotada columna, se logró la libertad de los prisioneros; Juárez nombró a Parrodi ministro de Guerra y abandonó la ciudad la madrugada del 20, pues Osollo se encontraba a una jornada. Parrodi, que se quedó defendiendo la plaza, capituló también y el jefe conservador se volvió a Lagos; consideró terminada la campaña; se le olvidó que el verdadero caudillo iba camino de Colima.

En esta ciudad, el 5 de abril, le asignó a Degollado el supremo mando militar con amplios poderes en Hacienda y Guerra, al tiempo que determinó buscar para sede del gobierno una ciudad mejor comunicada y decidió trasladarse a Veracruz.

Después de azarosas jornadas se embarcó con sus ministros en Manzanillo el 14, llegó el 15 a Acapulco; una semana después a Panamá; cruzó el istmo; se reembarcó para La Habana; continuó a Nueva Orleans y, finalmente, navegó hasta Veracruz, adonde llegó el 4 de mayo.

Veracruz será por espacio de dos años ocho meses el baluarte de La Reforma y la ciudadela de la esperanza; desde allí el Presidente indio resistirá los asedios y los embates más enconados en el orden político, pero desde allí, también, marcará los rumbos de un nuevo capítulo de la historia.

Las milicias de los estados van a ganar la Guerra de Reforma, como sesenta años más tarde ganarían la Revolución; se van a enfrentar a un ejército organizado, con jefes expertos y suficientes elementos de combate; a un ejército que desde los primeros años de la República viene detentando el poder, si bien dividido en banderías internas, pero ahora unificado porque los ciudadanos armados que van a combatirlo se pronuncian contra sus privilegios y los de la institución que fue siempre su aliada, privilegios que habían impedido el desarrollo del país.

Entre los estados que asumen la responsabilidad de sostener la Constitución bajo la dirección de Benito Juárez, se significan: en el norte, Nuevo León y Coahuila, cuyo territorio no pisarán los conservadores sino hasta cuando lleguen amparados por las armas francesas seis años después; más acá, Zacatecas, tierra de ascendencia liberal; en el occidente, Jalisco, raíz del movimiento constitucionalista, y Michoacán, guarida de bandoleros para la reacción, venero de paladines para La Reforma; de allí saldrían su cerebro y su apóstol: Ocampo y Degollado.

Los escenarios de la contienda van a ser: en el norte, San Luis Potosí y Zacatecas con proyecciones hasta Aguascalientes y Guanajuato; el Bajío, donde habrán de librarse batallas importantes, y Jalisco, en cuyo suelo habrá de integrarse a la postre la poderosa columna que con la de González Ortega formará el ejército victorioso de La Reforma.

Como los estados no disponen de recursos para sostener sus fuerzas en los campos de operaciones, las ciudades donde pueden obtenerlos se convierten por ese solo hecho en objetivos militares; en esa situación se encontrarán: San Luis Potosí, llave del norte con comunicación directa a Tampico, puerto de acceso para las remisiones de armamento; Zacatecas y Guanajuato como significados centros mineros con casas de moneda, y Guadalajara, clave de occidente y de los puertos del Pacífico; también debe señalarse la zona del Bajío como altamente productora de elementos de boca para los ejércitos en pugna.

Figuras dominantes del liberalismo serán: en el centro don Santos Degollado, valeroso, constante, irreductible; Epitacio Huerta, Pedro Ogazón, José María Arteaga, Leandro Valle, José Justo Álvarez y don Manuel Doblado, quien, después de su lamentable capitulación, volvió a la brega con su caudalosa experiencia política y su claro talento jurídico. En Zacatecas, Jesús González Ortega, el bizarro caudillo que dirigirá batallas decisivas, y en el norte, Santiago Vidaurri con sus bravos chinacos: Juan Zuazua, Ignacio Zaragoza, Miguel Blanco, José Silvestre Aramberri, Pedro Hinojosa, Mariano Escobedo y Julián Quiroga.

En el bando conservador sobresaldrán: Luis G. Osollo, Miguel Miramón, Leonardo Márquez, Adrián Wool, Francisco Vélez y Tomás Mejía, para no señalar sino las figuras titulares.



***Licenciado don Benito Juárez.***

Tales son los escenarios y los hombres que van a decidir el destino de la Constitución; unos y otros van a tropezar con un problema común: la falta de recursos económicos; sólo que el bando reaccionario cuenta con un apoyo que si no se comporta con la liberalidad requerida, es, con todo, un factor del que carecen los constitucionalistas, que tienen que quitarle por la fuerza lo que a los conservadores les concede de grado.

Las Guardias Nacionales de los estados no tenían preparación militar, ni la tropa, ni los jefes; su formación quedaría confiada a las vicisitudes de las campañas. La misión de sus hombres de mando era por demás ardua, pues junto a la atención de los planes de operaciones, tenían que ocuparse de la organización política de las comarcas ocupadas y de allegarse recursos para el sostenimiento de sus tropas y de los servicios que reclama todo ejército en actividad.

La falta de formación militar provocará conflictos no siempre serios, pero siempre entorpecedores del éxito; los altos mandos tendrán que tolerar excesos y desobediencias; sus subalternos son voluntarios y habrá de tardar tiempo para crear una disciplina que no nazca de las brutalidades del cuartel y de los rigores de la ordenanza, sino de la convicción del que pelea por algo más que el poder, por el imperio de una Constitución, necesaria para liberar a México de sus estorbos tradicionales.

Escapa al propósito de esta obra examinar los pormenores de las operaciones en este primer año del drama reformista, pero para ir descubriendo la figura de Zaragoza es preciso diseñar los trazos generales del movimiento de las fuerzas para destacar el de aquélla de donde va a salir este inflexible defensor de la República.



## *Nuevo León y Coahuila por la causa constitucionalista*

*Zaragoza ha formado un hogar.– “Con dos mil de los míos...”  
Vidaurri reconoce a Juárez.– El contingente norteño.– Sobre el  
norte potosino.– Miramón en Zacatecas y, luego, a San Luis.  
Puerto de Carretas.– Zuazua expugna Zacatecas.– Osollo en  
auxilio de Miramón.– Miramón sobre Guadalajara.– Muerte de  
Osollo.– Miramón sobre San Luis Potosí.– Vidaurri se  
siente estratega.– Aqualulco de Pinos.– Un tal Miguel Blanco...–  
Degollado gana y pierde Guadalajara.– El saldo del primer año.*

Ahora remontémonos a 1857 para examinar de cerca cómo se fue preparando la participación del estado de Nuevo León y Coahuila para la Guerra de Reforma, así como los sucesos más significados en la vida de Zaragoza. En realidad el año citado fue de relativa tranquilidad; en la frontera no existían efervescencias partidistas; la opinión liberal era decisiva; Vidaurri sostenía en el norte de San Luis Potosí la brigada comandada por Aramberri, a fin de estar al tanto de cualquier movimiento como el que provocó el general Calvo en la capital potosina y cuyas fuerzas habían sido aniquiladas.

Zaragoza continuaba en Monterrey, donde el 21 de enero contrajo matrimonio con la señorita Rafaela Padilla; los sponsales se efectuaron en la catedral de la ciudad; los casó el presbítero Darío de Jesús Suárez; el contrayente declaró ser nativo de Bahía de Espíritu Santo y vecino de la localidad desde la infancia, hijo del extinto capitán Miguel Zaragoza y de doña María de Jesús Seguin; la novia dijo ser oriunda y vecina de

Monterrey, hija de don José María del mismo apellido, ya finado, y de doña Justa de la Garza; fueron testigos del acto don Miguel Zaragoza y don Tomás Núñez.<sup>6</sup>

En febrero de ese año el Ayuntamiento adjudicó a la madre del coronel Zaragoza “un pedazo de tierra como para una manzana” en el repueblo al oriente de la ciudad, predio que, de acuerdo con el avalúo pericial, adquirió la solicitante en veinticinco pesos.

También en ese año aparece un litigio de tierras en que el coronel Zaragoza pide al Ayuntamiento, en *enfiteusis perpetuo*, el excedente del terreno que usufructúa don Pedro Garza sin título alguno y por el que, no obstante ser propiedad municipal, Garza no ha pagado tributo alguno desde hace tres años; se trata de un predio agrícola que el inculpado defiende, pues dice poseerlo desde hace mucho tiempo; desconoce la facultad del ayuntamiento para dirimir el negocio, quejándose de que quienes tratan de despojarlo lo hacen confiados en que carece de influencias y relaciones; el asunto se desenvuelve hasta terminarlo y por lo visto Garza se quedó con el terreno.

Zaragoza seguía disfrutando de la confianza muy personal de Vidaurri; éste, en diciembre de aquel año dispuso enviar a México un grupo de jóvenes para que estudiaran en la escuela de agricultura, pues el cacique norteño sentía la necesidad de mejorar las técnicas agropecuarias en su entidad; con ese motivo comisionó a Zaragoza para que los acompañara, por lo que alrededor del 20 de diciembre tomó la diligencia con ellos para la capital de la República.

El 25 llegaban a la hacienda de Vanegas; Zaragoza ya sabía algo de lo de Zuloaga, pues en carta dirigida a Vidaurri le hablaba de un levantamiento

---

<sup>6</sup> La señora doña Rafaela Padilla de Zaragoza en realidad nació en la hoy villa de Hidalgo, N. L., en cuya parroquia se conserva el acta de bautismo levantada el primero de noviembre de 1836, por lo que al contraer matrimonio tenía 20 años y tres meses, en tanto que Zaragoza se acercaba a los 28.

En relación con el matrimonio de Zaragoza se conserva la tradición familiar de que ya para celebrar el acto religioso, un día antes, hubo de salir al desempeño de una comisión delicada y urgente, por cuyo motivo lo representó en la ceremonia su hermano Miguel. En el acta respectiva no consta esta circunstancia y se registran los hechos como si hubiera estado presente el novio.

en San Luis encabezado por Moret, pero al mismo tiempo le informaba que el gobernador Eulalio Degollado le había opuesto resistencia; “se dice, apunta Zaragoza, que este movimiento es para secundar el que en México ha hecho la Brigada Zuloaga de acuerdo con el ministro de guerra, García Conde”; ante estas circunstancias le pedía instrucciones a Vidaurri sobre la conducta a seguir, pero mientras tanto continuaría su tránsito.

Vidaurri al calibrar la gravedad de los acontecimientos le dirigió a Zaragoza el 29 de diciembre una nota en la que le hacía ver:

El estado en que se encuentra la cosa pública me hace poner a usted esta carta con el objeto de que en el acto que la reciba disponga volverse para esta ciudad, porque ni usted ni los jóvenes que lleva han de ser bien recibidos, ni conviene que continúe su viaje... ésta la mando al administrador de correos de San Luis encargándole que le ponga a usted un expreso violento que lo alcance... apresure usted su vuelta y disponga de éste su amigo y servidor que lo estima...

La nota no llegó a su destino y Zaragoza siguió su viaje hasta México, donde habría de ser testigo y actor modesto en los sucesos que culminaron el 11 de enero de 1858 cuando Zuloaga se rebeló contra Comonfort.

En esos días Zaragoza pudo reunirse con un grupo de fronterizos que se encontraban en la capital y entre los que se hallaba el licenciado Miguel Blanco, encargándose con ellos de contribuir a la defensa de la iglesia de San Pedro y San Pablo que atacaban ferozmente los rebeldes; fue entonces cuando, al percibir la desorganización de las tropas, la falta de mandos y las frecuentes deserciones, se dice que exclamó un poco vanidosamente: “con dos mil de los míos en este instante, les quitaba La Acordada, La Ciudadela y hasta las ganas de pelear, y luego ahorcaba al arzobispo”.

Cuando Comonfort, ya derrotado, salía de la ciudad, Zaragoza se puso a sus órdenes, pero como aquél renunció a su encargo, el soldado norteño regresó a México para tomar la diligencia con rumbo a Monterrey; en el camino fue asaltada primero por un grupo de reaccionarios que no lo molestaron porque lo creyeron comerciante, y después, antes de llegar a Querétaro, por una banda de ladrones, que rechazaron pistola en mano él

y su asistente, dejando malherido a uno de los malhechores, que murió al llegar la diligencia a Querétaro.

Vidaurri redobló sus actividades ante el sesgo que habían tomado las cosas; así, el 31 de enero de 1858, después de haber convocado al Congreso local para legalizar la actitud que se proponía asumir en defensa de la Constitución, se dirigió al presidente Juárez para felicitarlo por haber asumido el poder que legítimamente le correspondía después del golpe de Estado; al referirse al manifiesto con que el nuevo mandatario justificaba su actitud, le decía que lo consideraba como el hombre capaz de unir al gran partido liberal tan disperso en matices circunstanciales, “cuyos trabajos y anteriores sacrificios hoy vendrán en sus manos a producir sus verdaderos efectos: LA PACIFICACIÓN Y PROGRESO DEL PAÍS BAJO EL IMPERIO ABSOLUTO DE LA LEY”.

Le participaba que con mil hombres el Estado de su mando tomaría la iniciativa sobre San Luis en un término de quince o veinte días, mientras preparaba otros dos mil para que siguieran a los primeros en caso necesario; que no había obrado con mayor celeridad porque sufría aún las consecuencias que le crearon infinitos obstáculos: la guerra contra Santa Anna, la que sostuvo para defenderse de Comonfort y luego la que, por orden del mismo, se hizo contra los reaccionarios de San Luis.

Para poner en campaña los mil hombres de caballería que mencionaba y que en parte habían avanzado sobre Matehuala, tuvo que valerse de diversos medios que si fueron suficientes para organizarlos y equiparlos, no lo serían para mantenerlos en los lugares donde tendrían que operar. Lo mismo le sucedería con los mil infantes y los mil caballos más que estaba preparando para unirlos a los primeros, contando ya con una dotación de doce piezas de artillería; todo esto lo efectuaba sin echar mano de los efectivos destinados a la persecución de los bárbaros, que venía consumiendo los precarios recursos del estado. Hizo estas advertencias para que se pensara en la forma de allegarle cuanto fuera necesario para mantener las tropas en campaña.

Señalaba el hecho de que Tamaulipas podía ofrecer similares contingentes en cuanto superara la discordia doméstica, ya que las tropas

de aquel estado combatían en Tampico al general Tomás Moreno, enemigo personal del gobernador De la Garza.

En la misma nota destacaba Vidaurri una súplica muy de él: la de que “nunca se nos manden tropas a estos puntos”, reiteración que confirmaba la actitud del caudillo neoleonés para mantener en forma absoluta su autoridad en el territorio de su gobierno.

Poco después, en febrero del mismo año, le decía al presidente Juárez que San Luis sería recobrado en breves días por las fuerzas de Nuevo León y Coahuila que iban en marcha y le anunciaba que también él la emprendería con las últimas tropas que estaba levantando. Se entusiasmaba al informarle del magnífico espíritu que prevalecía en el norte del país y pecando de un optimismo exagerado añadía:

Yo estoy cierto de que aun suponiendo que desaparezcan las fuerzas de los señores Parrodi y Doblado, con sólo las nuestras y las de Michoacán es bastante para restablecer el orden... encargo a usted de nuevo estén preparados para mantenernos, Y LE RECOMIENDO CUIDE SU PERSONA PORQUE REPRESENTA LA LEGALIDAD QUE DEFENDEMOS, Y EN CASO DE VERSE AMAGADO CONVENDRÍA QUE SE RETIRARA A LOS PUNTOS MÁS SEGUROS Y QUE PRESTEN TODA GARANTÍA... yo tengo confianza en el señor Parrodi no obstante los cuentos que corren y que considero maniobras de los enemigos para introducir la división, sin embargo es preciso estar alerta, PORQUE YO NO TEMO A LAS FUERZAS DE LOS REACCIONARIOS, SINO A LOS MALDECIDOS CONVENIOS Y A LOS PASTELES CON QUE SIEMPRE SE DESENLAZAN LAS CUESTIONES POLÍTICAS QUE SE HAN OFRECIDO DESDE NUESTRA EMANCIPACIÓN... en fin, ocúpese usted de los de México, que los de San Luis y de Tampico corren de mi cuenta y de la del señor Garza que obrando de acuerdo restableceremos el orden en estos puntos.

La conducta y el pensamiento de Vidaurri no pueden ser más claros, gallardos y precisos, pues se revela como un liberal ajeno a transacciones y dispuesto a pelear hasta el fin.

Ya a mediados de enero de [18] 58, de acuerdo con los planes de Vidaurri, Zaragoza se disponía a salir con la columna norteña, cuya sección de vanguardia se le había encomendado como coronel en jefe.



***Doña Rafaela Padilla de Zaragoza.***

La propaganda que por todos los medios se había hecho contra las fuerzas de Nuevo León y Coahuila, no podía serles más desfavorable; de ellas se afirmaba que, acostumbradas a luchar con los bárbaros, eran crueles y sanguinarias, eficaces en todos los atropellos, sin respeto para los pueblos y las personas, y hasta llegaba a propalarse que traían gavillas de salvajes adiestrados para sembrar el terror.

De esta manera, al llegar Zaragoza el 3 de febrero a la población potosina de Venado, la encontró punto menos que desierta, pues muchas de sus gentes se habían refugiado en los montes vecinos, en tanto que otras emigraban hacia el sur.

Ahora el joven soldado daría la medida de sus convicciones al dirigirse al prefecto del lugar, para ordenarle que esa misma tarde

se sirva manifestar a todo el vecindario que nadie tiene que temer de las fuerzas de mi mando, sea cual fuere el modo de pensar respecto de cosas políticas de los individuos que lo componen, pues antes bien sus opiniones serán respetadas como una de las más importantes garantías que todo ciudadano debe gozar en sociedad...

Y que por lo mismo debían volver a sus hogares con toda seguridad, en la inteligencia de que si no lo hacían al tercer día,

no podremos menos que considerarlos como enemigos del orden constitucional, y como tales serán perseguidos en su persona o intereses conforme a la ley, como justamente deben serlo los que de cualquier manera hayan prestado algún servicio o cooperación a los enemigos de aquella causa que la nación sostiene a costa de tantos sacrificios.

Esta nota revela el espíritu liberal, tolerante y respetuoso de creencias e ideas, del mismo modo que perfila al soldado enérgico y decidido a luchar contra los enemigos de la causa que sostiene.

A consecuencia del desastre que el ejército constitucional al mando de Parrodi sufrió en Salamanca el 10 de marzo, Vidaurri redobló sus actividades para reforzar sus efectivos, pues sabía bien que sobre el norte encaminaría el enemigo todo el peso de sus fuerzas, alentadas por una

victoria tan completa que hizo capitular a Doblado, primero, y a Parrodi, después.

Seguramente por ese motivo dispuso que Zaragoza se presentara en Monterrey, donde encuentra a su primogénito Ignacio, de cuatro meses de edad, tan gravemente enfermo, que fallecía el 18 de marzo.

Entonces, como lo confirmaría después, demostró que por encima de sus sentimientos familiares se encontraba el cumplimiento de sus deberes como mexicano, como reformista y como soldado.

Cuatro días más tarde la emprendió hacia el sur con el mando de tropas para reforzar a don Juan Zuazua que operaba ya en San Luis; el 24 de marzo llegó Zaragoza a Rinconada, Nuevo León; el 27 a Saltillo, donde se detuvo a recoger las fuerzas de distintos lugares para formar su brigada; a consulta de Vidaurri opinó en términos muy favorables para el coronel Pedro Hinojosa que enemistado con De la Garza en Tamaulipas, se había incorporado al Ejército del Norte, cuya es la denominación que llevarían las huestes comandadas por Vidaurri; Zaragoza le solicitó el envío de oficiales, pero que fueran jóvenes, decentes y de vergüenza; pedía también que se le mandara al doctor Castillo para el servicio de la tropa, pues “los dos médicos que traigo además de estar siempre borrachos, uno de ellos no sabe castellano”; al abonar la conducta de Bruno Lozano, lo proponía para comandante del primer escuadrón.

El 29 de marzo anunció su salida de Saltillo rumbo al sur después de vencer mil obstáculos; participa que don Luis Cepeda, vecino del lugar, le proporcionó todo lo que le pidió con excepción de “ocho cargas y media de piloncillo que no pudo conseguir, pero éstas las mandé sacar de otras casas de comercio” y en su informe llega hasta el escrupuloso detalle de comunicar que “además de los trescientos dieciséis pesos que le entregó el alcalde primero últimamente”, ha recibido de la pagaduría trescientos sesenta y seis pesos que formaban el total de seiscientos ochenta y dos pesos que era de lo que disponía al marchar.

Ya para el 7 de abril se hallaba en Matehuala, donde sigue aumentando su brigada con nuevos contingentes enviados por Vidaurri, todos dotados de buen armamento y municiones; mientras, esperaba la llegada de Hinojosa para entregarle la jefatura del segundo batallón.

La prolongada sequía entorpecía la marcha, pero ya el 11 del mismo mes pasaba por la hacienda de Solís con la mira de unirse a don Juan Zuazua que amagaba San Luis y esperaba todas estas tropas para salirle al encuentro a Miramón que desde el 7 se había movilizadado de Guadalajara sobre Zacatecas y la capital potosina.

Zuazua, como general en jefe de la columna, la distribuye en tres fracciones a cierta distancia unas de otras; al coronel Zayas lo sitúa en Bocas con ochocientos hombres, a Zaragoza en Venado con parecido contingente, mientras él sale con 1,500 rifles al encuentro de Miramón, quien, sin combatir, ocupó Zacatecas, donde dejó al general Manero con 800 plazas, para seguir a San Luis, en cuyo tránsito y en el lugar denominado Puerto de Carretas lo esperaba la columna norteña; Miramón trató de forzar el paso y a las primeras horas del 16 de abril principió el combate que en realidad resultó adverso para el caudillo conservador, pues sólo con una parte de sus tropas logró salvar el obstáculo, mientras el resto se retiró a la hacienda de La Parada, quedando así fraccionada la columna reaccionaria; Miramón llegó a San Luis por la noche después de haber perdido cerca de cuatrocientos hombres entre muertos y heridos.

En tanto que éste se reorganizaba, Zuazua simuló retirarse dejando a Zayas y a Zaragoza en observación del jefe conservador, pero en realidad a la cabeza de 3,000 hombres y llevando por subalternos inmediatos a Blanco y Aramberri, se dirigió a Zacatecas en cuyas inmediaciones se encontraba el 27 de abril; atacó la plaza por la noche y la tomó después de diez horas de combate, capturando al propio general Manero y al coronel Antonio Landa, el que atentó contra la vida de Juárez en Guadalajara, y a los que, con otros jefes prisioneros, mandó fusilar tres días después.

El gobierno conservador que disponía ya de una división al mando de Osollo para atacar Veracruz, sorprendido por la ocupación de Zacatecas, determinó cambiar el objetivo de aquella fuerza y ordenó que marchara a reforzar a Miramón, recogiendo de paso las fuerzas del Bajío, todo para combatir a las de Zuazua.

Pero mientras Osollo, que tenía instrucciones de tomar el mando de todas las tropas, se unía a Miramón a fines de mayo, Degollado, Blanco y Ogazón preparaban el sitio de Guadalajara; esta circunstancia obligó a fraccionar el ejército conservador que tenía que defenderse por el norte del amago de Zuazua y por el sur de las operaciones de Degollado; por eso, a mediados de junio, Miramón salía con cuatro mil hombres sobre la capital tapatía dejando a su jefe, Osollo, con dos mil en San Luis.

Ante la proximidad de Miramón, Degollado levantó el sitio de Guadalajara, a donde llegó el primero el 23 de junio; allí le esperaba una mala noticia: cinco días antes, víctima de fiebre había muerto Osollo en San Luis.

Miramón se convertía en el primer caudillo conservador; pero un nuevo acontecimiento le amargaría el victorioso recorrido: el 30 de junio, Zuazua con sus fuerzas se apoderó de San Luis después de cuatro horas de combate.

Sin embargo, Miramón siguió a Degollado para librar el 2 de julio la incierta batalla de la Barranca de Atenquique en la que perdió la mitad de sus tres mil doscientos hombres, más por deserción que por otra circunstancia; volvió a Guadalajara el 8 y salió el 16, porque supo que fuerzas de Zuazua a las órdenes de Aramberri habían tomado la ciudad de Guanajuato, otra plaza de gran importancia.

Desde tiempo atrás, Vidaurri reiteraba a Degollado que no hiciera mayor caso de Guadalajara y Colima, que lo urgente era dirigir toda la acción sobre el Bajío para destruir el núcleo principal del enemigo y que los demás lugares, logrado esto, caerían muy fácilmente; para el efecto le proponía atacar la región citada con las fuerzas de Michoacán por el sur y las de Zuazua por el norte.

Miramón marchó a San Luis con un ejército de seis mil hombres y treinta y siete piezas; llevaba de subalternos a Márquez, Mejía, Vélez y Díaz de la Vega; el día 11 de septiembre, desde el valle de San Francisco, dio cuenta de la derrota que propinó Mejía en el puerto de San Bartolo a la columna de Aramberri que había abandonado Guanajuato, derrota que fue suficiente para que Vidaurri, que hacía poco había llegado a San Luis,

abandonara la ciudad con rumbo a Bocas; Miramón se quejaba de apuros económicos y advertía al gobierno conservador que si no se le remitían de ochenta a cien mil pesos para poder llevar la campaña hasta Zacatecas, se vería en la necesidad de entregar el mando supremo a su segundo, para volver a la capital a recibir órdenes.

El 13 de septiembre, Miramón ya se encontraba en San Luis y el 25, con seis mil hombres y treinta y siete piezas marchó sobre Vidaurri que lo esperaba en Ahualulco, con un ejército también de seis mil hombres y cuarenta y dos pizas; Vidaurri había reunido lo mejor de sus tropas, mandadas por Zuazua, Zaragoza, Aramberri, Zayas, Hinojosa y Quiroga; después de tres días de operaciones, el 29 se libró el ataque final con la derrota total de los liberales; cuatrocientos muertos, muchos heridos y cien prisioneros, más la pérdida de veintitrés piezas, fue el saldo en contra de las fuerzas comandadas por Vidaurri, que en esta ocasión trató de probar lo que no tenía: genio militar.

Don Manuel Z. Gómez, que concurrió a esta batalla dice que:

Zaragoza desde la tarde del día anterior en que el enemigo se avistó amagando las posiciones ocupadas por el ejército constitucional por distintos rumbos al que en los días anteriores había procurado atacar, manifestó con la modestia que le caracterizaba, lo oportuno que sería salir al encuentro del enemigo antes de que formara su campamento, y batirlo por su izquierda cuando comenzaba a hacerlo a la misma del nuestro. Un movimiento que empezó Zaragoza con su cuerpo, hizo creer que en efecto así se iba a verificar; pero después contramarchó por orden superior y todo siguió en el mismo estado, hasta el siguiente día que se consumó la derrota. A Zaragoza se le colocó en la derecha, en donde permaneció hasta la conclusión del combate con sólo dos compañías, porque de las otras se había dispuesto para reforzar el centro, y con ellas emprendió la retirada, salvando la artillería que tenía y que fue la única que se escapó en aquella malhadada acción [que fue para Miramón el mejor presente, pues ese día cumplía 26 años].

El desastre fue de tal magnitud, que la madre de Zaragoza en angustiada carta del 4 de octubre le suplicaba a Vidaurri que le informara cuál había sido el fin de sus hijos (Ignacio y Miguel) “en esa jornada desgraciada, pues debe usted contemplar señor general, cuál será la crítica situación en

que me hallo a la vez que no he tenido ni la más leve razón de ellos ni de mi hijo político Morelos” (José María Morelos, esposo de Genoveva Zaragoza).

En tanto que esto ocurre, “un tal Miguel Blanco”, soldado reformista injustamente olvidado, se movía sigilosamente desde Morelia al Bajío y sin tocar Toluca llegaba hasta Tacubaya para atacar sin fortuna la ciudad de México; esto alarmó a Miramón, que al saber lo de la campaña de Blanco, salió de San Luis con una pequeña escolta y su estado mayor dirigiéndose a México a marchas forzadas que le permitieron cubrir en sesenta horas más de quinientos kilómetros.

Guadalajara había caído en manos de Degollado el 28 de octubre después de prolongado asedio. Márquez, que había expugnado Zacatecas, marchaba sobre dicha ciudad incorporándose a Miramón que también se dirigía al mismo objetivo; derrotaron a Degollado en Poncitlán, lo siguieron hasta Colima y en la Barranca de San Joaquín lo destrozaron el 26 de diciembre; el 30 volvió Miramón a Guadalajara donde se encontró con la noticia del Plan de Navidad, secuela del que proclamó en Ayotla el 23 de diciembre el general conservador Miguel M. Echeagaray, jefe de la división de oriente que el gobierno tacubayista había destacado para atacar Veracruz; el citado plan, sin reconocer a Juárez, prometía un programa de tipo liberal a base de arreglos. El 24 en México, 43 generales se reunieron para hacerle algunas modificaciones; Zuloaga había sido depuesto y Robles Pezuela, comandante militar de la plaza, se adhirió al pronunciamiento, asumió el mando supremo provisionalmente y pidió a Miramón que secundara el nuevo plan, pero éste rechazó indignado aquella nueva militarada.

Juárez, en un manifiesto lanzado el 29 del propio diciembre, enjuició estos acontecimientos, declarando que eran el fruto de un grupo, el reaccionario, que no tenía el freno de la ley y que se convertía en una horda de motineros que ayer elevaron a Comonfort, después a Zuloaga, más tarde a Echeagaray, ahora a Robles Pezuela y mañana a cualquier otro.

Ha concluido el primer año de la Guerra de Reforma; Vidaurri con los suyos se ha retirado a Nuevo León y Coahuila para reorganizarse y

desarrollar nueva campaña; no ha dado su brazo a torcer, ni ha amenazado a Juárez con resignar el mando si no lo favorece con recursos.

Zaragoza ocupa desde noviembre la comandancia del sexto cantón con cuartel general en Monterrey; ha obtenido una experiencia de lo que es la campaña en grande escala y pronto entrará al campo de las grandes acciones con paso propio; no se destacará sorpresivamente con fulguraciones efímeras, su ascenso será lento, pero seguro, y no habrá ni fuerza ni consideraciones que puedan detenerlo.

En este primer año de lucha reformista se han registrado estas acciones importantes: Salamanca, Puerto de Carretas, Zacatecas, Atenuquique, San Luis Potosí, Guanajuato, Ahualulco, Techaluta, Poncitlán, San Joaquín y tres veces en Guadalajara; de éstas, seis fueron ganadas por los liberales, seis por los conservadores y una indecisa; de las seis que corresponden a los reformistas, cuatro se le apuntan al Ejército del Norte; las fuerzas estaban equilibradas; la lucha no lleva trazas de terminar, pues tardará tiempo para que el fiel de la balanza se incline a favor de los constitucionalistas que van adquiriendo una preparación combativa de primer orden.



1859

El año de La Reforma



## *Panorama general*

*Los problemas del gobierno.– La mano extraña en el destino patrio.–  
Primer sitio de Veracruz.– Un señor Mac Lane.– Las Leyes de  
Reforma.– La penuria, fatal consejera.– Una crisis nacional.*

Mil ochocientos cincuenta y nueve fue para el México liberal el año de las grandes definiciones, pero también el de los más peligrosos apremios del exterior.

Con las Leyes de Reforma se le dio sentido cabal a la Constitución de [18] 57, en la que muchos problemas fundamentales apenas asomaron, pues su planteamiento no pasó de los agitados debates parlamentarios. Deslindados los campos hasta llegar a las armas, los liberales decidían, por fin, darle a sus ideas expresión legal para modificar la estructura económica, jurídica y social del país, encaminándolo hacia un nuevo orden.

Juárez y los suyos sufrían la prueba más crítica; sin recursos para organizar y armar sus efectivos a fin de decidir la contienda, tenían que defenderse no sólo del enemigo interno, alentado por las victorias obtenidas sobre Degollado y Vidaurri, sino también de los aliados europeos con que contaban los reaccionarios, no menos que de las pretensiones de los norteamericanos que se habían manifestado amigos de los liberales.

Pero el problema cardinal de estos últimos era su penuria; cierto que el gobierno constitucionalista era dueño de las costas y los puertos principales, pero las regiones productoras y consumidoras, que son las que alientan las transacciones con el exterior, se encontraban en poder de

los conservadores, circunstancia que hacía imposible contar con ingresos procedentes de la exportación y la importación.

Quedaba otro recurso: el de acudir al empréstito extranjero; pero ese expediente implicaba graves peligros para la integridad del territorio o para la soberanía nacional; ante estas expectativas, el país, como cincuenta años más tarde, haría la revolución con sus propios recursos; sólo que los más cuantiosos pertenecían a la Iglesia, que había mezclado su ministerio y coludido sus intereses con los del grupo conservador; de esta suerte, y esto no era cosa nueva, precisaba debilitar al enemigo por todos los medios y entre éstos el más efectivo era el de privarlo de la mayor parte de sus ingresos; la medida no perseguía precisamente ese único propósito, sino también el de liberar propiedades y capitales estancados, para estimular el desarrollo económico de la nación, combatiendo la concentración de la propiedad, aumentando el número de poseedores y arrebatándole al clero su función crediticia, que constituía un instrumento eficacísimo para ganarse la opinión y la voluntad de su adinerada clientela.

Las cancillerías europeas habían reconocido al gobierno tacubayista; un intrigante diplomático, el ministro francés M. Gabriac, soñaba en un protectorado y atizaba la hoguera de las reclamaciones franco-británicas, cuyo cobro se pretendía mediante la ocupación de los puertos y principalmente el de Veracruz, en cuyas aguas unidades franco-inglesas apoyaban las exigencias de no pocos usureros sin escrúpulos.

Por otra parte, y allá en el vecino país, donde la causa liberal, por afinidades ideológicas tenía tantas simpatías, apuntaba de nuevo el fantasma del [18] 47; se hablaba de una expedición para resguardar los intereses norteamericanos y garantizar sus reclamaciones; se hablaba de adquirir, por ese medio o por el de la compra directa, nuevos territorios de México; se hablaba de obtener derechos de tránsito a través del Istmo de Tehuantepec y en la zona noroccidental del país, acompañados tales permisos de privilegios arancelarios; por ese mismo camino andaba el presidente Buchanan que aspiraba a la reelección; para lograrla quería fincarla en una hazaña militar o una ventaja territorial y esperaba el momento propicio para obtenerla por cualquier camino.

El amago intervencionista franco-británico agudizó el problema, ahora más serio con la determinación de Zuloaga para obtener un empréstito francés garantizado con bienes del clero, cuya suma se destinaría a comprar barcos de guerra y fortalecer las filas conservadoras con el enganche de un ejército de filibusteros que, organizado por militares extranjeros competentes, hiciera la guerra en toda forma en favor del gobierno tacubayista.

Los Estados Unidos perciben la maniobra y la denuncian; consideran que si la desdeñan se frustrarán sus designios; ellos también deciden que México no podrá consolidarse sin ayuda extranjera y que si no la dan, la dará otro país con perjuicio de los intereses norteamericanos; como la administración conservadora ha tomado el sendero europeo, aquéllos se acercan a Juárez reconociendo su gobierno. ¿Pero a cambio de qué? ¿Cómo van a garantizar sus objetivos?

La situación del gobierno liberal no podía ser más comprometida; en la bahía veracruzana los cañones franco-británicos le apuntaban al corazón; los emisarios del vecino país le ofrecían salvarlo, pero a costa de territorios o jirones de soberanía, y como si todo esto fuera poco, Miramón se acercaba a principios de marzo.

El caudillo conservador después de reponer en el mando a Zuloaga, acató un decreto por el que éste, que se decía autorizado para designar sustituto, lo hizo en favor de Miramón, quien asumió la Presidencia el 2 de febrero, asegurando que la retendría sólo por el tiempo necesario para apoderarse de Veracruz; y sin darse reposo, organizó un ejército que comandaría personalmente; la tarea le parecía fácil porque ya se movían influencias para contar en el ataque con la ayuda de los barcos de guerra extranjeros.

Juárez se defendía por todos los medios; por eso aliviaría la presión europea accediendo más por fuerza que de grado a las demandas presentadas por los reclamantes franco-ingleses, mediante un convenio aceptado por Ocampo con la representación del gobierno constitucional y por el almirante Penaud y el comandante Dunlop por parte de los reclamantes. Gabriac, desde México, se manifestó inconforme con lo

tratado y pidió su reconsideración a la cancillería de su país, pero lo cierto es que mientras ésta resolviera, las embarcaciones permanecerían en plan de neutralidad. Miramón había perdido la primera batalla.

El Presidente conservador, así lo percibe Roeder, para dominar Veracruz tenía ante sí cuatro caminos: asediarlo por hambre, pero se le había escapado el domino de las vías marítimas; ejecutar un sitio de presión y acercamiento, pero los pantanos y el clima que se iban volviendo insoportables para los soldados del altiplano, se lo impedían; desatar un bombardeo fulminante, pero carecía de parque suficiente y adecuado; por último, emprender un asalto a costa de sangre, pero no disponía de las reservas humanas necesarias.

Se trataba de un ejército que había tardado semanas para llegar, pues tuvo que vencer mil obstáculos en el camino, perdiendo un tiempo precioso para sus fines; se trataba de un ejército agotado por las jornadas; que empezaba a ser diezmado por la fiebre; que no contaba con líneas de aprovisionamiento y como si todo esto no bastara, un factor más descabezaría los planes de Miramón, Degollado se encontraba con su ejército en las inmediaciones de México.

Por todo esto levantó el sitio el 24 de marzo y regresó violentamente en diligencia, adelantándose a sus tropas, para jefaturar la defensa de México a donde arribó el trágico 11 de abril, cuando ya había concluido la batalla en que Márquez derrotó a Degollado. Desde estos días Veracruz se convierte en el escenario de otra dramática pelea: la que se libra con el emisario norteamericano Mac Lane, portador de dos proyectos: uno de cesión de territorios y oro de adquisición de derechos de tránsito, los dos respaldados por sus respectivas indemnizaciones; se desecha el primero que apuntaba sobre la Baja California y se controvierte sobre las pretensiones del segundo; la polémica será larga, angustiada, dramática.

Mientras tanto, las fuerzas en campaña se desesperaban por toda suerte de penurias y por la, para ellos, inactividad de los hombres de Veracruz.

No era posible continuar en esa condición de miseria; los recursos podían obtenerse pero a cambio de concesiones inaceptables, entre las

que pesaba ominosamente la venta de Baja California, tan apartada del resto del país y tan cerca del poderoso vecino; para la reelección de Buchanan, allí estaba la clave del éxito.

Algunos consideraban como una fatalidad esa exigencia y hasta principiaban a consentirla, pero Juárez no;

entre el futuro del mandatario norteamericano –comenta Roeder–, y el porvenir de su patria; entre la enajenación del territorio y la nacionalización de los bienes del clero, no era dudosa la alternativa; y abrazando la misión para la cual se vio elegido por la historia, el Presidente mexicano se levantó, lento y firme, cual un hombre cargado de años sin fin, a la altura de su responsabilidad, y, apoyado por la voz activa y pasiva del presente y del pasado, promulgó por fin las Leyes de Reforma.

Su esencia se encuentra en el manifiesto que Juárez y sus ministros lanzan el 7 de julio de aquel año, y en el que se sientan las bases de una nueva política nacional al declarar: la independencia del Estado y la Iglesia; la nacionalización de los bienes que administra el clero regular y secular, así como los excedentes que resultaran de los conventos de monjas una vez deducidas sus dotes; la supresión de las corporaciones religiosas regulares del sexo masculino, secularizando a los sacerdotes que las formaran; la extinción de cofradías, archicofradías, hermandades y, en general todas las corporaciones de esta índole;

cerrar los noviciados en los conventos de monjas, conservándose las que actualmente existen en ellos con los capitales o dotes que cada una haya introducido y con la asignación de lo necesario para los oficios del culto en sus respectivos templos.

Declaraba asimismo que la remuneración de los sacerdotes debía ser fruto de convenios libres con las personas; proclamaba la sumisión del clero a la potestad civil en lo temporal, dejándole los medios para el ejercicio de su ministerio; postulaba garantizar la libertad de culto y la libertad de pensamiento y de expresión, sin más límite que la moral, el respeto a la vida privada y la conservación del orden; anunciaba la adopción del registro

civil y señalaba finalmente la forma en que se procedería para la enajenación de las fincas y propiedades del clero que se declararían propiedad de la nación.

Para los liberales las Leyes de Reforma fueron la respuesta cabal a sus principios; con ellas adquirirían forma legal y de su vigencia dependería la transformación radical del país; pero para los conservadores fueron un bota-fuego; la propaganda en contra del gobierno liberal y las excitativas a defender el antiguo orden con sus bienes y privilegios, se hicieron sentir en todas partes; el peligro que la legislación reformista entrañaba para los intereses creados, acrecentó recursos, pues ahora sí era preciso arriesgarlos; lo que la causa liberal se proponía, no admitía ya duda alguna.

Juárez, en su baluarte de Veracruz soportaría la borrasca y la ira desorbitada de los reaccionarios que le abrumarían con los epítetos de sacrílego, autor de latrocinios, traidor, socialista, materialista, ateo, etc. El clero no había mejorado ni su condición ni siquiera su lenguaje: era el mismo con que cuarenta y nueve años atrás había “fulminado” al *Padre de la Patria*.

Sin embargo, la nacionalización y enajenación de los bienes del clero no daría los frutos que se esperaban, porque muchos se resistían a comprarlos, a causa de la inseguridad de operaciones realizadas con un gobierno cuya victoria era problemática y también porque las mejores propiedades se encontraban en territorio enemigo.

La pobreza del erario constitucionalista llegaba a un grado desesperante; Mac Lane, que pulsaba bien esta condición, insistía en la adquisición de territorios más que en los derechos de tránsito, mientras proponía a Washington una medida grata a Buchanan, la de una expedición punitiva contra Miramón para castigar la muerte de un americano ordenada por Márquez.

Mac Lane y Ocampo en una controversia que parecía interminable, llegaron a la formulación de un tratado lesivo para la soberanía mexicana, porque se compartía con Estados Unidos en derechos de tránsito por el Istmo y por el norte; tal parecía que era el único medio de aplacar el peligro intervencionista; el documento debería ser aprobado por el Senado

americano y por Juárez, pero cuando se sometió al primero, la mayoría nordista, que vio, entre otras cosas, la zarpa suriana sobre nuestros territorios para repetir la hazaña de Texas y constituir nuevos estados esclavistas, le negaría su aprobación como lo veremos después.

La protesta por lo del tratado comprometía seriamente al gobierno liberal y fue preciso que se aclarara que no tendría validez, porque le faltaban dos requisitos: la aprobación del Senado americano y la ratificación de Juárez, quien jugará una carrera peligrosa con el tiempo, y el tiempo vino a serle favorable; ya más tarde, en una situación aciaga, porque se trataba de la defensa nacional, desde Paso del Norte, daría fe de que en materia de cesiones territoriales y derechos de soberanía, no admitía intromisión alguna.

## *Vidaurri vuelve a la carga*

*Una campaña llena de incógnitas.– Zaragoza en la vanguardia. San Luis es el objetivo.– Zaragoza destaca a Quiroga en auxilio de Zacatecas.– Desajustes e insubordinaciones.– Quiroga y González Ortega.– Instrucciones de Vidaurri.– Zaragoza en el mando de las tropas de Nuevo León y Zacatecas.– Batalla del cerro del Rebaje.– Aguascalientes.– Un señor Rincón Gallardo.– Una lección de justicia...– Que Zuazua se ponga al frente del Ejército del Norte.– Anarquía operativa en el país.*

La campaña en 1859 está llena de incógnitas: Degollado, Ogazón, Huerta, Blanco, González Ortega y otros muchos, desarrollan, con destino vario, operaciones de diversa magnitud al principio del año, en que todo parecía desfavorable para la causa reformista; pero allá en el norte, principiaba a encenderse de nuevo el entusiasmo de Vidaurri, no obstante que desconfiaba de la pericia de Degollado empeñado en la campaña de Jalisco. Porque se carecía de cohesión, Vidaurri comenzaba a reclamar unidad de mando en las operaciones, pues las fuerzas de los estados, cuyos jefes natos eran los gobernadores, frecuentemente se resistían a obedecer los planes de campaña cuando no recibían órdenes de su respectivo mandatario; el mismo Degollado, como jefe supremo del ejército, tenía que ponerse de acuerdo con aquéllos para movilizar con más libertad sus tropas; los gobernadores obraban asociándose entre sí, prestándose ayuda económica o bien elementos de tropa, recursos, armas, municiones o vituallas, pero sin someterse a un mando responsable; por eso el caudillo de Nuevo León reclamaba un mando superior para todas las fuerzas del

norte, con la condición de que quedaran bajo las órdenes de un jefe experimentado y capaz; en el retrato que de éste hacía en sus cartas, se percibía con claridad la figura de un hombre: don Juan Zuazua.

Tres meses después del desastre de Ahualulco, Vidaurri se había reorganizado y preparaba el envío de nuevos contingentes al interior del país, y el 9 de enero de 1859, Zaragoza asumía el mando de la vanguardia del nuevo Ejército del Norte, vanguardia que formaría más tarde la primera división del mismo; en carta fechada en Monterrey le anunciaba su salida al gobernador, que se encontraba fuera de la ciudad, y le pedía le adscribiera como colaborador a su amigo el licenciado Manuel Z. Gómez; así lo quería, porque

las fuerzas que se ha servido encomendar a mi dirección, deben obrar independientemente de las demás que se presenten en el interior, allí la cosa pública se complica hoy más que nunca con motivo de los sucesos de México; los jefes de las fuerzas constitucionalistas que tal vez se acerquen a San Luis, Guanajuato y otras ciudades importantes (solicitarán mi concurso) y entonces, así como cuando sea necesario entenderse con las autoridades superiores, necesito ciertamente verificarlo bien en el terreno de la política, que el señor Gómez manejaría satisfactoriamente.

Obsérvese en esta nota lo que ya se ha dicho: Vidaurri no quiere que le fraccionen sus fuerzas o que las mezclen con otras, pues siempre tuvo la impresión, errónea en gran parte, de que las del interior eran indisciplinadas y muy amigas de desmanes, circunstancias que no quería contagiaran a sus hombres.

De Nuevo León y Coahuila continuaron saliendo otras fuerzas para el sur; las comandarían Miguel Blanco, Esteban Coronado y Agustín Zayas, pero Vidaurri recomienda a Zaragoza que si se le reúnen esas tropas, tome el mando de todas “porque sólo en usted tengo confianza para este encargo”; y es que Vidaurri conocía el ascendiente de Zaragoza por su serenidad, su prudencia, su talento y, sobre todo, por su espíritu de disciplina.

La campaña del Ejército del Norte tendría por objetivo la ocupación de San Luis Potosí; el 20 de enero Zaragoza se encontraba en Charcas, pero su vanguardia, que comandaba el teniente coronel Julián Quiroga, se había adelantado con mil chinacos en auxilio de Zacatecas, amenazada por las fuerzas de Joaquín Miramón que venía de San Luis Potosí con mil seiscientos hombres, operación de la que desistió al rechazarlo las fuerzas de González Ortega y Quiroga.

Zaragoza con otras corporaciones, permanecía pendiente de los reaccionarios de San Luis y de lo que pudiera ocurrir en Zacatecas; muy cerca de aquella ciudad, se encontraban las fuerzas de Tamaulipas, cuyo concurso solicitaba Zaragoza para futuras operaciones. Una prueba de la falta de disciplina de algunos jefes improvisados, la dio Esteban Coronado que con su sección abandonó el lugar que se le había destinado en las inmediaciones de San Luis, marchándose a Zacatecas sin órdenes de ninguna especie, insubordinación que comprometió los planes para atacar la capital potosina.

El 28 de enero Zaragoza se encontraba en la hacienda de Solís; desde allí le ordenó a Quiroga que una vez que había desaparecido el peligro en Zacatecas se reconcentrara con sus tropas; pero éste, sin desobedecer, le transmitió la súplica que le había hecho el gobernador González Ortega para que no le abandonara y a la que respondió: “que esto sólo podía resolverlo Zaragoza”, a quien le sugería que accediera, porque el enemigo no estaba distante; con todo, prometía acatar las instrucciones que en definitiva le diera.

De la hacienda de Solís, Zaragoza escribía a Vidaurri para darle cuenta de sus actividades, comunicándole que estaba muy pendiente de Quiroga, para que no fuera a comprometer acción alguna sin probabilidades de éxito y que se desistiera de atacar Aguascalientes, porque dicha plaza podía ser fácilmente auxiliada desde San Luis o Guanajuato y también porque Quiroga carecía de parque suficiente aparte de que sus tropas iban con soldados zacatecanos que “ya sabe usted que valen poco”.

En lo de recursos, refiere que la situación “se ha vuelto una cena de negros” pues todos los jefes a más y mejor se han dedicado a imponer

préstamos en los lugares donde operan, lo que acarrea descontentos que se han agravado con la orden del gobernador potosino, Eulalio Degollado, para que en el distrito de Venado se haga una derrama de veinte mil pesos que se destinarían a socorrer las fuerzas de Tamaulipas. Termina la carta en estos términos: “nada puedo decirle de lo que pasa en el interior porque usted ya sabe que los liberales de por acá no sirven ni para dar noticias”.

Vidaurri le contestó recomendándole que conservara la moralidad y el buen nombre del ejército sobre todas las cosas; que procediera con energía en los casos de mala conducta, remitiendo al cuartel general a los jefes que resultaran responsables de cualquier acto inconveniente; que si le conseguía dinero, mandaría dos regimientos a las órdenes de Zuazua y, por último, le sugería la formación de guerrillas que permanentemente hostilizaran al enemigo.

Zaragoza ordenó a Quiroga que continuara en Zacatecas hasta saber el rumbo que tomaba Joaquín Miramón que se hallaba en Aguascalientes.

Quiroga, por su parte, esperaba que el gobernador González Ortega terminara de organizar mil hombres que se le incorporarían para emprenderla contra Miramón, operación que iniciaría el 2 ó el 3 de febrero; Zaragoza no se sentía confiado del éxito e insistía en que su subordinado se replegara a Bocas, pues no debía olvidar que el objetivo del Ejército del Norte era la ocupación de San Luis, por lo que no podían distraerse tropas en operaciones como la de Aguascalientes, que no consideraba oportuna.

Pero Quiroga seguía en su terquedad; ahora le salía con que el gobernador le pedía que se encargara de jefaturar las fuerzas de Zacatecas para emprender la campaña contra Joaquín Miramón; no había aceptado el encargo, pero ante la insistencia del mandatario zacatecano, le suplicaba a Zaragoza que fuera para que tomara el mando de todas las tropas, pues éstas requerían “un jefe de la pericia y sensatez de que está usted adornado”.

Zaragoza se dirigió el 29 de enero a González Ortega diciéndole que accedería gustoso a que Quiroga se ocupara de la campaña sobre Aguascalientes, pero que tenía órdenes de Vidaurri de mantener todas las

tropas de Nuevo León y Coahuila en observación de los reaccionarios de San Luis, sin empeñar ningún combate; pero le aseguraba que si el enemigo volvía sobre Zacatecas, volaría en su auxilio con mayor número de fuerzas, ya que de diario le estaban llegando nuevos contingentes de la frontera.

En realidad Vidaurri no quiere dispersar sus efectivos porque trata de organizar una poderosa columna para marchar al centro del país y por eso se opone a comprometerlos en operaciones secundarias; desgraciadamente la falta de elementos demorará todavía el propósito del neoleonés.

Las instrucciones que Zaragoza recibió de Vidaurri dan buena cuenta de su capacidad para estar pendiente tanto de la situación del territorio ocupado con sus gentes, como de la conducta que seguían; también le ordenaría que organizara las administraciones de rentas para poder sostener el ejército; que no se recurriera a préstamos, sino cuando las recaudaciones fueran insuficientes; que conservara el orden público, que vigilara al enemigo que se encontraba en San Luis y que persuadiera a don Anacleto de la Rosa, prefecto de Venado y jefe de fuerzas potosinas, de que no podían acatarse las disposiciones de su gobernador, que estaba fuera del estado “al que no presta protección alguna”, porque

los productos y rentas de esos pueblos y los demás recursos que puedan proporcionar no deben emplearse sino en sostener a quienes les dé protección... porque en esta guerra los pueblos no pueden estar sujetos más que a los que los ocupan militarmente.

También rogaba a Zaragoza dijera a González Ortega que no habían marchado más fuerzas, por falta de elementos económicos y que si los podía proporcionar, saldrían con Zuazua los dos regimientos de que había hablado.

Finalmente le sugería organizar el servicio de espionaje sobre el interior, mandando personas bien pagadas para que remitieran periódicos del enemigo y noticias sobre el estado que éste guardaba, puntos que ocupara, jefes que mandaran en esos puntos, número de tropas que tuvieran, estado que guardara la ciudad de México, efectivos con que contaran el señor Degollado y demás jefes constitucionales; y que “comunique cuanto supiere

a fin de no estar en la obscuridad en que nos encontramos, y poder formar un plan de operaciones con datos seguros para cualquier disposición que se tome”.

Zaragoza, por órdenes de Vidaurri, dejó la población de Venado el 7 de febrero para asumir el mando de las fuerzas de Nuevo León y Zacatecas; a marchas forzadas se dirigió a Rincón de Romos donde lo esperaba Quiroga, que impacientemente había avanzado más allá de donde se le indicó, impaciencia que preocupaba a Zaragoza, porque sabía que aquél no disponía de todos sus efectivos, ya que una de sus mejores fracciones la había destacado sobre Fresnillo en persecución de Coronado que había hecho de las suyas en Zacatecas.

El 9 llegaba a Ojo Caliente; allí se informó de que Joaquín Miramón al frente de dos mil reaccionarios venía sobre Quiroga; precipitó la marcha el 10, día en que la columna conservadora se echaba encima de la reformista, para librar la batalla del cerro del Rebaje, que principió a las once de la mañana para terminar a las seis de la tarde con la derrota absoluta del enemigo que tomó el rumbo de Aguascalientes, después de perder la mitad de sus efectivos.

Zaragoza, que llegó cuando había concluido el combate, no salía de su sorpresa al enterarse de la victoria obtenida por sus fuerzas contra un enemigo superior en número; el 11 rindió parte pormenorizado a Vidaurri y le anunció que al siguiente día, seleccionaría una fuerza de trescientos caballos para hacer personalmente un reconocimiento sobre Aguascalientes y, según lo observado, planear la conveniencia de atacarla.

Consideraba indispensable apoderarse de dicha ciudad, “porque de ella y de las haciendas anexas podemos sacar recursos en razón a que la mayor parte de los capitalistas han tomado parte en la reacción de una manera directa” y si lograba lo que proyectaba, le ofrecía a Vidaurri mandar algunos miles de pesos para el movimiento de tropas.

Los derrotados en Rincón abandonaron Aguascalientes y se dividieron en dos grupos, uno de seiscientos hombres mandado por Miramón que marchó hacia San Luis y otro de cuatrocientos a las órdenes del coronel Carlos Patrón que se movía para Lagos.

Zaragoza encontró casi deshabitada la ciudad de Aguascalientes y fue preciso que el mismo día 13 en que tomó posesión de la plaza, publicara una proclama con un tono muy de la época, exhortando a las gentes para volver a sus hogares y apuntando

mis soldados jamás se han manchado con el crimen y traen escritas en la punta de sus bayonetas las sacrosantas palabras de libertad, orden y garantías. Defensores de un sistema legítimo, nuestros juicios no están fundados en el capricho, sino sujetos a la ley, y ella brinda toda clase de garantías a los ciudadanos que, sean las que fuesen las creencias políticas que profesen, acaten las leyes y respeten las autoridades legítimas.

Zaragoza había formado la “Primera División del Norte” con tres mil hombres y nueve piezas de artillería; su propósito era marchar sobre San Luis, defendida por mil ochocientos conservadores a las órdenes del general Gregorio del Callejo; para el efecto sugería a Vidaurri que influyera ante el gobernador Garza, de Tamaulipas, para que moviera sobre la capital potosina las fuerzas que tenía en Tula y por último pedía que se le mandara artillería de la que existía en Monterrey.

Encontrándose en Aguascalientes recibe una nota del gobernador zacatecano en la que le trasmitía un parte del prefecto de Pinos sobre la conducta del acaudalado propietario don José Rincón Gallardo. Éste había reclutado doscientos cincuenta campesinos dizque para batir una partida de bandoleros, pero cuando aquéllos se dieron cuenta de que trataba de apoderarse de Pinos que estaba en manos de los liberales, le negaron su auxilio y en represalia ordenó el iracundo latifundista que a más de sesenta familias de su rancho de Morenos se les tumbaran las casas en un término de tres días, a menos de que se salieran.

Veamos cómo reaccionó el soldado norteño al contestarle a González Ortega:

En este momento dicto las providencias necesarias a fin de impedir las (las tropelías), y si se ha llevado a cabo la sultánica orden, el señor Rincón posee muchos bienes para que inmediatamente sean indemnizados de los perjuicios que hayan resentido. Ha llegado la época en que debe avasallarse

la voluntad de esos grandes señores ante el poder soberano del pueblo, y a mi entender los jefes que con las armas en la mano defendemos esos principios, debemos ponerlos en práctica en todos los puntos que ocupemos, para hacer comprender a los ciudadanos que no es una vana promesa nuestro programa y que la Carta de 1857 que asegura los derechos del pueblo, nivela las categorías y nos coloca a todos bajo el imperio de la ley.

Quiroga, por órdenes de Zaragoza, se dirigió a la hacienda del Marqués de Guadalupe con instrucciones de imponerle al propietario una contribución de guerra de cien mil pesos, de los que pensaba enviar la mitad a Vidaurri, al que le insistía mandara más tropas, al tiempo que le urgía que se presentara Zuazua para que se pusiera al frente del Ejército del Norte, “ahora tan acreditado como antes de Ahualulco”.

Vidaurri contestó que en cuanto recibiera recursos marcharían inmediatamente Blanco y después Zuazua, pues era necesario que el Ejército del Norte contara con diez o doce mil hombres para que tuviera “una acción preponderante en el desenlace de la cuestión que se agita”, para cuyo efecto había pedido al presidente Juárez mil fusiles, mil rifles y quinientas pistolas que permitirían elevar a seis mil plazas la fuerza del citado contingente.

Por esos días Vidaurri persistía en indicar a Zaragoza la necesidad de ocupar San Luis para estar en condiciones de auxiliar Tampico, pues Miramón trataba de apoderarse de ese puerto y del de Veracruz; que de la ocupación de aquella ciudad dependía la de Guanajuato donde podrían obtenerse recursos para sostener el ejército por cuatro o cinco meses.

El propio mandatario norteamericano, desesperado por lo anárquico de las operaciones, se había dirigido al gobierno de Veracruz para darle a conocer sus observaciones sobre la campaña, pues le parecía inaudito que no se hubiera podido vencer a un puñado de hombres que se decía ejército; consideraba que así ocurría por el aislamiento de los liberales en sus actividades militares; que lo que se requería era unidad de mando, movimientos rápidos y combinaciones estratégicas atinadas; pero insistía principalmente en lo de la unidad:

porque sin orden expresa unos jefes para obedecer a otros, unos se han contenido dentro de los límites de su posibilidad en razón de las fuerzas que a su mando militan; otros han aceptado su parte de responsabilidad en las operaciones que ejecutan y los más, reducidos a esperar el desenlace en otra parte y por otros hombres, todos, en último análisis contribuyen a que el tiempo pase inútilmente, consumiéndose entre tanto los naturales recursos que contiene la nación sin el menor provecho público.

Reconocía la autoridad de Degollado y sus observaciones se enderezaban a insistir en un mando único para las fuerzas de Nuevo León y Coahuila, Tamaulipas, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Chihuahua y Aguascalientes; aludía a la falta de recursos y de víveres para sostener el ejército y advertiría la necesidad de que una persona debidamente autorizada por el gobierno organizara el ramo de hacienda y proveyera las necesidades de las tropas, con objeto de que los jefes militares se dedicaran exclusivamente a sus funciones. Hablaba de que era fácil levantar en esos estados de diez a doce mil hombres para constituir un ejército que por sí solo sería capaz de restablecer el orden constitucional hasta Guanajuato y Querétaro y tomar la iniciativa en cuanto fuera oportuno para concurrir con los ejércitos de Oriente y del Sur de México, para vencer cuantas dificultades se presentaran hasta ocupar “la misma capital, que es el foco de la reacción, su almacén y su proveeduría”.

Los mandos conservadores en las principales poblaciones del centro del país se encontraban en estas fechas a cargo de los siguientes jefes: en San Luis Potosí, Del Callejo; en Guanajuato, Liceaga, y en Querétaro, Tomás Mejía; estos últimos cuidaban del Bajío, en tanto que Márquez permanecía en Guadalajara.



## *Un miliciano entra en la historia*

*Zaragoza con Iniestra sobre Guanajuato.– Con don Santos a México.– Acción de Calamanda.– Escepticismo de Vidaurri.– ¿Qué pasa en Nuevo León?– Operaciones sobre México: Un 2 de abril infructuoso.– Inactividad de Degollado.– Un funesto 11 de abril.– La retirada.– Un relato poco conocido.– La mala ley de una intriga.– Tentativa de unidad.*

El día 18 de febrero el general conservador Francisco Liceaga, comandante militar de Guanajuato, comunicaba que tenía informes de que dos mil liberales a las órdenes de Francisco Iniestra y Juan N. Rocha se acercaban a León y que tres mil de Zacatecas se encontraban en Lagos, por lo que consideraba probable que se unieran los dos grupos para marchar sobre Guanajuato, defendida por una guarnición de no más de seiscientos hombres.

En verdad así era, las fuerzas de Iniestra, a las que se habían unido las de Manuel García Pueblita y Leandro Valle, se habían apoderado de la ciudad de León, pero luego se replegaron a Lagos ante la presión de Liceaga que había salido a batirlos.

Iniestra, que jefaturaba esta división, se adelantó solo hasta Aguascalientes para ver a Zaragoza y pedirle, de acuerdo con órdenes que llevaba de Degollado, unieran sus fuerzas para apoderarse de la codiciada plaza de Guanajuato. Tanto por esto, como porque temía que Liceaga continuara con rumbo a Lagos en persecución de Iniestra, Zaragoza cambió de planes, pues consideraba no sólo la orden recibida, sino la circunstancia de que también de ese modo se llamaría la atención de

Miramón que asediaba Veracruz, amén de que se facilitaría, al tomar Guanajuato, el ataque a San Luis Potosí, objetivo del Ejército del Norte.

Unidas las dos divisiones, salieron de Lagos el 26 de febrero con rumbo a León, donde Liceaga los esperaba con más de mil hombres; pero éste mudó de determinación y se retiró a Silao; apenas llegó a León, Zaragoza organizó una brigada ligera que mandaría personalmente, llevando con él a Quiroga y a Valle, para combatir paso a paso al enemigo hasta reducirlo a la ciudad de Guanajuato, que fue expugnada después de furioso combate el último día de aquel mes de febrero, triunfo en que destacó sobremanera la bravura de la chinaca norteña.

Zaragoza, en el parte que el 1º de marzo rendía a Vidaurri, se ufanaba de la disciplina y de la conducta de su gente, cualidades que habían servido para moderar las no muy recomendables de las tropas recién reclutadas que formaban el grueso de la división de Iniestra; en el mismo documento señalaba que en las acciones del 27 y 28 de febrero “las únicas fuerzas que se batieron fueron las dos brigadas que componen esta división”, y su entusiasmo raya en juvenil optimismo al afirmar que “en todo el interior, no hay fuerza capaz de resistirnos”; tal vez aludía a que los efectivos de las dos divisiones llegaban a cerca de cinco mil plazas; ya señalaba en esta fecha el plan de Degollado para marchar sobre la capital de la República, donde sólo existía una guarnición de mil quinientos hombres, pero aquí hacía Zaragoza una advertencia que se olvidó después: la de que “ese movimiento debe ser muy rápido, para que sea coronado por un éxito feliz”.

El mismo día 1º de marzo transcribió Zaragoza a Vidaurri una nota de Degollado, suscrita el 22 de febrero, en la que le hablaba de la necesidad de aprovechar el debilitamiento en que se hallaba la guarnición de la capital “a consecuencia de la salida del ejército reaccionario que acaudilla don Miguel Miramón, para quitar ese centro de unión a los enemigos del orden, e impedir sigan auxiliándolo en perjuicio de nuestros hermanos de Veracruz” y expresaba que la recuperación de San Luis debía dejarse a las fuerzas tamaulipecas; de conformidad con aquella determinación le prevenía unirse con Iniestra a fin de que contribuyeran al desarrollo de las operaciones.

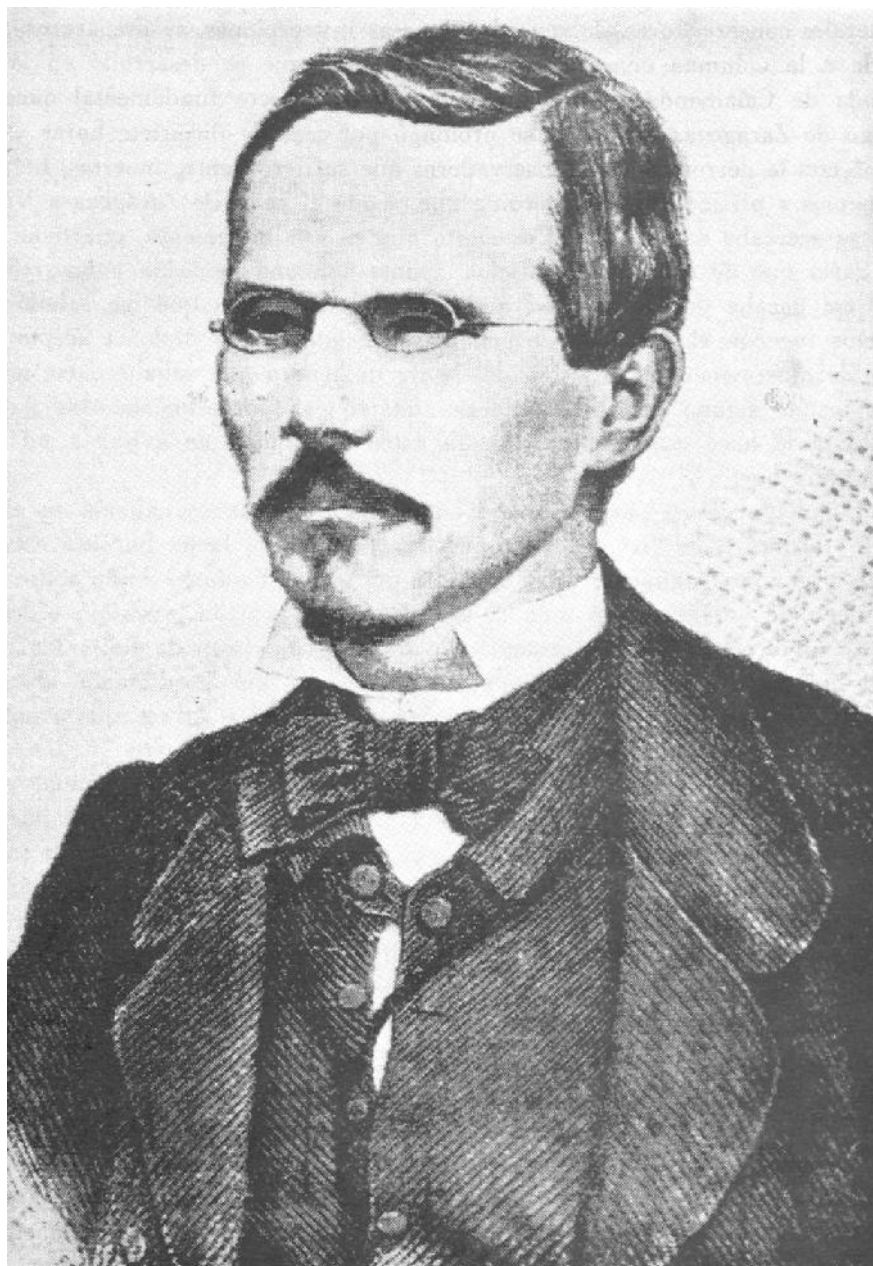
Seguramente Zaragoza corrió traslado de de esta orden para demostrar a Vidaurri por qué modificó los planes anteriores.

Por causas que se ignoran, Degollado había dispuesto que el general José Justo Álvarez sustituyera a Iniestra en el mando de las fuerzas de su división; el día 3 llegó Álvarez a Guanajuato y desde luego se puso de acuerdo con Zaragoza para que ambas divisiones, según las órdenes de Degollado, salieran para Querétaro; el jefe supremo del ejército federal se les reunió el día 13 en Irapuato y tomó el mando de la columna que llegaba a tres mil setecientos hombres con veinte piezas, pues una parte de los cinco mil que tenían, se quedaría a guarnecer las poblaciones de la retaguardia.

Mientras todo esto ocurría, Del Callejo salía de San Luis con mil cuatrocientos hombres rumbo a San Miguel y ordenaba a Mejía y a Liceaga que se le incorporaran en dicha ciudad para recobrar Guanajuato; pero cuando percibió el plan de Degollado optó por que los tres jefes juntos se dirigieran a México, estorbando entretanto la marcha de los constitucionalistas; estos generales conservadores, de acuerdo con esas instrucciones, se prepararon para darle a la columna constitucionalista la batalla que se desarrolló en la hacienda de Calamanda y cuya ejecución en su aspecto fundamental quedó a cargo de Zaragoza; la acción se prolongó por más de diecisiete horas y culminó con la derrota de los conservadores que sufrieron entre muertos, heridos, dispersos y prisioneros, una pérdida que, según el parte de Zaragoza a Vidaurri, se acercaba a mil bajas. Por cierto que en este documento, que tiene más de carta que de comunicado oficial, apunta con una modestia conmovedora:

Se me pasaba decirle a usted que con lo primero con que me saludó don Santos fue con el despacho de general de brigada cuyo diploma acepté porque de esta manera la División del Norte no tendrá que subalternarse a otra que mande alguno de tantos generales que se dan por estos mundos...

En la postdata le hace esta súplica: “tenga usted la bondad de avisar a mi casa que estoy bueno”.



***General don Santos Degollado.***

Degollado en su parte sobre el citado hecho de armas, afirma en el párrafo relativo que:

en cuanto a nuestra izquierda la lucha ha sido encarnizada, y el comportamiento de la División del Norte digno de elogio sobre toda ponderación: debiéndosele toda la gloria de esta jornada, pues sin ceder un ápice de terreno, se batió sosteniendo el fuego más nutrido hasta las cinco y media de la mañana de hoy (15 de marzo) en que posesionada absolutamente de las alturas, decidió al enemigo a emprender su retirada rumbo a Magdalena y Tolimán.

Del Callejo, al dar cuenta de esta acción cuyos resultados atenúa, relata que durante la noche de la batalla la fuerza enemiga fue reforzada y relevada tres veces: en realidad lo que ocurría era que Zaragoza periódicamente sacaba parte de su gente para darle descanso y volverla a la pelea, conservándola así en mejores condiciones. Del Callejo no habla de las bajas sufridas y sólo informa que sus efectivos eran de tres mil trescientos catorce hombres, mientras que los del enemigo eran de siete mil, y aquí se le fue la mano con exceso.

Vidaurri desde su observatorio de Monterrey no se mostraba muy optimista sobre los resultados de esta campaña que la veía llena de peligros, porque se dejaba enemigo a retaguardia, por la falta de reservas y aprovisionamientos cercanos, así como porque Miramón, al percibirla, levantaría el sitio de Veracruz para correr en auxilio de México. No advertía que para Degollado lo fundamental era precisamente esto último. Vidaurri sugería a Zaragoza, con vista a sus observaciones, que si estaba resuelto y comprometido a continuar, así lo hiciera, pero que si veía que las cosas podían salir mal, buscara la forma de irse a formar con Zuazua “que ya está aquí (Monterrey) y marcha para el interior”.

Por estas fechas se denuncia un acontecimiento que debe registrarse desde ahora, por las consecuencias que tendría para la causa constitucionalista y para Zaragoza en particular: don Guillermo Prieto, que se encuentra cumpliendo una importante misión hacendaria en Tampico, comunica al gobierno de Veracruz:

...la alarmante división que ha estallado entre Vidaurri, Blanco y Aramberri, al punto que se asegura que poblaciones enteras no obedecen ya las órdenes del primero, y éste por su parte anuncia retirar o disolver las fuerzas que tiene en el interior...

La noticia revestía gravedad si se considera que el caudillo norteño, pese a sus defectos, era un activo organizador y que su estado se había convertido en el más entusiasta de los del norte, en lo que atañe a la lucha en defensa de la Constitución.

Vidaurri después de recibir la carta de Zaragoza con todos los detalles de lo de Calamanda, se vuelve optimista y en nota del 3 de abril se siente tan seguro de la ocupación de México, que le hace encargos personales y le recomienda remediar la situación de los jóvenes que se encontraban estudiando por cuenta del gobierno de Nuevo León y Coahuila. También le informa que ya sale Zuazua para el interior con ochocientos hombres que unidos a mil que han salido de Zacatecas, a los de Tamaulipas y a los de San Luis, formarán una columna de tres mil hombres para atacar la capital potosina; Vidaurri no sabía que ese mismo 3 de abril, los conservadores la evacuaban y que el 7 la ocuparían las fuerzas tamaulipecas de Guadalupe García y las del gobernador Eulalio Degollado. Le habían tomado la delantera.

Pero volvamos con Degollado; éste, para atacar México había dado órdenes en el sentido de que se le reunieran los jefes que operaban por aquella región y formar así un ejército respetable; el 22 de marzo se acercaba a la capital y el 24 ocupaba Chapultepec, Tacubaya y sus alrededores; en espera de los contingentes citados permaneció en sus posiciones hasta el 2 de abril en que:

Zaragoza lanzó un ataque por el rumbo de La Tlaxpana con tal fuerza que hizo temblar a los defensores de la plaza. Tan afortunada fue esta acción que si el coronel [general] Zaragoza hubiera contado con la debida cooperación habría caído la ciudad en su poder.

En realidad los efectivos de Degollado nunca pasaron de seis mil hombres, pero lo más lamentable fue que perdió la oportunidad de atacar la ciudad

a su llegada cuando la defendía una escasa guarnición; la larga espera de más de ocho días dio tiempo para que se concentrasen Del Callejo, Mejía, Liceaga, Joaquín Miramón, las guarniciones de las poblaciones vecinas y, finalmente, Márquez que a marchas forzadas venía de Guadalajara.

Zaragoza, en un informe poco conocido y del que después se hablará, revela que después del ataque del 2 de abril y al considerar la concentración de fuerzas que se venía verificando en la capital, Degollado le propuso replegarse a Toluca, medida en que convino porque “era el único paso militar y prudente que podíamos dar”, así se acordó pero al día siguiente que pasó a Tacubaya para ver a Degollado, se encontró con que el general Álvarez lo había hecho cambiar de opinión, “fundado en que el enemigo, que el día 2 había perdido mil seiscientos hombres, no nos atacaría y también en que se habían recibido noticias satisfactorias de Veracruz”.

En cuanto llegó a la capital, Márquez tomó el mando de las fuerzas y al reunir alrededor de siete mil hombres, inició el 10 las operaciones sobre Tacubaya y Chapultepec, para obtener el 11 de abril el aplastante triunfo tan ampliamente conocido. Ese mismo día, cuando apenas finalizaba el combate, llegó Miramón, quien, furioso por el fracaso de Veracruz y por lo que significaba la osadía de Degollado, ordenó se fusilase a los prisioneros sin excepción, y Márquez, con una crueldad que le ha ganado fama siniestra, no respetó ni a los civiles, entre los que se contaban médicos y practicantes de medicina que prestaban sus servicios a los heridos reformistas.

A Zaragoza le había sido encomendada la defensa de Chapultepec, pero la intensidad del combate en Tacubaya lo obligó a distraer constantemente sus efectivos para acudir en auxilio de Álvarez, Caamaño y Villalba; el día 11 Zaragoza personalmente ocurría con sus fuerzas al combate, pero una vez que Álvarez ordenó abandonar aquella línea, se desordenó la retirada; Zaragoza y Quiroga como pudieron mandaron que sus efectivos se replegaran a la hacienda de Los Morales donde lograron reunir gran parte de la división.

El 12 lo alcanzó Degollado y unidos siguieron la marcha por villa del Carbón, Jocotitlán y la Jardona hasta Maravatío, a donde llegaron el 14

de abril; de allí las fuerzas de Degollado marcharían a Morelia, en tanto que a Zaragoza se le ordenaba hacerlo a Guanajuato.

Con motivo de todos estos acontecimientos, Zaragoza dirigió a Vidaurri desde Maravatío, el 14 de abril, una carta, documento poco conocido, en la que pormenoriza los acontecimientos desde que se hizo cargo de la primera división; de sus datos principales, cabe reseñar lo siguiente por su interés histórico:

Que después de la batalla de Calamanda sólo disponía Degollado de tres mil hombres.

Que no debe extrañar que se siguiera la operación, porque se contaba con que se reunirían en el valle con las de Degollado, las fuerzas de Diego Álvarez, Villalba, Caamaño, Torres, Carvajal y otros que harían un total de diez a once mil hombres. “La guarnición de México no pasaba de tres mil, y por lo mismo la empresa presentaba todas las posibilidades de éxito”.

Que los reaccionarios fueron bastante activos; en unos cuantos días concentraron seis mil soldados; que los liberales no estorbaron la entrada de Mejía con mil quinientos y la de Márquez con ochocientos, para no debilitar las posiciones ocupadas en Chapultepec y Tacubaya (Márquez traía además otros contingentes que llegaron después).

Que de los jefes esperados sólo llegaron Villalba, Caamaño, Torres y Delgado, pero apenas para hacer un total de cuatro mil y tantos hombres.

Que antes de la llegada de Márquez con tres brigadas que sumaban dos mil doscientos hombres, se emprendió el 2 de abril un ataque por el rumbo de San Cosme, habiéndose rechazado y dispersado las columnas reaccionarias al grado de que el enemigo tuvo que echar mano de todas sus reservas. “En efecto, un poco de cooperación de las otras fuerzas nos hubiera hecho dueños ese mismo día de la capital de la República”.

Malogrado el ataque, con Márquez a dos jornadas y habiendo consumido gran parte del parque, “parecía natural que nos retirásemos, abandonando una situación que comenzaba a ser peligrosa”; entonces fue cuando Degollado, según Zaragoza, le propuso retirarse, pero ya se ha dicho por qué no se llevó a cabo esa determinación.

Que permanecieron a la expectativa hasta el 10 en que el enemigo con siete mil hombres y veintiocho piezas salió a atacarlos por la retaguardia;

por la tarde acampó y estuvo batiendo al arzobispado por más de una hora, sin lograr ventaja; el 11 a las siete rompió vivísimo fuego de artillería y destacó fuertes y bien organizadas columnas de infantería; éstas fueron rechazadas y dispersadas; “el triunfo era ya seguro; pero por una fatalidad no hubo jefe que dispusiera una carga, que habría dado por resultado el total desbandamiento del enemigo y que nos hubiésemos apoderado de su artillería que por espacio de un cuarto de hora estuvo abandonada”. A Zaragoza se le había encomendado la defensa del Castillo, Casta Mata y Molino del Rey.

Cando el enemigo ejecutó el segundo ataque sobre el arzobispado, la reserva del Castillo recibió orden, y así fue ejecutada, de trasladarse a Tacubaya. “Este ataque fue en extremo vigoroso; y durante él una columna logró apoderarse de una casa situada al norte de Tacubaya y establecer en ella dos baterías que hicieron desde luego un fuego durísimo”. Después se rechazaron dos asaltos sobre Casa Mata.

Mientras esto ocurría, el enemigo avanzaba sobre el arzobispado. “Yo comencé a batirlo con dos piezas pero él nos volteó una de sus baterías y con ella logró inutilizar nuestras piezas”. Luego narra el combate cuerpo a cuerpo que se libró en aquel sitio que era bombardeado por el enemigo, al mismo tiempo que otra columna conservadora avanzaba por las calles de la población.

Álvarez dispuso entonces abandonar toda la línea de Tacubaya:

...lo que se verificó en forma desordenada, yéndose la brigada Pueblita rumbo a Toluca y replegándose al Castillo nuestra fuerza y parte de la de los señores Álvarez, Caamaño y Villalba con alguna artillería, la mayor parte inutilizada. Esta retirada se efectuó bajo un fuego durísimo y los cuerpos llegaron a Chapultepec en completo desorden, el enemigo dirigió sin demora todos sus fuegos sobre el Castillo en donde no era posible ordenar los cuerpos ni mover las pocas piezas que quedaban. Di orden para que se efectuase una retirada lo más ordenada posible y no siendo ya practicable mi vuelta al Castillo, me dirigí con el señor Quiroga y algunas otras personas entre una lluvia de balas rumbo a la hacienda de Los Morales, en donde esperé la ejecución del movimiento que había ordenado. Mis órdenes fueron ejecutadas puntualmente y las fuerzas comenzaron a desfilar, salvando todos

los accidentes del terreno, que está lleno de vallados y es un extremo pantanoso.

Todo este movimiento se efectuaba bajo los fuegos de la artillería enemiga, “pero a éste se debió la salvación de casi toda la división de mi mando y una gran parte de las otras fuerzas. Desde a un cuarto de legua del Castillo nuestra marcha fue regular y ordenada, sin haberse relajado la moral de nuestros soldados”.

En párrafos posteriores, continúa:

He preferido dirigir a usted una carta confidencial porque en ella puedo hacer todas estas explicaciones que sería difícil dar en comunicación oficial. Diré a usted para concluir que desde que salí de Aguascalientes he obrado siempre por orden y con las instrucciones del señor Degollado, que también dispone la marcha que emprenderemos mañana para Guanajuato.

Finalmente le dice que tanto esta última entidad como las de Zacatecas y Aguascalientes están resueltas a poner a su disposición todas sus fuerzas, pero nada ha determinado porque espera sus instrucciones.

Hemos seguido a Zaragoza en este relato, para dejar en claro lo turbio de la intriga con que alguien trató de dañarlo, al inventar la versión de que se había retirado de Chapultepec sin combatir.

Para el 21 de abril se hallaba Zaragoza en Irapuato, pues las órdenes que tenía eran las de reponerse y descansar en Guanajuato para situarse en la región de Querétaro y Celaya con fuerzas respetables para batir cualquier columna enemiga que marchara sobre San Luis.

Como supo que González Ortega se encontraba con dos mil hombres en Silao y García Pueblita con ochocientos cerca de Querétaro, fue en busca del primero y en una reunión a la que concurrieron representantes de Michoacán y Guanajuato, acordaron obrar de perfecto acuerdo, situándose con todas las fuerzas en Celaya, donde se proponían concentrar cinco o seis mil hombres.

De todo esto daba cuenta a Vidaurri, a quien le informaba, además, que no se proponían librar grandes batallas, sino impresionar al enemigo

que consideraban muy desorganizado. Después se quejaba de la falta de cooperación de Guadalupe García que habiendo entrado en estos convenios, se había retirado para Tamaulipas, pues decía que sólo con órdenes de De la Garza permanecería en esta región.

Zaragoza se entendía muy bien con González Ortega, quien entonces y siempre lo distinguió sobremanera; aquél ignoraba lo que estaba ocurriendo entre los suyos, los jefes de Nuevo León y Coahuila. Por eso, tal vez debe haberse sentido extrañado, cuando Zuazua le ordenó que se incorporara a las fuerzas de su estado, orden que Zuazua explica a su modo, como sugerida por Zaragoza.



## *Vidaurri adelanta la mano*

*Zuazua sobre el Bajío.– Zaragoza vuelve con los suyos.– Zuazua y González Ortega.– Vidaurri se pronuncia por la unidad de mando.– Un permiso a Quiroga.– Zuazua y González Ortega en el Bajío, pero no unidos.– Zaragoza agradece su ascenso a Vidaurri.– Una maniobra contra el gobernador potosino.– Un ejército que no funcionó.– Woll sobre Zuazua, pero éste no quiere pelear. Una Casa de Moneda.– Un favor personal.– Situación del Bajío.– Guadalupe García malogra las operaciones.– Nada de artilleros americanos.– Altercado de Zaragoza con Quiroga.– Andanada contra Zuazua.– No es posible la unidad.– Zuazua se defiende.– ¿Qué traía Quiroga?– También don Melchor...*

Volvamos a Vidaurri. Éste muy en lo íntimo temía el desastre de Tacubaya y así se lo confiesa a Zaragoza en carta del 24 de abril; en ella le aconseja mantener las mejores relaciones con Zuazua y con los jefes de los demás estados; le interesa saber la conducta que hayan seguido con él los del interior “pues nada me dice sobre esos particulares y supongo que ha de tener usted mucho que decir de sus padecimientos con esas gentes”.

Zaragoza ha vuelto a las filas de los suyos; por esos días Zuazua se queja de que el gobernador de Zacatecas y el de San Luis le han negado toda clase de recursos; supone que se le intriga en Veracruz y en esas condiciones ordena a Zaragoza que se repliegue a San Luis. ¿Qué estaba pasando?

Ya el 22 de abril, en carta a Vidaurri, el mismo Zuazua defendía elogiosamente a Zaragoza por su conducta en las operaciones a las órdenes

de Degollado y hablaba de que era necesario rescatarlo, pues le había pedido que le ordenara retirarse “de aquella chusma”. En la misma nota alude en términos violentos al gobernador González Ortega que ha tratado de predisponerlo con las fuerzas de Tamaulipas, por lo que lo califica de malvado y desagradecido, además de otros calificativos de mayor calibre. Espera que Zaragoza se le incorpore, cosa que ocurre el 24 de abril.

Vidaurri entre tanto no se resigna a seguir soportando maniobras y echa mano de las suyas, al aconsejar a Zuazua que se mueva con los diputados locales de San Luis para que destituyan a don Eulalio Degollado y designen en su lugar a don José María Aguirre.

¿Qué había en el fondo de estos desacuerdos, de estos golpes bajos, de estas tortuosidades, que tan graves acontecimientos suscitarían después?

¿Se trataba de cortarle las alas al autoritario caudillo norteño?

¿Se sentía ya González Ortega con arrestos de soldado y caudillo para destacarse con presencia propia en el panorama nacional?

Vidaurri venía tratando de conjurar esas divergencias que a su juicio eran fruto de la falta de unidad de mando en las fuerzas de Zacatecas, Guanajuato, San Luis, Aguascalientes, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, que se encontraban en el interior; así se lo hace ver a González Ortega en nota del 24 de abril, de la que corrió traslado a los gobernadores de los estados que se mencionan, apuntando que:

si no forman un solo cuerpo al mando de un jefe que dirija las operaciones, si todas (las fuerzas) no son atendidas sin distinción, con pre necesario, los resultados serán para la causa liberal más fatales que la pérdida de muchas batallas, o quizá la ruina total de esa misma causa.

Desde febrero ha expuesto estas razones al gobierno, al que le ha pedido “nombrar una persona que acaudille las fuerzas de los diversos estados que se reunirán en el centro, siempre a las órdenes del E. S. General Degollado”.

Mas como no se han tomado ningunas providencias al respecto, “me prometo que lo harán los excelentísimos señores gobernadores de los estados que quedan mencionados, si después de convenir en la idea, lo hacen, respecto del jefe que voy a proponer”.

Después de breves consideraciones llega a la conclusión de que la persona indicada para el mando de dichas tropas es don Juan Zuazua.

Apoyado en los mismos fundamentos le remito hoy despacho de general de brigada de las fuerzas beligerantes de Nuevo León y Coahuila a don Juan Zuazua confiándole el mando de todas ellas; igual despacho he extendido a favor del señor general don Ignacio Zaragoza [ya se lo había otorgado Degollado], nombrándolo segundo en jefe de dichas tropas, quedando subordinado el señor Zuazua al E. S. general en Jefe del Ejército Federal, don Santos Degollado.

Tal es la medida que me ha parecido conveniente proponer a V. E. para prevenir con tiempo consecuencias lamentables; mas si V. E. no tuviere a bien asentir a ella respecto de las fuerzas de ese estado, e hicieren otro tanto los demás excelentísimos señores gobernadores a quienes me dirijo, *en este mismo caso inesperado mandaré retirar las fuerzas de Nuevo León y Coahuila antes que verlas mendigar la subsistencia y sufrir los efectos de la miseria al lado de las penalidades de la guerra y de los comentarios deshonorosos de aquellos que al mismo tiempo que desean el triunfo de la buena causa, no son muy solícitos en contribuir al sostenimiento de sus defensores, y aun olvidan que en casos extremos es disculpable todo aquello que tienda a llenar las primeras necesidades del soldado como son los alimentos.*

La nota anterior no puede ser más autoritaria ni más amenazante; entrañaba un verdadero problema que sólo la prudencia de don Santos habría de resolver, pero provisionalmente, Vidaurri no carecía de razón; cuando al principio de la guerra fue el primero en mandar fuerzas al interior, los gobernadores de los estados que ocupaban, se las disputaban, recuérdense los casos de Quiroga y Zaragoza, y a esas mismas fuerzas ahora se les negaban recursos esenciales; Vidaurri había extremado su actividad para organizar dos veces un ejército al que no podía sostener en campaña con los recursos del estado, a menos que se los proporcionase en forma que repudiaba; si el gobierno federal no podía dárselos y si los gobernadores de las entidades ocupadas tampoco lo hacían, le parecía natural y lógico retirar sus fuerzas del escenario bélico.

Esta idea le fue barrenando la cabeza día a día, hasta tratar de realizarla, sólo que algunos de sus principales hombres pensarían de otra manera.

Dos hechos al parecer sin importancia, cierran este dramático mes de abril. El día 28, encontrándose Zaragoza en San Felipe, Guanajuato, concedió un permiso por veinte días a Quiroga, quien decía tener necesidad urgente de trasladarse a Monterrey; en la nota para Vidaurri sobre este particular, Zaragoza distingue a su compañero y subalterno con los elogios más cálidos, pues dice de él que “es la historia viva de nuestra campaña y él mejor que ninguno pondrá a usted al tanto de algunas cosas que yo no he podido hacer por escrito”. Ya veremos cómo pagó Quiroga esa generosidad.

El otro hecho es el siguiente: el 30 de ese mes el gobernador de Guanajuato requería la presencia de Zaragoza y éste lo comunicaba a Vidaurri y a Zuazua, pidiéndoles su anuencia.

Para principios de mayo, la región del Bajío se encontraba casi desguarnecida por los conservadores; sus principales jefes se habían concentrado en México el mes anterior y tardaron algún tiempo en regresar a sus bases, con excepción de Márquez que por el camino de Toluca y Morelia pronto volvió a Guadalajara.

Entre tanto, González Ortega, desde Zacatecas había avanzado por el Bajío, y Zuazua, desde San Luis, también se proyectaba con ese rumbo; los únicos jefes reaccionarios que habían llegado al Bajío eran Mejía y Vélez, pero sus efectivos no eran como para librar una campaña en forma. Lo lamentable entre los reformistas era el celo o la animosidad de Zuazua contra González Ortega, circunstancia que impediría una verdadera fusión de fuerzas para emprender operaciones básicas.

El día 3 de mayo se hallaba Zaragoza en Guanajuato y es seguramente en esa época cuando recibe auxilios del gobernador, hecho éste que va a servir para bordar una intriga por demás condenable; ahora sabe de la designación de Zuazua como jefe de las fuerzas de Nuevo León y Coahuila, así como de la que recayó en su favor como segundo en jefe; se entera de su ascenso y se lo agradece a Vidaurri con estas sencillas frases:

El nombramiento de general de brigada que se ha servido usted conferirme, me honra demasiado; lo acepto como muestra de su bondad, y me creo

indemnizado con usura, de los pocos servicios que he prestado para mantener bien puesto el honor y la dignidad del estado.

Sus actividades se concretan a observar al enemigo, pero ya en México se organizaba una columna al mando del general Adrián Woll, a la que se incorporarían las brigadas de Mejía y Vélez para hacer frente a los liberales.

Al tiempo que esto sucedía, en San Luis, Zuazua, de acuerdo con Guadalupe García había depuesto al gobernador Eulalio Degollado, quien desde Cerritos se quejaba el día 6 con el presidente Juárez, denunciando el atropello; lo habían sustituido con el licenciado Vicente Chico Sein, presidente del Superior Tribunal de Justicia.

Ocampo, en su carácter de ministro de Gobernación, comunica el día 8 a Vidaurri que el Presidente aprobó las designaciones y los ascensos en favor de Zuazua y de Zaragoza.

El 11 adelantaba Mejía sus caballerías hasta Irapuato, mientras los liberales se hallaban en Silao, dominando León y Guanajuato; el 14 se habla de que Zuazua ha sido nombrado general en jefe; pero el 17 Mejía comunica que los liberales se retiran para Aguascalientes; seguramente se trata de González Ortega, porque dos días después ya se reunían en León bajo el mando de Zuazua diversos contingentes, mientras Mejía, el 20, acercaba sus fuerzas hasta Silao pero sin tomar contacto; esperaba a Woll.

Suscrita por Zaragoza, como encargado de la mayoría general de órdenes del Ejército Federal de Operaciones en el Interior, se da a conocer en León el día 20 una orden general extraordinaria sobre la forma en que quedaría organizado aquel cuerpo. Lo integrarían las brigadas siguientes: la de Zacatecas a las órdenes del coronel José María Sánchez Román; la de Aguascalientes y Guanajuato, a las del general Pedro Hinojosa; la de Tamaulipas al mando del general Guadalupe García; la mixta de caballería tendría por jefe al coronel Juan M. Rubio y la de rifleros a caballo, formada con fuerzas de Nuevo León y Coahuila, quedaría al mando del general Ignacio Zaragoza; las secciones de artillería de Tamaulipas, Zacatecas y Guanajuato, se encomendarían al jefe de división don Victoriano Cepeda.

Se disponía asimismo que se reconociera como segundo en jefe del expresado ejército, al general Guadalupe García y como mayor de órdenes a Zaragoza. Las brigadas deberían estar listas para emprender la marcha.

Por lo visto, Vidaurri se había salido con la suya; Zuazua, para contar con los de Tamaulipas, había postergado en cierto modo a Zaragoza al modificar la designación que en su favor se había sugerido como segundo en jefe, sustituyéndolo con el general Guadalupe García y dejándolo como mayor de órdenes del ejército. Felizmente la modestia del preterido no reparaba en estos procederese; lo que le importó siempre fue una trincherera para combatir y esa trincherera no le faltaría jamás.

Para el 23 se encontraba la columna de Woll en Irapuato; allí rechazó un ataque informal y asegura que al sentir su proximidad el enemigo se ha diseminado; en realidad, Zuazua no presentó combate. El 26, desde Salamanca, donde acababa de ser sorprendido don Joaquín Miramón con pérdida de todos sus efectivos, Woll que había ido en su auxilio recuperando la plaza, confirmaba que el enemigo se retiraba para San Luis y le ordenaba a Mejía que ocupara Guanajuato.

En efecto, las fuerzas de Zuazua se replegaron primero a esta última ciudad, de cuya casa de Moneda, según informe de Woll, el jefe norteño sustrajo ciento ochenta mil pesos, que, por cierto, habrían de servir para cubrir las necesidades de la tropa, para dotarla y equiparla y mandarle recursos a Vidaurri que seguía organizando nuevas corporaciones; también Zuazua, a causa de esto, sufrirá sus calificativos, pues será víctima de la misma calumnia en que se vio envuelto Zaragoza.

Para el 27 de mayo gran parte de las tropas norteñas se encontraban en la región de San Luis y las de Zaragoza se acuartelaban en San Felipe; tal vez desalentado porque no se emprendió la campaña esperada y acaso considerando que la guerra no daba esperanzas de terminar, escribió a Vidaurri una carta donde aparece la reciedumbre del miliciano fronterizo que ni se impacienta ni se acobarda por lo incierto del futuro reformista; pero no por eso deja de pensar en su familia y por única vez se atreve a pedirle un favor personal.

En este examen de la vida de Zaragoza no puede faltar este documento, sin duda el más humano en el epistolario del héroe:

Estimado señor y amigo: estoy resuelto como usted sabe muy bien, a no dejar las armas de la mano hasta no ver en mi patria restablecida la Constitución y de consiguiente la verdadera paz de toda ella. Para conseguir estas cosas no hay duda que será necesario librar grandes combates en los cuales necesariamente también tendré que hallarme. No será remoto por lo mismo que en cualquiera de ellos, me sobrevenga un suceso desgraciado y en este caso, mi pobre familia quedará reducida a la más espantosa miseria, porque no cuenta con otro patrimonio que el de mi trabajo.

Esta tristísima cuanto penosa idea me pone en el duro caso de ocurrir a usted para suplicarle por medio de la presente, tenga la bondad de mandar entregar a mi esposa, por mi cuenta, la suma de dos mil pesos con los cuales podrá concluir una casita que ha comenzado a fabricar. Dicha suma será descontada de mis pagos de la manera que a usted le parezca más conveniente.

Espero que usted al tener la bondad de acceder a la súplica que le hago se sirva también dispensarme la molestia que con grande pena le infiero. Le desea a usted la mejor salud y como siempre...

Al margen de esta nota aparece este acuerdo de Vidaurri: “Monterrey, Junio 27 de 1859. Que se le han entregado mil pesos y dentro de unos días se le entregarán los otros mil”.

Woll sigue en Celaya; no rebasa la región; sabe que Zuazua llega con sus fuerzas hasta San Miguel y se propone salirles al encuentro, pero teme una sorpresa en Querétaro.

Por mucho tiempo el Bajío y Guanajuato serán escenarios de repetidos encuentros; en Querétaro, Guanajuato, Celaya, Irapuato, Salamanca, Silao y León, predominarán los conservadores; y desde San Luis hasta Aguascalientes y Zacatecas, los liberales; entre una y otra región quedarán varios lugares donde se encuentran las avanzadas de ambos bandos; las de los liberales emplazadas en Lagos, Jaral, San Felipe, Dolores y San Miguel.

Woll considera que ha contenido al enemigo y ahora piensa dirigirse a Michoacán; corren los primeros días de junio; ya se prepara para dicha

campana, cuando el 6 una fuerza liberal de tres mil hombres se desprende de Valle de Santiago y sin pasar por Irapuato, se dirige a Guanajuato donde se encuentra Vélez, quien auxiliado por Márquez que acababa de llegar a esa región procedente de Guadalajara, logra rechazar el ataque y batir a sus enemigos en el mineral de La Luz.

Miramón ordena a Márquez volver a Guadalajara para que mande una brigada de dos mil hombres a recuperar Morelia, desde donde continuará operando en combinación con Mejía y Vélez.

El gobernador liberal Chico Sein, informa desde San Luis el día 9 de junio que las fuerzas de Tamaulipas, en número de cuatrocientos hombres comandados por Guadalupe García, ni más ni menos que el segundo de Zuazua, se ha marchado de aquella plaza con rumbo a Tula, Tamaulipas, “desconcertando el plan” para dar un golpe con seis mil hombres a las fuerzas reaccionarias; que de acuerdo con ese plan, García protegía la retaguardia de la columna de mil rifles, que al mando de Zaragoza se encaminaba hacia Querétaro, y quien, con la retirada que se denuncia, había quedado “cortado del resto de la división”. Pronto vamos a ver lo que pasaba con García, cuya conducta desbarató la operación confiada a Zaragoza.

El día 13 Vidaurri informa a Zuazua de cuanto ocurre en Nuevo León y se queja de los escándalos y borracheras de Quiroga en Galeana, durante los días de aquel permiso que le concedió Zaragoza; por esas mismas fechas el mismo mandatario neoleonés pide recursos al gobierno de Veracruz y advierte que sus tropas, que siempre han hecho servicios de vanguardia, necesitan reorganizarse; tal parece que principia a adelantar su propósito.

El 18 de junio Zaragoza se encuentra en la hacienda de Gogorrón, desde donde contesta una consulta de Vidaurri sobre la conveniencia de utilizar norteamericanos para servir la artillería; la respuesta no puede ser ni más juiciosa, ni más patriótica, ni más llena de nobleza; no quiere lastimar a su jefe, pero tampoco quiere traicionarse, y así le hablará con absoluta claridad:

Por las cartas que últimamente le escribi6 usted a don Juan [Zuazua], me he impuesto de que desea saber nuestra opini6n, relativa a que la artillería que debe venir de los Estados Unidos sea servida por ciudadanos de aquel país. Yo se la daré a usted con la franqueza que me caracteriza, sintiendo no estar de acuerdo con la mayoría de las ilustradas personas a quien usted ha consultado; pero mi deber es hacerlo así, y mi opini6n de tan poco peso, que la considero de muy poca influencia en la determinaci6n que se adopte. A mi entender, debe mirarse este asunto bajo dos aspectos diversos, primero: como de conveniencia general, por las ventajas que nos resultaran de que nuestra artillería esté bien servida y pueda contrarrestar a la del enemigo. Y segundo, si adoptada esta medida no encontrarán nuestros contrarios una arma poderosa con que hacer a usted acriminaciones, siendo este mal trascendental al estado de Nuevo León y Coahuila.

En el momento en que se sepa que vienen americanos en las filas de los fronterizos, la prensa conservadora comenzará por hacer mil cargos al partido liberal, acusándolo de filibusterismo, anexionista, etc. Y estos cargos se harían extensivos al gobierno constitucional: éste instigado tal vez por alguno de tantos enemigos ocultos, que se valen del más leve pretexto para encontrar armas con qué atacarnos, so pretexto de vindicarse, desaprobaría la conducta de usted, por haber llamado extranjeros sin su autorizaci6n; y este paso les proporcionaría un vasto campo en que cebar su saña contra la frontera. Recuerde usted que nuestros vecinos de Tamaulipas, no desperdiciarán la bella oportunidad; que en un país, en que fuerza es confesarlo, la mala fe es el arma favorita del hombre público, habría muchos, aun aquellos mismos que se hubieran servido de los esfuerzos de nuestra artillería, que encontrarían motivos de recriminaci6n, si esta medida se adoptara, y tratarían de oscurecer los importantísimos servicios prestados por el estado de Nuevo León y Coahuila a la causa de la libertad.

Estas razones son las que me han impulsado a opinar en contra de una medida, que estoy persuadido, sería muy ventajosa respecto a la utilidad que pudiera resultarnos de tener nuestra artillería bien servida, pero que en mi opini6n no está compensada por los males que puede acarreamos...

Zaragoza había tocado el punto vulnerable de Vidaurri como lo era el de que sus enemigos de Tamaulipas y de otras partes aprovecharían esa medida para descalificarlo, y Vidaurri era terriblemente susceptible a toda clase de inculpaciones y ataques. Su respuesta a la nota anterior, después de agradecer la franqueza con que Zaragoza emiti6 su opini6n, es terminante: “tranquílcese usted y esté seguro de que cuando dé el paso

que he indicado será en la confianza de que no habrá que temer lo que usted presente...”

De esta suerte Zaragoza evitó que en las fuerzas fronterizas participaran extranjeros como lo pretendía el gobernante neoleonés y gran parte de sus amigos.

Relacionado un tanto con estos sucesos, De la Garza, desde Tampico se dirigía el 19 al gobierno de Veracruz para hacerle ver el desconcierto que reinaba en el norte y en el interior con el nombramiento de Zuazua, desconociéndose la autoridad de Degollado; aquí se le fue la mano, porque nunca se trató de eso; más adelante le subleva que Zuazua afirme que ocupa la jefatura del “Ejército de Operaciones en el Interior” por el voto de los gobernadores, cosa inexacta, porque él, De la Garza, no dio el suyo y que si aceptó los hechos, fue por no dar un escándalo frente al enemigo y que con igual prudencia se condujo González Ortega. Acusa a Zuazua de lo de la Casa de Moneda de Guanajuato, diciendo que de los fondos sustraídos mandó parte a Monterrey y que esto hubiera sido menos mal si el dinero hubiera servido para desarrollar la campaña, pero Zuazua ni siquiera batió al enemigo.

Que a causa de aquella suplantación, se disolvió el ejército: Arteaga se fue para Michoacán, González Ortega para Zacatecas y García para Tamaulipas. Ante esta situación caótica hace ver la necesidad urgente de la presencia de Degollado en San Luis [Degollado había salido a fines de mayo de Manzanillo para Veracruz, donde a la sazón se encontraba]; consideraba el quejoso que sólo de esa manera se restablecería la unidad.

En esto tenía toda la razón; a Degollado se le respetaba y obedecía, no por su pericia militar precisamente, sino por su capacidad organizadora, por su rectitud, por su honradez, por la pureza de sus principios y su conducta, no menos que por su limpio patriotismo, por su abnegación y por su fe sin desmayes; era de los hombres cuyo valimiento moral avasalla las voluntades.

Ahora Guadalupe García también se apunta; protesta ante De la Garza porque Zuazua lo llama desertor y al mismo tiempo habla de ciertas maniobras como aquella de que le propuso desconocer a los gobernadores

de los estados del interior para sustituirlos con personas de su simpatía; también lo condena porque ponía precio a la libertad de nacionales y extranjeros; porque trataba de fraccionar las fuerzas cuyos jefes no eran incondicionales suyos y apuntaba que cuando aceptó el nombramiento de segundo en jefe del ejército, lo primero que le propuso fue atacar al enemigo, a cuya medida se oponía sistemáticamente, y viendo García que Zuazua renunciaba a pelear y que trataba de hostilizarlo, optó por retirarse; concluye su nota postulando que “no es desertor el que ha propuesto batir al enemigo y sólo espera las órdenes de V. E. para volver adonde la causa de la liberta haga necesarios sus pequeños servicios”.

Vidaurri había ido demasiado lejos; los que sabían cómo se las gastaba, no podían sentirse muy seguros de lo que pudiera existir detrás de todas estas cosas.

Lo cierto es que mientras el ejército reaccionario estaba paralizado en el Bajío, los jefes liberales de la región de San Luis, Aguascalientes y Zacatecas, vivían la peor de las desconfianzas, mucho más peligrosa que los cañones de Miramón.

En verdad se había roto la unidad; Vidaurri resentido con sus colegas del interior, sería capaz de todo con tal de mantener su intransferible autocracia; así lo probaría pronto y así lo confirmaría después, cuando abdicó a su pasado para unirse al Imperio.

Todo lo que viene ocurriendo principia a inquietar a Juárez y el 27 de junio le anuncia a De la Garza que en breve llegará Degollado al escenario de estos sucesos.

Transcurría el mes de julio sin modificaciones sustanciales en el panorama militar; la batalla que había de conmover la estructura económica y social de México, se estaba librando en Veracruz con la expedición de las Leyes de la Reforma.

En lo de la campaña sólo se registran encuentros secundarios; Vélez desde Guanajuato, informa sobre la colocación de las fuerzas liberales situadas en Pénjamo, Lagos y San Luis, estas últimas con avanzadas en San Felipe; los conservadores siguen localizados en Guanajuato, Silao, Irapuato y Querétaro; su número es de poco más de cuatro mil hombres.

En cambio en San Luis los acontecimientos se vuelven cada día más inquietantes, Zuazua en su informe del día 9 de julio al gobierno de Veracruz y como defendiéndose de las inculpaciones que se le hacen, explica que no ha empeñado operaciones decisivas por falta de artillería y, sobre todo, porque se ha dedicado a organizar y dotar debidamente sus tropas, utilizando para el efecto los fondos que sustrajo de la Casa de Moneda de Guanajuato; con éstos ha montado y armado mil trescientos rifles de Nuevo León y ha equipado convenientemente a mil doscientos infantes de las fuerzas de San Luis; que con el auxilio que le mandó a Vidaurri espera las armas y pertrechos que fueron a comprarse a Estados Unidos, de lo que ha recibido trescientos rifles y doscientas pistolas. Para esa fecha, según el mismo documento, se encontraba ya en Tampico don Santos Degollado, a quien se espera con ansia, según el decir de Zuazua.

Nada corre con más fortuna que la calumnia cuando se trata de hombres en el poder; calumnia que alcanza mayor circulación cuando los afecta en su honestidad; tal cosa les ocurrió a Zuazua, a Zaragoza y al mismo Vidaurri, lo de la Casa de Moneda de Guanajuato y los recursos proporcionados por el gobernador de esa misma entidad, darán sustancia a las especulaciones que pronto aprovecharán las personas de la enemistad de Vidaurri.

Ya Guadalupe García había deslizado sus cargos contra Zuazua, de quien sospecha malos manejos; ahora es Quiroga el que va a abrir las válvulas del escándalo.

Quiroga, como se ha dicho, fue siempre un bravo soldado, pero su escasa cultura, su irritabilidad y su contacto con gentes que le halagaban el valimiento, lo volverán irreflexivo hasta la temeridad; nadie se escapó a esa ligereza. Zaragoza y Zuazua barruntaban que alguien lo había catequizado durante su último viaje a Nuevo León, para rebelarlo contra el cacique que al correr del tiempo, restañadas las diferencias, habría de arrastrarlo a la más lamentable de las aventuras.

Impresionable como era, su genio violento daría sus frutos; sus habladerías subieron de tono al regreso de Monterrey; el 18 de julio en carta de Zuazua a Vidaurri se apunta que desde que salió de aquella ciudad,

Quiroga venía dispuesto a desquiciarlos, “se ha portado muy mal y manejado con mucha destreza y sigilo un enredo que no parece sino que está de acuerdo con los conservadores”; pero no era así, confiesa Zuazua, de lo que trata es de irse a Tamaulipas de acuerdo con García o a Zacatecas, pues afirma que el gobernador le ha ofrecido el mando de las fuerzas de ese estado.

Por otra parte [ha dicho], que el objeto principal de este motivo no era otro, por la promesa que hizo a sus soldados de que pronto se irían a sus casas, que el de ir a Monterrey, asegurar a usted, quitarlo del poder y poner a Aramberri para que le tomara cuentas de su administración protestando que desde 1855 en que empezó la revolución se había robado doscientos mil pesos y que de nada que tenía ahora era dueño de terrenos, de muchas reses y mucha caballada.

Tal era la versión de Zuazua sobre la conducta de Quiroga.

Días después, y aquí precisa adelantarnos un poco, tras de su ruptura con Zuazua y Zaragoza, los tratará de bribones, de “fieras devoradoras”, de envidiosos, “que lo que quieren es robar y progresar en perjuicio de nuestra desgraciada Patria”; en estos términos se produciría en una carta remitida a uno de sus amigos de Nuevo León.

A Zuazua y a Zaragoza se les puede acusar de cuanto se quiera, menos de cobardes y deshonestos; uno y otro murieron en la pobreza; lo deleznable del cargo de Quiroga se percibirá en la carta en que, poco después de lo de Guanajuato, Zaragoza le pedía prestados a Vidaurri dos mil pesos para terminar “la casita” que venía construyendo en Monterrey.

Con esa carga explosiva, Quiroga no tardaría en estallar; a causa de una orden de pago para oficiales y tropa que le parecía irrisoria, la trabó con Zaragoza, quien a pesar de su habitual serenidad, lo increpó duramente y el altercado estuvo a punto de llegar a mayores, pues los cuerpos que comandaban se disponían a llegar a las armas. Zaragoza, en un esfuerzo supremo, hizo prevalecer la serenidad; denunció los hechos a Vidaurri en carta del 16 de julio, pero no pedía que se castigara a Quiroga, pues consideraba que lo conveniente era tenerlo en observación; proceder en su contra, añadía, conduciría al riesgo de que su fuerza se desbandara.

Vidaurri no toleraba insubordinaciones; por eso, ocho días después, contestaba a Zaragoza que “es indispensable no dejar pasar hecho tan escandaloso de Quiroga y su regimiento y estoy resuelto a que se obre con todo el rigor de la ordenanza suceda lo que sucediere”.

Las intrigas habían llegado a sorprender hasta los hombres de Veracruz; don Melchor Ocampo se dirigía el 19 de ese mismo julio a Vidaurri sugiriéndole ordenara a sus fuerzas que obedecieran a Degollado.

Dicen que les va mal con él [apunta Ocampo], porque no triunfa y se olvidan de que ellos mismos tienen la culpa, como Zaragoza que salió de Chapultepec sin disparar siquiera los fusiles de las tropas y así se quedaba cuando ya el enemigo, rechazado de Tacubaya se había puesto en la posición deseada o prevista por el señor Degollado (a dos fuegos) y en donde posiblemente hubiera perecido.

También a Zuazua le da su zarandeada, al decir que su campaña no ha sido muy brillante, que seguramente ha habido excelentes razones para que los recursos de la Casa de Moneda se hayan ido en el agua, sin sacarles provecho, y que no está bien que ultraje a los del interior llamándoles maricones. Aquí sustituimos la palabra usada por don Melchor que es de más grueso calibre.

Por el cargo que Ocampo hace a Zaragoza, nos extendimos en el relato que éste hace de la jornada de abril; allí revela que constantemente estuvo mandando refuerzos a Tacubaya y es tan injusto lo que se dice, como que llegó sin parque a Maravatío y no había combatido en el camino.

Pronto daría sus consecuencias todo este embrollo donde la calumnia y la imprudencia campearon por sus fueros.

## *Un mes de crisis ominosa*

*Doblado, Hinojosa y Quiroga en el Bajío.– Una nueva borrasca.  
Insubordinación de Quiroga.– Resentimientos de Zuazua con  
González Ortega.– Degollado disciplina a Quiroga.– Peligrosa  
maniobra de Zuazua.– Zuazua se encuentra la horma del  
zapato.– ¿Qué había detrás de todo esto?– Degollado  
denuncia, meses después, la maniobra de Vidaurri.*

En agosto arrecia la agitación contra las Leyes de Reforma en todos los lugares dominados por los conservadores.

Las operaciones militares continúan en lo general con escasa actividad; fuerzas de González Ortega unidas a las de Doblado e Hinojosa, se apoderan de León el día 11; Vélez desde Guanajuato y Woll desde Celaya se mueven cautelosamente, pues no pueden desentenderse de los de San Luis; se animan un tanto cuando el general Antonio Taboada, que se ha adelantado hasta Jaral, les informa que se está evacuando la ciudad potosina y sólo lamenta no disponer de mil caballos para tomarla; es el momento en que Zuazua retira sus fuerzas para concentrarlas en Bocas, efectuando una peligrosa defección de la que después nos ocuparemos.

Felizmente Degollado logra conjurar tal determinación y tres días después percibe Woll que los liberales ocupan nuevamente las plazas abandonadas, lo que le hace suponer que preparan una nueva expedición por el sur.

Entonces rápidamente avanza sobre León y el 21 la recupera, impidiendo, así lo creía, que pudieran reunirse los de Zacatecas y más bien los de Doblado con los de San Luis; en aquella batalla tuvo papel

importante Quiroga que ya andaba por allí, después de la deserción de que luego se hablará; según el parte de Woll los liberales tuvieron quinientas bajas.

Así quedarán las cosas de momento, pues el 31, Doblado, Sánchez Román, Hinojosa y Quiroga ocupan nuevamente León, pero apenas la retienen parte del día, pues Woll la recobra al atardecer después de un encuentro de tres horas.

Sólo las fuerzas de San Luis no daban señales de actividades agresivas; otras, de distinta índole, estaban frenándolas.

Aquí es preciso remontar el curso de los acontecimientos para explicar lo que ocurría con el gobernador neoleonés:

En este mes de agosto harán crisis las divergencias entre Vidaurri y sus colegas del interior; se le habían malogrado sus planes de controlar todas las fuerzas y no apartaba sus ojos enconados de González Ortega y de De la Garza. En todo esto Zaragoza jugaba limpio; él no sabía de maniobras políticas y repudiaba siempre todas esas componendas para obtener ventajas sin enseñar los verdaderos propósitos.

Un acontecimiento desencadenará la tormenta. Vidaurri estaba furioso por la conducta de Quiroga, pero ahora su cólera no tendrá límites.

El 6 de agosto Zuazua ordenaba por conducto de Zaragoza que contramarchara de San Felipe el primer regimiento, cuyo jefe era Quiroga, y que se cubriera el punto con fuerzas de otra corporación; éste, suponiendo que se intentaba proceder en su contra, pues en San Luis sería fácilmente desarmado y sometido, desobedeció lo mandado y, a pesar de que Zaragoza lo amenazaba con ejemplar castigo, tomó sus fuerzas y se largó por el rumbo de Zacatecas o Aguascalientes; esto sacó de quicio a Zuazua; era el peor camino que podía haber tomado el insubordinado coronel, habida cuenta de la animosidad del comandante del Ejército del Norte contra González Ortega, a quien le dirigiría una nota por extraordinario para solicitarle que devolviese a Quiroga y su corporación.

El día 8 Zaragoza comunicaba oficialmente a Zuazua lo ocurrido, acusaba a Quiroga de haber abandonado el punto que se le tenía encomendado, pedía órdenes sobre el particular e informaba haber destacado otra corporación al lugar de referencia.

El mismo Zaragoza, el día 11, desde San Luis, corría traslado de lo anterior a Vidaurri y añadía que Quiroga les había ofrecido a los suyos regresar al estado, colocar de gobernador a Aramberri y luego, volver a la campaña; el plan era descabellado pero su situación era tan desesperada y tanta su tontera que no encuentro difícil que pueda llevarlo a cabo...

Mañana debe llegar el señor Degollado [prosigue Zaragoza], y el general Zuazua está resuelto, si no se presta a castigar ejemplarmente a Quiroga, a regresar al estado con todas las fuerzas.

El 10, González Ortega, desde Zacatecas contestaba la nota de Zuazua del día 8; respecto a su pedido, le decía, que pulsaba la misma dificultad que aquél tuvo para aprehender a Quiroga y los jefes que lo siguen y que además debe considerar el escándalo que provocaría una fuerza atacando a otra de la misma filiación y de otro estado; advierte que Zacatecas siempre ha tenido “abiertas sus puertas para sus hermanos de Nuevo León y Coahuila... pero el gobierno no ha invitado jamás al señor coronel don Julián Quiroga para que con su regimiento se ponga al servicio del estado”; agregaba que cuatro días antes Quiroga se había dirigido a personas de la administración zacatecana manifestándoles el deseo que tenía de prestar sus servicios en dicha entidad, a lo que se le contestó “que podría venir cuando lo tuviera a bien”; lamenta las divisiones entre los jefes de Nuevo León y Coahuila y finaliza informando que para acabar con todo motivo de queja o disgusto, ha dirigido “al expresado señor coronel don Julián Quiroga, la prevención correspondiente para que no se introduzca con el regimiento que lo acompaña a territorio del estado”.

González Ortega trataba de desvanecer las suspicacias de Zuazua, muy compartidas por Vidaurri.

De esa manera, Quiroga fue a dar a la ciudad de Aguascalientes; desde allí dirige cartas a Monterrey para explicar su conducta; en ellas injuria a Zuazua y a Zaragoza con los peores calificativos, aun cuando no concreta los cargos que hizo un año más tarde, cuando reconciliado con Vidaurri, se dio a la tarea de halagarlo, difamando a Zaragoza y a Escobedo, pero dejando a salvo a Zuazua, con quien también había hecho las paces.

El día 12 de agosto llegaba don Santos a San Luis; habló con Zuazua y tratando de complacerlo, procedió a restablecer la disciplina, llamando a Quiroga a quien le ordenaba entregar el regimiento al general Miguel Blanco, nombrado por el mismo Zuazua; así se haría y Quiroga, después de algún tiempo, se presentaría a Degollado, pero éste diferiría el enjuiciamiento a petición del propio Blanco que consideraba excusable la conducta del inculpado y que, además, era de temerse la desintegración del primer regimiento, ahora frente al enemigo en el Bajío.

Pero antes de que esto último ocurriera, entre el 15 y el 16, Zuazua para presionar más a Degollado o tal vez obedeciendo órdenes secretas de Vidaurri, cometía la peligrosa maniobra de mandar retirar sus fuerzas colocadas al sur de San Luis, donde constituían a la vez avanzada del ejército y defensa de la ciudad, para concentrarlas en San Antonio de Bocas.

Zuazua hacía pasar aquello como decisión de los jefes y cuando Degollado, que ya había cubierto los lugares abandonados, mandó llamar violentamente a las fuerzas del norte, el propio Zuazua se ofreció para ir en persona a persuadir a los descontentos.

Pero en Bocas se iba a encontrar con la horma del zapato; el 17 se reunió con los jefes y oficiales, pero no para convencerlos como había ofrecido (unos y otros nada sabían de esos propósitos y si efectuaron el movimiento, fue por órdenes de Zuazua), sino para hablarles de la situación anárquica de Zacatecas y Aguascalientes, cuyos gobernadores apoyaban “la criminal defección cometida por un imbécil y desnaturalizado hijo de Nuevo León, que lo es el coronel don Julián Quiroga”; alegáales que por esta razón tenía instrucciones de Vidaurri para emprender luego la marcha al estado, pero que antes quería conocer la opinión de los presentes sobre si se retiraban a Monterrey o seguían en campaña, pues con esto quería dejar a salvo el buen nombre suyo y el del general en jefe de las fuerzas de Nuevo León; en el primer caso se apartarían de divisiones funestas y protegerían al estado, contra la guerra civil que se trataba de introducir; en el segundo, antes de tomar tal resolución, debía considerarse que no habría recursos antes de dos meses según informes de don Santos, y que así la

campana se continuaría con sólo lo más indispensable para la subsistencia de la tropa; después les habló de los falsos liberales; de la “conducta suspicaz y escandalosa” de los gobernadores de Zacatecas, Aguascalientes y Guanajuato; de que el retiro de las tropas de las villas de San Felipe y San Francisco tenía por objeto exigir una satisfacción para el estado, haciendo uso de las armas si era preciso contra las fuerzas de Zacatecas que apoyaban a Quiroga y los suyos, responsables de los delitos de abandono de puesto avanzando, desertión, traición a su bandera y desobediencia a sus jefes. Finalmente refirió que al llegar Degollado a San Luis y una vez enterado de lo ocurrido, le reconoció todas sus facultades y por primera providencia ordenó a Blanco se hiciera cargo del primer regimiento y que Quiroga fuese reducido a prisión; que le ofreció sería removido don José María Chávez, gobernador de Aguascalientes, y que al que lo sustituyera, así como al gobernador de Zacatecas, les nombraría jefes militares, quedando la acción de aquéllos circunscrita a funciones políticas y administrativas. Esto último hacía más inexplicable la conducta de Zuazua. Después de tan larga disertación, el teniente coronel Manuel F. Lobo, en su nombre y en el de los jefes y oficiales del regimiento de Monclova, declaró que seguirían en campaña soportando todas las consecuencias y en igual forma se produjeron todos los demás, quienes de seguro ya conocían la opinión de Zaragoza y de Blanco; todo esto se hizo constar en una acta firmada por cuarenta y nueve jefes y oficiales.

Zuazua había llegado quebrantado a la junta; ese mismo día Zaragoza le había dicho que:

emprender esta marcha (a Monterrey) contra las órdenes expresas de Degollado, abandonar el estado de San Luis en que se encontraba el enemigo era cometer un crimen igual al que tratábamos de que se castigara en Quiroga; era desertar de nuestras filas en los momentos de peligro, era en fin atraer la justa execración de nuestros partidarios sobre las armas de Nuevo León, y dar el seguro triunfo a nuestros enemigos.

El día 20 remite Zuazua a Degollado el acta levantada en Bocas y con una frescura sorprendente alaba esa resolución que lo llena “justamente de

noble orgullo porque veo secundados mis deseos por unos compañeros de quienes siempre he recibido pruebas de respeto y subordinación”.

La situación estaba muy lejos de aclararse; no obstante haber acatado Zuazua la opinión general, en sólo dos días desertaron cincuenta y seis individuos de los escuadrones de Bustamante y Lampazos. “Todo esto no sé qué fin tenga, pero presumo que siempre será benéfico para nuestros enemigos y fatalísimo para nuestra causa”, comentaría Zaragoza.

El mismo día 20, Zuazua solicitaba una licencia temporal de quince días para marchar a Monterrey; de este modo se retiraba del campo de las luchas reformistas, para enfrascarse en la política de su estado tan llena de borrascas y en una de las cuales, un año más tarde, habría de sucumbir este bravo chinaco de Nuevo León.

Zaragoza ocupó provisionalmente el mando de las fuerzas del norte; Vidaurri había perdido el primer episodio de su infecunda pelea.

A la nota con que Zaragoza le informaba de la conducta de Zuazua en Bocas, le contesta, desde Saltillo, el 24, y ahora empieza a descubrir sus cartas; conviene en que Zuazua cometió una falta al no avisar a Degollado su retirada, pero que aquél había obrado por instrucciones del propio Vidaurri,

porque siendo yo el responsable de la sangre de los hijos del estado como general en jefe del Ejército del Norte, en mi deber está evitar la efusión de ella cuando por miras torpes y ambiciones quisiera derramarse por tantos individuos que desean opacar las glorias de Nuevo León y Coahuila.

Admira por heroica la determinación de los jefes y oficiales y ya le aclara a Zuazua que el sentido de las instrucciones que le dio, lo concrete al caso de verse envuelto en un cataclismo provocado “por las ideas de superantismo que por desgracia reinan entre los mismos liberales”. Condena la costumbre de censurar las órdenes superiores (se olvidó aquí de Zuazua) y aconseja se destierre ese hábito en los jefes y oficiales. Está en espera de recursos ofrecidos por el gobierno de Veracruz para moverse personalmente con tres o cuatro mil hombres “en auxilio de ustedes”. Para cuando Vidaurri escribió estas líneas ya Zuazua caminaba con rumbo a Monterrey.

Para enjuiciar a Quiroga y sentar un precedente ejemplar, Vidaurri pide a Degollado que lo ponga a su disposición; esto no era posible, porque el encausamiento se había suspendido tanto por las razones expuestas, como por órdenes del Ministerio de Guerra, que acudía a esa medida obligado por la situación.

Aludiendo a estos hechos, Degollado, en una defensa posterior, denunciaba que era tan fuerte el deseo de venganza de Zuazua contra los gobernadores de Aguascalientes y Zacatecas, que quiso ir a batirlos y en un acceso de ira, llegó a decirle que:

estaba dispuesto a entenderse con Miramón... antes había invitado al señor general García, jefe de la brigada de Tamaulipas, a que hicieran un convenio con Miramón, por el cual se comprometiesen los estados de la frontera a no hostilizar a la reacción con tal de que ésta los dejase en paz para gobernarse con independencia.

De esta terrible acusación decía Degollado tener pruebas que presentaría en su oportunidad para que sirvieran de base al enjuiciamiento de Zuazua. En la misma nota, pero ahora apuntando a Vidaurri, lo acusaba de haberse dirigido el 1° de septiembre a los generales Traconis y Doblado,

excitándolos a unirse con él a desconocer mi autoridad y declarar que el supremo gobierno constitucional no estaba expedito para regir los destinos de la nación... tengo copia de la carta que recibió el señor Doblado quien me remitió el original en prueba de amistad y afecto.

Esta requisitoria que lamentamos no publicar íntegramente, fue remitida siete mese más tarde, el 10 de abril de 1860, a la legislatura de Nuevo León, cuando ésta trataba de entregar el mando de las tropas al propio general Zuazua. Del documento en cuestión Degollado enviaba un tanto al general Partearroyo, ministro de Guerra en el gabinete de Juárez.

Así andaban las cosas al terminar aquel turbulento agosto; la pasión por prevalecer y el empecinamiento para sostenerla, les había oscurecido el juicio y reblandecido la convicción a dos de los más aguerridos defensores de la causa constitucionalista.



## *Un traspiés de Vidaurri*

*Los dos frentes de Degollado.– Una querrela y una promesa.  
Irreflexión de Degollado.– Una carta fulminante.– Otra  
operación que se frustra.– Zaragoza y la actitud de Vidaurri.– Una  
misión de amigos.– El decreto del 5 de septiembre.– Degollado  
responde a Vidaurri.– Una misión de los diablos.– Contragolpe  
de Vidaurri.– Zaragoza depone al cacique norteño.– Aramberri,  
gobernador de Nuevo León y Coahuila.– Que regrese Zaragoza.–  
Un soldado envuelto en la política.*

Degollado tiene ahora que atender dos frentes: el conservador en el Bajío y el de Vidaurri, cada vez más lleno de tortuosidades y amenazas.

Respecto al primero se registran en septiembre operaciones de relativa significación; León sigue siendo objetivo militar donde, con destino vario, se libran frecuentes acciones de armas; Miramón, convencido de lo difícil de movilizar sus efectivos fuera de las poblaciones ocupadas, mientras los lugares de menor importancia viven a merced de las guerrillas, determina ensayar, sin éxito, la formación de defensas sociales. A fines del mes se ordenará a Woll escolte una conducta de valores, misma que deberá entregar a Márquez en San Juan de los Lagos.

El otro frente sí será pródigo en vicisitudes:

El 1º de septiembre Vidaurri protesta ante Degollado por el reingreso de Quiroga; lo considera como un ultraje y reitera su instancia de que se lo mande junto con sus oficiales. En la misma nota informa que Zuazua ha llegado muy enfermo a Monterrey, donde permanecerá hasta restablecerse, para salir después a una parte del estado a reclutar gente; cosa que también

hará Vidaurri, pues se propone formar un cuerpo de ejército para mandarlo al interior. Por lo visto la licencia de Zuazua se va volviendo indefinida.

En esa misma fecha Degollado dirige un comunicado a Vidaurri (aparecerá publicado en el boletín del Ejército Federal del 24 de ese mismo mes) por el que, después de hacer una serie de consideraciones sobre la lucha, le hace un llamado a la cordialidad y lo invita a que se reúna con él para ocupar el cargo del segundo en jefe, “que será el primero, puesto que yo haré que salga con el mando inmediato de todas las fuerzas expedicionarias, con amplias facultades para toda clase de operaciones militares según su juicio”; así, según Degollado, Vidaurri quedaría en condiciones de servir a la República y defender Nuevo León. Lo más probable es que este documento haya llegado tarde al gobernante neoleonés; audaz como era, a lo mejor habría aceptado la instancia y en pequeña dificultad se habría metido el conciliador y generoso don Santos, que aquí parece haber procedido irreflexivamente; Vidaurri era hombre de pasiones, dominador, muy hábil para hacerse querer y de seguro habría aprovechado el cargo para satisfacer venganzas y dar cumplimiento a sus desorbitados planes; era un político metido a soldado y como tal ya se ha visto que no tenía ni genio ni habilidad para conducir las acciones de armas, pero en cuanto a lo primero, era capaz de todo con tal de mantener su hegemonía.

Ese 1º de septiembre Vidaurri escribe una carta a Zaragoza, misma que es todo un modelo de cómo se las gastaba el autócrata; principia por considerarlo de su absoluta confianza y le recomienda (qué poco lo conocía como hombre) “que haga lo que le ordeno aun cuando lo considere contrario a sus convicciones y sentimientos”. Y adoptando un aire de misterio, continúa:

porque yo estoy al tanto de lo que pasa en el gabinete y en los demás estados, y cuando tomo una resolución es fundada en poderosas e incontestables razones. Es, pues, excusado recomendar a usted con encarecimiento lo que le digo y el cumplimiento de lo que le ordeno.

Prosigue diciéndole que entre los liberales anda una “serpiente peligrosa”, de la que debe cuidarse; que “acaso no alcanzará usted a conocer el

viborero que lo rodea, y por eso es que le exijo obediencia y acatamiento de mis disposiciones...”

Ahora utiliza la carta de Ocampo enviándosela a Zaragoza para que se dé cuenta de las intrigas en su contra y en un aumento a sus instrucciones le aconseja que “sufra y aguante”, que agote la prudencia, pero si eso no es bastante y se le compromete en una acción formal, que se retire a Matehuala o El Venado. Le remite copia de la carta enviada a Degollado y lo apercibe de que “si las cosas no se corrigen no iremos aun cuando lleguen las armas, que debe ser muy pronto; mas si se componen ya comunicaré a usted lo que debe hacer. Contésteme inmediatamente”.

Zaragoza que se encontraba ese día en San Felipe preparando sus tropas para atacar Guanajuato en combinación con Traconis, le participa a Degollado la desalentadora insubordinación de los escuadrones de Lampazos y de Bustamante que se encontraban en El Jaral y cuyos jefes se negaban a marchar al frente, porque Zuazua, antes de partir les había dejado órdenes de no moverse sin su anuencia. Zaragoza los arrestó con la mira de consumir un castigo ejemplar, mas como ello podría traducirse en un encuentro armado, prefirió convencerlos para que lo siguieran, mientras conocían el parecer de Zuazua; así convinieron y Zaragoza prosiguió su camino para otro lugar donde los esperaría; pero al día siguiente, en vez de cumplir su compromiso, se prepararon para volver a Monterrey. Esto quebrantó la moral de las fuerzas y la operación militar quedó aplazada.

Zaragoza, hombre de principios y sentimientos morales irreductibles, sentía profundo afecto por Vidaurri; a su sombra se había iniciado; le había prodigado singulares atenciones; a él y a Zuazua los consideraba como sus brazos; allá, con Vidaurri estaban sus amigos; conminarlo y combatirlo eran determinaciones que pesaban demasiado en su conciencia; era perder los lazos que lo ataban a su terruño; y de todo eso debe haber hablado largamente con Degollado, como él, limpio en el sentimiento y en la acción; en esa entrevista planeó seguramente una última tentativa para conciliar al irritado gobernante.

Ante Zaragoza se presentaba este dilema: seguir a Vidaurri o cumplir sus deberes de reformista; el acatamiento a un hombre o la fidelidad a sus

principios; y en una noche interminable para el joven miliciano, éste se quedó con sus principios. Desde ahora no volvería a tener tutores, ni rectores de su conciencia.

Sin embargo, aceptó la misión de ir a Monterrey a explicar las razones que tenía Degollado para demorar el proceso de Quiroga y los inconvenientes legales de entregarlo a una autoridad incompetente para enjuiciarlo.

Pero al llegar a cumplir su encargo, se encontró a Vidaurri convertido en rebelde; había expedido el 5 de septiembre el decreto por el que el gobierno de Nuevo León y Coahuila llamaba a todas sus fuerzas en campaña para que se concentraran en Monterrey, haciendo responsables a los jefes del cumplimiento de esa orden y autorizando a los subalternos para hacerla acatar si aquéllos se negaban a obedecerla; protestaba fidelidad a los principios constitucionales y explicaba que su decisión no perseguía más miras que salvar el decoro del estado “y mantener en pie la moralidad del expresado Ejército del Norte, y su sangre, que ha estado a punto de prodigar inútilmente”.

Seguidamente, el día 7, lanzó un manifiesto lleno de inculpaciones, de supuestas conjuras, de amargos resentimientos y de airada rebeldía, para concluir que las tropas permanecerían en el estado “y si llegare el caso de ser invadidos, volverá a resplandecer la estrella de Nuevo León y Coahuila con más brillo que después de los sucesos de Salamanca”.

En tono parecido se dirige al gobierno de Veracruz al que le habla, además, de “oscuros manejos, pérfidas maquinaciones, nacidas todas de la envidia y del desarrollo de pasiones enfurecidas”; la disposición acordada, asegura, no es fruto ni del temor a la reacción, ni de las privaciones sufridas en campaña, ni de la abjuración de los principios, sino que ha sido consecuencia “de causas inevitables que los hechos que vayan sucediendo pondrán en evidencia”, por cuya razón “no entiendo haber incurrido en ninguna clase de responsabilidad”.

Vidaurri no se atreve a romper con el gobierno constitucional, pero se ha sustraído a la autoridad de Degollado, general en jefe de las fuerzas constitucionales, que en virtud del decreto vidaurrista, no tendría autoridad sobre las de Nuevo León.

El caudillo rebelde no fue muy lejos por la respuesta; Degollado se quitó el guante de seda y quedó al descubierto la mano de acero del soldado; el 11 contestaba con el decreto que destituía a Vidaurri de todo mando político y militar en Nuevo León, declarándolo sujeto a la acción de los tribunales por la defección que entrañaba el decreto del día 5; designa para sustituirlo al general J. Silvestre Aramberri, quien, “con tal carácter reasumirá los mandos políticos y militares, entre tanto se restablece la tranquilidad pública y puede reunirse la H. Legislatura, a nombrar nuevo gobernador, conforme a la Constitución particular del propio estado”; finalmente recomienda al nuevo mandatario aprehender y asegurar a Vidaurri, así como a sus cómplices, remitiéndolos al cuartel general.

Al siguiente día, Degollado lanza una proclama “contra el déspota funesto que ha traicionado a su conciencia y a sus deberes de ciudadano, de soldado y de funcionario”; Miguel Blanco, a la sazón general en jefe del Ejército del Norte, por ausencia de Zaragoza, desde la hacienda del Jaral, apunta también sus baterías contra el gobernador que se ha convertido en desertor; y Quiroga, la manzana de la discordia, para no ser menos, desde la villa de La Encarnación, también le da lo suyo en un agresivo manifiesto en el que exhorta “a los valientes del norte” para que “vuestro certero rifle confunda a la vez que a los enemigos del pueblo, a los que vuelven la cara abandonándolo a sus tiranos”.

Zaragoza nada dijo; su tarea iba a ser la más difícil: la de hacer cumplir el decreto de Degollado.

Venía en camino para San Luis, después de su estancia en Monterrey, cuando se dio cuenta del citado decreto; el 14 Aramberri se encontraba con sus fuerzas en la hacienda de La Soledad y el 15 comunicó a Degollado haberse hecho cargo del mando militar y político de Nuevo León y Coahuila; participaba asimismo haber nombrado a Zaragoza jefe de la Guardia Nacional de Monterrey y al coronel Mariano Escobedo de la del sur del estado. Aramberri sabía que sólo con la autoridad y la intrepidez del primero se podía someter al cacique y dominar la situación. Zaragoza aceptó el comando modesto, porque para cumplir con su deber jamás le importó el sitio y la jerarquía que le tocaran.

Vidaurri se mandó con otro decreto expedido el 19 de septiembre por el que declaraba fuera de la ley a Degollado y a los jefes y oficiales de las fuerzas de Nuevo León y Coahuila que no acataran lo dispuesto el día 5 del propio mes.

Escobedo y Aramberri penetraron por el sur neoleonés y Vidaurri que ya sabía de lo que se trataba mandó a Zuazua a combatirlos, mientras Zaragoza con una audacia que parecía distante de su habitual modestia y de su callada serenidad, se presentó el 24 a temprana hora de la noche en Monterrey, acompañado de algunos oficiales; se fue a los cuarteles sigilosamente, aseguró los mandos, llamó a las fuerzas de caballería de Salinas Victoria y se preparó para conducir al siguiente día el movimiento para derrocar al insubordinado mandatario; con este motivo llamó a un grupo de sus amigos de armas y a personas muy conocidas en la ciudad, para elaborar un plan por el que se desconocía a Vidaurri y se reconocía a Aramberri; en los considerandos se justificaba la resolución de Degollado y se repudiaba la de Vidaurri, quien con su decreto del 5 había “comprometido el éxito de la lucha contra la reacción”.

Vidaurri se dio cuenta tarde de lo que estaba ocurriendo; Zaragoza, al advertirlo, precipitó los hechos y a la medianoche estaba listo para sorprender al enemigo; aquél había reunido la policía para defenderse; Zaragoza le comunicó oficialmente su resolución, lo emplazó a evitar derramamientos de sangre y a contestarle inmediatamente, cosa que hizo Vidaurri seguramente con no poca amargura, porque no usó la terminología violenta que acostumbraba:

Después del paso que V. E. acaba de dar y me comunica en su oficio de esta fecha, cesa por consiguiente la responsabilidad que hasta esta fecha ha pesado sobre mí al gobernar el estado, responsabilidad de que V. S. se ha hecho cargo con ese procedimiento y sus consecuencias. ¡Quiera el cielo que sea para bien del mismo estado!, ante quien protesto que ya esté conforme con dicho paso, o no, seré en lo de adelante extraño respecto de sus asuntos.

Por lo mismo espero que V. S. se sirva en el acto mandarme mi pasaporte para retirarme de la capital, y aun de la República, luego que arregle mis negocios particulares. Igual súplica hago a V. S. con relación al señor Zuazua,

esto es, que se le extienda su pasaporte para que se retire a donde le convenga; en el concepto de que ya le escribo previniéndole que entregue el mando de la fuerza que milita a sus órdenes.

La madrugada del 25 se le extendió el pasaporte que solicitaba, mas en cuanto a Zuazua, decía Zaragoza, “aún no tomo resolución ninguna por parecerme de más gravedad de lo que parece”. Ya veremos cuánta razón le asistía.

De todo lo anterior se le da cuenta a Aramberri, quien todavía no llega a Monterrey; Zaragoza es el centro de todas las actividades políticas y militares; se dirige a los ayuntamientos comunicándoles lo sucedido y les da instrucciones para la conservación del orden; el de Saltillo no está de acuerdo, pero luego convoca a un plebiscito en el que se resuelve reconocer el estado de cosas.

Ya para el 30 de septiembre Aramberri asumía sus funciones; Degollado, en oficio de esa misma fecha dirigido al nuevo mandatario, agradecía en nombre de la nación y del ejército al general Zaragoza y a la Guardia Nacional de Monterrey, “este nuevo e importante servicio que acaban de prestar a la causa de la legalidad y del pueblo”. En la misma nota supone que deben haber sido graves las causas por las que se expidió pasaporte a Vidaurri, pero en caso de que regrese deberá ser juzgado severamente, ni más ni menos que de acuerdo con la ley de conspiradores.

Por último le dice:

Asimismo será conveniente disponga V. E. el pronto regreso del señor general don Ignacio Zaragoza al mando de la división que se encuentra en campaña pues sus subordinados todos lo desean con ansia y yo estimo en alto grado sus servicios en el interior.

Sin embargo, esto último no va a ser posible; aparentemente el problema estaba resuelto, pero en el horizonte aparecían indicios de futuras tormentas, y Zaragoza no dejaría solo a su viejo compañero de armas.

Si a Vidaurri, el político, le fue muy mal cuando se metió a estratega, a Zaragoza, el soldado, no le iría mejor cuando lo arrastró el vendaval político de Nuevo León.



## *Mientras tanto...*

*La reacción se debilita en el Bajío.– Woll escolta una conducta y sigue a Zacatecas.– Doblado se apunta otra victoria.– Márquez secuestra \$600,000.00.– Vidaurri y Zuazua conspiran.*

En octubre principia a agitarse el Bajío: Degollado y Blanco desde el sur de la ciudad de San Luis acechan a Vélez que se encuentra en Guanajuato; Doblado redobla su actividad con singular empeño, siempre sobre León; Arteaga y los de Michoacán por el rumbo de Acámbaro se adelantan hasta Salvatierra y amagan Celaya. La reacción dispone en esa comarca de Vélez y Mejía, pero no de Woll que tiene ya delicada tarea.

Vélez se halla en difícil situación, porque tiene que atender las poblaciones claves del Bajío constantemente amenazadas y, cuando el 14, Arteaga se mueve por Acámbaro sobre Celaya, no puede prestar auxilio, porque Doblado espera eso para ir hacia Guanajuato o hacia León.

Woll va escoltando con su división la conducta portadora de \$1,974,897.00 que los comerciantes de México mandan al extranjero por el puerto de San Blas; la entrega a Márquez el 16 en San Juan de los Lagos; pero Woll ya no volverá al Bajío, porque se dirige a expugnar Zacatecas, lo que logrará días después.

Esta salida de tropas compromete más a Vélez; se dirige a Miramón haciéndole ver que en San Felipe hay dos mil constitucionalistas al mando de Blanco; que en La Piedad y Pénjamo, Arteaga y Pueblita han reunido otros dos mil hombres y que Doblado, que ha eludido el encuentro con Woll, fácilmente podrá unirse con los de San Luis para apoderarse de Guanajuato.

El 22 se informa Vélez que los liberales de Blanco se encuentran en San Miguel desde el 20 y se propone salirles al encuentro; así lo hace el 27, pero aquéllos se retiran rumbo a San Luis; los tiene a la vista hasta el 31, pero no los ataca; ese movimiento que lo ha alejado del Bajío lo aprovecha Doblado para tomar León y adelantarse hasta Silao.

Vélez en previsión de esta última operación había destacado una columna de mil hombres al mando del general Francisco Pacheco, a quien encomendaba reforzar la guarnición de Guanajuato, principalmente; el general Alfaro, que lo acompañaba, le sugirió ocuparse sólo de la defensa de la ciudad, pero viendo Pacheco que los liberales no se movían de Silao, le pareció fácil marchar sobre ellos; éstos se retiraron hasta la Loma de Las Ánimas, donde aniquilaron totalmente a la columna conservadora, haciéndole seiscientos prisioneros, según los partes constitucionalistas. Este desastre irritó a Miramón de tal manera, que procedió a preparar una campaña formal.

Ya de regreso Márquez a Guadalajara, dispone el 25, a título de préstamo, de seiscientos mil pesos de los que llevaba la conducta; argumenta la penuria del ejército y además, para conducir esos fondos tiene que emprender por el rumbo de su salida una verdadera campaña, pues de otro modo no se hace responsable; que le bastaría para satisfacer sus necesidades el importe de los derechos que causa la cantidad remitida, pero éstos ya habían sido cobrados en México; con el dinero secuestrado asegura pacificar a Jalisco y recuperar los puertos del Pacífico, con cuyos productos lo reintegrará fácilmente.

Miramón por su parte acababa de promulgar la ley que autorizó el ruinoso negocio de Jecker, base de futuras reclamaciones relacionadas con la intervención europea.

El escenario de Nuevo León y Coahuila sigue cargado de incertidumbre; no había sido difícil desplazar a Vidaurri del poder, pero esto no acababa con el vidaurrismo; el exgobernador tenía muchos amigos; su larga permanencia en funciones preponderantes le había servido para multiplicar relaciones que no tan fácilmente se podían destruir.

Degollado, desde San Luis, informaba el 17 de octubre a Veracruz que Vidaurri y Zuazua habían cruzado la frontera para refugiarse en Texas,

después de haber sufrido el peor de los desengaños, al tratar de arrastrar a los pueblos en su defensa; la primera noticia era cierta, pero no la segunda; se fueron a Texas para conseguir armas y dirigir un nuevo movimiento; ni Vidaurri ni Zuazua, pese a sus promesas, habían nacido para vivir sosegadamente ni en su casa, ni en el destierro, ni en ninguna parte.

Zaragoza entretanto se dedicaba a organizar nuevos cuerpos para mandarlos al interior, pero no lo lograría; la tranquilidad era aparente; debajo se movía la impresionante actividad de Zuazua.



## *Miramón sale al desquite*

*Degollado reúne sus fuerzas en el Bajío.– Miramón en campaña.– Estancia de Las Vacas.– Miramón ha dominado.– Degollado se retira a San Luis y más allá...*

Ya para los primeros de noviembre se hablaba de una concentración general de las fuerzas liberales; Doblado continuaba por Silao; Arteaga y Régules, siempre con los de Michoacán, amenazaban Celaya, y Blanco mantenía expectante a Vélez, en San Miguel, quien comunicaba a Miramón la evacuación de Guanajuato a consecuencia del desastre de Las Ánimas.

Vélez, haciendo un balance de fuerzas enemigas, el día 3, localizaba dos mil hombres en las cercanías de San Miguel a las órdenes de Blanco, Doblado con mil doscientos en la región de León y mil doscientos de Arteaga por el rumbo de Celaya, además de las guerrillas que merodeaban por todas partes. El plan de Vélez era batir a Blanco, despedazar luego a Doblado y rematar con Arteaga; como plan no estaba mal, pero lo de Las Ánimas lo trastornó totalmente, por eso creyó más prudente quedarse en San Miguel.

Miramón salió de México el 5 para encargarse personalmente de la dirección de las operaciones y al llegar a Querétaro, ordenó a Vélez se uniera con sus fuerzas a las de Mejía, con lo que juntaba ya poco más de tres mil hombres y diecinueve piezas de artillería, al tiempo que ordenaba a Woll, situado en Zacatecas, avanzar a marchas forzadas para Querétaro. Ya para el 10 el Presidente conservador localizaba a los liberales que se habían concentrado en Celaya a las órdenes de Blanco y Arteaga, quienes poco después se movilizaban con el rumbo de Querétaro; en Apaseo los

alcanzó Degollado que había salido el 11 de Guanajuato en compañía de Doblado.

Degollado, en su deseo de evitar en lo posible la efusión de sangre, adelantó un emisario para invitar a Miramón, que seguía acuartelado en Querétaro, a una entrevista; el jefe liberal se proponía persuadirlo de la necesidad de reconocer la Constitución del 57 [1857] como base para organizar un gobierno representativo de todas las tendencias; se le olvidaba que el desacuerdo de Miramón más que con Juárez era con el código fundamental; con todo, se celebró la conferencia sin más resultado que el de dar tiempo a los conservadores para prepararse mejor; esto ocurría el 12; y el 13, en la Estancia de Las Vacas se libraba la batalla en la que, en unas cuantas horas, quedó aniquilado el ejército liberal; sus pérdidas fueron de doscientos cuarenta muertos y heridos, más cuatrocientos veinte prisioneros; entre estos últimos y muy seriamente heridos los generales Tapia y Álvarez; además se habían dejado treinta piezas de artillería, cuarenta y tres carros para municiones, veinte para transporte y quinientas armas. Doblado se fue para Salvatierra a recoger los dispersos y Degollado partió para San Luis con unas cuantas gentes; por ahí iba Quiroga, quien no tardaría en seguir a Nuevo León para buscar la conciliación con Vidaurri.

Graves fueron las consecuencias del desastre; pronto habrían de caer en poder de Miramón, Guanajuato, León, Celaya, Lagos y Aguascalientes; más tarde, San Luis Potosí y hasta Nuevo León llegarían los efectos.

El mismo 13 de noviembre, desde Apaseo, Miramón ordenaba a Woll que venía en camino, contramarchara a Zacatecas, de cuya plaza había salido el 9.

El 18, y desde San Luis, rendía su parte Degollado sin ocultar la verdad; con la honradez que fue su mejor prenda, relataba la infortunada acción; si había incurrido en alguna responsabilidad, advertía, estaba dispuesto a que se le enjuiciara. En la misma fecha lanzó una proclama para hablar con entereza del terrible descalabro, pero se rebela contra las críticas estériles y convoca a sus soldados a reorganizarse y volver a la pelea.

En estos momentos las recriminaciones no son más que el despecho de la impotencia, la quietud, la resignación con la ignominia. Sólo tenemos un camino de reparación: la lucha. Las mujeres lloran, los hombres se vengán... [y terminaba] soldados: se nos echa en cara la desgracia, obliguemos a la victoria a que responda por nosotros; si se nos acusa de ineptitud y cobardía, con nuestra sangre y la de nuestros enemigos, borremos esa mancha...

Pero íntimamente se sentía destruido.

Degollado reunía sus tropas en San Luis, adonde acababa de llegar, procedente del extranjero, el general José López Uruga, militar de escuela, al que designó cuartel maestro y le encomendó la reorganización del derrotado ejército.

La columna reaccionaria enviada por Miramón sobre San Luis, la comandaba el general Manuel Díaz de la Vega, quien se apoderó de la ciudad el 24, pues ya Degollado la había dejado para marchar hacia Matehuala.

Desde la hacienda de Peñasco, donde había podido reunir alrededor de dos mil hombres, escribía ese mismo día a González Ortega no sólo para comunicarle los últimos sucesos, sino para confiarle su estado de ánimo; le participa haber enviado a Prieto para explicar al gobierno de Veracruz:

el origen y la causa de nuestros continuados quebrantos y la inutilidad de nuestros sacrificios y esfuerzos si no se pone el remedio radical o se abandona a los estados en absoluta soberanía para atender su defensa; y aún tal vez, si las circunstancias lo exigen, marcharé yo también a manifestar a la superioridad nuestra verdadera situación, pues estoy resuelto a que no siga derramándose la sangre y recursos de nuestros pueblos tan inútilmente.

Después de este desaliento y como para explicarse mejor, para que no se le diera otro sentido a sus palabras, concluye: “ni un momento pierdo la fe, pues sean cuales fueren nuestras desgracias la causa triunfará indefectiblemente y auxiliados o abandonados de nuestros hermanos probaremos al mundo la verdad y pureza de nuestros principios...”

Sólo que a González Ortega lo llevaba Woll por delante, pues éste, desde Sombrerete, comunicaba el 27 que aquél se retiraba rumbo a

Durango; Doblado por su parte, con una admirable energía formaba otra columna en Pénjamo para seguir peleando en el Bajío.

## ***Otro capítulo de la historia de Nuevo León y Coahuila***

***Zuazua reúne a los suyos y marcha sobre Monterrey.– Una  
conminación casi generosa.– Respuesta de Aramberri.– El  
plebiscito de Monterrey.– Aramberri pierde la partida.– Un  
general de primera en un encargo de capitán.***

En Nuevo León y Coahuila las cosas no van mejor; Vidaurri y Zuazua han vuelto a la carga; con gentes de los pueblos del norte del estado organizaron un nuevo ejército que intitularon “Defensor de la Soberanía de Nuevo León y Coahuila” y desde mediados del mes de noviembre principiaban a moverse sobre Monterrey.

La personalidad de Zaragoza parece eclipsarse; el 15 del mismo mes se encuentra en Salinas Victoria al frente de una modesta columna de guardias nacionales; una fuerza suya ha sorprendido a una avanzada vidaurrista haciéndole varios prisioneros que remite a Monterrey; sólo uno de ellos, el sargento José Ángel Sierra es ajusticiado, porque estando en servicio en esta última ciudad, lo había abandonado para unirse al enemigo; el prisionero confesó que en Monterrey existía una conjura que preparaba una sublevación para el día 11, señaló a quienes lo habían invitado para ese efecto, mas como no estallara el motín, se vio precisado a desertar.

El 23, desde el “Campo del Capadero” comunica Zuazua a Vidaurri, tal vez a Lampazos, haber derrotado a Zaragoza la madrugada de ese día; éste lo había atacado con trescientos hombres, “pero con cien de nuestros rifles y media hora de fuego bastó para que huyeran despavoridos...”;

en el mismo parte habla de haber capturado el 21, doscientos rifles Sharp, “y ayer cinco carros de armas entre las que se encuentra un número considerable de pistolas de 6 tiros”, y, finalmente, le participa que sigue rumbo a Monterrey.

En efecto, el 26 llegaba Zuazua con su columna a la capital neoleonense y se acampaba en la plazuela de la Capilla, desde donde se dirigía a Aramberri, que seguramente se encontraba en el palacio de gobierno; la nota relativa se significa por su altivez, por ciertos humos de generosidad y toda ella revela que el general vidaurrista se apoyaba en una fuerte y bien organizada columna.

Éstos son los términos con que Zuazua emplaza al gobernador:

Acabo de llegar a esta ciudad con las tropas que me obedecen para tomar de grado o por fuerza la plaza que inútilmente defendería V. S. con los pocos soldados que lo acompañan; pero enemigo por carácter de humillar a los hijos del estado a que tengo la honra de pertenecer, previniendo que se rindan a discreción, he querido antes como lo hago, exhortar a V. S. a nombre de la patria y del estado mismo para que evacúe hoy a las doce del día la plaza, en el concepto de que para entrar a ella por la fuerza me sobra con la que se halla a mis órdenes...

Lo excita a evitar derramamientos de sangre, le habla de que los pueblos reconocen como gobierno legítimo al que encabezó Vidaurri y después apela a sus sentimientos reformistas cuando apunta...

estas consideraciones crecen de punto cuando reflexione V. S. que Nuevo León y Coahuila deben prepararse prontamente para resistir al enemigo común que acaba en el interior de derrotar completamente [a] las fuerzas constitucionales que operaban a las órdenes de don Santos Degollado...

Luego le dirá que Zaragoza y él pueden retirarse al interior, los jefes a sus casas y que la tropa se quede en la ciudad.

No vengo persiguiendo a nadie; soy enemigo de rencillas particulares; todos los ciudadanos pacíficos tienen las garantías apetecibles conmigo; nada tienen que temer [Y finaliza, categórico]: son las nueve de la mañana; a las

doce espero la respuesta de V. S.: si no viene para esa hora, o ella fuere negativa, obraré militarmente.

Aramberri le contesta luego para decirle que de acuerdo con la opinión de numerosos vecinos y del presidente del Superior Tribunal de Justicia, no son aceptables las proposiciones anteriores, pues no es benéfico para la causa de la libertad el restablecimiento de un gobierno que se puso en pugna con el de la nación y con los soldados que lo sostienen; apela a su patriotismo y para conjurar el escándalo de pelear unos con otros, le propone que “tanto la fuerza de su mando como la que guarnece esta plaza, marche al interior como siempre lo ha hecho con tanta gloria, contra el enemigo común”; finalmente le dice que si dispone que sus tropas se retiren a diez leguas para dar tranquilidad a la ciudad, se puede entrar en conferencias que “tal vez arreglarán de una manera decorosa, la cuestión que usted ha provocado”.

En esa misma fecha se entrevistan Aramberri y Zuazua, para convenir, el 27, que se convoque para el día siguiente a una junta popular que se efectuará en la plazuela de El Mesón para decidir por mayoría de sufragios si continúa Aramberri en el poder o si debe entregarlo al presidente del Tribunal de Justicia, licenciado don Domingo Martínez, en la inteligencia de que sólo votarán los hombres mayores de veinte años y los de dieciocho si son casados; también se ha convenido en que, resuelto el problema, Zuazua se retire al norte del estado.

Aramberri designa para que lo represente en el plebiscito al señor G. San Miguel, en tanto que Zuazua lo hace en favor del señor Francisco Leal; se efectúa dicha asamblea; ciento noventa ciudadanos votan porque continúe Aramberri y cuatrocientos cuarenta y cuatro lo hacen por la negativa.

Con vista a este resultado, Zuazua, situado ahora en la plaza de La Purísima, convoca al perdidoso general para que entregue el poder al licenciado don Domingo Martínez, como así ocurre.

El nuevo mandatario, de acuerdo con lo convenido, ordena el 27 de noviembre a Zuazua “emprenda mañana su marcha para los pueblos de la frontera del estado a fin de restablecer en la ciudad la tranquilidad pública

que desgraciadamente permanece alterada a causa de los últimos acontecimientos”; el aludido contesta que cumplirá lo prevenido.

Así terminó el conflicto provocado por la soberbia y la intransigencia de Vidaurri; éste, cuando vio que no era empresa fácil vencer a sus enemigos, cambió de armas, acudió a las de la política y con ellas nadie le habría de ganar; su popularidad fincada en un espíritu provincialista muy del agrado de sus conciudadanos, le asegurará todavía cinco años de predominio en Nuevo León.

Las condiciones del país no permitían otra forma de resolver el problema; Aramberri había obrado con patriotismo y cordura; pero Zaragoza quedaba en la más desairada situación; su nombre se esfuma en estos días; el gallardo general de treinta años, el vencedor de Guanajuato y de Calamanda, no es ahora sino un jefe secundario de las fuerzas del estado.

Aramberri seguirá como jefe de la Guardia Nacional de Nuevo León y Coahuila, mas en realidad confiará ese mando a Zaragoza, que se encuentra así en la prueba más penosa de su vida.

## *Un balance adverso*

*Miramón sobre Guadalajara para enjuiciar a Márquez.– Dos cuerpos de ejército de los conservadores.– Otras operaciones. Derrota de Tonila.– ¿Y Zaragoza qué...?– El saldo del año. Entre el sosiego del hogar y Veracruz, Veracruz...*

Desde el 19 de noviembre Miramón se encontraba en Guadalajara; lo de la conducta lo traía terriblemente contrariado; Márquez andaba en campaña por el sur de Jalisco, ignorando acaso la llegada del Presidente conservador, quien el 21 promulga un decreto condenatorio de la conducta de Márquez y en el que ordena la devolución de lo que quede de los seiscientos mil pesos; prescribe se pague de toda preferencia lo adeudado y ordena se pase al procurador general de la nación el expediente levantado con tal motivo para que “promueva lo que convenga a la vindicta pública y decoro del gobierno”. Márquez dimite su cargo de gobernador y comandante militar de Jalisco así como el de jefe del primer cuerpo de ejército, no sin asegurar públicamente que se retira a la vida privada; luego marchará para México; allá le esperan otros cargos graves que servirán de base para un proceso en el orden militar.

A primeros de diciembre Miramón lo sustituía con Woll, en tanto que Vélez se encargaría del mando del segundo cuerpo de ejército con cuartel general en San Luis Potosí.

Por ese tiempo De la Garza se acerca a San Luis con dos mil hombres, pero se retira a poco por el acostumbrado camino de Tula.

El 16 González Ortega se reporta de Durango con Degollado, quien había sido llamado a Veracruz, y le comunica sus preparativos para integrar

una columna con las fuerzas que está levantando, con las de Sánchez Román que anda por el norte zacatecano y con las de Aguascalientes, para internarse al estado que gobierna.

Desde Zacatecas, el 19, comunica Vélez al gobierno conservador que los efectivos del cuerpo a su mando alcanzan a tres mil seiscientos cuarenta y seis hombres; en Guanajuato el nuevo comandante general, don Severo del Castillo, pide recursos para batir las guerrillas que de nuevo operan en el Bajío.

Para el 28 de diciembre Vélez andaba por Matehuala y en verdad no tenía problema militar serio en la zona que se le había confiado.

Por otra parte, Miramón, a la cabeza de las fuerzas reaccionarias de Jalisco, va tras de Ogazón; lo persiguen hasta Colima y después hasta Tonila, en cuyas inmediaciones lo destroza el 24; la causa de la derrota liberal atribúyese, y con razón, a la desertión del general Juan N. Rocha que abandonó el punto más importante de la línea de fuego. El 30 de diciembre regresa Miramón victorioso a Guadalajara donde permanecerá hasta el 1° de enero de 1860.

Por esos días de diciembre el ministro conservador de Relaciones dirige una circular a los jefes de los departamentos, para atacar el tratado Mac Lane- Ocampo y acusa de desleal “el proceder de un país que explota sin pudor nuestras discordias y el de la facción que trata de imponer sus ideas disolventes”.

En Nuevo León durante este diciembre la tranquilidad no es absoluta, pero evidentemente Vidaurri ha dominado la situación; ya anda por ahí Quiroga metiendo la mano; Aramberry ha salido para Matamoros y le dejó a Zaragoza el paquete de sustituirlo interinamente en el mando de la Guardia Nacional del Estado.

Zaragoza nada ha podido hacer para mandar fuerzas al interior del país; la derrota de Estancia de Las Vacas y sus consecuencias inmediatas, le malograron los planes; el nuevo gobernador Martínez, de extracción vidaurrista, le niega toda suerte de elementos y hasta protege a sus enemigos.

Existe una carta suya fechada en Monterrey el 15 de diciembre y dirigida a su amigo, y subordinado, el coronel Jesús Fernández García, de

Villa García, Nuevo León, que es claramente reveladora de su estado de ánimo, y cuyo texto es del mayor interés para el objeto de esta obra:

Me he convencido de una manera indudable que no puedo caminar bien con el señor Martínez, porque a todo se presta menos a proporcionar los recursos necesarios para mover las fuerzas que yo me ocupaba de organizar para marchar al interior; en este concepto, me he resuelto a entregar el mando de las fuerzas del estado, que el señor Aramberri me confirió interinamente y yo retirarme a mi casa, y ser indiferente a cuanto pase en esta capital ínter vuelve el expresado señor Aramberri.

La fuerza de infantería que tenía organizada en esta ciudad, la he mandado disolver, retirándola a sus casas, usted con las que tiene obrará de la manera que le parezca más oportuno en las [actuales] circunstancias.

Hay otra cosa que me ha acabado de desalentar. Sé a no dudar que Quiroga en unión de Bustamante, don Juan y el licenciado Guzmán han marchado a Lampazos, con objeto de hacer que Zuazua venga a encargarse del mando de las fuerzas del estado. He vacilado mucho para creer que Quiroga vaya con tal misión, pero se decía aquí por muchas personas fidedignas.

La venida de Zuazua en estas circunstancias la creo no sólo peligrosa para la tranquilidad del estado sino para el desacuerdo completo de las fuerzas liberales que aún existen en el interior del país, porque usted no ignora que Zacatecas, San Luis Potosí y Tamaulipas, serán siempre enemigos de Zuazua y jamás volverán a poner sus fuerzas a las órdenes de éste, sean cuales fueren las circunstancias.

Yo que estoy resuelto a no transigir de ningún modo con Zuazua, me retiro desde ahora para no poner después, [en un] nuevo conflicto al estado. Seré un frío espectador de lo que pase, siempre que no se quiera ultrajar mi persona y sólo en el caso de que la reacción pise nuestro suelo, tomaré las armas como uno de tantos ciudadanos.

Es cuanto puede decir a usted por ahora su afectísimo amigo y servidor que besa su mano.—*Ignacio Zaragoza*.— Aumento: hoy quiso haber en esta ciudad un movimiento y esto me decidió más a disolver la fuerza.

Ésta era su decisión, pero por lo visto la aplazó, seguramente hasta la llegada de Aramberri, pues en una nota fechada en Monterrey el 21 de diciembre y dirigida al gobernador Martínez, le dice tener órdenes de aquél para mandar al pueblo de China trescientos hombres que se encargarán de escoltar un convoy de artillería que viene de Matamoros,

Montevideo, Sete 15 de 1859.

Estimado amigo y compañero.  
Me he convencido de una manera indudable que no puedo continuar bien con el Sr. Martinier, por que á todo se presta meand a proporcionar los recursos necesarios para mover las fuerzas que yo me ocupaba de organizar para marchar al interior; en este concepto me he resuelto á entregar el mando del bat. 1.º del Estado, que el Sr. Abraham me confió anteriormente y que el pongo á mi cargo, y ser indiferente á cuanto pasa en esta capital, entre vuestras el expresado Sr. Martinier.

La fuerza de infantería que tengo organizada en esta ciudad, habiéndome dado á conocer, retirando á los 1.º y 2.º Bat. con. las que tengo á cargo de la manera que le pareciera mas oportuna en las circunstancias.

Hay otras cosas que me ha acabado de desalentar. Se a mi juicio que Divoga en unirse de Buenos Aires al Sr. Juan y al Sr. Guzman han marchado a San Fernando, con otros

Fragmento de una carta del general Zaragoza,  
escrita de su puño y letra.

para cuyo efecto pedía los recursos que requería el traslado de dicha fuerza.

(Esta artillería se quedó en Monterrey; venía de los Estados Unidos; Vidaurri se la guardó; y tal vez es ésta la que Juárez le pedía con angustiada urgencia en 1863 y que el taimado cacique se negó sistemáticamente a mandar, acudiendo a miles de pretextos).

El año 1859 terminaba con un saldo favorable para Miramón; dominaba la parte más importante del país; había logrado ocupar lugares y regiones que hasta antes dominaban los liberales.

Pero le faltaba la frontera que se defendía con sus desiertos; le faltaba el sur que se defendía con sus montañas; le faltaban las costas y, sobre todo, le faltaba Veracruz; Veracruz era su pesadilla y pronto intentaría una nueva expedición.

Zaragoza vive días de desaliento, de perplejidad y de incertidumbre; aprisionado en las redes de una turbia política aldeana, pronto se sobrepondrá al desfallecimiento y fijará la mirada en Veracruz; para aquel puerto, cuna de su padre, partió tal vez a fines de diciembre del 59 [1859] o principios de enero del 60 [1860].

No volvería más a su provincia; allá en el horizonte de México, principiaba a clarear un nuevo destino.



1860

El año de la victoria



## *En las garras del exterior*

*Panorama general.– Entre lobos anda el juego.– El destino de un tratado.– A veces lo indio salva.– Sigue el juego entre los lobos.– Comonfort.*

Si 1859 fue el año de las grandes definiciones reformistas, el de 1860 será el de la victoria liberal en el campo de las armas, pero también el periodo en que principia a condensarse más la atmósfera intervencionista.

La captura de dos barcos al servicio de Miramón para completar el asedio de Veracruz, efectuada por una nave de guerra americana, cuyo concurso solicitó el gobierno de Juárez para apoyar en esa operación a dos pequeñas unidades que había alquilado, provocó la contrariedad de los diplomáticos europeos que favorecían al gobierno conservador, entre los que ocupaban primerísimo lugar los ministros de España, Francia e Inglaterra; y nada valdría para éstos la explicación de que Juárez había declarado piratas a los buques conservadores, circunstancia que lo autorizaba para solicitar el auxilio de un gobierno con el que tenía relaciones oficiales; para los diplomáticos citados, se trataba de una injerencia que frustraba sus planes, pero el representante inglés no quiso extremar su protesta y más bien buscó un entendimiento con el de Estados Unidos para promover un convenio entre los dos bandos.

Otro suceso importante en el orden internacional, lo constituirá el destino del famoso tratado Mac Lane-Ocampo, que en mayo era sometido a la consideración del Senado americano para su aprobación; pero el ambiente político estadounidense se encontraba dominado por los más variados puntos de vista. Unos consideraban el tratado como maniobra

de Buchanan para asegurar su reelección; otros lo juzgarían como un expediente suriano para dilatar la influencia esclavista a nuevos territorios que, al convertirse más tarde en estados, romperían el equilibrio de la representación senatorial que tenían las dos grandes fracciones en que se dividía la opinión americana; no escasearían los que pensarán en el problema racial que el tratado sugería, el de los indígenas y mestizos que agravaría a la ya quemante cuestión de los negros; los más advertirían que el gobierno juarista estaba tan lejos de la victoria, que no podría contratarse con él; también se argumentaría que la de México era una guerra religiosa, según unos, y una guerra de castas, según otros, pues Juárez, decíase, había sublevado a indios y mestizos contra los blancos; era la lucha, en el sentir de estos últimos, de la barbarie contra la civilización.

Y en ésta, para México afortunada marejada de opiniones, el tratado fue rechazado por 27 votos contra 18; se pediría que nuevamente fuese examinado, mas esto, según el reglamento, sólo sería posible transcurridos seis meses. Pero como el tratado fijaba precisamente igual plazo para ser ratificado por parte del Senado americano, se volvía indispensable conseguir una prórroga del gobierno de Veracruz para dar tiempo a un nuevo debate; así se solicitó; el Presidente reuniría su gabinete para estudiar la instancia; la mayoría de sus ministros votaría por la afirmativa, pero dos sufragios bastaron para negarla: el de Juárez y el de su nuevo ministro de Justicia, don Juan Antonio de la Fuente. Juárez había ganado la pelea con su aliado, el tiempo; ya no estaba acosado por el enemigo y las armas liberales principiaban a triunfar.

Por otra parte, en Europa circulaba con fortuna el acento anticlerical de La Reforma, circunstancia que la enemistaba con los tronos católicos y aun con aquellos que no lo eran. El embajador inglés, más hábil que sus colegas, insistiría en ganarse al representante estadounidense para, de común acuerdo, imponer una mediación; según aquél, ni Juárez ni Miramón ganarían la guerra y por este motivo cabía pensar en un tercero que conciliara las dos tendencias; pensaba en Comonfort, para quien se comprometía conseguir el apoyo diplomático europeo, si los Estados Unidos apoyaban esta nueva tentativa, en cuyo caso se obligaría a los dos

bandos a convenir en una determinada forma de gobierno por ocho años, sobre la base del respeto a la libertad religiosa y las libertades civiles.

Mac Lane nada decide; Mathew, el ministro inglés, no quiere contrariarlo; adivina el sentir del americano y entonces sugiere a Juárez, en vista de que Miramón preparaba una nueva compañía sobre el centro del país, reclutar una bien armada legión extranjera que ayudara a decidir el triunfo liberal; este asunto se había tratado varias veces en el gabinete de Veracruz, pero siempre con un voto negativo, el de Benito Juárez.

Habían pasado dos años y medio de guerra y ésta se encontraba en todas partes, en el campo de batalla, en la prensa, en el púlpito, en la cátedra, en la tribuna, en la calle y hasta en el círculo familiar. La prolongación de la contienda causará más de un desaliento en el ánimo de algunos caudillos; ese desaliento les haría pensar en que, para vencer, no había sino dos caminos: el de la transacción o el de tomar recursos de donde se encontrasen para sostener y armar adecuadamente al ejército liberal.

Tal era el fondo general de la situación del país en 1860; en este ambiente se van a desarrollar las operaciones militares, ahora con mejor acuerdo, porque se promoverá la formación de un verdadero ejército con mando único y mejor capacidad combativa. Examinemos cómo se desarrollaron los acontecimientos en el frente interno.



## *Las primeras victorias*

*El sitio de Veracruz. Vicisitudes de una campaña.– Tres núcleos de tropas liberales.– Zaragoza vuelve a campaña.– González Ortega y López Uruga.– Zacatecas.– Loma Alta.*

En febrero, Miramón se dirigía sobre Veracruz y el 28 llegaba a sus inmediaciones; ese mismo día el paquete inglés llegaba con la noticia de que don Tomás Marín disponía en La Habana la salida de dos barcos para bloquear y atacar al puerto; desde ahora declara Juárez que los considerará piratas, por haberse armado y equipado en base extranjera para incursionar en costas mexicanas; en estas condiciones pedirá el 6 de marzo al comandante del Saratoga, nave norteamericana, que auxilie a dos pequeños buques alquilados por el gobierno de México, a fin de proceder contra los barcos piratas que se acababan de presentar sin bandera y navegaban hacia Antón Lizardo, donde fueron ametrallados por la noche y capturados junto con sus tripulaciones después de ruda pelea, recogíendoseles 1,000 bombas y 4,000 rifles, además de otros elementos de guerra.

Miramón permanece en sus posiciones; protestará por la actitud del comandante americano y en esto contará con el apoyo del jefe del buque español Alceo, surto en las aguas del puerto, que reclama la devolución de una de las embarcaciones secuestradas: se trata del “Marqués de La Habana” que a última hora enarboló la bandera de España. Ante todos estos acontecimientos, Miramón intentará la formulación de un convenio; se le acepta la propuesta; para el efecto designa dos representantes y Juárez manda los suyos, uno será don Santos Degollado, ministro de

Relaciones desde el 27 de enero, por renuncia de Ocampo; pero las conclusiones resultan inaceptables, porque Juárez no admitía ningún arreglo que no se fundara en el reconocimiento de la Constitución, pues toda reforma que se pretendiera habría de hacerse por el camino que la misma señalaba.

Como el 14 de marzo se convenció Miramón de la imposibilidad de llegar a un acuerdo, desde el 15 somete al puerto a furioso y permanente bombardeo que se prolonga por cinco días; ante su ineficacia el 21 levanta el campo. Los resultados de esta campaña demeritan su prestigio militar; los conservadores principian a desconfiar de su mejor caudillo y Zuloaga mismo está pensando en la necesidad de recuperar el poder.

Mientras tanto en el resto del país la lucha tomaba nuevos caracteres; tres núcleos importantes principian a destacarse en el bando liberal; se han formado en torno de tres jefes: López Uruga, que organiza las fuerzas potosinas; González Ortega las del rumbo zacatecano y don Pedro Ogazón las de Jalisco.

El general conservador Silverio Ramírez deja Zacatecas bajo la presión de González Ortega que con más de 2,000 hombres la ocupa el 9 de febrero; el general Manuel María Calvo, desde San Luis, participa a Miramón que emprenderá campaña sobre los liberales posesionados de Catorce y Matehuala, para volver después sobre los de Zacatecas.

El 28 de febrero sale Zaragoza de Veracruz para Tampico; va a comenzar de nuevo; va a buscar nueva trinchera; al llegar reflexionará sobre el camino a seguir; por el norte potosino andan fuerzas de Vidaurri, las de Hinojosa, que se quedó con él; piensa en unirse con López Uruga, mas éste necesariamente tiene contacto con aquéllas; pero le queda su mejor amigo que se encuentra en Zacatecas y para allá la emprende; va a salir de la penumbra a que lo arrastraron los acontecimientos políticos de Nuevo León, y va a salir con todo el brillo de su categoría de reformista dispuesto a continuar luchando sin tregua y sin transacciones.

A principios de marzo las fuerzas de Calvo se dirigen a Zacatecas; González Ortega ordena la evacuación para atacarlas después, y pide a Uruga, a Hinojosa y a De la Garza, se acerquen a San Luis para evitar la

salida de auxilios y les ofrece que una vez resuelta su operación, se unirá con ellos para atacar la plaza potosina. Desafortunadamente el plan quedará aplazado por la falta de cooperación de Hinojosa y del jefe tamaulipeco. El 29 de marzo, después de haber renunciado al Ministerio de Relaciones cinco días antes, llegaba a Tampico don Santos Degollado para asumir nuevamente el mando del ejército federal.

Uraga se reunía el 8 de abril con González Ortega y el 10 ocupaban Zacatecas que fue evacuada por los conservadores. Es en estos días cuando Zaragoza debe haberse presentado con el caudillo zacatecano que le confió la comandancia militar de la ciudad capital del estado.

Don Santos, al tomar posesión de la jefatura del ejército, tuvo noticias de cómo Hinojosa, que comandaba un cuerpo de 1,000 hombres de Nuevo León y Coahuila, se había negado a cooperar con Uraga cuando éste se dirigía a tomar Zacatecas, aduciendo que tenía órdenes de Zuazua de no combatir y de marchar para Durango; esto exasperó a Degollado, quien sugirió al gobierno de Veracruz la conveniencia de que las fuerzas de Nuevo León y Coahuila no salieran de su estado, pues sólo venían a dar peligrosos ejemplos de indisciplina.

Uraga, después de lo de Zacatecas, se movió para Ojo Caliente, donde recibió noticias de que de San Luis habían salido para atacarlo los generales Rómulo Díaz de la Vega y Manuel María Calvo al frente de 3,000 hombres; después de algunas escaramuzas les dio la batalla de Loma Alta, el 24 de abril, en la que obtuvo resonante victoria; cayeron en su poder 18 piezas de artillería, 30 carros y más de mil prisioneros, entre éstos los dos jefes conservadores ya citados, a los que remitió a Zacatecas junto con un numeroso grupo de jefes y oficiales capturados en dicha acción de armas.



## *La división del centro*

*López Uraga toma el mando.– Zaragoza cuartel maestro.– La marcha sobre Jalisco.– Ogazón se reúne con Uraga.– Ataque a Guadalajara. Uraga prisionero.– Así se hace una retirada.– Zaragoza marcha con Ogazón al sur de Jalisco.– Ineficaz campaña de Miramón.– El triunfo de Peñuelas.– Miramón marcha para el Bajío.– La inactividad, mala consejera.– Un sitio simulado y una marcha estratégica.– Zaragoza otra vez con González Ortega.– Allá, en Nuevo León y Coahuila, ha caído Juan Zuazua.*

Las fuerzas de Uraga ocuparon San Luis el 30 de abril, y desde luego se preparó para emprender la campaña sobre Guadalajara; por ese entonces, apunta don Manuel Z. Gómez, pidió Uraga a González Ortega que le incorporara a Zaragoza, al que designó cuartel maestro de lo que ahora era la división del centro, que ya contaba con cerca de 7,000 hombres.

A principios de mayo se emprende la marcha rumbo a Jalisco. Mientras tanto en México había ocurrido lo que se esperaba, Zuloaga promulgó un decreto por el que reasumía el poder, pero Miramón que se disponía a salir en auxilio de Guadalajara, pues ya sabía lo de Uraga, tachó de ilegal el acuerdo, aprehendió a su arrepentido poderdante y el día 9 cargó con él a campaña, para “enseñarle cómo se ganaban las presidencias”.

Ogazón, a instancias de Uraga, se acercaba con su división desde el sur de Jalisco con rumbo a Guadalajara; Uraga llegaba a Lagos el 11 y el 23 se reunía con las tropas que mandaba el gobernador jalisciense, integrando así una columna de más de 8,000 hombres con 42 cañones; desde luego se encaminaron sobre la ciudad tapatía, defendida por Woll

con cerca de 3,500 plazas; era urgente acelerar el ataque, porque Miramón venía en camino.

Woll había fortificado convenientemente la plaza; tenía instrucciones de resistir hasta el 24, fecha en que el Presidente conservador calculaba llegar en su auxilio. Uruga se dirigió al jefe de la plaza intimando la rendición en forma caballerosa y éste en términos semejantes rechazó la instancia.

Entonces:

Uruga mandó formar dos columnas de asalto con tropas de la división del centro las cuales debían operar por el norte de la plaza asaltando por Santa María de Gracia, Alhóndiga y el Seminario, y otras dos con todas las infanterías de la división de Jalisco, que deberían asaltar por las calles de Santa Teresa y La Merced, quedando de reserva, formadas en El Paseo, dos columnas pertenecientes a la división del centro... el general Leandro Valle quedó encargado de la inmediata vigilancia de las maniobras del asalto general; se dispuso que las caballerías de la división del centro, que venían en camino, y las de Michoacán reforzaran el destacamento del puente de Tololotlán, a las órdenes del coronel Domingo Reyes, y, finalmente, que las tropas tomaran cuarteles en la ciudad.

A las tres de la mañana del 24 se movían sigilosamente las columnas de asalto, para situarse en los puntos desde donde lo iniciarían. Alrededor de las cinco de la mañana principió el combate; un huracán de metralla se abatía sobre sitiados y sitiadores. Las columnas de Jalisco atacaban vigorosamente, batiéndose en los parapetos mismos; de igual manera se conducían las de la división del centro, mas como sus jefes aflojaron, Valle, que vigilaba las maniobras de asalto, requirió la presencia de Uruga que:

se hallaba en El Paseo acabando de organizar una columna de asalto que debía atacar por el Hospicio a las órdenes del coronel Sinfioriano Ávila, de cuya operación dependía el éxito de las demás, y dejando encomendada la vigilancia del movimiento confiado a Ávila, al general Ignacio Zaragoza, partió con su Estado Mayor al punto de Santa María de Gracia (que era donde se le reclamaba); allí Uruga se puso al frente de las fuerzas y avanzó hacia la plaza, pero bien pronto cayó herido y poco después era hecho prisionero por voluntarios del batallón Blancarte.

Entretanto, Ávila cargaba a la cabeza del batallón Ligero de San Luis y al tiempo que el general Zaragoza presenciaba el mal éxito de esta maniobra y la muerte del valiente Ávila al pie de la trinchera que iba a tomar, le fue comunicada la noticia de estar herido el general Uruga, y la orden de éste, por conducto del coronel Benito Gómez Farías, de que se emprendiera inmediatamente la retirada del ejército. Zaragoza la dispuso en el mejor orden que las circunstancias permitían, mandó instrucciones al destacamento de Toluatlán para que se retirara hacia el sur de Jalisco y previno al coronel Florencio Antillón protegiere la retirada de todo el ejército en el barrio de Analco. Debilitados los puntos de la línea al ir replegándose el ejército liberal hacia la garita de San Pedro y permaneciendo en su puesto el coronel Antillón, salieron de la plaza el primero y segundo cuerpos de caballería a las órdenes del coronel Guadarrama, y el batallón activo de San Blas, [que] dieron un fuerte ataque a la reserva; pero Antillón con un esfuerzo que le honrará siempre, contuvo el empuje de esas fuerzas en las calles de Medrano y Catalán, quedando muerto en le refriega el coronel conservador Cristóbal Chávez y herido el jefe liberal Pedro A. Galván.

A las diez de la mañana que había cesado el fuego, pudo advertirse:

el estrago tremendo de unas cuantas horas de combate: más de quinientos cadáveres, más de trescientos heridos, no pocos agonizantes yacían tendidos por las calles, en espantosas posiciones, encharcando con sangre el suelo y manchadas las aceras con entrañas destrozadas...

Se organizó la retirada con todo orden y “a la una de la tarde salió el ejército de San Pedro Tlaquepaque; pernoctó en Santa María, Toluquilla, El Cuatro y Santa Anita, sobre el camino nacional del sur”.

Woll que también resultó herido, confesó una pérdida de ochenta y cuatro muertos y sesenta heridos; Zaragoza, en su parte oficial, declaró que la división del centro perdió mil hombres y se piensa que cifra igual debe haber registrado la de Jalisco.

Don Manuel Cambre, a quien hemos seguido en el vívido relato de la batalla, comenta que:

La función de armas del 24 de mayo de 1860 en las calles de Guadalajara, fue un triunfo de las armas conservadoras; pero no fue derrotado el ejército

liberal, porque se retiró a la vista del enemigo en riguroso orden, a pesar del vigoroso impulso hecho por las tropas conservadoras para perturbarlo; llevándose todos sus trenes, casi toda su artillería y gran parte de sus heridos; esa retirada, modelo en los anales militares mexicanos, era una exigencia estratégica. Basado el plan de operaciones en la ocupación de Guadalajara y quedar expedito el ejército para salir a batir a Miramón, transcurridas las horas destinadas al ataque sin haber sido tomada la plaza, era preciso emprenderla antes de que fuera imposible y quedar entre los fuegos de Guadalajara y los de las numerosas fuerzas de Miramón que ya llegaban, puede decirse, a las puertas de la ciudad.

Zaragoza, en su cabalgadura, caminaba sereno, imperturbable; contrariado por el fracaso, pero sin que le desmayara el ánimo; ya volvería más tarde y se cobraría doble. La retirada continuó sin prisas, organizada, vigilante el mando, oportunas las determinaciones, bien previstas las jornadas y mejor cubierta la retaguardia; ya no fue la fuga desordenada de Ahualulco y Estancia de Las Vacas, las tropas llevaban la moral intacta, listas para nuevas jornadas.

Zaragoza iba a operar en terrenos desconocidos y tanto por esto, como porque don Pedro Ogazón, jefe de la división de Jalisco, era a la vez el gobernador de la entidad, estuvo de acuerdo con los demás jefes para que dicho mandatario sustituyera a Uraga en el mando del ejército; así se aprobó el 26 de mayo en Zacoalco; esto resultaba tanto más razonable, cuanto que toda la fuerza tendría que sostenerse con recursos de Jalisco.

Al pasarse revista al ejército, pudo comprobarse que se contaba con cinco mil infantes, mil quinientos jinetes, cuarenta piezas de artillería y suficientes provisiones de guerra; tal era el fruto de aquella retirada.

Ese mismo 26 de mayo entraba Miramón a Guadalajara entre las aclamaciones de los conservadores y el júbilo de las distintas corporaciones civiles y eclesiásticas; había logrado reunir en la ciudad un contingente de siete mil soldados veteranos con artillería y dotaciones suficientes.

Poco después, a las divisiones del centro y de Jalisco se unía la de Sinaloa al mando del general Plácido Vega y todas sumaban cerca de diez mil hombres, escalonados desde Zacoalco hasta Sayula.

Miramón, entretanto, daba disposiciones para impedir que González Ortega y Berriozábal se apoderasen del Bajío; el primero tenía dos mil hombres en Zacatecas y el segundo operaba con dos mil quinientos por Guanajuato; al mismo tiempo ordenaba una amplia fortificación de la ciudad y rechazaba el canje de prisioneros ofrecido por González Ortega, que retenía a los de Loma Alta; cuando éste se enteró de tal negativa, dio instrucciones para que sus cautivos quedaran en libertad.

El 8 de junio salía Miramón con su ejército para batir a Ogazón; éste después de retirarse de Sayula, tomó posiciones en la cuesta de Zapotlán, a ocho kilómetros de la población de este nombre, misma que ocuparon los conservadores el día 11; pero Miramón vaciló en atacar; fuera de contadas escaramuzas en los primeros días, permaneció inactivo por más de una semana. Un acontecimiento le iba a despertar de su inexplicable descanso.

El 15 del propio junio, González Ortega había derrotado completamente en Peñuelas, del estado de Aguascalientes, al general Silverio Ramírez, haciéndole más de mil prisioneros, entre éstos setenta y tantos jefes y oficiales, quitándole, además, un inmenso tren de carros cargados de parque, todo el armamento y hasta las banderas de los cuerpos.

La noticia llegó a Guadalajara el 18; se le comunicó a Miramón, todavía en Sayula, y éste, alarmado, cautelosamente emprendió la retirada el 21; el mal estado de los caminos a causa de las lluvias, ocasionó fuerte desertión; el 24 entraba a Guadalajara y el 27 seguía hacia Lagos con tres mil hombres, dejando cuatro mil quinientos en la ciudad.

No obstante la retirada de Miramón, las fuerzas liberales que se encontraban en el sur de Jalisco permanecieron por mucho tiempo sin actividad alguna; esta circunstancia, unida a la falta de recursos y por tratarse de que gran parte de la gente operaba en tierras desconocidas, daría por resultado que varios jefes pensarán en volver a sus estados; Zaragoza, preocupado por esa posibilidad y por la de una defección, él ya sabía bastante de eso, se dirigió a Ogazón, desde Santana Acatlán, el 25 de julio, para pedirle su parecer sobre el propósito de algunos jefes

que pretendían regresar a sus entidades, y le solicitaba que de oficio le diera instrucciones para hacerlas acatar en la división del centro que estaba a su mando.

Ogazón eludió la cuestión sobre si los gobernadores tenían derecho a retirar las fuerzas que habían puesto al servicio de la Federación, y se concretó a decirle que las de Michoacán no podían irse, porque había disposición expresa del gobernador Huerta para que permaneciesen en campaña.

Lo más grave era que el general Plácido Vega, jefe de la división de Sinaloa y gobernador de dicho estado, aludiendo a diversas razones, había decidido volver al territorio de su mando.

Afortunadamente, antes de marcharse, convino con Ogazón y Zaragoza en unir todas las fuerzas y simular un ataque sobre Guadalajara para el solo efecto de llamar la atención de Castillo, a fin de que la división del centro marchara a incorporarse con González Ortega para batir a Miramón.

La operación se efectuó el 1° de agosto; a las seis de la tarde en el campamento liberal se leyó la orden del día; Castillo que había observado el movimiento, se preparaba en las afueras de Guadalajara a resistir el ataque con parte de sus efectivos, pues el resto lo había dejado en el recinto fortificado.

A la medianoche, con un sigilo extraordinario se movió Zaragoza con toda su división pasando en línea diagonal a dos leguas de Guadalajara para tomar el camino nacional; cuando Castillo se dio cuenta del ardid, ya Zaragoza llevaba siete horas de camino, sin que lo pudiera perseguir, porque Ogazón y Vega permanecían sobre las armas protegiendo la maniobra; el día 7 del propio agosto se reunía Zaragoza en Lagos con González Ortega, quien inmediatamente lo dio a conocer como cuartel maestro de las fuerzas unidas.

Aquí abramos un breve paréntesis. En Nuevo León y Coahuila se habían efectuado elecciones para gobernador con resultado favorable para Vidaurri; al mismo tiempo se designaron diputados locales, resultando algunos no muy amigos del nuevo mandatario, el que por su carácter

autoritario, pronto entró en dificultades con ellos, por lo que pretendieron desconocerlo; los trató de disolver y la mayoría de la diputación permanente buscó refugio en el remoto pueblo de Galeana, protegido por un macizo montañoso entonces difícilmente accesible, y en donde los descontentos se consideraban seguros; se afirmaba que contaban con el apoyo inmediato de Escobedo y el más distante de Aramberri, Blanco y Zaragoza; Vidaurri se dispuso a batirlos a fines de julio con dos columnas: la de Quiroga por el rumbo de Linares y la de Zuazua, al que acompañaba el propio Vidaurri, por el de Saltillo.

Parte de esta última se adelantó hasta Ramos Arizpe, mientras el resto pernoctó en Rinconada el 30 de julio; Zuazua y Vidaurri acordaron, imprudentemente, pasar la noche en la hacienda de San Gregorio situada a la mediación del camino entre los dos lugares donde se hallaban las fuerzas; los dos jefes no disponían sino de una pequeña escolta; no necesitaban más, pues el enemigo se encontraba a cerca de ciento cincuenta kilómetros; sólo que por allí andaba el teniente coronel Eugenio García con un pequeño grupo y a quien los de Galeana habían comisionado para espiar los movimientos de Vidaurri.

Cuando García supo que éste y Zuazua, con una fracción de veinte hombres dormían en la hacienda de San Gregorio, cautelosamente se movió a pie; entre una y dos de la mañana, sin ser sentido, asaltó el lugar y a los primeros disparos quedó muerto Zuazua, salvándose Vidaurri inexplicablemente. Zuazua cayó sin siquiera usar sus armas. Así desapareció el aguerrido veterano de la Invasión Norteamericana y uno de los primeros que se pusieron al servicio de la causa constitucionalista para desempeñar brillantísimo papel. En una jornada oscura y sin gloria había sucumbido aquel bravo chinaco que en el campo de las armas fuera maestro de Zaragoza, Escobedo, Aramberri, Zayas, Quiroga y Garza Ayala, figuras de relieve en la Guerra de Reforma y en la lucha contra los invasores franceses.



## ***Cómo nace un ejército y cómo surge un caudillo***

*La batalla de Silao.– Nueva organización del Ejército Liberal.– Este señor Vidaurri...– La conducta de Laguna Seca, máximo sacrificio de don Santos.– Contramarcha a Guadalajara.– Ogazón se reúne con las tropas de González Ortega.– Un traspies de González Ortega.– Inflexibilidad de Zaragoza.– Las armas tienen la palabra.– También don Santos...– Enérgica reacción de los subalternos.– Destitución de Degollado.– Zaragoza toma el mando del ejército.– Desconocimiento de Degollado.– Por ahí viene Márquez.– El asalto a Guadalajara.– Un armisticio tras de un huracán de metralla.– Mientras, marchemos a Zapotlanejo.– “Ni dos minutos...”– Derrota de Márquez y ocupación de Guadalajara.– Un ejército de 30,000 hombres y un general de 30 años.– Un zarpazo de Miramón.– González Ortega vuelve al mando.– Calpulalpan.– Dos cartas de Zaragoza.– Zaragoza ocupa la capital.– Entrada del Ejército Constitucionalista.*

Miramón se había retirado a León el 3 de agosto; de allí se le escapó Zuloaga, pero ya se daría habilidad para eliminarlo definitivamente del mando político; después se replegó a Silao, donde reunió con sus fuerzas, las de Guanajuato, Querétaro y Celaya para abrir una nueva pelea.

González Ortega se movió de Lagos y el 8 pernoctaba en León; el 9 a mediodía se encontraba en la Loma de las Ánimas, muy cerca de Miramón. Para dar la batalla, éste había escogido un terreno en las

inmediaciones de Silao, con una llanura al frente que hacía difícil el ataque y, sobre todo, el emplazamiento de la artillería.

Las fuerzas liberales se organizaron así: a la derecha, Doblado con sus efectivos; al centro, Zaragoza con los de San Luis, y a la izquierda González Ortega con la división de Zacatecas y Aguascalientes; las caballerías quedarían al mando de don Julián Gómez de la Llata.

Miramón tenía más de cinco mil hombres y González Ortega lo atacaría con ocho mil.

La posición conservadora obligó a una audaz maniobra; a la medianoche y a campo traviesa, bajo la dirección personal de González Ortega y Zaragoza, se adelantó con toda cautela la artillería, colocándola entre los matorrales a setecientos metros de la línea enemiga que no percibió la operación. Al amanecer se desprendieron las columnas liberales de ataque y cuando estuvieron a tiro, las saludó un cañonazo de a doce, disparado por las baterías reaccionarias, al que respondieron las 21 piezas liberales emplazadas durante la noche, causando el desconcierto entre el enemigo, mientras la caballería liberal hacía un movimiento envolvente y las columnas avanzaban de modo arrollador, sin que la artillería dejara de funcionar sobre el enemigo; Miramón se salvó gracias a su serenidad; cuando sus perseguidores lo tenían ya en sus manos, les dejó su magnífico caballo, que principiaron a disputárselo; aquellos chinacos no sabían quién era la presa que se les escapaba.

La derrota fue completa y la artillería el arma decisiva. González Ortega excediéndose en generosidad dejó en libertad a cuatro generales, cuatro coroneles, doce comandantes y cincuenta oficiales que cayeron prisioneros.

La pericia militar demostrada por González Ortega y por Zaragoza, el primero en la campaña que determinó el triunfo de Peñuelas, el segundo en el ataque y la retirada de Guadalajara, y en la marcha estratégica desde Sayula a incorporarse a González Ortega, y por ambos en la batalla que les dio la espléndida victoria de Silao, les rodeó de gran prestigio, alcanzando la primacía entre los caudillos constitucionalistas.

Desde Guanajuato, el 13 de agosto, Degollado ordenaba que todas estas fuerzas integraran dos cuerpos de ejército; el del centro, al mando de Doblado, que se formaría con la División de Guanajuato al mando de Antillón y la Brigada Pueblita, así como con la División de Michoacán a las órdenes del general Epitacio Huerta, quien llevaría de subalternos a los coroneles Régules y Aranda; también formaría parte de este cuerpo la División de México, al mando de Berriozábal; la Brigada de Caballería a las órdenes del general Antonio Ramírez, y la artillería a las del coronel Juan Perrusquía. Mientras Doblado podía salir a campaña, asumiría el mando el general Berriozábal.

El Cuerpo de Ejército del Norte que tendría por jefe a González Ortega, se formaría con las Divisiones de Zacatecas y San Luis Potosí.

La División de Zacatecas, formada por fuerzas de dicho estado y del de Aguascalientes, quedaría al mando del coronel Francisco Alatorre.

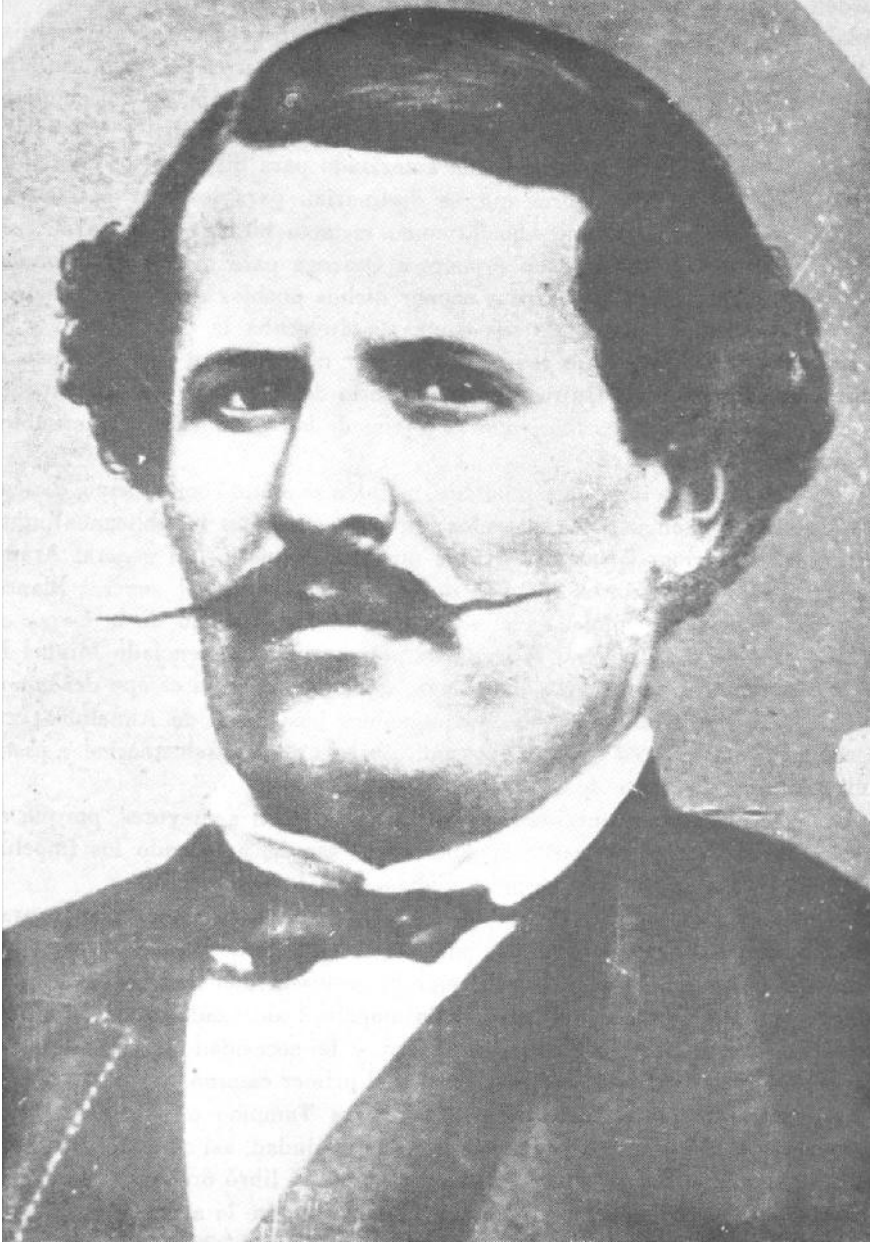
La División de San Luis con sus dos brigadas, estaría a las órdenes de Zaragoza y, en su defecto, a las del coronel Francisco Lamadrid.

La Brigada de Caballería la comandaría el coronel Eugenio Castro y la artillería, el jefe de División J. Gómez de la Llata.

González Ortega sería el General en Jefe de los dos cuerpos y, por esa razón, Zaragoza tomaría el mando del Cuerpo de Ejército del Norte.

Estas dos grandes unidades avanzaron hasta Querétaro, pero allí se dio la orden de alto, porque se había determinado retroceder para apoderarse de Guadalajara, pues no se quería dejar enemigos de consideración a retaguardia.

Mientras se desarrollaban estas jornadas en el centro del país, nuestro inefable gobernador Vidaurri la emprendía contra Chico Sein, su colega potosino; sabedor de que en San Luis se hallaban Aramberri, Blanco y Manuel Z. Gómez, y de que al primero se le había autorizado para disponer de las rentas de Cedral, Matehuala y Catorce que se destinarían para levantar fuerzas, le advertía que consideraba todo aquello como un acto hostil por parte de San Luis; con ese motivo había dado órdenes a Quiroga para que si comprobaba ser cierta esa autorización, pasara a ocupar dichos pueblos disponiendo de las rentas para el sostenimiento de sus tropas...



***General don Jesús González Ortega.***

Invocaba la Constitución y le pedía los aprehendiera y se los remitiera para que respondieran de sus crímenes, en cuyo caso los recibiría Quiroga en la divisoria del estado. Vidaurri consideraba a los inculpados como inspiradores y jefes de los de Galeana, responsables de la muerte de Zuazua.

Chico Sein, a principios de septiembre, también se mandó con lo suyo, diciéndole (después de llamar a los acusados, dignos y valientes republicanos), que ni podía ni debía mandarlos presos para que los asesinara.

El general Aramberri es actualmente Cuartel Maestro del Ejército Federal; el general Blanco despeña importante comisión; el señor don Pedro Dionisio de la Garza es diputado de Nuevo León y no se le puede perseguir, y el licenciado Miguel Z. Gómez es secretario del general Aramberri, lo acompañó en el campo del honor que usted dejó el primero en las inexpugnables posiciones de Ahualulco; en consecuencia puede usted mandar esos mil esbirros para aprehenderme y castigarme por tener la honra de defender la Constitución del 57.

Pese a tan amable fraternidad, las cosas no llegaron a mayores, porque el gobierno de Veracruz les marcó la conducta a seguir, aplacando los ímpetus del bronco cacique norteño y los del indignado mandatario potosino.

Ya hemos dicho que para muchos de los jefes liberales que veían prolongarse la guerra no había sino dos caminos para terminarla: tomar recursos de donde los hubiera para equipar y sostener el ejército o buscar una transacción lo más ventajosa posible. Doblado que advertía la magnitud alcanzada por los cuerpos de ejército que comandaba González Ortega y la necesidad de sostenerlos y dotarlos, de propia autoridad se resolvió por el primer camino.

Informado de que de San Luis saldría para Tampico una conducta con fuerte suma de dinero que los comerciantes de esa ciudad, así como los de Zacatecas y Aguascalientes enviaban al extranjero, el día 4 libró órdenes terminantes al general Ignacio Echegaray para que la capturara;

éste la alcanzó en Laguna Seca el 8 de septiembre y procedió a incautarse \$1'127,414.00.

Doblado se había dirigido a don Santos comunicándole su determinación, no sin extenderse en las consideraciones que la fundaban; Degollado, fiel a las circunstancias, con una entereza singular, tuvo el gesto gallardo de contestarle en la parte relativa:

Apruebo la conducta de V.E., tomo sobre mí el peso de la responsabilidad y declaro a V.E. exento de la que pudiese tener por haber tomado una resolución tan grave como trascendental.

Don Santos se había consagrado íntegramente a la causa liberal; le había entregado cuanto podía valer y sólo se había reservado para sí y los suyos, la limpieza de su nombre que era símbolo exacto de honradez; lo que acababa de pasar la pondría en entredicho; sabía que Juárez reprobaría su conducta y en un manifiesto conmovedor la explicó con estas palabras:

Yo todo lo había dado a mi patria; me había reservado, tocando para mí y para los míos hasta la severidad mezquina, un nombre puro para legarlo a mis hijos, ya que algunos de ellos los he dejado sin educación, privándose algunos hasta de mi presencia en sus últimos momentos; la necesidad vino, sin embargo, a llamar a mi puerta, pidiéndome, en nombre de mi causa, mi reputación para entregarla al escarnio y la maledicencia, y yo, después de una agonía horrible, maté mi nombre, me cerré del porvenir y me declaro reo.

El representante de Inglaterra caminó violentamente a Lagos y logró que Degollado devolviera cuatrocientos mil pesos, que se repartieron entre los propietarios del dinero en la proporción del treinta y uno por ciento. Juárez, posteriormente, reprobaría el acto, señalaría responsabilidades y decretaría el modo de reintegrar la suma faltante, dejando abierto el proceso respectivo.

Las críticas arreciaron; pero lo cierto es que el ejército pudo disponer de los elementos que pronto lo convertirían en una fuerza arrolladora para llegar hasta la capital de la República.

Desde el 6 de septiembre Miramón preparaba una columna de 6,000 hombres, distribuidos en tres divisiones mandadas por Negrete, Márquez y Mejía; como subalternos figurarían Robles Pezuela, Humana, Oronoz, Vélez, Alfaro, Valentín Cruz, Joaquín Miramón y Manuel María Calvo, el prisionero de Loma Alta, liberado hacía poco por González Ortega.

Al retroceder de Querétaro el ejército liberal para atacar Guadalajara, había dejado en aquella ciudad cuatro mil hombres a las órdenes de Berriozábal, con instrucciones de replegarse progresivamente al aproximarse el enemigo, al que procuraría estorbarle la marcha, hasta situarse en el puente de Tololotlán que defendería a toda costa.

El 11 de septiembre llegó el ejército a León, el 13 a Lagos, el 15 a San Juan de los Lagos, el 17 a Jalostotitlán, el 18 a Tepatitlán y el 19 a Zapotlanejo, donde permanecería hasta el 21.

El 20, desde Santana Acatlán, se movía Ogazón con la División de Jalisco rumbo al puente de Tololotlán, donde se hallaba posesionado el general reaccionario Severo Castillo, mas como al mismo tiempo se desprendía de las fuerzas de González Ortega una columna a las órdenes de Aramberri sobre el mismo objetivo, Castillo, ante el peligro de quedar entre dos fuegos, se retiró a Guadalajara.

El 22 las fuerzas liberales se habían reunido en San Pedro Tlaquepaque, constituyendo un poderoso ejército de veinte mil hombres con ciento veinticinco piezas de artillería.

Esa misma fecha y antes de requerir la rendición de Guadalajara, González Ortega se dirigió a Castillo tratando de persuadirlo de lo terrible que resultaba para el país continuar desangrándolo; con objeto de ver la posibilidad de evitar esa calamidad, le invitaba a una conferencia.

Castillo contestó el 23 aceptando la entrevista y lo citaba para las tres de la tarde de ese mismo día en la garita de San Pedro; en nota posterior aclaraba que cualquier acuerdo definitivo no tendría efecto sin la aprobación de su gobierno.

De modo inexplicable también el caudillo zacatecano se sentía arrastrado a la política de los convenios, con el desagrado de muchos de sus jefes, Zaragoza entre ellos. Castillo pediría la reforma de la Constitución,

la eliminación de Juárez y la redacción de un estatuto, mientras se hacían las reformas por el Congreso, el que las resolvería en término perentorio y sin presiones. No otra cosa era lo que pedía el Plan de Tacubaya. González Ortega estuvo de acuerdo en que el Congreso, en término perentorio, reformara la Constitución, pero por los caminos que la misma señalaba y también en que

quedaría eliminado del cargo que ejerce como Presidente el E.S.D. Benito Juárez, comprometiéndome yo a recabar y obtener su voluntaria eliminación, siempre que fuese sustituido por la persona que llama la misma ley fundamental...

Se opuso a la expedición del estatuto, pues la Constitución debería subsistir como estaba hasta en tanto no se modificase. ¿Y las Leyes de Reforma? De eso nada se habló y éstas eran también razón sustancial de la guerra.

Con esta temeraria actitud González Ortega rebasaba sus atribuciones; como jefe del ejército su misión era combatir y todo posible arreglo debía concretarse a la conclusión pacífica de las operaciones, pero sin menoscabo de la Constitución y de la investidura de quien, en virtud de la misma, ejercía un cargo al que no podía renunciar sino por causa grave a juicio del Congreso Nacional; de esta suerte González Ortega incurría en una falta grave, pues no estaba facultado para efectuar convenios de esa índole.

Para sus fines no contaría ni con sus mejores subalternos, Zaragoza el primero, y menos aún con el asentimiento del gobierno de Veracruz; al tratar de convencerlos, aducía González Ortega que porque conocía el patriotismo y el desinterés de Juárez, estaba seguro de que aceptaría la dimisión con tal de que quedara asegurada la vigencia de la Carta fundamental; pero aquéllos se mantuvieron inflexibles.

Felizmente Castillo se obstinó en sus puntos de arreglo y no se llegó a ningún acuerdo. La salida del hombre que era el representativo de la voluntad nacional delegada por la Constitución, habría sembrado tal desconcierto, que quedarían perdidos tres años de lucha en los que el pueblo de México había entregado lo mejor de su sangre y de su esfuerzo.

En estas condiciones, las armas iban a decidir la pelea; el 25 de septiembre pedía González Ortega la rendición de la plaza con la advertencia de que si no se contestaba de conformidad para las dos de la tarde, iniciaría las operaciones; Castillo rechazó la instancia y, en consecuencia, se procedió a tomar los dispositivos bélicos. Por cuanto a los liberales, “tomáronse los cuarteles de la parte oriental de la ciudad, en Analco, San Juan de Dios y el Hospicio y al norte en el Hospital de Belén, quedando establecido en este último sitio el cuartel general”.

En el relato de estas operaciones hemos seguido a don Manuel Cambre en su obra *La Guerra de Tres Años*, referida a Jalisco.

El 27 de septiembre el ejército sitiador practicó un reconocimiento militar sobre la línea circunvalada; situó baterías al oriente y al norte de la plaza y se tomaron posiciones alrededor frente a la fortificación, en las líneas de combate señaladas por el cuartel general. Estas maniobras se verificaron mientras la plaza hacía vivísimo fuego de cañón y fusil.

La línea norte quedó confiada al Ejército del Norte, compuesto por las tropas de Zacatecas, Aguascalientes y San Luis, al mando de Zaragoza, Lamadrid, Alatorre y Chessman.

La de oriente se encargó al ejército del centro, con fuerzas de Guanajuato, Querétaro y Michoacán, a las órdenes de Doblado, Régules y Antillón.

De la del sur se encargaría parte de la División de Jalisco al mando del coronel Domingo Reyes y la del poniente sería cubierta por el resto de la misma división a las órdenes de Ogazón, Valle, Toro, Ortiz, Zepeda, Montenegro y Herrera y Cairo.

“Con toda la caballería se formó una división a las órdenes del general Epitacio Huerta, situándola en los suburbios y las garitas de la ciudad”.

Desde ese mismo día, González Ortega se ve obligado a guardar cama, a causa de una fiebre palúdica intermitente; pero entretanto designó cuartel maestro al general Aramberri, jefe de ingenieros al coronel Miguel Poucel y comandante general de artillería al coronel Genaro Villagrán.

El 28, mientras los sitiados con nutridísimo fuego trataban de evitar el emplazamiento de las baterías liberales y al tiempo que los generales sitiadores afirmaban sus colocaciones, una desconcertante noticia vino a confundirlos; realmente necesitaban disponer de una verdadera firmeza para luchar contra el enemigo y defenderse a la vez de las debilidades de sus caudillos.

Ahora era Degollado quien se dirigía a González Ortega para remitirle copia del plan que había propuesto a Mathew, el ministro inglés, para dar fin a la guerra. No sin sorpresa se preguntarían ¿por qué Degollado acude a ese expediente en los días en que el ejército alcanza, por el número de sus efectivos, por sus recursos y por su moral, una importancia como nunca había tenido?

De acuerdo con este plan, remitido confidencialmente al diplomático citado para que lo participara a sus colegas y le diera publicidad si era preciso, don Santos se disponía a someter a la consideración del gobierno y de sus compañeros de armas las siguientes proposiciones, de cuya aprobación dependía, a su juicio, la pacificación de la República:

Sustancialmente sugería la instalación de una junta compuesta por los miembros del cuerpo diplomático y un representante de cada bando, misma que declararían como bases de la Constitución de la nación mexicana: la representación nacional en un Congreso libremente electo, la libertad religiosa, la supremacía del poder civil, la nacionalización de los bienes del clero y los principios contenidos en las Leyes de Reforma.

La propia junta designaría un presidente provisional; sus funciones terminarían al reunirse el Congreso, cuyo primer acto sería nombrar un presidente interino, para ocuparse después y en un término de tres meses, de decretar libremente la Constitución mexicana. Degollado finalizaba el documento con la advertencia de que de no aceptarse esos puntos, se retiraría del escenario político, pero que en el caso de admitir su plan los liberales y no los reaccionarios, continuaría luchando hasta vencerlos.

Don Santos arriaba de esta suerte su propia bandera; ponía el ejercicio de la soberanía nacional en manos extranjeras y como si eso no fuera suficiente, trataba de nulificar al que con absolutos títulos de legalidad asumía la suprema magistratura del país.

Los primeros en protestar con indignación fueron González Ortega, Zaragoza, Ogazón, Valle, Aramberri, Doblado y Huerta en la reunión celebrada para conocer el irreflexivo plan; el más descontento era Zaragoza; apenas se habían librado de la imprudencia de González Ortega, y ya se les presentaba esta nueva claudicación, como si los jefes más responsables se empeñaran en quebrantar el espíritu batallador de sus subalternos; por eso, más tarde, propondría Zaragoza que se desconociera la autoridad de Degollado, cuyas órdenes comprometían la unidad de las operaciones.

El plan de referencia coincidía en esencia con los apremios de Mathew en Veracruz y esto agravaba la responsabilidad de Degollado, quien había llevado su audacia hasta conjurar a Juárez para que aceptara y renunciara al poder como condición básica de la pacificación.

Juárez, al recibir la nota, condenó el plan, destituyó a Degollado y lo llamó para consignarlo a los tribunales.

Don Santos, en comunicado posterior, apuntaría en su defensa que para la elaboración de sus proposiciones había contado con el consejo y anuencia de González Ortega y de Doblado; por eso aducía:

Siento decir a usted [escribía a Juárez] que los S.S. Doblado y Ortega me manifestaron en Guanajuato su absoluta aprobación al pensamiento que desde entonces les inicié y que ahora han contrariado con tanto calor como poca buena fe...

Lo cierto es que tanto González Ortega como Doblado, al contemplar la cólera con que los jefes rechazaban aquella impostura, se apresuraron a dirigirse a Degollado para expresarle su desacuerdo “deplorando con sentimiento el extravío que ha sufrido, revelado en aquel plan y protestando no secundarlo”.

Un verdadero chubasco de censuras, críticas e injurias cayó sobre don Santos; pocos días más tarde sería sustituido por González Ortega, el que, por cierto, había incurrido en falta parecida pero felizmente sin repercusiones, a causa de que la otra parte repudió lo propuesto.

Así desaparecía del mando supremo del ejército, el más tenaz, el más limpio, el más desinteresado, el más convencido de los reformistas; un instante de debilidad o de desesperación le había obnubilado la conciencia, para conducirlo a su propia negación; Juárez le había justificado todos los desaciertos, porque conocía su grandeza moral, su fe, su capacidad organizadora y su espíritu batallador, pero en esta ocasión se excedería en rigor para tratarlo.

En esto de los convenios, la Guerra de Reforma había sido prueba tremenda para las mejores cabezas del partido liberal. Para no hablar de los civiles, entre los que hubo tantos desmayos políticos, los principales hombres de armas habían incurrido en el desliz de las transacciones: Vidaurri, Zuazua, Parrodi, Doblado, González Ortega y ahora, ni más ni menos, que la figura cimera del ejército, que olvidó los preciosos argumentos con que había rechazado ese mismo plan al serle propuesto por Mathew en Veracruz, cuando don Santos era titular de Relaciones.

Ha sido necesario destacar estas circunstancias para valorar mejor la inflexibilidad reformista de Zaragoza y sus compañeros; un voto de complacencia con su jefe, habría comprometido el destino de la Constitución.

Entretanto las operaciones continuaban en torno de Guadalajara; Castillo acude a los gobernadores de la mitra para persuadirlos de que sólo con su aportación económica podría seguir defendiendo la plaza, para cuyo efecto y en vista de que el clero no tenía ya dinero, había dispuesto ocupar los objetos de plata de las iglesias para amonedarla y satisfacer las necesidades de sus tropas.

El 3 de octubre González Ortega continuaba enfermo: lo sustituye Zaragoza, quien tendrá por segundo a Ogazón; a partir de entonces toda la responsabilidad de las operaciones recaerá sobre el soldado fronterizo. Diariamente, apenas amanece, requiere su cabalgadura, recorre los puntos más importantes de la línea de fuego, cambia impresiones con los jefes, conversará con los oficiales, alentará a la tropa, extremará la atención de los heridos, celebrará conferencias con sus generales y estará muy pendiente de cualquier sorpresa; ahora se advierte mejor su formidable resistencia física y su premiosa actividad.

Día a día menudean las escaramuzas y alguno que otro combate para que no entren víveres; el fantasma del hambre comienza a producir sus efectos en la ciudad, pues la falta de comestibles toma proporciones alarmantes; la fiebre principia a recoger sus frutos, particularmente entre los heridos, pero los sitiados tienen una esperanza: el socorro de México.

Empeora la salud de González Ortega y con este motivo se celebra una junta de guerra en que se designa a Zaragoza general en jefe del Ejército, mando que desempeñará mientras el titular vuelve al servicio; en la propia reunión se determina que las caballerías al mando de Huerta salgan al encuentro de la columna reaccionaria que viene de México.

Zaragoza designa a Valle cuartel maestro y confía al general Aramberri el mando de la división del norte.

El 21 de octubre, en el alojamiento de González Ortega, terriblemente postrado, se reúnen Zaragoza, Doblado, Ogazón, Huerta y Aramberri para acordar el desconocimiento de Degollado que está en Tepatitlán; sus órdenes contradictorias afectan a las operaciones y al comunicarle aquella determinación le previenen que se retire a San Luis; los citados generales ignoraban que el presidente Juárez desde el 17 de ese mismo mes había dispuesto que Degollado le entregara a González Ortega el mando del ejército federal.

El 22 se agrava González Ortega y aumenta la preocupación por su suerte, pero la tropa y los jefes se han convencido del valimiento de Zaragoza, cuyo ánimo diligente llena de entusiasmo y aumenta la confianza: Desde esa fecha principia a preparar el asalto, para lo cual ordena la adecuada colocación de la artillería.

Mientras tanto Miramón ha destacado a Márquez, a quien le ha levantado el castigo, para que acuda en socorro de Guadalajara; trae tres mil infantes, mil trescientos jinetes y dieciocho cañones; el 25 llega a Lagos.

De acuerdo con las órdenes que tenía, la división constitucionalista a las órdenes de Berriozábal se había venido replegando hasta llegar al puente de Tlolotlán donde deberá hacerse fuerte para cerrarle el paso al enemigo; Huerta, que con tres mil caballos había sido destacado por Zaragoza, también se va acercando y al llegar a La Joya organizó sus columnas y se preparó para combatir al lado de Berriozábal.

En Guadalajara, concluidos los preparativos y de conformidad con el plan formulado por Valle, Zaragoza decidió dar el asalto el 29 de octubre y desde el 27 dispuso que 84 piezas de artillería, situadas en toda la extensión de la línea, hicieran diez disparos cada una sobre los puntos donde mayor daño pudieran causar; desde las cuatro de la tarde de ese día, una tempestad de metralla sacudía la ciudad, destrozaba parapetos y sembraba el pánico en la población.

Todo estaba listo para el asalto; el coronel Basilio Pérez Gallardo, testigo de aquella jornada y cuyo relato recogió Cambre, apunta que:

Al amanecer se percibe uno de esos ruidos confusos, precursores de las grandes tempestades. A las ocho de la mañana [del 29] estalla potente y amenazadora: ciento veintiocho piezas de artillería rompen sus fuegos simultáneamente sobre las trincheras, los parapetos y los edificios. La línea de los sitiados es una especie de castillo feudal: no hay puerta ni ventana que no esté perfectamente atrincherada: no hay pared que no tenga dos o tres líneas de troneras casi imperceptibles; unas abiertas al ras de la tierra, otras en medio y otras en los extremos. Parece que la plaza no tiene otros defensores que los artilleros que sirven las piezas en las calles. Tiene algo de misterioso y siniestro la plaza de Guadalajara.

Apenas se ve aparecer de tarde en tarde, el cañón de un fusil por aquel inmenso arnero. Los soldados de la religión se ocultan silenciosos en el interior de los edificios... Son las nueve y media. La artillería no ha descansado un solo instante. Ha llegado la hora del asalto.

Los sitiadores dan un ataque falso por la línea de oriente a las órdenes de Antillón; se trata de entretener al enemigo para que no pueda auxiliar al verdadero objetivo del asalto, el convento de Santo Domingo.

Rifleros, cazadores y zapadores, dirigidos por el general Lamadrid, comienzan el ataque. Penetran por la derecha hasta la línea enemiga, situada a la espalda del convento; pero allí se encuentran con las casas terraplenadas, que forman un doble muro, sufriendo a pie firme los fuegos del enemigo; entretanto la batería situada por el intrépido coronel Güiccione abre brecha. El general Valle da orden al capitán de zapadores, don Adolfo García, para que se posesione de una altura inmediata, y este valiente joven obedece la orden sin vacilar... La columna que manda el señor Lamadrid avanza por entre los

fuegos cruzados del enemigo, hasta posesionarse de la mayor parte del convento. Los batallones “Primer Ligerero”, al mando de don Miguel Palacios, y el segundo de Zacatecas al mando del capitán don Marcelino Esparza y parte del cuerpo de Sánchez Román... y una compañía de Aguascalientes, atacan las manzanas que tienen a su frente y se poseionan de algunas casas, avanzan por las horadaciones y por las calles; pero al llegar a la mitad de una manzana se encuentran las casas terraplenadas y convertidas en fuertes parapetos. Trepan a ellos con decisión; pelean cuerpo a cuerpo a la bayoneta, y logran arrojar al enemigo de dos de sus parapetos, en uno de los cuales abandonan una pieza de montaña de a doce... Allí la lucha es horrible... Allí está Zaragoza.

También por la línea del poniente el combate se vuelve reñido y prolongado. A las doce hay una tregua, pero a las tres de la tarde se reanuda el combate con más fuerza, principalmente en Santo Domingo, a unas cuantas cuadras de Catedral. Castillo sale con sus mejores fuerzas en auxilio de aquella posición, pero es rechazado después de una lucha desesperada que se libra cuerpo a cuerpo; los liberales se han apoderado de la mayor parte del convento donde Lamadrid ha realizado verdaderas hazañas.

Fuerzas de Zacatecas, San Luis y Aguascalientes ocupan tras de sangriento choque, los fortines laterales de esa misma posición, con lo que ha quedado forzada y destruida completamente la línea de defensa del enemigo. Zaragoza, Valle, Alatorre, Güiccione, Veraza, Lamadrid y muchos otros valientes se encuentran aquí en el sitio de mayor peligro.

En la línea del poniente, las fuerzas de Jalisco pelean con denuedo para tomar el convento del Carmen. Al toque de oración se va apagando el fuego de la fusilería, menos en Santo Domingo donde se lucha ferozmente, en las trincheras, de casa a casa, sobre las azoteas; se han tomado las manzanas inmediatas “los parapetos que ligaban esta posición y tres cuartas partes del convento de Santo Domingo. Todo ha caído en poder de los cuerpos de Zacatecas, Aguascalientes y San Luis”.

A las diez de la noche el enemigo queda reducido a la iglesia, pero se vuelve difícil seguir combatiendo, porque se ha agotado el parque; apenas quedan veinte mil tiros de fusil. Se han gastado cuatro mil proyectiles de

artillería durante el asedio y tres mil quinientos durante el asalto, además de trescientos mil tiros de rifle. La situación es delicada; pero a las once de la noche Doblado recibe una carta de alguno de los jefes de la plaza que, autorizado por Castillo, busca un avenimiento. Zaragoza autoriza a Doblado para que cambie impresiones y a las dos de la madrugada se le presentan los generales conservadores Cadena y Fernández; pero esto no interrumpirá las operaciones.

Zaragoza tiene ante sí dos problemas superiores a sus recursos, pero no a su serenidad y su audacia: la falta de parque y la proximidad de Márquez. Entonces acude a una medida que va a desconcertar a los sitiados: para el 30 se habían instalado ya los morteros en el panteón de Los Ángeles y poco después de las nueve de la mañana, Valle personalmente ordenó disparar el primer tiro a doscientos metros sobre las torres de Catedral; el proyectil (de calibre extraordinario) dio en el blanco, y ya se preparaba el segundo, sobre el convento de San Francisco, donde estaban los depósitos de parque del enemigo “cuando la plaza tocó parlamento y se suspendieron los fuegos en toda la línea”.

Castillo, de conformidad con la entrevista de sus comisionados con Doblado, nombraba a los mismos para concertar un acuerdo, en tanto que Zaragoza confiaba su representación a Doblado y Valle; pero antes celebraría una junta con éstos y con Ogazón, Régules y Aramberri, para deliberar sobre los puntos fundamentales del armisticio, según lo acordado en términos generales la madrugada de ese día, mismos que fueron precisados, a pesar de la oposición de Ogazón, quien consideraba aquellas negociaciones como una artimaña de Castillo para dar tiempo a la llegada de Márquez.

Al reunirse los comisionados el 31, Doblado les advierte que la junta ha de limitarse a la suspensión de hostilidades y al modo de unirse o batirse de nuevo, descartando en lo absoluto cualquier cuestión de índole política.

Las bases aprobadas, mismas que ratificarían Zaragoza y Castillo por la tarde, consignaban: la suspensión del fuego a una hora convenida; a los dos días siguientes de ratificado el convenio, los dos ejércitos se retirarían por rumbos opuestos, el sitiador al oriente y al poniente el sitiado, uno y

otro fuera de un radio de doce leguas de la ciudad, que se declaraba neutral; entretanto los comisionados para el tratado quedarían autorizados para celebrar un arreglo “que dé por resultado la unión de ambas fuerzas, para que juntas marchen a la capital de la República”; se fijaba un término de quince días para llegar a este acuerdo y en caso de no lograrse, se romperían nuevamente las hostilidades; después se hablaba de la atención a los heridos, de la libertad de los prisioneros, de que el gobierno constitucionalista asumiría la responsabilidad, cuando las circunstancias lo permitieran, de pagar las cantidades que el ejército sitiado adeudaba por víveres y vituallas obtenidas durante el sitio; del mismo modo se establecía que durante los quince días del armisticio, la comisaría del ejército constitucionalista ministraría a Castillo los haberes de su tropa en los términos que los percibía, y, finalmente, los comisionados, de común acuerdo, designarían un prefecto para que ejerciera funciones de primera autoridad durante el término fijado.

Ogazón y los jefes de la División de Jalisco protestaban contra el tratado, pero sin faltar a la subordinación; Zaragoza al dirigirse al primero, le ruega suspender “cualquiera impresión desfavorable que pueda causarle la celebración de los convenios, mientras que pasan algunos días y se manifiesten sus efectos”.

Ogazón no se daba cuenta de que lo que Zaragoza pretendía era inmovilizar a Castillo para echarse encima de Márquez que se acercaba a Zapotlanejo.

Ratificados los convenios, el mismo 31 salían fuerzas para reforzar la línea de Tololotlán, donde ya se hallaba Berriozábal con la división de México y Huerta con la caballería; poco después salía también la división de Jalisco. Zaragoza partió de Guadalajara a dirigir las fuerzas que se encontraban en Tololotlán. Frente a la ciudad quedaron las divisiones de Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes y San Luis.

El día 1º de noviembre, Castillo empezó a recibir auxilios económicos del ejército liberal, pero sus fuerzas no daban trazas de salir de la plaza, según lo acordado, pues también entre sus jefes había descontento.

Zaragoza tomó el mando directo de las divisiones de Jalisco y México para atacar al enemigo; muy cerca de Zapotlanejo recibió dos comisionados, los jefes reaccionarios Cuevas y Sánchez Facio, que le entregaron un oficio por el que Márquez le notificaba que habiendo recibido copia de los convenios de Guadalajara, había dispuesto reunir a sus generales para oír su opinión en este caso, por lo que suspendía las operaciones y mandaba a sus representantes para arreglar los términos de un armisticio semejante al que se había concertado.

Zaragoza, sin perder su habitual serenidad los contestó verbalmente:

Nada quiero; nada quiero tener que ver con el asesino de Tacubaya; si su cuerpo de ejército se rinde a discreción, concederé a los demás generales, jefes y oficiales, la garantía de su vida; pero con Márquez, lo más que puedo hacer es mandarlo al gobierno para que lo juzgue, o “para que lo ahorque” [comentó alguno de los acompañantes del caudillo liberal ].

Los emisarios le insisten en que los escuche o que les conceda dos horas siquiera para levantar el campo.

“Ni dos minutos, replicó, pueden ustedes retirarse, señores, es inútil toda discusión”.

Sin darse reposo continuó la marcha, pasando de largo por Zapotlanejo; a las tres de la tarde avistó al enemigo en las lomas de Calderón, desde donde sus cañones dispararon sobre la vanguardia liberal; Zaragoza inmediatamente dispone el ataque, coloca sus piezas que empiezan a contestar el fuego “y cuando no se habían quemado treinta cartuchos por la artillería de ambas partes y no habían disparado un solo tiro las infanterías”, Márquez y sus generales emprendieron la fuga, dejando abandonadas sus tropas, así como sus trenes, artillería, equipajes y todo cuanto traían; perdieron la cabeza y se dieron a correr cuando observaron que Huerta con toda la caballería los tenía materialmente envueltos; los jinetes liberales cargaron sobre la columna conservadora haciéndole una mortandad espantosa. Con la velocidad del espanto se alejaron Márquez, Mejía, Vélez, Patrón, Cruz, Sánchez, Abella, Serratos y otros jefes más.

Para las ocho de la noche de ese 1º de noviembre “habían caído en poder de los constitucionalistas, tres mil prisioneros, entre ellos más de cincuenta jefes y oficiales que fueron puestos en libertad, dieciocho piezas de artillería, parque, vestuario, equipo y dos elegantes carretelas”.

El día 2, informado Zaragoza de lo que ocurría en Guadalajara, regresó inmediatamente a Valle al frente de la división de Jalisco, con instrucciones de anunciar al enemigo que, en vista de que no había cumplido los tratados, quedaban insubsistentes y, por consecuencia, se reanudaban las operaciones. Ya en la plaza se sabía lo de Márquez y por eso Castillo, perdida toda esperanza, a las doce de la noche, abandonó la ciudad con sus tropas, dejando cuarenta y una piezas de artillería; tres días más tarde quedaría disuelto aquel ejército, tenazmente perseguido por Valle.

Zaragoza se había cobrado al doble la retirada de mayo.

Zaragoza era en aquel momento el primer soldado de La Reforma; el día 4 dirigió a sus tropas una vibrante proclama en la que destaca la importancia del ataque del 29 de octubre y de la jornada del 1º de noviembre. “La traición de Tacubaya, decía, queda vencida: los derechos del pueblo quedan garantizados” y después de asegurarles que jamás desaparecerían de nuestro suelo las instituciones republicanas y la Constitución de 57, los apercibiría de esta manera:

Estad preparados para la última jornada: en ella seréis conducidos siempre a la victoria, por vuestro jefe, el activo demócrata que en Peñuelas y Silao arrancó para su frente, en beneficio social, un laurel a la fortuna. Entretanto, recibid las felicitaciones de la patria: ella saluda a los guerreros que le han dado vida cuando estaba amenazada su nacionalidad: Os reconoce por sus buenos hijos, y yo recordaré con orgullo, que tuve el honor de mandar el ejército de operaciones en los días felices de sus más gloriosos triunfos.

Nos hemos detenido con alguna minuciosidad en esta jornada, porque pensamos que en Guadalajara se decidió el destino de la Guerra de Reforma; ninguna de las batallas libradas hasta entonces había sido de la magnitud de las que se acababan de efectuar y ninguna como éstas había influido tanto en la moral del ejército conservador; bastaría una nueva acción de dos horas y cuarto para liquidarlo.

“El ejército federal, contando con treinta mil soldados y ciento ochenta cañones, quitados al enemigo casi en su totalidad y morteros de gran calibre, se ponía en marcha sobre la capital”. En efecto, Zaragoza con una actividad febril, la ordenaba; desde el 4 de noviembre comenzaron las tropas a salir de Guadalajara y para fines del mes habían pasado ya del territorio de Jalisco y tomaban el camino de la capital de la República.

Al entrar diciembre continuaba su marcha regular al mando de Zaragoza que llevaba a Valle de Cuartel Maestro; a la vanguardia iba Berriozábal, después seguían las corporaciones que ocupaban el camino desde Querétaro hasta Irapuato, cerrando la marcha la División del Norte.

Jamás en los anales de la historia de México, se había congregado un ejército tan numeroso y tan bien organizado, tan lleno de entusiasmo y menos aún, mandado por un general de treinta años, que había tenido por escuela las campañas donde el pueblo rendía testimonio de su vocación por la libertad.

Miramón mientras tanto hacía desesperados esfuerzos por levantar un ejército; para lograrlo no se paró en medios y como le faltaban recursos, mandó secuestrar el 19 de noviembre, por conducto de Márquez, seiscientos sesenta mil pesos que bajo los sellos de la Legación inglesa se encontraban depositados a disposición de los tenedores de bonos.

De Querétaro se había desprendido con sus fuerzas el general Berriozábal rumbo a Toluca; en el camino, ya sin mando alguno, se le incorporó Degollado; Miramón realiza entonces una de sus vertiginosas hazañas, al salir de México con tres mil hombres para batir a Berriozábal; lo derrota por completo el 9 de diciembre, lo hace prisionero junto con don Santos y vuelve victorioso a la capital.

Ahora se prepara para salirle al encuentro a González Ortega que desde el día 15 había llegado a Querétaro para tomar el mando del ejército.

El 20 de diciembre se encontraba el general zacatecano con todas sus fuerzas en Arroyo Zarco y, con él, Zaragoza, Álvarez, Valle, Aramberri, Quijano, Antillón y Lamadrid.

Miramón había equipado y organizado convenientemente una columna de ocho mil hombres con cuarenta piezas de artillería; el 19 por la tarde salía de México para pernoctar en Cuautitlán.

El 21 avanzó el ejército liberal desde Arroyo Zarco y, a poco, al llegar a las lomas de San Miguel Calpulalpan advierte al enemigo que ya había escogido el campo de batalla; González Ortega forma su línea frente a la de Miramón.

Al amanecer del 22 principia a moverse el ejército conservador sobre el flanco izquierdo de la línea liberal, que se vio obligada a cambiar de frente para quedar en este orden: a la izquierda la primera Brigada de Michoacán y la “Ligera de Jalisco”; en el centro la división de San Luis y dos brigadas de Michoacán con treinta piezas de batalla, y a la derecha las divisiones de Zacatecas y Guanajuato. La caballería quedaría a los flancos.

A las ocho y cuarto de la mañana [registra el Diario de Operaciones del Ejército Federal] se rompe el fuego en toda la línea. El enemigo destaca una fuerte columna, con intención de apoderarse de una loma, para flanquearnos por la izquierda, en la cual se encuentra Zaragoza. Ortega y Álvarez a la derecha están pendientes de los movimientos del enemigo. Cuando éste ha movido todas sus columnas, con la intención de flanquear nuestra ala izquierda, el general en jefe ordena a Zaragoza que cargue, lo cual ejecuta este joven con su natural valor: dispone, pues [Zaragoza], que el general Régules, con la primera Brigada de Michoacán, apoyada en la de Jalisco, al mando del coronel Toro, y protegida por ocho piezas de batalla, salga al encuentro del enemigo, como se ejecuta con un orden admirable.

Aramberri a la cabeza de otra columna, compuesta por la división de San Luis y la Segunda Brigada de Morelia, avanza también rompiendo su fuego sobre el enemigo. La escolta de Zaragoza protege el movimiento.

González Ortega, a cuyo lado se encuentran los generales Álvarez y Valle, se pone a la cabeza de las divisiones de Zacatecas, cuyo mando tiene el valiente general don Francisco Alatorre, y de la de Guanajuato, al del joven Antillón; avanza por la derecha a paso veloz, a coger la retaguardia del enemigo. En estos instantes supremos, manda que el general Mena [no confundirlo con don Francisco Z. Mena que como capitán también concurrió a este combate] cargue con la columna de caballería que tiene a sus órdenes: Mena titubea exponiendo el éxito de la batalla. Los soldados, que notan la indecisión del jefe, casi retroceden: entonces González Ortega en persona va a organizar esa columna, la obliga a cumplir con su deber, y vuelve a ponerse a la cabeza de las divisiones de Zacatecas y Guanajuato, que a paso veloz, con el arma empuñada, marchan a tomar la retaguardia del

enemigo, al cual arrollan completamente tomándole todos sus trenes y pertrechos de guerra. El ejército reaccionario ha desaparecido. Hay cerca de cuatro mil prisioneros: sólo se han salvado los principales caudillos.

En efecto, por el camino de México, se retiraban con el Presidente conservador, Márquez, Vélez, Negrete, Ayesterán, Cobos y Joaquín Miramón.

Con los prisioneros había dejado Miramón toda su artillería, sus transportes, el parque de que disponía y sus vituallas; dos horas y cuarto habían bastado para sellar el triunfo de La Reforma.

Zaragoza sigue a la vanguardia hasta Tepeji, desde donde, el 23 escribe cartas a Doblado y a Prieto, dos de sus mejores amigos; en la primera relata con su estilo llano, cortante y preciso, los pormenores de la batalla; en la de Prieto revela mayor intimidad: agradece las atenciones dispensadas “a los muchachos Garza y Padilla, así como la buena voluntad para proporcionárseles recursos”, y ya entrando en materia, continúa:

Ayer hemos tenido la gloria de derrotar completamente a Miramón, Márquez, Vélez y otros cincuenta y siete generales que los acompañaban: parece fabuloso el número pero es la realidad. Dos horas y cuarto de combate reñido bastaron para desengañar al *Macabeo* que no puede sobreponerse a la situación.

El 24, al llegar a Tepeji, recibe González Ortega a los representantes diplomáticos de España y Francia que le piden garantías para los jefes reaccionarios; el general en jefe se las niega, “pero para los habitantes pacíficos ofrece velar por su seguridad personal”.

El primero en entrar a México es Zaragoza; a las nueve de la mañana del 25 de diciembre camina con su escolta por las calles de la ciudad; a las once lo hará González Ortega; poco después llegará la división del Estado de México y el Ejército del Norte, con su jefe, el general Aramberri.

Bajo la responsabilidad de Zaragoza queda el orden de la capital; procede con energía contra los desmanes muy propios de estas circunstancias; la población se encuentra alarmada; espera temerosa a las

hordas sanguinarias de que se le había hablado, pero pronto se convencerá de la disciplina y la organización de aquel ejército del pueblo.

El mismo Diario de Operaciones comenta esta hora triunfal con estos términos:

En esta obra grandiosa, que nos ha conducido de triunfo en triunfo hasta la capital de la República, ha encontrado el general en jefe dignos colaboradores: Zaragoza, Aramberri, Valle, Doblado, Huerta, Alatorre, Lamadrid, Antillón, Berriozábal, Ramírez, Arteaga, Régules, Bello, Álvarez, Güiccione, Veraza, Toro y tantos y tantos hombres ilustres que han luchado en defensa del principio y la legalidad y que no han puesto el menor embarazo al soldado intrépido, al jefe improvisado, cuyo genio militar hizo brotar esta lucha tremenda que ha sostenido el pueblo con las que se llamaban clases privilegiadas.

Ese puñado de milicianos era la cosecha que recogía La Reforma; con ellos se había salvado la Constitución; con ellos se salvaría la República.

El 29 de diciembre Zaragoza dispone los términos en que el ejército federal hará su entrada victoriosa a la capital, el día 1º de enero de 1861; después de señalar el punto de partida de cada corporación para formar la columna, indica el siguiente orden:

Descubierta: Escuadrón de “Lanceros de la Libertad”, de Michoacán y brigada ligera.

Excelentísimo señor General en Jefe y Estado Mayor del Ejército.

Cuerpo de Ejército del Norte.

División de Michoacán.

División de Guanajuato.

División de México.

División de Oriente.

Carros.

Caballería.

La columna seguirá este itinerario:

Paseo Nuevo, calles de Corpus Christi hasta la plaza, donde variará a la izquierda para tomar las calles de Santo Domingo; contramarchará a la derecha por la calle de Las Moras, para tomar las del Relox y pasar en

columna de honor por el frente de Palacio. Seguirá por los portales de Las Flores, Agustinos y calle de La Independencia, y al llegar a San Juan de Letrán, se retirará cada cuerpo por su izquierda a los cuarteles, con el toque de fagina.

“El comandante general de artillería, cuidará de que las divisiones tengan las piezas que se designan en esta orden, todas ellas de batalla. Las de montaña quedarán en sus cuarteles”.

La marcha de la columna fue imponente; principió a las doce del día: González Ortega, al pasar frente al hotel Iturbide, se dio cuenta de que en uno de los balcones abarrotados de personas, se encontraba modestamente oculto don Santos Degollado; lo hizo bajar, se abrazaron y puso en sus manos el estandarte que llevaba, declarando que nadie mejor que él era digno de llevarlo; en forma parecida se condujo con Ocampo, Mata y De la Llave que se hallaban en una casa de la “segunda calle de Plateros”.

La marcha de la columna terminó cerca de las seis de la tarde. Habían desfilado más de veintiocho mil hombres. Zaragoza, discretamente, tal vez esperaba a González Ortega en Palacio.

Todo era júbilo en la ciudad; pronto llegaría el presidente Juárez; todos pensaban en el principio de una era de paz; pero allá en Europa principiaba a formarse otra tormenta.

Para Zaragoza no habría descanso; los reaccionarios ensayaban otra forma de pelear y no tardaría el soldado fronterizo en salir con sus tropas a campaña.

PARTE TERCERA

1861

El año terrible



## *Panorama general*

*Juárez vuelve a la capital.– La disidencia liberal.– Parlamentarismo  
juarista.– Hacia el orden constitucional.– Vicisitudes de  
una democracia.– La intriga europea sigue su curso.– Pacificar  
primero, para cumplir después.– Ley de suspensión de pagos.  
La conjura europea.– Otra vez la garra de Buchanan.– Suspensión  
de un decreto.– La Convención de Londres.– La reacción  
conservadora.– La unidad ante el peligro.*

Los que creyeron, Zaragoza entre ellos, que la batalla de Calpulalpan y la ocupación de México habían decidido el principio de una era de paz, padecieron una verdadera alucinación, que el ambiente militar y el júbilo de la metrópoli se encargaban de propiciar.

Juárez entraba a la capital el 11 de enero en medio de las aclamaciones populares; el poder militar entregaba la ciudad al poder civil; éste representaba la mente rectora y aquél la fuerza que al servicio del segundo había desplazado a los enemigos de La Reforma. Muchos de los combatientes y con ellos una generación joven de exaltados radicales, querían gente más decidida y acometedora en el gabinete; pedían que se procediera sin contemplaciones contra los autores de la guerra y que el gobierno saliera de sus lentas actitudes.

Si la situación del Presidente en Veracruz fue difícil, la de México lo sería todavía más. Su propósito cardinal era consolidar el gobierno y establecer la paz; pero desde el primer día pudo observar que tenía ante sí problemas abrumadores: la política exterior cada vez más borrascosa; la política interna que dividía a los vencedores en incontables fracciones;

la penuria del erario y el enjambre de gavillas que desde el 1º de enero se hicieron sentir con mil desmanes y no lejos de la capital.

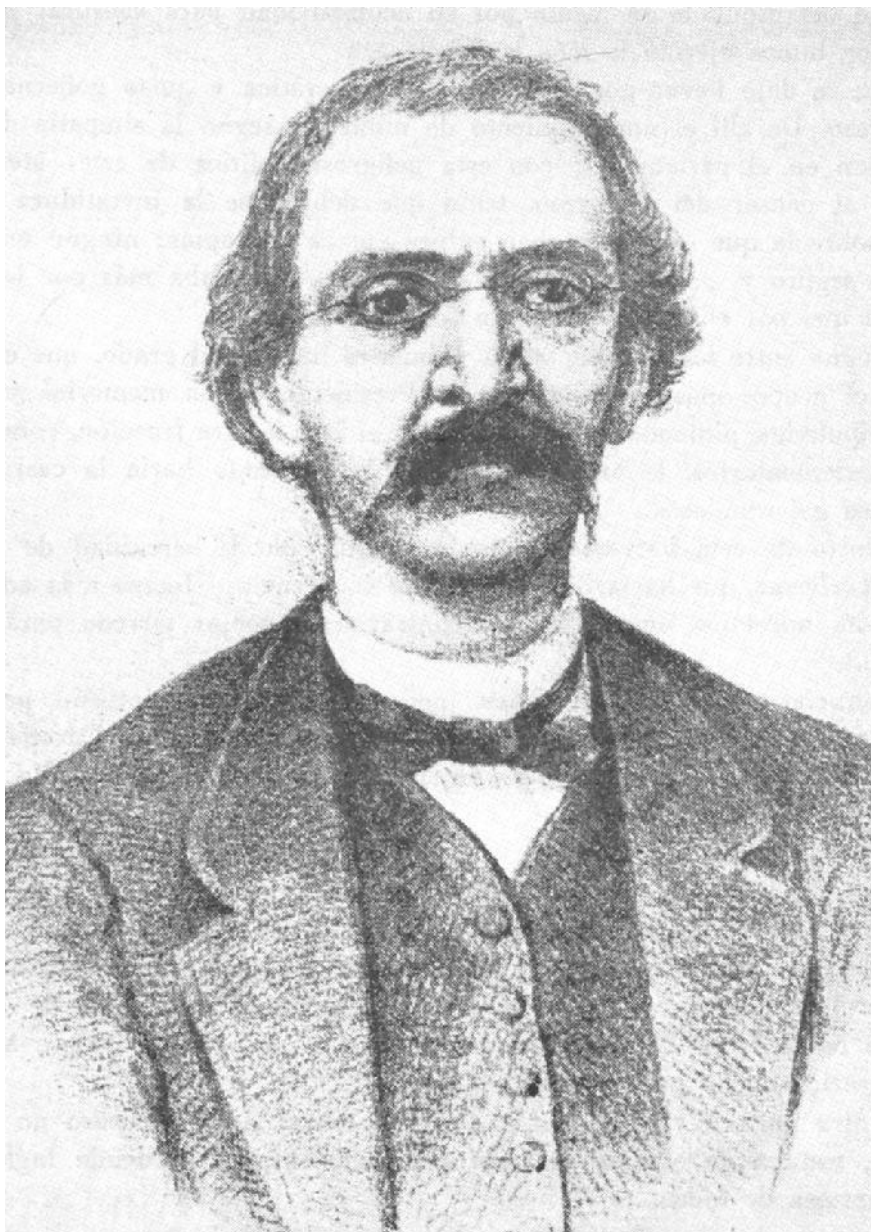
En la política interna sobresalía la actitud de los exaltados que obligaron a Juárez a mudar de gabinete apenas a nueve días de su entrada; exigíanle, además, una conducta enérgica con el enemigo y mayor premiosidad para atender los asuntos públicos. El Presidente contestó que se castigaría a los responsables de la guerra, ordenó el destierro de los obispos que en ella habían intervenido, así como la expulsión de los diplomáticos que olvidaron su misión al entrometerse en los asuntos de México y, finalmente, concedía una amnistía general para todos los rebeldes que quisieran volver a la vida de trabajo y de paz. Pero los radicales no estaban conformes con esas medidas que tenían por tímidas, principalmente en el caso de los obispos para quienes solicitaban la acción de los tribunales.

La prensa, por su parte, se había erigido en censora del gobierno y de los grupos en pugna, al grado de convertirse en una fuerza rectora del poder público, movida a veces por intereses no siempre recomendables.

Era patente la falta de unidad entre los liberales; muchos no veían en Juárez sino al letrado convertido en Presidente por una fórmula constitucional, pero no por el mandato del pueblo y, adelantando osadamente su crítica, le negaban aptitud, diligencia, energía, comprensión de los problemas y hasta lo que más tenía, carácter.

Los frecuentes cambios de ministros nulificaban todo programa a seguir; los ataques en una misma época, a hombres tan distinguidos como Zarco, Prieto, Ramírez y Mata, debilitaron tanto al gobierno, que otro de ellos, González Ortega, no quiso, según él, cargar con el desprestigio administrativo que comprometía sus lauros de caudillo, y renunció.

Juárez estaba obligado a reencauzar al país por el orden constitucional y convocó a elecciones, tan libres que de su parte no hubo indicación ni trabajo alguno: unos postulaban a don Miguel Lerdo de Tejada, considerado como el político maduro y capaz; otros, seducidos por la gloria militar, se decidieron por González Ortega y, los más optaron por Juárez con ese buen sentido de que hablaba Lincoln, al afirmar cuán peligroso era cambiar de cabalgadura a mitad de la corriente.



**Don Francisco Zarco.**

Lerdo murió antes de los comicios; Juárez resultó ungido en un acto que consagraba la preeminencia del poder civil; sus enemigos, aduciendo que no había obtenido la mayoría exigida por la ley, llevaron el asunto hasta el Congreso que también se acababa de integrar y éste, por una reducida mayoría, confirmó la victoria del reformador. González Ortega con una gallardía cívica que sepultaba la tradición de la espada como suplantación de la voluntad popular, reconoció el triunfo y se puso, patrióticamente, al servicio del gobierno; tal actitud le ganaría poco después la designación de presidente de la Suprema Corte, convirtiéndose así en sustituto potencial del jefe de la nación.

El Congreso, compuesto por liberales sin la dirección de un partido organizado, se convirtió en el problema fundamental de la política interior; los diputados se dieron a más y mejor a vituperar hoy a un ministro, mañana a otro; en este día se atacaba una disposición y al siguiente se enjuiciaría otra, sin que el Presidente mismo se escapara en ese maratón oratorio, en el que la calidad del diputado se medía por su acometividad para censurar un gobierno que nunca ejerció la más leve amenaza.

Juárez se dejó llevar por su devoción democrática y quiso gobernar con el Congreso. De allí el nombramiento de ministros según la simpatía de que disfrutaban en el parlamento; con esta peligrosa política de estar atento al sentir y el pensar del Congreso, tenía que debilitarse la investidura presidencial sobre la que se proyectaban culpas ajenas y propias; ningún ministro se sentía seguro y, para conservarse, su conducta se guiaba más por la complacencia que por el desarrollo de un programa eficaz.

La pugna entre los representantes populares llegó a tal grado, que en septiembre el grupo opositor se dirigió al Presidente en un memorial suscrito por 51 diputados, pidiéndole la dimisión; en el acto la otra fracción, compuesta de 52 parlamentarios, le brindó su apoyo y otro tanto haría la casi totalidad de los gobernadores.

Y dentro de esta borrasca de pasiones que sólo la serenidad de Juárez podía sobrellevar, que hacía imposible darle coherencia y fuerza a la administración, los apremios imperialistas encontrarían el mejor terreno para prosperar.

El pequeño grupo de desterrados, ineficaces para el patriotismo, pero excelentes para la intriga, atizaban la hoguera intervencionista en Europa, auxiliados por la Iglesia, cuyos representantes no encontraban otro medio de recuperar sus bienes y su fuerza.

Saligny, el embajador francés, por un lado defendía los intereses de sus nacionales y, por el otro, se coludía con negocios tan turbios como el de Jecker, el banquero quebrado que ofrecía entre sus saldos de garantía los bonos mexicanos, ciertas concesiones mineras en Sonora y derechos de tránsito sobre el istmo de Tehuantepec; en el atraco se había interesado el Conde de Morny, hermano bastardo de Napoleón, quien tomó el negocio reservándose a título de honorarios un 30 % del total.

Por otra parte Wyke, el ministro inglés, menos agresivo, pero no menos exigente, trataba de obtener las mayores ventajas para la deuda inglesa, la más cuantiosa de todas.

La monarquía española, a su vez, fiel a sus resentimientos y a su vocación teocrática, también se apuntaba para exigir reclamaciones por los perjuicios que habían sufrido sus nacionales.

Abrumado el gobierno por la miseria, apeló a todos los recursos: disminuyó el ejército, redujo los presupuestos a lo indispensable, refundió oficinas, acudió al tributo personal y a vender bienes del clero que nadie quería comprar a menos que se ofrecieran en la tercera o cuarta parte de su valor; y ante estas circunstancias y la necesidad de combatir a las numerosas gavillas que llegaban hasta las goteras de la capital, pareció indicado expedir el 17 de julio el decreto que suspendía por dos años los pagos de la deuda exterior, pues se insistía en que sólo de esa manera se contaría con recursos para consolidar el gobierno y establecer la paz, condiciones inexcusables para que México cumpliera sus compromisos.

De esa manera, el asunto pasó de las embajadas a las cancillerías, donde ya corría por válido el proyecto de procurar para México un gobierno estable; Inglaterra estaba de acuerdo, pero a condición de que fueran los mexicanos quienes se lo dieran.

El momento era favorable para intervenir, como medida aseguradora del pago de las reclamaciones europeas; los Estados Unidos, agobiados

por la guerra civil, no iban a cometer el error de malquistarse con Inglaterra y con Francia, protegiendo a México.

Napoleón, además, soñaba en un imperio que frenara la expansión norteamericana; a muchas de sus gentes les bullía en la sangre la codicia por el oro de las minas de Sonora y los derechos de tránsito en Tehuantepec. Por las Cortes se barajaban nombres para el futuro monarca mexicano y hasta al romántico castillo de Miramar principiaba a llegar, insinuante y cordial, la oferta de una corona más llena de espinas que la del Calvario.

Pero faltaba otro factor; cuando Lincoln advirtió lo que se tramaba en Europa y la importancia de contar con México, para evitar la penetración esclavista e impedir que por nuestros puertos salieran los productos del sur, estancados por el bloqueo, también mandó su emisario.

Así llegó Thomas Corwin que tenía entre sus antecedentes haber defendido a México, junto con Lincoln, cuando la Invasión Americana; pero Corwin traía lo suyo; así le propuso a Seward, el secretario de Estado norteamericano, que su país se hiciera cargo de la deuda mexicana y garantizara los intereses por cinco años, a cambio de que México empeñara a Estados Unidos los terrenos baldíos y los derechos mineros en Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa. Otra vez la garra de Buchanan.

El gobierno de México ante este panorama, intentó arreglos por separado con Inglaterra; el Congreso los rechazó, pero calibrando las amenazas que se acentuaban en el horizonte internacional, dejó en suspenso el decreto del 17 de julio.

A pesar de esto, el 31 de octubre se efectuaba en Londres la Convención Tripartita, por la que Inglaterra, Francia y España se asociaban para organizar una expedición que habría de ocupar los puertos y plazas militares de México, para el solo efecto de obtener el pago de las reclamaciones de sus respectivos nacionales; se prohibía la adquisición de territorios, la obtención de ventajas particulares y toda injerencia en los asuntos domésticos, violatoria de los derechos del pueblo mexicano para determinar y constituir libremente su forma de gobierno; finalmente, y “para mayor prueba de rectitud”, se invitaría a los Estados Unidos a participar en la empresa.

La armada inglesa, al mando del comodoro Dunlop, quien tendría a Wyke por agente diplomático, y la francesa a las órdenes del contralmirante Jurien de La Gravière, con Dubois de Saligny como representante de su gobierno, debían reunirse en La Habana con la escuadra española, cuyo mando y representación superior llevaría el general don Juan Prim, auxiliado por el general Manuel Gasset y Mercader para las operaciones de tierra y el almirante Joaquín Ruvalcaba para las de mar. Sólo que la fuerza española no se esperó; zarpó de La Habana el 1º de diciembre y el 8 se avistaba en Veracruz; para el 14 de ese mes, según parte oficial, 26 barcos se encontraban fondeados en Sacrificios; pero sería hasta enero de [18] 62 cuando llegarían las naves franco-inglesas.

Y mientras a través de todo este año terrible Juárez conjuraba la tormenta política y se defendía a la vez con dignidad de lo que ya era algo más que una amenaza, las gavillas reaccionarias, unas veces sin importancia y otras formando fuertes concentraciones, desangraban los pueblos y cometían las peores atrocidades para comprometer más el destino del país.

Márquez, Zuloaga, Mejía, Olvera, Taboada, Buitrón, Vicario, Cobos y otros muchos merodeaban por los hoy estados de Morelos, México, Hidalgo, Guerrero, Querétaro y el propio Distrito Federal. Negrete también los acompañaba, pero éste cuando se cercioró de que en Europa se había decidido la invasión, arrió su bandera de faccioso y puso su espada al servicio de la defensa nacional.

La inminencia de la intervención produjo entre los liberales lo que no se había podido lograr hasta entonces: su unidad incondicional, entusiasta y sólida en torno de Juárez; los mismos diputados que antes le regatearan las facultades que pedía para acabar con los rebeldes, el 15 de diciembre se las otorgaban sin limitación alguna.

Juárez hasta el día 8 del último mes de ese año, podía ser considerado como el caudillo de la facción liberal, pero a partir de esa fecha, ya nadie podía disputarle la representación de México en esta nueva lucha por su independencia.



## *Operaciones sobre el sur*

*Zaragoza a Puebla.– Nuevo gabinete.– Zaragoza emprende la campaña del sur.– Nostalgia del hogar.– La línea Cuautla-Cuernavaca-Iguala.– “Yo no sé hacer milagros”.– No es hora de renunciar.– Otra crisis política.*

Dentro de ese cuadro general, examinemos el desarrollo de los acontecimientos particulares a través de 1861, año de incertidumbres y pesadillas, de sangre y angustia, de temores y peligros.

Apenas ocupada la capital por los liberales, los principales jefes reaccionarios, con excepción de Miramón que al amparo de los diplomáticos franceses pudo fugarse por Veracruz para Europa, principiaron a formar gavillas, que por lo general no combatían, pues cuando esto llegaba a suceder, era porque se habían concentrado para operaciones mayores, ya que tenían por mira impresionar al extranjero con un panorama convulsionado en el que se percibiera lo imposible de consolidar la paz.

Esas partidas, hoy dispersas y mañana unidas, se moverán en torno de la metrópoli, dirigiendo su influencia hacia el sur cuando la persecución se volvía más intensa.

No llegaba a México el presidente Juárez, cuando ya Zaragoza con su cuerpo de ejército, se dirigía a Puebla para recibir la guarnición capitulada y encargarse a la vez de batir a Cobos que con seiscientos hombres merodeaba por Matamoros Izúcar. Desde el 9 de enero se hallaba Zaragoza en aquella ciudad donde, así lo informa, se le recibió entusiastamente; el 21 salía con una brigada de la división de San Luis por

el rumbo de Atlixco, pero regresó luego, encomendando la vigilancia de la región a Lamadrid.

Juárez entretanto reorganizaba su gabinete el día 20; Zarco ocuparía el Ministerio de Relaciones; don Ignacio Ramírez, el de Justicia; don Guillermo Prieto, el de Hacienda y el general González Ortega, el de Guerra; se esperaba la llegada de don Pedro Ogazón y de don Miguel Auza, designados para los de Gobernación y Fomento, respectivamente. Como se deja ver, era un secretariado compuesto por figuras de insospechable militancia liberal.

Una de sus primeras medidas, más obligada por la pobreza del erario que por otra causa, fue el licenciamiento de fuerzas que formaban parte de la Guardia Nacional de algunos estados; se pensaba problema secundario lo de la pacificación y sí de primer orden aliviar la situación del anémico erario.

El 9 de febrero y desde Cuernavaca, Zuloaga resucita su Presidencia y el Plan de Tacubaya; para el efecto, lanza una proclama anunciando que al frente de cinco mil hombres seguirá combatiendo; en verdad el milite conservador decuplicaba la cifra, pero, con todo, apuntaba su decisión. Tanto esto como la existencia de numerosas partidas en el sur, obligó al gobierno a emprender una campaña formal, misma que encomendó a Zaragoza.

Tal vez por lo del licenciamiento o acaso porque nada sabía de los suyos que se encontraban en Monterrey, ni más ni menos que en territorio vidaurrista, Zaragoza se proponía retirarse del servicio del ejército; así lo manifiesta en el oficio con que acepta el nuevo mando y en el que deja ver cómo sabía desdeñar sus particulares intereses, cuando se le requería para satisfacer demandas nacionales. El documento es un genuino retrato del estado de ánimo que privaba entonces en el general norteño; acata la orden, pero insiste en el propósito, invocando el porvenir de su familia, para la que quiere asegurar un futuro que “le evite los horrores de la mendicidad”. Ésta es la única vez en que las exigencias domésticas parecen influir en Zaragoza; considérese que desde 1857, año de su matrimonio, sólo por breves temporadas ha estado al lado de su familia, a la que no ve desde diciembre de 1859.

La nota de referencia, fechada el 9 de febrero, expresa textualmente:

Me ocupaba en hacer mi solicitud para retirarme del servicio, por exigirlo así el mal estado de mis negocios particulares, que ya demandan mi exclusiva atención porque son los que le proporcionan la subsistencia a mi familia, cuando recibí la comunicación de V.E., fecha de hoy, encargándome del mando de las fuerzas que operan sobre el sur y autorizándome para que en caso dado entre en arreglos con el enemigo, según las instrucciones que se sirve darme por acuerdo del E.S. Presidente.

Mis deberes como soldado, mis obligaciones como ciudadano y los compromisos que he contraído para con mi patria, me obligan a aceptar el encargo que el E.S. Presidente se ha dignado confiarme. Lo desempeñaré con la lealtad, decisión y patriotismo con que he defendido hasta hoy la santa causa del progreso y de la civilización. Pero desde ahora ruego a V.E. se sirva interponer su respetable influjo para con el Primer Magistrado de la Nación, a fin de que concluida esta campaña se me permita volver a la vida privada, por las razones que dejo manifestadas al principio de esta comunicación.

Ni el egoísmo, ni la indiferencia, ni otra pasión innoble de aquellas que degradan al hombre ha influido en mi ánimo al tomar esta resolución. La última sangrienta lucha que ha costado al país tantas víctimas y tantos sacrificios de toda especie, acabó por empobrecerlo; y no puedo ni debo gravar al erario con el sueldo que me corresponde, teniendo por otra parte la imprescindible necesidad de atender a mis exigencias domésticas, así como la de asegurar a mi familia, con mi trabajo personal, un porvenir que le evite los horrores de la mendicidad.

González Ortega le agradece la aceptación del mando en nombre del Presidente, pero por cuanto hace a su retiro:

El mismo Primer Magistrado no obstante lo juicioso y desinteresado de sus consideraciones, se ve por ahora en la imposibilidad de atender su justo pedido, pues la nación hoy más que nunca necesita los sacrificios de sus buenos servidores para dar término a la guerra, que V.S. y otros valientes han sostenido con las armas en la mano durante tres años de lucha con la reacción que se entronizara en México. Al dar a usted la anterior contestación me prometo no insistiré en separarse de la carrera de las armas hoy que la República se encuentra en lucha contra los revoltosos del sur y de la sierra de Querétaro.

González Ortega le había tocado el punto vulnerable a Zaragoza; ya no podría escaparse de lo que iba siendo su destino; después, cuando se presente otra oportunidad, tampoco le será posible volver al seno de los suyos.

El 10 de febrero, desde San Mateo Chalpan, informa que Zuloaga y Vicario abandonaron Cuernavaca el día anterior con rumbo a Cuautla, donde los generales Antonio Ramírez y Régules los dispersaron capturándoles ocho piezas y ciento dieciocho prisioneros.

Zuloaga y Vicario trataban de abastecerse en Cuautla, recoger las gavillas del sur, pasar al Estado de México y unirse a las del Monte de las Cruces, para atacar la capital, mientras Márquez y Mejía desde la sierra de Querétaro, distraerían a las fuerzas de Arteaga y Doblado.

A mediados de febrero, Zaragoza establece su línea de operaciones, Cuautla-Cuernavaca-Iguala, en cuyas regiones emprende vigorosa batida contra los reaccionarios; los efectos pronto se hacen sentir: el 23 de febrero concede en Iguala el indulto a cuatrocientos hombres que militaban en diversas partidas.

La región se va pacificando; pero Zaragoza se encuentra en tal estado de miseria, que no puede sostener sus tropas; le tortura ver

a estos desgraciados hombres, que faltos de alimentos y desnudos, los he visto morir de hambre unos, de fiebre otros, con el sentimiento de no poderlos salvar, siquiera con un pedazo de pan o con alguna medicina que los consolara de sus sufrimientos.

Zaragoza se sentía un soldado más junto a los suyos y por eso le duele la vida casi de mendicidad que los abate. No quiere que sus tropas graviten sobre la región empobrecida; por eso piensa en retirarlas y tiene por una gran fortuna la concentración a la capital de las fuerzas de Zacatecas y de México, ordenada por González Ortega. Vicario ha dejado de ser un peligro, pero precisa exterminar las gavillas para que no se vuelvan a reunir.

Zaragoza ha agotado todos los medios para sostener su ejército, pero ya no encuentra modo de continuar mandándolo:

Yo, permítame V.E. decirlo [le advierte a González Ortega], tengo la suficiente abnegación y patriotismo para prestar a mi país este otro servicio; pero por desgracia carezco del don de hacer milagros: tal es, en mi concepto, el de mandar tropas desnudas y hambrientas que sin comer ni beber, emprendan marchas forzadas como lo exige la campaña. Lo que está en la esfera de lo posible, lo que de mí depende, gustoso lo he hecho, cubriendo una línea de ocupación de aquí hasta Cuernavaca, con la fuerza que aún pueda resistir el hambre otros días, distribuida en la forma siguiente: Iguala, Tepecuacuilco, Taxco y Huitzucó, con ochocientos y seis piezas al mando del coronel Villagra, Paso del Amacuzac, hacienda de San Gabriel, Puente de Ixtla y San Nicolás, con seiscientos hombres al mando del coronel Antonio Álvarez; Cuautla con doscientos cincuenta hombres al mando del coronel Peña y Barragán y el cuartel general en Cuernavaca con setecientos y seis piezas, al mando del coronel José Rojo, todas situadas de modo de auxiliarse en cualquier momento.

La penuria de que se queja se agudiza de tal modo que le obliga a tomar una determinación desesperada; después de referirse a su línea de operaciones, apunta:

Con estas providencias creo haber cumplido con mi deber. Si faltare algo, culpe V.E. a mi entendimiento, pero nunca a mi voluntad. Yo me retiro, dejando el mando al general Antonio Ramírez, reiterándole la petición que tengo hecha a fin de que se me dé de baja en el ejército, por las razones que en otra comunicación tuve el honor de manifestar a V.E... Si desgraciadamente en la opinión de V.E. soy culpable, estoy pronto a sufrir el castigo que se me imponga.

El 27 de febrero Zuloaga, Vicario y Cobos reúnen sus fuerzas para atacar Cuautla donde son derrotados, pues pierden su artillería y gran parte de sus efectivos.

González Ortega, a nombre del Presidente, al contestarle a Zaragoza su nota del 26, le agradece los servicios que ha prestado a la nación, lo autoriza a tomar las medidas necesarias para conservar el orden, le asegura que las tropas serán bien atendidas y le remite diez mil pesos “para que si emprende el regreso, al dejar el mando al general Ramírez se los transmita”...

Durante la primera quincena de marzo se intensifican las actividades de Mejía y Márquez a lo largo de la Sierra Gorda y otro tanto ocurre con Lozada en la sierra de Alica, así se van presentando otros dos focos de rebelión que es necesario atender.

Seguramente tanto González Ortega como el Presidente en vista de la situación del país influyeron en el ánimo de Zaragoza para retenerlo en campaña, pues el 20 del próximo mes ya se encontraba en Puebla al mando de la división de San Luis; la noticia de que se fraguaban levantamientos por aquella región, hizo necesaria su presencia en la ciudad citada, donde permanecerá por algún tiempo; el 7 de abril, al recibir órdenes de trasladarse a México, advierte al ministro de Guerra la necesidad de guarnecer convenientemente el Estado, porque día a día están apareciendo más partidas enemigas.

En la capital arreciaba la tormenta sobre el Ministerio, pero acaso lo más grave era la pobreza del gobierno que no podía cubrir ni sus más perentorias exigencias, por esta razón quedaban paralizados todos los planes de trabajo y lo que es más, las mismas operaciones militares; los ministros soportaban el embate de sus enemigos, pero González Ortega consideró superior a sus fuerzas arrostrar aquella crisis y se fue de la secretaría de Guerra para tomar el mando de su división.

## *Zaragoza en el Ministerio de Guerra*

*Por qué fue ministro.– Situación militar del país. La asociación de los privilegiados.– Juárez, presidente por elección.– Sigue la táctica parlamentaria.– Un enjambre peligroso.– La ofensiva fraccionada.– Sacrificio de Ocampo.– Degollado requiere su espada.– González Ortega sobre Márquez.– La elección de Juárez en el Congreso.– También don Santos paga su tributo.– Márquez se pasa al valle de Toluca y llega hasta Las Cruces.– Valle, vehemencia apasionada.– Un mártir de 28 años.– Márquez sobre México. González Ortega auxilia la capital.– La muerte de Valle se conoce en el Congreso.*

El Presidente necesitaba sustituirlo con un jefe militar de valimiento y, sobre todo, con autoridad personal sobre los mandos del ejército; pensó en Degollado, pero todavía estaba pendiente de absolver los cargos que se le habían hecho; con todo, sondeó la posibilidad de contar con él, pero don Santos estaba profundamente lastimado.

Era la época en que nadie quería ser ministro; Juárez tenía que rogar a sus amigos y aun a los que no lo eran, pero cuya militancia liberal no admitía dudas, que lo auxiliasen desde el gabinete en la pesada tarea de encauzar al país hacia el régimen constitucional.

La vacante que dejaba el vencedor de Calpulalpan, el más popular de los liberales, era la más difícil de cubrir, porque de la calidad del designado dependía la unidad y el apoyo del ejército, que por fortuna no tenía tradición militarista; entonces pensó Juárez en uno de sus generales más jóvenes; en el más insospechablemente reformista, con garantía de capacidad y hecho en la campaña misma. Apenas Zaragoza se disponía a

dejar Puebla, cuando el 9 de abril recibió, no sin sorpresa, un comunicado oficial que le entregó un ordenanza:

El E.S. Presidente Constitucional que ve en usted uno de los más firmes campeones de la libertad y de los defensores más asiduos de la Constitución fundamental de la República y atendiendo al mérito indiscutible de V.E., a sus relevantes virtudes y civismo, ha tenido a bien nombrarlo Ministro de Guerra y Marina...

Lo firmaba don Francisco Zarco, quien por ser ministro de Relaciones, ejercía funciones de jefe del gabinete.

Para Zaragoza era una designación que lo llenaba de preocupaciones; conocía bien las responsabilidades del cargo y la pobreza del gobierno para llevar adelante el plan de pacificación: pero lo que más le turbaba el ánimo era el medio político, devorador de los mejores hombres del partido liberal. Zaragoza acababa de cumplir 32 años; tenía todo el vigor de la juventud, la experiencia de la campaña y bien firmes las convicciones reformistas; pero no sabía esconder sus opiniones, ni disfrazar sus juicios, ni halagar a los fuertes, ni admitir transacciones en el orden de los principios. Y pesando todas estas circunstancias, sin indecisión y sin temor, aceptó el Ministerio.

El día 10 de abril, cuando ya salía de Puebla con la división de San Luis, recibió noticias de que Vicario se acercaba con 500 hombres a Matamoros Izúcar; soldado como era, Zaragoza detuvo la marcha hasta que conoció el resultado de la persecución que después de la derrota infligida al rebelde, había emprendido el coronel Antonio Álvarez.

Zaragoza llegaba a la Secretaría de Guerra cuando era más intensa la actividad reaccionaria; Vicario en Morelos; Tobaada en Hidalgo, Cobos en el Estado de México; Mejía y Márquez por Querétaro; Lozada en Sinaloa y Buitrón en Las Cruces, además de otros facciosos de menor importancia que merodeaban en las cercanías del Distrito Federal, constituían el principal problema del gobierno.

De todas partes se piden fuerzas; ahora se aprecian las consecuencias del licenciamiento, para organizarlas se necesita dinero y no lo hay; entonces

Zaragoza acude a los estados en demanda de cooperación, suplicando se reactive la formación y aumento de la Guardia Nacional; mientras tanto echa mano de las corporaciones disponibles, pero piensa que ese tipo de campaña fraccionada acabará por agotarlas y que sólo con una batida vigorosa y bien encaminada se puede pacificar las regiones neurálgicas.

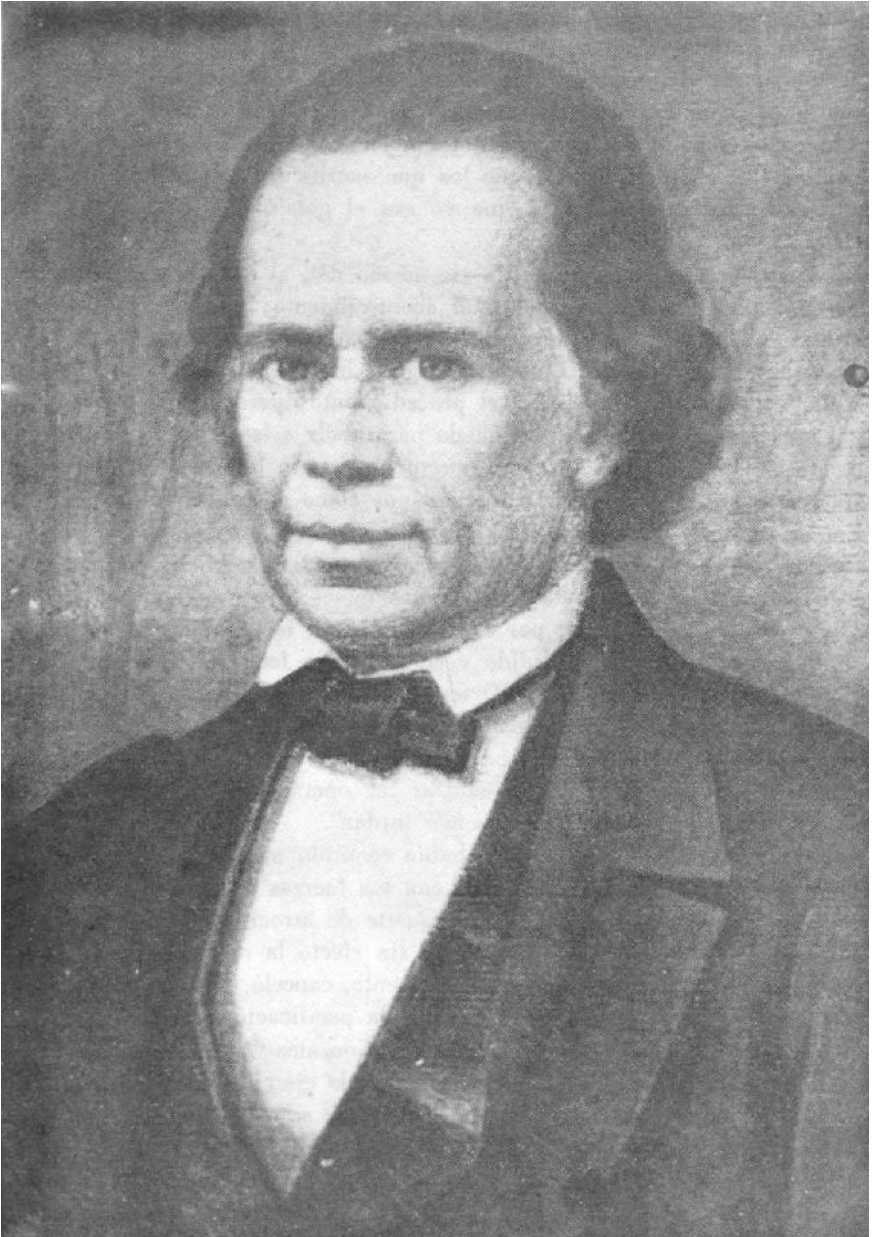
Desde ahora y como dato insistente, se consigna en los partes la colaboración que con hombres, recursos y armas están ofreciendo al enemigo los hacendados y muy particularmente los españoles, sin que falte la de algunos sacerdotes que han llegado a cambiar la sotana por el fusil, levantando la feligresía de sus parroquias.

Berriozábal, que ejercía el mando político y militar en el Estado de México, uno de los más asediados, en una nota oficial, después de relatar las operaciones de esos días, se refiere a la conducta de los españoles que reclaman sus derechos como extranjeros, cuando uno de ellos hospedó a Negrete y cuando otros dos le gritaron al coronel Baigén “que si el gobierno tiene tropas que las mantenga”, pero lo más irritante era que “a fuerza de hipocresía se consigue que las autoridades dicten órdenes que eluden el castigo de una injuria dirigida no a la persona del jefe de las fuerzas, sino a la nación y a nuestro gobierno”.

Aquí principia a confirmarse una de las cuestiones más espinosas de cuantas se habían presentado al Presidente; empeñado en restaurar el orden legal, quería que fueran los tribunales y no los jefes militares, los que resolvieran sobre los cargos contra quienes alentaban con su dinero o con su prédica a los alzados. Con la Constitución, decían algunos liberales, se puede gobernar al país en paz, pero no se puede ganar la guerra.

Zaragoza trabaja con actividad desesperante; hace de las noches días y atento al curso de los sucesos gira órdenes, remite recursos, envía armas, parque y vituallas.

Entretanto se habían efectuado las elecciones para Presidente de la República y diputados, con lo que se echaban los cimientos del régimen constitucional. En el nuevo Congreso figurarían distinguidos liberales que por primera vez participaban como representantes populares; entre éstos se encontraban Riva Palacio, Zamacona, Porfirio Díaz, Leandro Valle,



***Licenciado don Melchor Ocampo.***

Juan A. Mateos y Zaragoza, de quien se dice había sido electo por un distrito del Estado de México.

El 9 de mayo se instalaba el Congreso y Juárez, que ya tenía muy dentro la idea del parlamentarismo, formó su gabinete con las personas más significadas y con mayores simpatías en la representación nacional; de sus antiguos ministros sólo retuvo a Zaragoza.

Vicario, Márquez, Mejía, Zuloaga y Taboada, al frente de fuerzas más o menos considerables, merodean por distintas regiones, evadiendo los encuentros, pues solamente atacan pueblos indefensos y a los que tienen pequeñas guarniciones. Vicario sigue moviéndose por los límites de Guerrero y Morelos; Cobos en las cercanías de Matamoros; Márquez sobre los pueblos que están a los lados del camino México-Querétaro y también sobre el de Toluca que conduce a esta última ciudad; Zuloaga que anda por las inmediaciones de Toluca, acabará por reunirse con Márquez, al igual que Vélez y Taboada.

Zaragoza, mientras puede organizar una columna en grande escala, principia a designar como jefes de las regiones más afectadas a los más experimentados y activos; a Puebla mandará a Lamadrid y al general Tomás Moreno le encomendará la región de Taxco, Cuernavaca y Cuautla.

Lamadrid le comunica el día 9 de mayo que la pastoral firmada por el gobernador de la mitra de Puebla está causando serias agitaciones y pide órdenes sobre la conducta a seguir con los curas que la han leído y con los que están incitando a la rebelión; Zaragoza va a conducirse militarmente: “Si la tranquilidad se altera, juzgue a los culpables de acuerdo con la ley de conspiradores”. El general Blanco, gobernador del Distrito, también denuncia las actividades sediciosas de las partidas que merodean por Huixquilucan, comandadas “por el cura de San Bartolo y el carmelita Celestino”.

Para batir a Lozada y vigorizar las operaciones, Zaragoza ha promovido ante el Congreso la autorización de un crédito especial de un millón de pesos, de los cuales remitirá doscientos cincuenta mil al general Ogazón, que dirige las operaciones contra el rebelde de Alica.

El 23 del propio mes y por acuerdo presidencial, designa al coronel Francisco Gerardo Gómez, comandante militar de Campeche, estado que

ha venido sustrayéndose al régimen constitucional, y en el que don Pablo García ha ejercido el mando sin autorización ni nombramiento del gobierno.

Enterado Zaragoza de que en las inmediaciones de Querétaro se han reunido Márquez y Mejía, manda una brigada a las órdenes del general Ignacio Mejía para que, con la cooperación del general Arteaga, gobernador y comandante militar de Querétaro, se encargue de combatir a los citados facciosos. En efecto, Márquez y Mejía habían atacado, sin resultado, Querétaro el 17 de mayo y al retirarse, en Cazadero, fueron derrotados el 19 por el jefe liberal primeramente citado y el que, poco después se unió con Arteaga, mientras Márquez tomaba el camino de Toluca, pero ya para fines del mes volvía a la zona de San Juan del Río, donde se le reincorporaron Zuloaga, Vélez y Taboada; de allí la emprendieron rumbo al sur; por esa región andaban, cuando les llegó Lindoro Cajiga con un prisionero ilustre.

El 30 de mayo, Román García, prefecto del distrito de Rayón, del estado de Michoacán, comunicaba a la Secretaría de Guerra que:

Una gavilla como de cuarenta o cincuenta hombres de las que merodean en esta región, aprehendió el día 29, como a las doce del día, al señor Melchor Ocampo, en su hacienda de Pomoca, dirigiéndose a Querétaro, según parece;

Zaragoza telegrafió en el acto al general Arteaga para que persiguiera a los rebeldes y órdenes semejantes dio a los comandantes militares de Michoacán, México y Guanajuato.

Desde que se retiró del gabinete, el 16 de enero, don Melchor Ocampo se venía dedicando a la agricultura; hombre de vasta ilustración, de carácter indoblegable y sin duda el talento más lúcidamente reformista, se venía manteniendo alejado de la cosa pública, no obstante su compadrazgo con el Presidente, con quien mantenía afectuosa correspondencia; Ocampo había sido electo diputado, pero aún no se presentaba a la Cámara, porque antes quería dejar organizados sus negocios.

En eso andaba, cuando Lindoro Cajiga, obedeciendo seguramente a las diabólicas instrucciones del hombre de Tacubaya, lo tomó preso y dos días después lo entregaba al propio Márquez, al que acompañaban Zuloaga

y Taboada; y de esa suerte, en las inmediaciones de Tepeji del Río inmolaron el 3 de junio, a uno de los hombres más ilustres de México.

El asesinato de Ocampo conmovió profundamente la opinión pública y desató colérica indignación en los liberales de todos los matices; los más exaltados se acercaban el 4 de junio a Juárez para que ordenase la ejecución de los presos políticos, advirtiéndole que si el gobierno no lo hacía, el pueblo se encargaría de victimarlos. El Presidente los calmó y trató de convencerlos de que no se cometiera el menor atentado, pues se trataba de reos que estaban bajo la protección de las leyes y sujetos a la acción de los tribunales. “Que advirtieran –apunta don Benito–, que los que sacrificaron a mi leal amigo el señor Ocampo, eran asesinos, y que yo era el gobernante de una sociedad ilustrada”.

La agitación se hizo más intensa ese mismo día, al conocerse en la sesión del Congreso los pormenores del fatal acontecimiento; una de sus primeras respuestas fue la de poner fuera de la ley a Márquez, Zuloaga, Mejía, José María Cobos, Juan Vicario, Lindoro Cajiga y Manuel Lozada; se ponía precio a sus cabezas y se expeditaba el procedimiento; pero la tensión aumentó más al presentarse don Santos Degollado para pedir a la Cámara que dejando pendiente el fallo del gran jurado respecto al proceso que se le seguía, se le permitiera marchar a combatir a los asesinos como cualquier soldado.

Entre Degollado y Ocampo existía una inalterable amistad que venía desde antes de 1847, cuando don Melchor fue gobernador de Michoacán, en cuyo encargo lo sustituyó Degollado por algunos meses; después mantuvieron estrechas y cordiales relaciones; por eso, el asesinato, le llegaba a lo más vivo; los diputados concedieron lo pedido y en la propia fecha el Presidente acordaba con Zaragoza que González Ortega y Degollado tomaran el mando de las fuerzas para combatir, principalmente, a los responsables del sacrificio de Ocampo; poco después los citaba para darles dicha orden y conocer sus puntos de vista sobre la forma de organizar las operaciones que deberían iniciarse “dentro de tres o cuatro días a más tardar”.

El propio día 4, González Ortega había remitido un oficio a Zaragoza en el que manifestaba el deseo de regresar con sus fuerzas a Zacatecas,

donde las partidas reaccionarias consumaban toda suerte de atrocidades en los pueblos. La conferencia celebrada con Juárez dejó sin efecto la nota anterior, y González Ortega, al pulsar la gravedad del momento, canceló todo propósito ajeno a consolidar las instituciones por medio de la pacificación del país.

El 6, Zaragoza comunicaba oficialmente a González Ortega la decisión presidencial de confiarle la jefatura de un cuerpo de ejército que se compondría con la división ligera que mandaba Arteaga y que se encontraba en San Juan del Río; con la primera brigada de Zacatecas, acuartelada en Cuautitlán, con dos cuerpos de caballería al mando de los coroneles Aureliano Rivera, y Rafael Cuéllar, así como con la artillería necesaria; al ordenarle que al siguiente día emprendiera la marcha, le transmitía las órdenes libradas a don Santos Degollado para que:

Marche mañana también a la ciudad de Toluca en donde organizará una brigada ligera que operará en ese estado en combinación con el cuerpo de ejército de su mando. De la misma manera se ha expedido orden al C. general Manuel Doblado, para que con su división opere de acuerdo con el plan y movimientos que usted haya de desarrollar.

A Degollado en la misma fecha se le comunicaba el acuerdo del Presidente para utilizar sus servicios y con este motivo le nombraba :

Jefe de las fuerzas que deben operar sobre los asesinos Zuloaga, Márquez y demás, por el rumbo de Toluca, para lo cual organizará una brigada ligera, compuesta por el batallón “Rifleros de San Luis”, que se halla en esta ciudad, media batería de montaña de la división del Estado de México, que está en Toluca, el “Regimiento Defensores de la Libertad”, el “Segundo Escuadrón de Zacatecas” y la caballería ligera del Estado de México...

Para organizar debidamente sus fuerzas, González Ortega demoró su marcha por unos cuantos días, pero Degollado ya el 7 se encontraba en camino acompañado de Berriozábal, gobernador del Estado de México, para llegar a Toluca el día 8; desde luego pidió con urgencia el envío de pertrechos de guerra, que Zaragoza le ofreció mandar el 15.

Mientras tanto, el Congreso en su sesión del día 11 de junio declaraba Presidente Constitucional a don Benito Juárez, por una mayoría de 61 votos contra 55; pese a la gravedad de los sucesos, no se apagaba el encono de los impacientes que forzaban al Presidente a seguir una conducta al margen de la ley; el día 15, con una sobriedad genuinamente democrática, sin fiestas ni agasajos, Juárez asumía su encargo, a cuyo acto, en sus Apuntes para mis hijos, apenas si le dedica siete palabras: “Me presenté al Congreso a tomar posesión”.

Márquez, después del atentado, se dirigió a Tula; recogió las partidas que andaban por la región y se encaminó con rumbo a Ometusco, Huejotzingo y Atlixco para después seguir a Cuautla y Cuernavaca. Según el parte de Lamadrid, remitido el 13, lo acompañaban Zuloaga, Negrete y Chacón.

González Ortega sale con su columna el 12; el 13, desde Teotihuacán, informa que el enemigo se mueve rápidamente hacia Tlaxcala y Puebla; va en su seguimiento a marchas forzadas.

El 14, Zaragoza comunicaba a Degollado que el Presidente daba su aprobación al plan formulado para batir las gavillas que se encontraban entre México y Toluca, anunciándole la salida del convoy con armamento y pertrechos que conduciría el coronel Tomás O’Horan, quien tenía órdenes de marchar el 15 a primera hora.

Este jefe, señalada ya la fecha de su partida, había concertado con don Santos que lo esperara a la altura de Las Cruces, con objeto de prevenir cualquier ataque del enemigo; el convoy era pesado y difícil su rápida movilidad; para el efecto saldría entre cinco y seis de la mañana a fin de encontrarse al mediodía.

De acuerdo con este plan, Degollado, a quien acompañaba Berriozábal, salió de Lerma con una columna mixta y al llegar a los Llanos de Salazar, dispuso que la infantería subiera por la cordillera de la izquierda hasta la altura que se encuentra enfrente “de la Casa de las Pilas”, para evitar que el convoy fuese atacado por ese flanco; don Santos tomó el mando de esa fuerza y rogó a Berriozábal se hiciera cargo de la caballería, indicándole que en cuanto [Degollado] se apoderara del primer cerro,

avanzara por el camino hasta encontrar la columna de O’Horan, la que, según las previsiones, no tardaría en llegar.

El enemigo, emboscado en la montaña, opuso una primera resistencia que fue vencida; la imprudencia de un corneta que tocó diana, señal convenida para que avanzara Berriozábal, originó que éste iniciara la marcha sin detenerse ya.

O’Horan, a causa de la súbita enfermedad del coronel Cruz, jefe de una de las corporaciones, y de que encontró algunas dificultades, demoró la salida hasta las dos de la tarde, sin darle aviso a Degollado, quien para esa hora era ferozmente atacado por las gavillas de Agustín Buitrón, a las que resistió hasta las cinco y media de la tarde en que se le agotó el parque, por cuyo motivo inició la retirada que pronto se convirtió en verdadera fuga. De nada de esto se dio cuenta Berriozábal que seguía por el camino hasta “Contadero”, donde se encontró a O’Horan ya bien entrada la tarde; allí recibió un emisario de don Santos que le pedía violento auxilio; habían transcurrido cuatro horas de la salida de dicho oficial y por eso resultó inútil que O’Horan y Berriozábal salieran rápidamente a protegerlo. Cuando todo estuvo perdido, y Degollado “descendía del cerro en su caballo, recibió una bala en el cerebelo que le cortó la vida”; después lo acribillarían a tiros y lanzadas. De esa suerte, en un combate sin mayor importancia y al que lo condujo su impaciencia por combatir, entregaba su sangre, el insigne reformista, modelo de abnegación, de diligencia, de desinterés y de patriotismo.

Con todo esto, el convoy pudo continuar la marcha para Toluca, pero hasta el siguiente día, y Zaragoza, al conocer los detalles de lo ocurrido, ordenó a Berriozábal que aprehendiera a O’Horan y lo remitiera a México, para juzgarlo inmediatamente; pero aquél, en nota confidencial de fecha 17, le sugería al ministro de Guerra obrar con prudencia respecto del jefe inculcado, al que consideraba como su mano derecha en aquellos rumbos; Berriozábal le reconocía tanta importancia a O’Horan, que le decía a Zaragoza: “...si usted contara con cuatro como él, la reacción se acabaría en poco tiempo. A pesar de todo dígame usted lo que debo hacer”.

A la vez que aquello ocurría, González Ortega continuaba la persecución de un enemigo que no le daba pelea; las lluvias principian a estorbarle la marcha, pero la continuará, y a las cuatro de la tarde del 22 llegará a Cuernavaca, de donde Márquez había salido el día anterior con la mira de internarse al sur y luego pasar al valle de Toluca; González Ortega, que ya había previsto este movimiento, pide a Zaragoza ordene a las fuerzas de aquella región combatan al faccioso para impedir que se una con las gavillas de Las Cruces; sólo que el desastre de Degollado hizo imposible toda operación y Márquez pudo reunirse con los forajidos de Buitrón, para cobrarse una nueva víctima, la más noble y gallarda, la más joven y valerosa hasta el momento del sacrificio.

La muerte de Degollado encendió más las pasiones; nadie hablaba de Zaragoza, pero éste se sentía aludido con el resultado de la infortunada operación de “Las Cruces”, inmediatamente preparó la columna que batiera a Buitrón y se fijó en Valle para que la mandara; así se lo comunicaba el 20; encabezaría una brigada compuesta por el Segundo Batallón Ligero de Zacatecas, el Batallón Moctezuma, el Escuadrón Romero, el Escuadrón Reforma y 500 hombres de la división de México que se le sumarían en Lerma; se le ordenaba salir el 23 para Toluca y se le daban instrucciones de combinarse con González Ortega que perseguía tenazmente al enemigo; el plan era impedir a toda costa la reunión de Márquez con Buitrón; únicamente que el día de la salida de Valle, ya aquél se movía por los Llanos de Salazar.

O’Horan, que mandaba las fuerzas del Lerma que se incorporarían a Valle, había recibido órdenes de este último para esperarlo en Tenango, a menos de que el enemigo se encontrara sobre el camino; como así ocurría, O’Horan le comunica a Valle que avanzará por la cordillera que separa al camino real de Atlapulco y Ocoyoacac, desde la que observará a Zuloaga que llegó el 22 a Tianquistengo, también le anuncia que se le incorporará a la altura de los Llanos de Salazar. Este movimiento se realizó combatiendo ventajosamente, pero sin que se pudiera desalojar del camino a los facciosos, cuya superioridad numérica era evidente; O’Horan se dio cuenta de que Valle combatía, porque escuchaba el tiroteo, pero como se fue

apagando al atardecer, supuso que su jefe se había retirado y entonces hizo lo mismo.

Valle salió de México el 22, reanudó la marcha el 23 y al mediodía, al subir el puerto de Las Cruces, se encontró con el enemigo; procedió a tomar dispositivos y con la ardorosa intrepidez de sus 28 años, se empeñó en una lucha desigual en la que iba obteniendo ventaja, pero como se le agotó el parque a uno de sus flancos, la caballería reaccionaria lo envolvió, iniciando la retirada, pero sin que pudiera escapar a sus perseguidores que lo capturaron en Santa Fe, cuando ya había salido de la línea de fuego.

Márquez, sin más trámite, ordenó el fusilamiento de Valle, quien recibió la muerte a las cinco de la tarde de aquel funesto 23 de junio.

En veinte días justos el partido liberal había perdido tres de sus principales figuras: Ocampo, el guía doctrinario; Degollado, el más batallador y ahora Valle, el más joven y gallardo de sus generales.

Márquez, envanecido por su victoria se acercó a la capital el 25; aventuró un ataque por la Tlaxpana, pero fue rechazado por el general Ignacio Mejía y de esta suerte tomó el camino del interior; González Ortega, que había adelantado por el valle de Toluca al general Arteaga para reforzar a Valle, volvió rápidamente a la capital; el 24 llegaba a Tlalpan, donde recibió órdenes de pasar a Tacubaya en previsión de un golpe de mano del enemigo.

La muerte de Valle abrumó penosamente a Zaragoza; compañeros desde las jornadas de Guanajuato, siempre lo distinguió confiándole comisiones delicadas y riesgosas; en plena juventud los dos, los unía un común denominador, su vocación liberal que en Valle alcanzaba vehemencia apasionada.

La merecida predilección de Zaragoza por Valle, se trasluce en esta nota con que participó su muerte al Congreso de la Unión:

Secretaría del Congreso de la Unión. Estimados señores. Las manos detestables de los enemigos de la civilización y de la humanidad, se han empapado de nuevo en la sangre de las víctimas ilustres que sacrifican impíamente a sus instintos feroces e implacables, como queriendo ahogar

en ella el grito universal que por todas partes pide la reivindicación de los derechos del hombre, conculcados por aquellos que quieren negarle las condiciones más aceptables para su mejoramiento y bienestar.

El supremo gobierno ha tenido anoche que oír la funesta noticia de la muerte del benemérito general don Leandro Valle, acaecida el 23 del corriente. Este intrépido y valiente jefe después de haberse batido bizarramente con las hordas que acaudilla la hiena de Tacubaya, el asesino del ilustre Melchor Ocampo, el nunca bien aborrecido Leonardo Márquez; después, digo, de una defensa heroica en que por más de una vez hizo titubear a la veleidosa fortuna, fue vencido por circunstancias que no son del caso referir, hecho prisionero y fusilado el día mismo del combate.

Al participar a VV. EE. tan triste acontecimiento, por acuerdo del Excelentísimo señor Presidente Constitucional, para que se sirva dar cuenta al soberano Congreso de la Unión, cumple a mi deber manifestarle el justo y profundo sentimiento que ha causado en todo el Gabinete la irreparable pérdida de uno de los campeones más ilustres del Partido Liberal. La sacrosanta causa de la filosofía y la razón, ha visto descender a la tumba a otra de sus más firmes lumbreras; la nación ha perdido otro de sus hijos predilectos; las armas liberales a uno de sus más esforzados caudillos, y el pueblo a su más decidido defensor.

El Excelentísimo señor Presidente, en medio de la amargura que destroza su corazón, se propone dictar medidas enérgicas que den por resultado el pronto y ejemplar castigo de los asesinos; y ya que es de todo punto irremediable la pérdida que lamentamos, tiene el consuelo de que la historia, al apoderarse del C. general Valle, consignará en sus páginas las virtudes que lo distinguían, para presentarlo a la posteridad como el modelo de los hombres grandes, honrados y valientes.

En la capital todo era confusión y anonadamiento; arreciaban los cargos a la incapacidad del gobierno, pero el Congreso se mantuvo con dignidad y ponderación; en vista del inesperado ataque del 25, decretó el estado de sitio de la ciudad y siguió deliberando sobre los asuntos ordinarios que tenía en cartera; los diputados pensaban lo crítico de la situación y los opositoristas abrieron una tregua.

Juárez sufría una dura prueba en los primeros quince días de su nuevo mandato constitucional; pero no perdió la cabeza. Concentró en México a Berriozábal y Arteaga, para que González Ortega pudiera volver a la carga sobre Márquez.

Zaragoza, desde su asiento ministerial, con la profunda amargura de los desastres, mantenía su habitual serenidad y ahora como nunca sentía el peso de las responsabilidades; y si algunos dudaban de su capacidad, Juárez jamás la discutió; refrendó la confianza a su joven ministro y éste se preparó a disponer de cuanto fuera necesario para batir al enemigo.

Allá en Europa, entre tertulias y saraos, los monarquistas mexicanos seguían afilando las zarpas de los invasores.

## *Otra vez sobre Márquez*

*Por el mismo camino.– La cola del gato: Vidaurri y Comonfort.–  
Por el sur de Morelos.– La suspensión de pagos.–  
González Ortega, presidente de la Suprema Corte.–  
Por fin, Jalatlaco...– Un regreso triunfal.*

Después de su frustrado ataque a México, Márquez tomó el rumbo de Querétaro, y Zaragoza lo advirtió a Doblado que se encontraba en Guanajuato, para que de ser necesario, auxiliase la ciudad primeramente citada; pero Márquez se dirigía por el rumbo de Pachuca para seguir parecido itinerario al de su recorrido anterior.

El día 2 de julio, con una columna de 3,450 hombres, salía González Ortega a batirlo de nuevo; en esa misma fecha se ordenaba al coronel Porfirio Díaz que con su brigada se incorporara a la columna liberal, mientras en México, para prevenir una nueva ofensiva, se confiaba a Parrodi el mando de la plaza, quien desde luego organizó un plan defensivo y dividió la ciudad en doce sectores.

El 3, González Ortega se situaba en Tizayuca, al tiempo que Márquez se replegaba a Tulancingo; aquél llegaba a Tlaxcala el 7, mientras el enemigo se encontraba en las inmediaciones de Puebla, el que, sin tocar esta ciudad tomó el rumbo de Matamoros de cuya plaza se apoderó sin combatir el día 9, saliendo luego, porque González Ortega le iba pisando los talones, pues el 10 ocupaba la plaza mencionada, en donde dejó de guarnición al general José Cástulo Alatríste con las fuerzas de Puebla.

El 12 se reporta de Jonacatepec y ese mismo día Arteaga que venía con su brigada por el camino de México, ocupó Cuernavaca; Márquez,

según informe de Alatríste, caminaba el 11 por Jolalpan hacia Iguala, sufriendo muchas deserciones a consecuencia de las duras y prolongadas jornadas.

González Ortega llega a Cuernavaca el 16 y allí se le incorpora la fuerza de Arteaga; en esa ciudad permanecerá en observación del enemigo, que cuenta todavía con más de tres mil hombres, pero apenas con mil convenientemente armados; al parecer, Márquez trata de pasarse nuevamente al valle de Toluca y repetir la misma operación de junio; pero mientras tanto, merodeará por Iguala y sus inmediaciones; se le continúa desertando gente; así lo comunica González Ortega y por ello se le autoriza para que indulte a todos los que lo soliciten, “con absoluta excepción de Zuloaga, Márquez, Vélez, Mejía, Vicario y los demás que se encuentren en su caso...”

Arteaga, que observa más de cerca a los facciosos, informa que están concentrando en Huitzucó todas las provisiones que han podido recoger en la región de Iguala.

El 26 de julio, en nota reservada, González Ortega relata a Zaragoza la confesión que le hizo el coronel faccioso Abraham de la Peña, cuyo indulto tramita, respecto a una carta encontrada en la correspondencia que interceptó recientemente; se trata de una nota dirigida por Vidaurri a don Juan N. Álvarez en la que le dice, según versión del amnistiado:

...que el gobierno actual ha cometido mil y mil torpezas, y que además de que era incapaz de darle la paz a la nación, estaba comprometiendo a la República en el exterior. Que por lo mismo a los hombres que también habían salvado a aquélla en otras épocas, les había llegado su turno. Que le escribía de una manera más extensa por la vía de Veracruz, y que en esa carta hallaría las bases o plan que le proponía para salvar a la República.

En la misma correspondencia, asegura Peña, venía otra misiva dirigida a doña J. Vázquez y firmada por “Narcisa”, en la que ésta decía: “Vente de todas maneras, sepárate de la división del señor Ortega, porque aquí va a haber un pronunciamiento a favor del señor Comonfort, según estoy bien informada y tal vez te vas a quedar sin colocación”.

Recuérdese aquí que Vidaurri mantenía activa correspondencia con el desterrado expresidente, a quien en carta del 20 de junio de ese mismo año de 1861, le hablaba de que el país caminaba al abismo porque existía...

una espantosa anarquía, pobreza absoluta y bancarrota, vandalismo, inseguridad, en suma, una verdadera disolución social; ésta es la situación de México, la triste realidad, por más que digan lo contrario los ilusos y lo aparenten los malvados. Mejor que conocer, siéntese tan horrendo malestar, y usted sabe que el sentimiento jamás se equivoca, excepto cuando se sueña...

Después habla de que no ve ninguna esperanza de que la nación se salve, que el gobierno no es nada, que todas las ilusiones se han desvanecido, que el país está en manos de un partido sin pies ni cabeza y de esa laya siguen sus especulaciones.

Recuérdese también que ya para el 4 de julio, apenas dos semanas después de esa carta, Comonfort se encontraba en Monterrey al amparo de Vidaurri, quien en nota de esa fecha se lo anuncia a Juárez invocándole su generosidad, pues el repatriado expresidente le ha solicitado asilo en vista de su quebrantada salud y de las difíciles condiciones por que atravesaba con su familia en el extranjero.

Juárez, que tenía todos los hilos de esta soterrada conjura, ordenaba el 14 al gobernador de Nuevo León y Coahuila, por conducto del secretario de Gobernación, que aprehendiera a Comonfort y lo remitiera a México para juzgarlo; el cacique norteño como de costumbre, desobedeció el mandato, sostuvo con este motivo una serie de cartas con el Presidente y al fin, también como de costumbre, se salió con la suya.

Si se comparan los hechos y las fechas citadas, se comprenderá que las declaraciones de Peña tenían notorios signos de verosimilitud. Vidaurri seguía siendo el mismo: autoritario, altivo, intrigante, por más que se diera maña para halagar a Juárez, al que consideraba fácil engañar.

González Ortega permanece en Cuernavaca y para fines de julio las operaciones no van más allá de mantener en jaque a Márquez. Mejía por su parte, el día 7 de julio se había apoderado de Huichapan, incendiando

parte de la población, en tanto que en Tenango eran rechazadas el 17 las fuerzas de Vélez que trataban de ponerse en contacto con las de Márquez.

La situación, agravada durante el mes de junio con los triunfos reaccionarios, había fortalecido la convicción de que no se podía pacificar al país sino contando con dos medios: otorgar facultades amplísimas al gobierno y obtener recursos de que había venido careciendo; lo primero no era difícil conseguirlo, pero no así lo segundo. Los ingresos eran insuficientes para atender las necesidades de la campaña; la venta de los bienes del clero por las razones que ya se han expuesto, no producían mayores rendimientos; los préstamos forzosos se volvían cada vez más intolerables y los ingresos de las aduanas, que constituían el renglón más importante, estaban destinados en su casi totalidad a pagar la deuda exterior; se podía acudir al crédito en el extranjero, pero aparte de ser una medida de resultados problemáticos, aparejaba serios inconvenientes, pues exigía la hipoteca de territorios; y ante esta serie de limitaciones para poder subsistir y poner orden en el país, al gobierno no le quedó otro camino que el de la suspensión de pagos de la deuda exterior, pagos que mermaban considerablemente las entradas del fisco federal.

Con vista a todo esto, el Congreso expidió el 17 de julio, la ley de suspensión de pagos de la deuda exterior por un término de dos años. El país justificó el expediente, pero no así las cancillerías europeas. Los partidarios del proyecto intervencionista hicieron de aquella disposición el mejor argumento para apoyar sus pretensiones.

En el orden de la política nacional se registraba otro acontecimiento importante, la designación de González Ortega para presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación que el Congreso había acordado el 2 de julio.

Márquez continuaba por la región de Iguala, pero a principios de agosto, ante la presión del ejército, se encaminó al Estado de México, donde ya se le localiza el 9 en Tenango, y cuando acampaba en Jalatlaco, fue alcanzado el 13 en la noche por la vanguardia de González Ortega que comandaba el coronel Porfirio Díaz, y después de reñido combate dirigido por los dos jefes liberales, quedó totalmente aniquilada la fuerza

conservadora; el triunfo fue de tal magnitud que renació el entusiasmo entre los liberales y el 17 regresaba victorioso González Ortega a la capital de la República para tomar posesión de la presidencia de la Corte, mientras Porfirio Díaz recibía el ascenso de general.



## *Ahora sobre Mejía*

*Otra misión para González Ortega.– Una actitud inesperada.–  
Doblado sustituye a González Ortega.– González Ortega se duele  
del acuerdo anterior.– Polémica entre dos soldados y otras cosas.  
Hidalguía y civismo del héroe de Calpulalpan.*

Ahora es Mejía quien da señales de gran actividad; sus gavillas merodean desde el estado de Querétaro hasta el territorio de lo que después fue estado de Hidalgo; derrotado Márquez, al que venía abandonando la mayor parte de sus efectivos, el Presidente dispuso la formación de un cuerpo de ejército que encomendaría a González Ortega para emprender campaña formal contra Mejía; esta determinación ya la daba a conocer Zaragoza al general Doblado el día 16 de agosto, en respuesta a los informes que éste proporcionaba sobre los movimientos del enemigo en Querétaro y en los pueblos vecinos de la Sierra Gorda.

Zaragoza comunicaba oficialmente el 28 a González Ortega el nombramiento anterior, no sin tributarle los más cálidos elogios por el éxito de su reciente campaña y no sin hacerle ver la necesidad de destruir al otro foco importante de la reacción comandado por Mejía, que constantemente interrumpía las comunicaciones con el interior.

El cuerpo de ejército que se ponía en manos de González Ortega se integraba “con la división de Zacatecas, la de Guanajuato y la brigada de Querétaro”; y se ordenaba que el cuartel general se situara en Querétaro para que, según las noticias que tuviera del enemigo, número de fuerza, elementos de que disponía y cuanto demás conviniera saber, pudiera formarse con exactitud un plan de campaña, “cuyos resultados sean el

completo exterminio de esas hordas”; pero por lo pronto debía marchar a Tula.

En seguida, Zaragoza le sugería algunas disposiciones, sin hacerle ninguna recomendación expresa, pues el Presidente estaba “íntimamente convencido de que quien supo hallar los medios para vencer al hombre más prominente de la facción retrógrada, no se parará ante ningún obstáculo para exterminar a un corifeo de menor importancia”.

La determinación de Juárez no podía ser más acertada; el prestigio militar de González Ortega entusiasmaba a las tropas y era la mejor garantía de victoria para liquidar al único núcleo de consideración que le quedaba a los reaccionarios.

González Ortega acababa de tomar posesión de su cargo en la Corte; sin embargo, aceptó la nueva comisión, pero a cambio de condiciones que de no cumplirse, entrañaban su renuncia al mando militar, lo que dio motivo a una polémica con Zaragoza a través de un cambio de cartas que definen con claridad antecedentes y circunstancias muy importantes para un conocimiento de la valía de los dos soldados liberales.

González Ortega estaba acostumbrado a combatir con recursos y sin ellos; era un hombre temperamental, apasionado de la gloria, muy sensible a la popularidad, caballeroso, noble, de gran espíritu cívico y capaz de cualquier sacrificio, pero era un tanto susceptible. Por todo eso extrañaban sus excesivas demandas cuando se presentó con el Presidente.

Desde el 2 de septiembre se le había comunicado la orden de marchar el 3, en cuya fecha solicitó manifestar al señor Juárez y sus ministros “los motivos que tenía para no emprender desde luego el movimiento”; el Presidente lo recibió en presencia de Zaragoza, Ruiz y Balcárcel; su exposición fue breve y concreta: adelantó su propósito de sacar de México la artillería de grueso calibre para Zacatecas, seguramente la de su división, pues aducía que era peligroso conservarla en un lugar como la Ciudadela, donde estaba expuesta a ser utilizada por el enemigo en cualquier levantamiento; para esto necesitaba tiempo y dinero. Además no marcharía a Tula como se le indicaba, sino hasta Querétaro, en cuyo lugar concentraría todos sus efectivos para “formar el plan de campaña y emprender las

operaciones”; dejó para el final lo más difícil, al requerir que se le adelantase “mes y medio de haberes y que se diese a jefes y oficiales una paga”. Desde seis días antes tenía a su disposición el haber de cerca de un mes y ahora se le ofrecía que el gobierno estaría muy pendiente de seguir mandándole recursos. Juárez le hizo ver la necesidad de proceder activamente y cerró la entrevista determinando “que mañana mismo salga su fuerza y directamente sobre la ruta de Mejía para que el distrito de Tula quede libre cuanto antes”.

Algunas de las personas más significadas en la administración vieron en las exigencias del zacatecano la mano de sus amigos, empeñados en convertirlo en factor político; éstos, se decía, le metieron en la cabeza que lo que el Presidente quería era mantenerlo alejado de la cosa pública, envuelto en mil peligros y comprometido en una campaña en la que se le podía hacer fracasar con sólo no remitirle dinero y elementos.

Algo debe haberse movido en el fondo, porque la efervescencia política subió a temperatura explosiva; pues es por ese entonces cuando 51 diputados le pedían a Juárez su dimisión, maniobra que se contrarrestó con el apoyo de 52 y la casi totalidad de los gobernadores; con todo, era manifiesto el recrudecimiento del viejo mal de la disidencia liberal.

Mientras González Ortega disponía la salida de algunas fuerzas, el general Santiago Tapia se movía victoriosamente en la región de Pachuca, donde la pacificación parecía consolidarse.

Por fin, el día 9, González Ortega al comunicarle a Zaragoza que ya habían salido dos brigadas para Tula, le repite lo que en su presencia le dijo al Presidente respecto a los haberes, pues de lo contrario

no acepto el mando de general en jefe del Cuerpo de Ejército de Operaciones ni mucho menos responsabilidad alguna ante el supremo gobierno o ante la opinión pública, que me exigirían con justicia, la pronta pacificación de la sierra y el exterminio de las gavillas que la circundan, necesidad que me sería imposible llenar, si el soldado no recibe los dos y medio reales que le están señalados, principalmente cuando tendré que exigirle en cumplimiento de mi deber, fatigas penosísimas.

No desea presentarle al gobierno ninguna dificultad, dice, sino ayudarle en cuanto sea posible; no desconoce sus escaseces y los sacrificios que hace para hacerle frente a la situación ...

mas esto no le quita una responsabilidad que es exclusivamente suya... mañana 10 emprenderé mi marcha a incorporarme al grueso de la división de Zacatecas, en Arroyo Zarco, siempre que hoy se me den noventa y cinco acémilas para llevar el parque y con él abrir la campaña.

La posición de González Ortega dejaba al secretario de Guerra en un mar de confusiones: primero le hablaba de una renuncia condicional y luego de que procedía a iniciar la campaña. Dos o tres días antes el caudillo zacatecano había llegado al domicilio de Zaragoza para pedirle que, en vista de su inevitable dimisión, le suplicara al Presidente lo dejara al frente de la Guardia Nacional de Zacatecas, mando a que tenía derecho por ser gobernador de dicha entidad, en la inteligencia de que dicha fuerza, con su jefe, estaría a la disposición del gobierno para que la empleara en donde mejor le conviniese y bajo las órdenes de la persona que indicase.

Pero lo dicho, dicho se queda; en verdad lo de la dimisión se formalizaba con el oficio enviado el 9, al que Zaragoza contestó el 10 aceptándola; le hace ver los esfuerzos que se hacen para obtener recursos y le advierte que a pesar de la penuria se abrirá la campaña, para cuyo efecto le ordena dejar al general Alatorre con dos mil hombres de la división de Zacatecas a las órdenes del gobierno, en cuyo nombre le da “las más expresivas gracias por sus distinguidos servicios”.

Zaragoza había apretado el puño; la respuesta con abundar en juiciosas reflexiones y cortesías, en el fondo era una recriminación.

El día 13, con su frío laconismo, Juárez escribía en su diario: “Hoy se fue el señor Ortega”.

Con motivo de aquella renuncia, Zaragoza comunicó a Doblado el acuerdo presidencial que le asignaba el mando de general en jefe del “Cuerpo de Ejército de Operaciones sobre la Sierra Gorda”, mismo que se formaría con las divisiones de Guanajuato y Zacatecas, así como con la brigada de Arteaga. Al final del oficio le habla de las dificultades que se

presentan al gobierno para agenciar dinero que es el principal resorte “para todas las empresas y especialmente para la de la guerra: pero está resuelto a afrontarlas y expeditar ese móvil poderoso, asegurándole que no le faltará, una vez que se llegue a comenzar las operaciones, en términos formales”.

A González Ortega le dolió la nota de su antiguo subordinado, con el que lo ligaba una afectuosa camaradería. En rigor de verdad, el gran soldado que acababa de vencer a Márquez se había excedido en sus pretensiones, aventándose a lo Vidaurri; no eran de compararse las regiones donde acababa de operar, con ésta en que tenía los recursos del Bajío, los de Guanajuato, los de San Luis y los nada despreciables de su propia ciudad de Zacatecas.

De momento soportó la respuesta; pero emotivo como era, no pudo quedarse a solas con sus reacciones y estalló con ellas en una carta fechada en Arroyo Zarco el 21 de septiembre, en la que de lo que más se duele es, según él, de haberlo privado del mando de la división de Zacatecas; campea en ella cierta generosidad, un claro patriotismo, pero también un algo de engreimiento y no pocas inculpaciones, principalmente aquella de que no debe tratarse irreflexivamente a su Guardia Nacional que no es una corporación clásicamente militar, sino una institución de ciudadanos armados.

En la parte relativa a las razones que lo autorizan para ejercer el mando de la Guardia Nacional zacatecana, le dice a Zaragoza, que lamenta haber tenido que contestar su comunicación, pero que así ha debido hacerlo porque se lo imponen su honor y su conciencia:

La opinión pública calificará si mi conducta es la de un buen ciudadano. Usted recordará señor ministro, que para evitar de poner esta comunicación al supremo gobierno, consulté hasta donde me fue posible todos los medios de prudencia, pasando a la casa de usted a manifestarle: que le suplicara al C. Presidente que me dejara al frente de la Guardia Nacional de Zacatecas, cuyo mando no había renunciado sino el de general en jefe del Ejército de Operaciones; que esto no era un simple deseo de mandar fuerzas cuando acababa de renunciar al mando de todo el ejército, sino el de llenar una exigencia pública, ya fuera considerada respecto del estado de Zacatecas que me confió sus armas y su honor militar, o ya respecto de las emergencias

políticas del día, en atención a que la citada Guardia Nacional había sido organizada por mí, conducida por mí a la victoria, mi compañera durante tres años, y en consecuencia el único jefe que le inspiraba confianza, y más cuando ha tocado la desgracia, por los azares de la guerra, que han sido derrotadas cuando han militado a las órdenes de jefes extraños aunque valientes y pundonorosos; que por lo mismo eliminarme de las fuerzas de Zacatecas, siendo gobernador constitucional de aquel estado, importaba tanto como hacerle un insulto a aquel pueblo, que no merece, cuando ni con su política ni con sus armas ha deshonrado a la causa de la libertad, y obligar a la fuerza a que se acabara o se disolviera una vez que le faltaba su centro.

Le manifesté también que le asegurara al señor Presidente que la Guardia Nacional de que me ocupo, con su respectivo jefe, estaría a las órdenes del gobierno general un año, o dos, o todo el tiempo que fuera necesario hasta afianzar las instituciones democráticas, o se retiraría cuando el gobierno no creyera útiles sus servicios; y por último que el que suscribe militaría gustoso a las órdenes de la persona a quien se encargara el cuerpo de ejército que iba a abrir la campaña sobre la Sierra Gorda.

Estas razones que convencieron a usted pasaron a conocimiento del ciudadano Presidente y su gabinete, según usted me lo manifestó confidencialmente y no obstante apoyarse en la conveniencia pública, el supremo gobierno insistió en que subsistiera la orden de mi eliminación de las ya referidas fuerzas de Zacatecas.

Yo no comprendo, señor ministro, la política que se ha seguido en el gabinete, y ese empeño que ha habido en quitarle a los estados su Guardia Nacional. Hace seis meses que por las circunstancias de no querer ser ya ministro, porque así lo exigían mi honor y mi conciencia, se trató de arrebatarme la Guardia Nacional de Zacatecas, y hoy, porque no quiero ser general en jefe, sin recursos para hacer fructuosamente la guerra, se intenta de nuevo quitarme el mando de aquella benemérita fuerza; y entonces como ahora he protestado servirle al gobierno con la lealtad y ser como he sido su más firme apoyo y sostén.

Después le habla del temor que se tiene de que la Guardia Nacional de Zacatecas sea refundida en otros cuerpos, lo que significaría desarmarle a su estado su fuerza ciudadana y más como la de Zacatecas que ha concurrido gloriosamente a las acciones de armas de la Guerra de Reforma; y para que no quedara lugar a duda sobre su conducta declara:

Por todo lo expuesto, permaneceré al frente de los dos mil hombres de la división de Zacatecas, de que usted me ha hecho referencia en su citada comunicación, a las órdenes del señor general en jefe don Manuel Doblado, para cuyo efecto me dirijo ya a este señor, y protesto de una vez por todas servirle con mi espada y con las fuerzas que mando al gobierno legítimo de mi patria, ser el apoyo de ese gobierno y de la voluntad nacional, servir a las órdenes del jefe que nombre, respetar las que directamente se me comuniquen por el Ministerio respectivo, y retirarme al estado de Zacatecas con esas mismas fuerzas cuando el supremo gobierno no crea ya útiles sus servicios o juzgue su permanencia en el interior como un obstáculo al desarrollo de la política que se intente seguir, en el concepto de que en aquel estado quedarán en asamblea, por ser otra clase de fuerza en la que quiero apoyar las instituciones democráticas, y que dejaré al servicio de la federación los ciudadanos que quieran seguir la honrosa carrera de las armas; mas protesto también no permitir que la Guardia Nacional de Zacatecas sea refundida o desarmada, y permanecer a su frente como única garantía que con justicia debo prestarle en recompensa de los servicios que ha hecho a la causa de la libertad, y del derecho que tiene, apoyado en el sistema que nos rige, por componerse de ciudadanos armados.

No se diga, como hace poco: que soy general, y que me hallo por lo mismo al servicio de la federación, pues si conservo aquel título, es contra mi voluntad, supuesto que lo he renunciado más de una vez, y sólo como una muestra de apremio y deferencia a las órdenes del supremo gobierno; así es que se me puede dar de baja en el escalafón del ejército, y considerarme en lo sucesivo lisa y llanamente como Guardia Nacional de Zacatecas.

Pero no se quedó allí, también quiere hablarle de la tirantez política en estos términos:

Usted sabe, señor ministro, que se me ha dicho en el palacio de México, y no como una vulgaridad, que en las diferencias habidas entre el ejecutivo y el legislativo, ha intentado el primero dar un golpe de estado disolviendo al segundo. Especie que si yo he desechado públicamente, porque es un demócrata el magistrado supremo de la República, y porque no tiene fuerza alguna que apoyara aquel acto, el mismo gobierno se empeña en darle apariencia de verdad dictando medidas como la de que me ocupo. Nada de nuevo decía mi comunicación del 9 del corriente, en atención a que su contenido lo había puesto en conocimiento del ciudadano Presidente y sus ministros de una manera confidencial, esperando que se me respondiera en

los mismos términos, allanando las dificultades pecuniarias que yo pulsaba para mover el ejército que el supremo gobierno tenía a bien encargar a mi lealtad; mas como nada se resolvió, tuve necesidad de hacer dimisión del mando de general en jefe, consignando en una comunicación oficial lo que había dicho particularmente...

Seguidamente le habla de la forma en que hubo de sacar la artillería, ya que tuvo que acudir a su crédito particular para hacer los gastos que ello demandaba y en cierto modo reprocha que no se le proporcionaran unos cuantos miles de pesos para el efecto, más tratándose de Zacatecas que gastó “millones de pesos por defender la causa de La Reforma y al gobierno residente en Veracruz, sin exigirle jamás a éste ni un peso, ni un cartucho, ni un fusil”.

Finaliza asegurando al Presidente que está dispuesto a cualquier sacrificio que se le exija, y así ha resuelto hacerlo, en obsequio del buen nombre y prestigio del gobierno, “y que aun haría el de separarme de las fuerzas de Zacatecas, si en ello no viera ultrajada la dignidad del estado que mando”.

González Ortega llegó a Querétaro y allí permaneció en espera de órdenes; pero casi al mismo tiempo el gobernador interino de Zacatecas se dirigía al Presidente para informarle de las depredaciones que sufrían los pueblos de aquella entidad, de las fechorías de Márquez y de la situación de intranquilidad que privaba, por todo lo cual le rogaba ordenar el traslado a su lugar de origen de los dos mil hombres que formaban la división de Zacatecas, en esos días al mando de Alatorre, para que se encargara de la pacificación del estado.

Zaragoza percibió lo que había detrás de lo pedido y volvió a cerrar el puño, al contestar: “Que el gobierno general anticipándose a los deseos de ese estado mandó a él a la expresada división de Zacatecas conforme se le comunicó a usted con fecha 7 del actual”. En realidad ¿se había dado esa orden, cuando aún no definía su conducta González Ortega, o se trataba de una simple promesa?

El argumento de lo de Márquez a que alude el comunicado del gobernador zacatecano, es algo exagerado; Márquez, después de la

derrota de Jalatlaco se refugió con Mejía; de allí se desprendió para atacar sin éxito la ciudad de San Luis Potosí el 4 de septiembre, para seguir después hasta Catorce, de donde poco después volvía a la madriguera de la Sierra Gorda.

Si González Ortega no se quedó callado, tampoco Zaragoza iba a dejar sin respuesta las apreciaciones de la nota anterior; por eso la contestó en forma de colocar las cosas en su sitio; el texto es extenso, pero de una lógica y una severidad irreprochables, sin acudir al tono autoritario, aun cuando apunta algunas alusiones que no dejaron de lastimar al general zacatecano, a quien ordena marchar a su estado con toda la división de su mando.

Zaragoza se revela en ese documento no sólo como soldado, sino como lo que era antes que todo, un hombre con firme formación doctrinaria, cabalmente entregado a su causa; como todo un señor ministro que no es el más o menos eficaz servidor de un ramo, sino el colaborador identificado a conciencia con lo que La Reforma significaba, y si no era un político en la acepción peyorativa del término, tampoco era una pieza más que pudiera mover el capricho propio o el interés ajeno.

He aquí los términos con que el 27 de septiembre replicó a los puntos de vista de su antiguo compañero de armas:

Excusado sería por cierto contestar su nota oficial del 21 del corriente, con que he dado cuenta al ciudadano Presidente, si no se encontraran en ella algunos conceptos que no pueden pasar desapercibidos y que se hace preciso rectificar porque son enteramente contrarios al programa que el gobierno se ha propuesto seguir desde su reinstalación en esta capital, y sobre todo, si esos mismos conceptos no se hubiesen desde luego dado a la prensa, que presenta a veces los sucesos en publicaciones aisladas y sin reunir los antecedentes necesarios, propios para formar un juicio exacto de las cosas.

Una vez que usted hizo dimisión del mando en jefe del Cuerpo de Ejército de Operaciones sobre la Sierra Gorda, que se le había confiado, al admitirle su renuncia, el gobierno debió expedir la marcha de la administración en el ramo de guerra, paralizada en virtud de las dificultades que usted pulsó y a cada paso le proponía, nombrando otro jefe que, con iguales títulos de gloria, patriotismo y abnegación, así como de pericia militar y otras virtudes

estimables, se consagrara a las fatigas de la campaña contra los restos reaccionarios, trabajo de grande importancia que se tiene que emprender y terminar cuanto antes, para dar paz a la República; mas no dispuso, ni siquiera imaginó, la eliminación de usted de las fuerzas de Zacatecas, de lo que no puede citarse como prueba ninguna expresión alusiva en este intento en la comunicación a que se refiere: se aceptó su dimisión y además del objeto antes indicado, se juzgó muy conveniente dejarlo en completa libertad o para que volviese a ocupar el elevado puesto de presidente de la Suprema Corte de Justicia con que nuevamente se le había condecorado, o para que volviese al seno del ameritado estado de Zacatecas, según repetidas veces lo manifestó en algunas piezas oficiales; y es muy claro que por el hecho de no encomendar a usted el mando de una brigada de su división, única que se reputó necesaria para completar el Cuerpo de Ejército de Operaciones, en manera alguna se le ha eliminado, como en su contestación lo expresa ni se puede comprender que un acto por el que a nadie se hace ningún agravio, sea imputable al gobierno en un sentido tan desfavorable y que bajo ningún aspecto se le puede atribuir, principalmente si se atiende a que esa brigada de Guardias Nacionales permanecía al mando inmediato de uno de sus jefes naturales, acreditado desde el principio de la Revolución en muchos combates, que ha figurado desde entonces como uno de sus jefes natos y a quien, como tampoco a otros que se hallan en el mismo caso, no se podía hacer la injuria de sospechar que las tropas que con él tantas veces han sufrido los rigores de la guerra, ora llevando una parte favorable en el choque de las armas, ora arrojando los reveses de una fortuna adversa, no le conservasen simpatías, lo considerasen nulo, y sólo tuviesen fe en una única persona, que, como consta en las actas públicas no fue la primera en conducirlas a la lid.

Mucho menos exacto es que se haya hecho o intentado hacer ultraje de ningún género al benemérito pueblo de Zacatecas, porque en las razones antes asentadas verá todo hombre sensato que sólo se ha dictado una providencia en el orden militar, sin que con ella, ni por sus términos ni por su substancia, se irrogara algún agravio o insulto a esos leales servidores del gobierno, que por otra parte confió, fundado en la naturaleza racional del hombre, en el mérito intrínseco y en el patriotismo de los soldados zacatecanos, de los que, después de tantas pruebas, no podía temer ni teme desertiones, desmoralización, ni un abandono punible de sus propios intereses, de manera que postergando el estandarte legítimo que aún los sostenía en su derredor, se dispersasen como una grey de pobres esclavos, sólo por la falta de una persona, que no es como ya otro tiempo lo fueron los individuos, la encarnación y la substancial representación de los principios

políticos y sociales, radicados y subsistentes hoy esencialmente en la inteligencia, opinión e intereses de los pueblos.

La política que ha adoptado y sigue en todos sus actos el gabinete, cuyo personal conocen todos, por sus antecedentes, es notoria y manifiesta a todos los habitantes de la República: es franca y descubierta y nada maquina ni contra las personas ni contra los principios.

Cuando usted se separó del Ministerio de Guerra en marzo de este año, no quiso retirarle el mando de la Guardia Nacional de Zacatecas, sino usar del derecho que el gobierno tiene para nombrar los jefes superiores; y que hoy se afirme tan gratuitamente que se ha pretendido su eliminación, eso es precisamente lo que yo no comprendo. ¿En qué lugar y en qué tiempo o en qué pieza oficial o privada siquiera, se ha indicado a usted últimamente que deje el mando de la división de Zacatecas? ¿Qué, porque conviniendo a los intereses nacionales que se complete un respetable cuerpo de tropa, y ese complemento se haya hecho con una brigada de su división, se le ha arrebatado el mando de ella, cuando con su mayor parte se dirige al estado de su origen? No lo comprendo. Si es cierto que no ha mucho se refundieron dos cuerpos de la Guardia Nacional de Michoacán, se tuvo para ello una razón de conveniencia pública, pues ambos se componían de un corto número de plazas, y era importante darle una organización útil y al mismo tiempo económica. Hay más todavía: esa refundición, ni se hizo en cuerpos permanentes ni en términos absolutos; se dejó en libertad a cada ciudadano armado para separarse del servicio, garantía que acaso no ha respetado hasta ahora algún gobierno del país, y en ello influyeron las mismas razones en que usted, cuando desempeñó la cartera de Guerra, fundó su orden para refundir en cuerpos de Zacatecas algunos del interior, como los que mandaba el C. general Carvajal. Tampoco importa la refundición ni desarmar a las fuerzas que se refunden o a los estados a que pertenecen, ni mucho menos arrebatarle sus glorias, cuando precisamente las perpetúan, continuando la prestación de sus servicios militares al gobierno de su patria común. Y prescindiendo de todo lo dicho ni se ha refundido ni se trata de refundir en otros cuerpos, algunos de los de la división de su mando: esos temores carecen de fundamento, porque ni el gobierno desea arrebatarse a los estados sus Guardias Nacionales, ni el buen estado de fuerza de los cuerpos de esa división da lugar a ello.

Repito que el gobierno, al admitir a usted su renuncia y no encargarle el mando de la brigada de Zacatecas, que se había destinado a la campaña de la Sierra, se propuso en propio honor de usted dejarlo en libertad para que se dedique a otros trabajos públicos o de utilidad común o particular de su país natal; pero supuesto que usted juzga que la repetida brigada se perderá

con su ausencia y será mal conducida por uno de sus propios jefes, el gobierno ha resuelto que marche usted a su estado con toda la división de su mando, poniendo tan sólo a disposición del C. general Arteaga, 10 piezas de montaña, dotadas de artilleros, acémilas y parque, de cuya resolución se da aviso al C. gobernador de Zacatecas, habiéndose librado orden a la oficina respectiva, para que ministre a esa fuerza una quincena; otras substituirán a la brigada Zacatecas en la campaña de la Sierra, no porque el gobierno desprecie los servicios de los zacatecanos que estima en su verdadero valor, ni porque tema su presencia cerca de sí mismo, ni porque medite desarrollar una política desleal que ellos pudieran impedir, porque hasta ahora no existe un solo dato positivo que se pueda arrojar a la cara de un miembro del mismo gobierno, demostrándole con él su infidelidad o sus tendencias a trastornar el orden establecido, sino porque un ciudadano, por otra parte distinguido y que se precia de seguir los principios democráticos, pretende hoy como necesaria su presencia para la conservación de una fuerza que a su juicio nada valdría sin él, sin advertir que en consecuencia de los obstáculos que de poco tiempo a esta parte ha presentado al gobierno con frecuencia, no se han situado en el distrito de Tula los dos mil hombres que a las órdenes del C. general Alatorre se previno resguardasen aquel punto de los próximos peligros que le amenazan y que la falta de obediencia de esa orden lo constituya responsable militarmente de los males que a los pueblos mencionados sobrevengan, por no haber sido atendidos a tiempo.

La especie a que usted se contrae, sobre que el Primer Magistrado de la República ha sido el principal en intentar un golpe de estado contra la legislatura, no es, no ha sido, ni será más que una vulgaridad, a la que en sano juicio no se puede dar asenso: no hay de ello ninguna prueba, ni sería ciertamente realizable tal proyecto, porque ni cabe en la mente de un ciudadano de acrisoladas virtudes, ni se lo ha imaginado hasta ahora alguno de los miembros del gabinete, de cuyas nobles aspiraciones y esperanzas respondo como el último de sus colaboradores.

Ojalá se convirtiesen en un poderoso auxilio del gobierno todas las dificultades y la hostilidad que por todas partes le presentan los mismos liberales, ya publicando documentos que debían permanecer reservados, como la carta del C. general Arteaga que usted mismo sin necesidad ha dado a la prensa, ya con demostraciones ilegales y selladas con el carácter de una clara conspiración, como algunas piezas poco decorosas que por una desgracia y fatalidad de la Republica, a que parece está siempre condenada, han visto la luz pública hace pocos días.

El que se haya admitido la dimisión que usted hizo del mando en jefe del ejército sobre la Sierra; el que se hubiera dispuesto de una brigada de Zacatecas para el complemento de ese ejército; el que se hubiese dejado a usted en libertad para que obrara como le pareciese; todo esto, repito, no puedo explicar cómo sea una medida que signifique un golpe de estado, en el que hasta ahora sólo han pensado algunos de esos corrillos que se reúnen a veces, sin más objeto que hablar de la situación, o algunos cerebros enfermos que andan soñando en novedades.

Que se dieran a usted recursos para emprender una campaña, fue una pretensión a toda luces justa; pero que se exhibiesen desde luego cuantos usted deseaba, fue una exigencia que nunca se pudo llenar, y no porque para ello faltase disposición, porque a la terminación de la guerra se han dirigido constantemente los connatos del gobierno, sino porque las circunstancias así lo demandaban. Ni era nuevo que un jefe militar comenzase las operaciones de una expedición con pocos recursos, estando seguro de ir percibiendo en lo sucesivo, lo que para el socorro de sus tropas hubiese menester. ¿Qué campaña se habría emprendido alguna vez, si el jefe encargado de ella hubiera esperado para principiar sus movimientos los cuantiosos caudales que se consumieran en todo o en parte del tiempo que se calculara duraría?

Fue punto convenido que usted sacara de la capital la artillería y pertrechos que había en la Ciudadela; mas también se acordó que esto no se ejecutara de pronto, porque el erario no pudiendo aún cubrir atenciones de preferencia, no era capaz para sufragar los gastos que en aquello se erogaran. Y a propósito de este asunto, si se manifestó a usted que había distraído de su objeto principal la pequeña suma a que en su nota oficial alude, para conducir aquella artillería y esos pertrechos, fue por las razones indicadas; no porque el gobierno sea tan mezquino, que negase al estado de Zacatecas aquella cantidad.

El gobierno no desconoce los eminentes servicios de este magnánimo estado así como los inestimables sacrificios del de Nuevo León y Coahuila, Michoacán, Jalisco y demás de la República, patentes a todos sus habitantes: por eso dejó por largo tiempo a su disposición las rentas generales, por eso también las ha dejado todavía con algunas otras compensaciones al estado de Zacatecas, y por eso finalmente hará cuantos esfuerzos estén a su mano, con objeto de que cada uno sea indemnizado en cuanto quepa, porque todos, como el de Zacatecas, unos en mayor, otros en menor escala, según sus facultades, sus elementos y el espíritu de sus ciudadanos, abrazaron con más o menos ardor el estandarte de la legalidad [sin] que ninguno esté ahora debidamente remunerado.

González Ortega antes de tomar el camino de Zacatecas, quiso dejar constancia del alcance de sus argumentos y opiniones, explicando de paso algunos de los conceptos de Zaragoza, contenidos en la nota anterior y que envolvían algunos dardos, severa aun cuando cortésmente, lanzados; su respuesta al oficio del 27 la formulará desde Querétaro el 1° de octubre. Después de darse por enterado de la orden para marchar a Zacatecas con su división, comunica que entregará al general Arteaga una batería de seis piezas de montaña debidamente equipadas, pues las cuatro restantes las había ya mandado a Zacatecas, porque carecían de parque; informa asimismo que mañana saldrá para su estado.

Después explica por qué pensó se le traba de separar de la Guardia Nacional de Zacatecas, pues no obstante que se había convencido Zaragoza de que no debía desconocérsele a González Ortega el derecho a jefaturar su división, se insistió en adscribir al general Alatorre con dos mil hombres al cuerpo de ejército que se formaba; mas como ya se ha aclarado que se le deja al frente de la Guardia Nacional de Zacatecas y que se ha dispuesto que vuelva a su estado, considera esto como negocio concluido.

En cuanto atañe a las dificultades que los liberales presentan al gobierno advierte:

No sé qué haya de cierto en el aserto de la proposición general, por lo que a mí toca protesto bajo mi palabra de honor que jamás he tenido esa intención, afirmo que padece usted una lamentable equivocación en las apreciaciones que hace de mi conducta, y creo además que es una ingratitud con la que se me pagan los poquísimos servicios que he prestado al supremo gobierno. Si el mismo supremo gobierno marcha entre dificultades y tropiezos, que busque su origen en la situación o en otra causa, mas no en mí que estoy fuera del cuadro político [desde] hace seis meses, y que durante este tiempo y antes de él, no sólo me he convertido en su apoyo y defensor, sino en el panegirista de muchísimos de sus actos: testigos de esto, millares de personas de la capital y de los estados.

Respecto al grave cargo de publicar notas que debieran permanecer privadas, contesta:

Publiqué la carta del general Arteaga, para demostrar ante el público, a cuyo tribunal se había llevado la cuestión, que no me era posible mover sin recursos las fuerzas de Querétaro, cuando el pundonoroso jefe que las manda, salvaba su responsabilidad por medio de esa misma carta, si no se le remitían. Ni que se diga tampoco que la dimisión que hice de general en jefe porque no tenía recursos para mover las fuerzas que se ponían a mis órdenes, importaba una hostilidad al supremo gobierno; porque además de las razones que manifesté en mi anterior comunicación respecto de esto, tuve presente lo siguiente: el señor general Arteaga se vino de Toluca para su estado antes de la acción de Jalatlaco, manifestándome, y con justicia, que tomaba esta medida por la falta de recursos en que se hallaba, porque yo no podía proporcionárselos, y porque temía que a consecuencia de esto se le disolviera la fuerza. El señor general Doblado me decía también con justicia en carta particular, fechada en la Sierra Gorda y hallándome yo en el Ministerio de Guerra “si no me mandan recursos me voy suceda lo que sucediere porque temo la disolución de mi fuerza” y por último, el señor general don Ignacio Zaragoza, actual ministro de Guerra, me decía con no menos razón y justicia, cuando volvió de Puebla, y cuando pensaba yo mandarlo a hacer la campaña de la Sierra Gorda: “si no me dan dos meses de sueldo para mi tropa, no me encargo de la campaña de la Sierra, porque temo que me abandonen”. Creo que aun cuando no hubiera otras razones de conveniencia pública para haber pedido los haberes de un mes de la tropa que iba a mandar, el dicho de personajes tan respetables como los que acabo de citar me autorizarían para ello.

No puede tenerse, pues, tampoco como una hostilidad el haber pedido los haberes que vencían en un mes de mis tropas ni el haber hecho dimisión del mando del cuerpo de ejército referido, porque preferí esto último a quedar en la imposibilidad de poder mover las fuerzas por falta de recursos, o a convertirme en un acusador del gobierno ante la opinión pública, porque no remitía aquéllos, y más cuando había personas que me substituyeran ventajosamente y que podían zanjar las dificultades pecuniarias que yo no podía salvar.

Si publiqué mi ya citada comunicación fechada en Arroyo Zarco, fue cuando apuré confidencialmente todos los medios que aconseja la prudencia, para evitarme aún escribirla, como ya lo he dicho. El modesto, valiente, pundonoroso y joven general don Francisco Alatorre si inspira toda clase de confianza a la Guardia Nacional de Zacatecas, como compañero inseparable que ha sido de ella en sus glorias y en sus desgracias, no puede prestarle todas las garantías que aquél que por ley constitucional de un estado libre y soberano, está constituido en el jefe nato de ella, y más

cuando hallándome yo ausente de esa capital en sus asuntos del servicio, poco ha faltado para que lo eliminen del mando de los nacionales a cuyo frente se hallaba. No son los zacatecanos una grey de pobres esclavos ni han defendido jamás a una persona. Registre usted los anales de aquel pueblo y se convencerá de esta verdad. Han peleado y derramado su sangre por los principios de libertad y reforma como lo han hecho los más ilustres hijos de otros estados, y en esa parte los zacatecanos no tienen una mancha. Han militado a mis órdenes porque les inspiro confianza, pero jamás me han defendido ni tenídomo como un principio, ni yo lo he dado a entender así en mi comunicación; por iguales razones han tenido la honra de militar a las órdenes de usted. Una cosa es tener confianza en una persona que lleva una bandera y rodearla militarmente para que la sostenga, y otra defender a esa persona aunque no lleve ninguna.

Usted, señor ministro, cuyas virtudes tengo satisfacción en confesar, porque jamás se han ocultado a mis ojos los méritos de los hombres por más que griten las pasiones políticas, usted que es uno de esos tipos que representan la honradez de la frontera, que es una de esas figuras importantes de la democracia de mi patria, usted, repito, más de una vez no ha tenido confianza como soldado en una persona que ha llevado la misma bandera de usted, y no ha militado a sus órdenes, prefiriendo hacerlo con otras, y no por eso puede decirse que usted con su espada ha defendido personas ni que pertenece a esa grey de pobres esclavos de que usted mismo habla.

Después de estas aclaraciones le advierte que no lleva resentimiento alguno con el supremo gobierno, porque el que pudiera haber tenido, ha desaparecido con las explicaciones que ha dado y ha recibido; reitera que Zacatecas defenderá siempre la voluntad de los pueblos, La Reforma y el gobierno de la República y que:

El gobierno particular de aquel estado se empeñará en ayudar al gobierno general de cuantas maneras le sea posible y en no presentarle una sola traba o dificultad en su marcha administrativa, y aun hará salir sus fuerzas a otros estados cuando así se crea necesario.

González Ortega se retiraba así del escenario nacional; efectivamente no llevaba rencores; podía ser un equivocado, pero nunca un desleal a su causa, a pesar de las asperezas que lo acompañaron, el suyo fue un gesto patriótico, pues con él renunciaba a servir de bandera a los que no

alcanzaban a distinguir que la eliminación de Juárez arrastraría al país a una crisis llena de peligros, si se considera la situación internacional.

Cuando un ejército procede de la ciudadanía, nada extraño tiene que sus hombres se aparten de la tradición de la espada como medio de alcanzar el poder; si Juárez en lugar de generales de extracción reformista, hubiera contado con generales de filiación conservadora, habría perdido su investidura ante el primer descontento con mando de fuerzas.

González Ortega volvía a su estado; ni siquiera reclamó volver a su cargo de la Corte; no quería ser un estorbo para el gobierno; no iba a conspirar como Vidaurri, ni a ponerse de acuerdo con los enemigos de Juárez; ya regresaría con su aguerrida división zacatecana para luchar otra vez bajo el mando de Zaragoza, cuando los invasores pisaran el suelo de México y ya veremos entonces cómo el chinaco norteño correspondió a la hidalgúa del vencedor de Calpulalpan; eran dos caballeros de la espada, dos mexicanos limpios en el ejercicio de sus patrióticos deberes.



## *Se anuncia la tormenta*

*En Europa se afilan las garras.— Primeros pasos defensivos.  
Campaña de Doblado.— Victoriosas operaciones de Tapia.— La  
reacción va siendo vencida.*

Durante la primera quincena de octubre las operaciones se enderezan sobre las guerrillas; pero ya Juárez barruntaba la inminencia de la intervención; los informes de don Juan Antonio de la Fuente, ministro de México en Europa, eran pesimistas; Zaragoza, en previsión de estas asechanzas, designó una comisión de generales, presidida por don Pedro Ampudia, para que presentara un plan de defensa de la República, mismo que el día 12 sometían a la consideración del Ministerio de Guerra y del Presidente.

Según el estudio de referencia, el sistema defensivo debía tener por centro la capital, y aconsejaba una serie de fortificaciones sobre los dos caminos de acceso, el de Jalapa y el de Orizaba, opinando, desde luego, que no se hiciera defensa en Veracruz, cuyo material de guerra debía concentrarse en Perote. Por último consideraba que era urgente localizar los puntos ventajosos para levantar fortificaciones y detener al invasor.

Doblado, por su parte, venía controlando a los rebeldes de la Sierra Gorda que se habían desprendido hasta el sur de San Luis para replegarse nuevamente; ya para el 15 de octubre, Márquez y Mejía se habían reunido otra vez y después de recorrer la zona del Mezquital, se acercaban a Pachuca el 18, por lo que Zaragoza que seguía esos movimientos, ordenaba al coronel Juan M. Kampfner que mandaba la guarnición de dicha plaza, se sostuviera mientras llegaba el general Santiago Tapia con la brigada

que se había puesto a sus órdenes y quien con toda rapidez se movía sobre los facciosos. En efecto, Tapia salió de México al mediodía del 18 y el 19 por la tarde llegaba a Tizayuca, desde donde informa que Kampfner se sostiene en las alturas inmediatas a Pachuca y que a la medianoche la emprenderá sobre Márquez; ese mismo día Zaragoza destaca en apoyo de Tapia una brigada a las órdenes del general Ignacio Mejía, quien lleva de segundo al general Porfirio Díaz.

El 20, desde Pachuca hasta Real del Monte, Tapia libró victoriosa batalla sobre los tres mil reaccionarios de Márquez y Mejía que perdieron todo: artillería, armamento, parque y gran cantidad de prisioneros, aparte de numerosos muertos y heridos; el mérito de la operación fue su rapidez; dos días habían bastado para hacer el recorrido y destrozar al único núcleo que le quedaba a la reacción. Márquez, Zuloaga y Mejía se fugaron con la mira de internarse a la sierra; a partir de esa fecha se simplificó el problema militar, reducido ahora a organizar la batida de las gavillas, ya que el grupo de más significación, el de Montañón, que se había apoderado de Cuernavaca, fácilmente sería combatido. Ahora sí el gobierno principiaba a dominar la situación.

Tapia siguió sobre Márquez, pero sin darle alcance; regresó a Pachuca el 28, en donde recibió la orden de trasladarse a México.

## ***Algo se mueve en La Habana***

***España toma la delantera.– Otra crisis política.– Cómo respondieron los estados al llamado de Juárez.– La Junta Permanente de Generales.***

El 31 de octubre se formalizaba en Londres la Convención Tripartita, por la que se constituía una alianza contra México y ese mismo día el gobernador de Campeche trasmitía noticias del cónsul mexicano en La Habana relativas a que Francia, Inglaterra y España estaban organizando una fuerza sobre México, y que la última estaba alistando

...de doce a catorce buques de guerra y transportes para mandar a Veracruz, con objeto de hacer reclamaciones al supremo gobierno y obligarle, si posible es por la fuerza, a que reconozca el tratado celebrado entre España y la República en tiempo de Miramón y exigir a la vez satisfacción por los ultrajes hechos a ciudadanos españoles residentes en México. Probablemente saldrá de la bahía de esta capital [La Habana] la referida expedición del 27 al 30 del corriente [octubre], así como dos vapores que se esperan por momentos... se está embarcando mucho parque de artillería y municiones de boca y guerra, teniendo listos de siete a ocho mil hombres...

El mismo 31 el propio cónsul, Ramón S. Díaz, enviaba a Relaciones una nota reservada y urgente, en ella informa que la escuadra española saldrá de La Habana el 8 de noviembre; que han fletado cinco vapores costeros, seis mercantes y uno de travesía.

El plan es ocupar Veracruz y Tampico; que propondrán al gobierno de la República hacerse cargo de las aduanas, bajar los derechos para evitar el contrabando y aumentar las importaciones, que de lo recaudado la mitad será para las naciones acreedoras. Parece que Francia e Inglaterra se oponen, sin contar antes con los costos de los Estados Unidos, que sería el mayor inconveniente que se les presente.

Esa misma fecha Zaragoza le pide su opinión al comandante militar de Veracruz sobre la defensa del puerto y de la fortaleza de Ulúa.

La invasión era inminente cuando el gobierno principiaba a dominar a los rebeldes; pero lo más desalentador en este mes de octubre, era la virulencia de la oposición que, informada de los acontecimientos por venir, pedía la dimisión del gabinete, admitiendo a lo más que se conservase a Zaragoza y a Balcárcel; Juárez rechazó la instancia, pero principió a pensar en la designación de dos ministros de la simpatía de los descontentos; los miembros del gabinete ante esta nueva crisis acordaron renunciar para dejar en libertad al Presidente, pero éste los calmó, mas no así a Zaragoza que, cansado de esa infecunda política maniobrera, insistía en separarse; por ahora no será posible, pero no tardará en abandonar ese foco de discordia, de ataques sin medida por parte de una oposición sin programa y sin hombres adecuados para salvar al país en los terribles días que se acercaban.

La atención del gobierno cambiaba del orden doméstico al del exterior; sobre Veracruz se dirigían ya todas las miradas del país.

La invasión extranjera sobre México era cosa resuelta en Europa; Juárez adoptó dos medidas inmediatas, la de comunicar a los estados cuanto se sabía, excitándolos a poner a disposición del gobierno las tropas que desde luego podían proporcionar y procurar aumentarlas, para lo cual se les pedía informar sobre sus posibilidades; la otra disposición quedó por entero a cargo de Zaragoza, la de planear la defensa del territorio nacional.

En cuanto a la primera respondieron todos los estados: Oaxaca ofrecía 2,200 hombres con 8 piezas y 20 obuses; Jalisco pondría a las órdenes del gobierno las tropas que andaban en campaña por el interior y las que

operaban contra Lozada; Chiapas se apuntaba con 530 hombres; Zacatecas con 2,100 debidamente armados y municionados, con 2 baterías, al tiempo que prometía 5,000 más con 60 piezas; Nuevo León y Coahuila mandarían 3,000 con una y media baterías, a reserva de elevar considerablemente los efectivos; Puebla comunicaba que podría reunir de 3 a 4,000 hombres; Colima, desde luego, ayudaría con 500; Guanajuato con 3,000 y 2 baterías; Aguascalientes con 800, y de esa suerte, no hubo entidad que se sustrajera al llamado presidencial. El obstáculo con que se tropezaría, habría de ser la falta de recursos para sostener, y en muchos casos, armar, vestir y municionar esas fuerzas; también se consideraría las condiciones de algunos estados que al mandar sus contingentes, debilitarían su acción contra las partidas reaccionarias. Esto desvirtúa la socorrida versión de que el país se mostraba indiferente.

En cuanto a lo segundo, Zaragoza se dirige el 8 de noviembre a los generales de división Pedro Ampudia, Benito Quijano y José López Uruga, y a los de brigada José Gil Partearroyo, Vicente Rosas Landa, Santiago Tapia, Ignacio Mejía, Demetrio Chavero, Pascual Miranda y Juan José de la Garza, para hacerles saber, según los informes recibidos, la probabilidad de una invasión “o por Inglaterra, Francia y España en combinación o bien sólo por esta última potencia”, por cuyo motivo el gobierno debía preparar la defensa del país conforme a un plan uniforme y concertado con objeto de conseguir los resultados más favorables.

Desde luego considera el ministro de Guerra que los puntos de acceso serán Tampico y Veracruz; y como sobre la defensa de este último puerto y el Castillo de Ulúa hay opiniones encontradas, el Presidente acordó pasar a la junta que integrarían dichos jefes, los diferentes estudios presentados sobre el particular, para que se deliberara sobre la conveniencia de defender o evacuar los referidos lugares. Como el asunto era urgente, se les excitaba para que el mismo día dieran a conocer su parecer.

La mayoría se pronunció por la evacuación del puerto de Veracruz y de la fortaleza de Ulúa, “trasladándose parte del material a Tampico y el resto a Perote...”; así lo participaría Zaragoza al general José María de

Mora, comandante militar del estado de Veracruz, a quien le daba instrucciones para desartillar dichos lugares, en la inteligencia de que “si entre tanto se esté desartillando, aparecen en sus aguas buques de guerra en actitud hostil, usted obrará de manera que se concilien las exigencias del honor nacional con el comportamiento que observe el enemigo”.

El día 11 de noviembre, el propio ministro de la Guerra, por instrucciones del Presidente designó a los generales Pedro Ampudia, Benito Quijano, José López Uruga, José Gil Partearroyo y Vicente Rosas Landa, para constituir la Junta Permanente de Generales, que se encargaría de señalar el modo más adecuado, según las circunstancias, de planear la defensa de la República,

... fijando desde luego terminantemente su resolución sobre los tres puntos siguientes: 1. Formular un plan general de defensa, para el caso de una agresión por alguna nación extranjera. 2. Dividir el territorio nacional de la manera más conveniente en grandes cantones militares, indicando el punto donde debe establecerse el cuartel general de cada uno de ellos, y los estados que haya de comprender en su extensión, para que contribuyan con su contingente de hombres. 3. Que defina y redacte las instrucciones generales que cada general en jefe debe llevar... Además, la junta de referencia tendría funciones consultivas y la presidiría el general más antiguo con el auxilio de un secretario designado por la mayoría.

El gobernador de Veracruz, general Ignacio de la Llave, informaba el 13 que para dejar Veracruz sería necesario sacar antes 121 cañones de diversos calibres y 8 morteros, con un peso de cerca de 260 toneladas, aparte de 90,561 cartuchos. El propio mandatario consultaba al gobierno sobre la conducta a seguir en los diversos problemas que presentaría la evacuación del puerto.

## *El Cuerpo de Ejército de Oriente*

*Nombramiento de López Uraga.– Las primeras disposiciones.  
El problema de la defensa ante el Congreso.– Instrucciones a  
López Uraga.– Un ejemplo de patriotismo: Miguel Negrete.*

Para el 18 de noviembre ya se había dispuesto la formación del Cuerpo de Ejército de Oriente; se integraría con las guarniciones de Ulúa y Veracruz, la división de San Luis Potosí, excepto el batallón Reforma, y las divisiones de Guardia Nacional de los estados de Oaxaca, Puebla, Veracruz y Tlaxcala, y se confería el mando supremo al general José López Uraga, a quien se ordenaba salir cuanto antes, con la recomendación de practicar un reconocimiento del terreno en que se pudiera operar desde Veracruz hasta la capital,

...y que con estos datos y con vista a los pertrechos y armamentos de guerra que existan en aquella plaza, se preparen las operaciones de vanguardia desde un punto conveniente, fijándose a retaguardia las líneas de defensa, pasajeras en los lugares que para ello sean a propósito y permanentes para una resistencia decisiva, eligiendo los terrenos que a ello se presten por la facilidad de ser provistos de los artículos indispensables para el mantenimiento de las tropas y ganado y por las comodidades de retiradas y avances, todo lo que se deja a la prudente discreción de usted.

El 19, el general De Mora informaba que desde el día anterior se encontraban en la Isla de Sacrificios dos buques de guerra ingleses, dos franceses y un español.

El 21 de noviembre, Zaragoza daba instrucciones al gobernador veracruzano y a Uraga, respecto de las medidas que deberían tomarse con las autoridades y la población evacuada, así como con las tropas; éstas se incorporarían a la primera línea de defensa y aquéllas [autoridades, empleados y población en general] se concentrarían en Jalapa, Córdoba y Orizaba; pero se hacía la advertencia de no evacuar la plaza “hasta ver el intento manifiesto del enemigo para atacarla”; después se refería al resguardo policiaco que debería quedar y a la movilización del personal médico.

El 23, el propio Zaragoza, por disposición del Presidente, se dirigía al Congreso para informar sobre la inevitabilidad de la guerra, circunstancia que demandaba medidas urgentes en el orden militar, medidas

que no se pueden dictar en términos completos, porque las operaciones de este ramo en una guerra como la que amenaza a la República restringiéndose a los límites de la acción puramente constitucional, no sólo están en contacto en gran parte con las disposiciones de los demás órganos del gobierno, sino que en lo principal se hallan del todo subalternadas a ellos.

Así nada puede disponer el Ministerio de la Guerra por sí mismo y prontamente en cuanto a los recursos indispensables para los movimientos que por su conducto se ordenan, nada en cuanto a la movilización, armamento y organización correspondientes de las Guardias Nacionales de los Estados, porque ni lo uno ni lo otro es objeto de su resorte, y así también se ve rodeado de innumerables obstáculos a cada paso, a cada instante, sin poderlos salvar ni resolver la multitud de dudas que el orden normal suscita naturalmente en el ánimo de los jefes militares, que se han comenzado a nombrar para preparar la defensa.

Con el fin de evitar tan graves dificultades, dispuso el ciudadano Presidente se elevase al Congreso sobre este punto una iniciativa, para que normase su conducta más con sujeción a las exigencias públicas, que a la obsecuencia ordinaria de las leyes; y hoy me ordena impulsado por las necesidades de la patria y ocurrencias apremiantes de la cosa pública, que dirija un recuerdo, para que cuanto antes se resuelva ese punto de tan vital importancia, pues en el estado actual de las cosas serán vanos o de poco provecho todos los esfuerzos del gobierno para conjurar los peligros de la República, que en sus críticos momentos está ya en el caso de proclamar la ley más imperiosa, que es su salvación, y las consecuencias de esa suprema ley, la unidad de

acción y el ejercicio franco y expedito de las facultades que hoy tiene limitadas, para promover el desarrollo de todos los elementos que se pueden poner en juego.

Juárez desde hacía semanas venía solicitando mayores facultades, tanto para hacer más rápida la exterminación de los alzados, como para preparar la defensa nacional; pero todavía tardaría algún tiempo para que se hiciera sentir en toda su intensidad el drama intervencionista.

El 23 precisaba Zaragoza a López Uruga sus facultades con relación a las Guardias Nacionales, así como respecto a lo relacionado con la organización y disciplina del ejército, con la dirección de las operaciones y con la forma de arbitrase recursos en los casos de extrema urgencia, advertido de que el gobierno procuraría proporcionárselos con toda oportunidad.

Hasta el 24 contestaba López Uruga aceptando y agradeciendo su designación y al mismo tiempo anunciaba que marcharía “tan pronto como las fuerzas que se destinan de esta plaza se hallen listas a moverse”.

Algo debe haber ocurrido con Uruga, sea por su demora o por otras circunstancias, pues existe una nota fechada el 29, por la que se designa a De la Llave para que lo sustituya, en el entendido de que no podrá alegar ni excusa ni pretexto, dado lo grave de las circunstancias; las fuerzas de la capital saldrían al día siguiente y se le reiteraban las mismas instrucciones dadas con anterioridad. Por lo visto ésta fue una medida de emergencia y si hubo alguna dificultad, quedó subsanada, porque a los cuantos días López Uruga salía a ponerse al frente de las tropas.

La campaña contra las partidas reaccionarias se efectuaba con éxito; Antillón, el 24 de noviembre asestaba nuevo golpe a Márquez y Mejía, dispersándolos.

El 27 se registra un acontecimiento importante; el comandante militar de Jilotepec, informaba que en la tarde de ese día, acompañado de los señores José María de la Paz Álvarez y Ramón Baena, juez de Letras de dicho partido y alcalde primero de Jilotepec, respectivamente, había tenido en Chapa de Mota una conferencia con los generales conservadores Miguel Negrete y Juan Argüelles, “de la cual ha resultado que esos jefes y las

fuerzas que los obedecen, se ponen a disposición del supremo gobierno, con objeto de que los ocupe en la guerra a que nos provoca España”. La única condición que ponían era la de que se garantizaran los empleos de sus subordinados.

De esta manera uno de los más aguerridos conservadores, subordinaba sus convicciones políticas a los deberes de la defensa nacional; por ese camino alcanzaría señalado lugar; desde entonces pelearía por la República con su excepcional bravura y con diáfana lealtad; no se trataba de una defección, sino simple y llanamente de un ejemplo de patriotismo en los momentos en que frente a Veracruz se habían presentado los invasores.

Conducta semejante observaría tiempo después otro valeroso militante conservador, el general Francisco A. Vélaz.

## ***Zaragoza recobra su trinchera***

***Nueva crisis ministerial: Doblado en el gabinete.– Renuncia de Zaragoza.– De nuevo a campaña.– Una sombra en el corazón. Barcos extranjeros en Veracruz.– Informes y proyecto defensivo de López Uruga.– La evacuación de Veracruz.– Dos desertores enemigos informan.– Berriozábal pide su lugar en la defensa.***

La oposición continuaba hostilizando a Juárez y lo grave de tal conducta se reflejaba en mantener las limitaciones que estorbaban la rápida conducción de las operaciones; no había iniciativa del Ejecutivo a la que no se le buscara lado vulnerable, y ante estas circunstancias, Zamacona, que como secretario de Relaciones ejercía funciones de jefe del gabinete, renunció y con él los demás ministros; era una actitud patriótica; si ellos eran la causa por la que se obstruccionaba al gobierno en su hora más comprometida, lo cuerdo era dimitir.

Juárez procedió a buscar un nuevo ministro de Relaciones para, de común acuerdo, integrar el gabinete; acudió a Olaguíbel, a don Sebastián Lerdo de Tejada, a Dublán, pero sin éxito; entonces llamó a Doblado; éste llegó el 6 de diciembre, mas fue hasta el 9 cuando decidió aceptar a condición de que se le dejara seleccionar libremente a los ministros; Juárez se resistió a otorgar tamañas facultades y después de larga conferencia, llegaron a ponerse de acuerdo en lo relativo a personas: por lo pronto don Jesús Terán ocuparía la Secretaría de Gobernación y el general don Pedro Hinojosa, la de Guerra y Marina; de esta suerte, el día 10 se aceptaron las renunciaciones de Zaragoza y de Balcárcel.

Zaragoza dejaba tras de sí ocho meses de agotadores esfuerzos; durante su ministerio se había vencido a la reacción y también se habían echado los cimientos de la defensa del país; el joven soldado debe haber sentido un gran alivio; se iba del ambiente que menos se avenía con su carácter; desde hacía tiempo sentía la asfixia de aquella atmósfera contaminada de ruindades, de chismes y bajezas, de escándalos y calumnias; a menudo se veía obligado a luchar dentro del gabinete y también con el Congreso y más allá con el problema de las operaciones sobre los reaccionarios.

La prensa lamentó la renuncia; algún periódico del día 11, al comentarla, apuntaba:

El señor Zaragoza que fue durante la pasada lucha, uno de los más brillantes caudillos, en el gobierno ha sido la expresión de la prudencia, del valor y de la consecuencia con los principios. El país le debe que no se hayan menoscabado en un ápice los principios de la Revolución, que el poder civil haya tenido su merecida exaltación y que todo se subordine a los principios democráticos.

En forma parecida se expresaba *El Siglo XIX*, en cuya edición de esa misma fecha se informaba que se le había confiado la jefatura de la división de San Luis; pero la verdad era que Juárez le encomendaba una bien organizada brigada para incorporarla al Cuerpo de Ejército de Oriente, tal vez ya con la mira de entregarle el mando supremo.

El 17 de diciembre, una semana después de su renuncia, se preparaba para marchar; el 20 principiaban a salir sus tropas y no podrá detenerlo ni el hondo drama familiar que lo conmovía.

Desde hacía algunos meses había trasladado su familia a México; apenas si podía atenderla, pues las actividades del Ministerio le absorbían la totalidad de su tiempo. Hacía poco había perdido otro hijo y sólo le quedaba una pequeñita de año y meses que llevaba el nombre de su progenitora; un padecimiento incurable venía minando la salud de la esposa del guerrero, y aquella mañana del 21 de diciembre en que se acercó al lecho de la moribunda para despedirse, tuvo el presentimiento de que no

la volvería a ver; pero estuvo afectuoso, sereno, sin dar muestras de inquietud y hablándole con palabras llenas de ternura y de piadoso optimismo.<sup>7</sup>

Pero su entereza se doblegó al despedirse de su hija que en brazos le llevaba su madre, ante quien se arrodilló para besarle la mano y acaso para dejarle la angustia de una lágrima.

Zaragoza siempre tuvo para la autora de sus días afecto entrañable y veneración sin límites; podía demorar la partida pero no lo hizo; recobró la serenidad, traspuso las puertas de su domicilio situado en la casa que lleva el número 38 de la antigua calle de La Acequia (hoy de La Corregidora), requirió su caballo y acompañado de sus ayudantes se encaminó a donde lo esperaban sus tropas.

Don Justo Sierra, el adolescente de aquellos días, lo miró marchar y dejó el recuerdo del instante en prosa antológica y gallarda:

Allá iban los jóvenes soldados de la patria; los habíamos visto partir y, lleno el corazón de doloroso entusiasmo, nuestros labios adolescentes prorrumpían en gritos de odio y de ira, digno saludo a aquellos espartanos resueltos a morir. Entre ellos descollaba una figura eminentemente civil, a pesar de sus simples y austeros arreos militares; todos le mirábamos profundamente como si no debiésemos volver a verlo. ¿Quién era ese hombre? Era el que no había dudado, era el que creía, era la fe, era la patria... se llamaba Zaragoza, venía impasible y sereno como una estatua de bronce del fondo de esa noche de horrores genésicos que se llamó la Guerra de Reforma; encarnaba el evangelio republicano sin transacciones, el credo reformista sin curvas, era un rectilíneo. Entró en la gran luz de nuestra historia al través de los círculos dantescos de hierro y de fuego del sitio de Guadalajara, severo y frío, trazando en ese combate y en esa victoria el esbozo heroico de la operación militar gloriosamente reproducida por el vencedor del 2 de abril. En aquellas horas sombrías él dominaba, no por el

---

<sup>7</sup> En los cinco años del matrimonio Zaragoza-Padilla hubo tres hijos, todos nacidos en Monterrey: Ignacio, que nació en octubre de 1857 y murió el 18 de marzo de 1858; Ignacio Estanislao, que vio la primera luz en noviembre de este último año y que también falleció, probablemente en la ciudad de México, a principios o mediados de 1861, y Rafaela, nacida en junio de 1860, que fue la que sobrevivió; falleció en 1927 sin haber contraído matrimonio.



***Rafaela Zaragoza Padilla, hija del Gral. Ignacio Zaragoza.***

genio, sino por el alma, a los veteranos y a los jóvenes combatientes de aquellas épicas luchas: era su mirada tranquila y profunda, una brújula para la pura y ansiosa conciencia de Degollado, para el valor inquieto y brillante de González Ortega y para la risueña y ardorosa intrepidez de Valle. Era de la raza de los que habían vencido en Ayacucho, de los que había triunfado en Bailén, de los que habían muerto en las Termópilas... su nombre era un feliz augurio para los pueblos que se defienden: se llamaba Zaragoza.

Por el viejo camino de Veracruz, severo y digno, erguido en su cabalgadura, con el paño de sol sobre los hombros, caminaba Zaragoza; atrás dejaba lo más entrañado de su sangre; al trotar de su corcel, mientras el aire tonificante del valle le sosegaba la pena familiar, principiaría a meditar sobre la tarea por cumplir; no le importaba el mando secundario conferido; volvía a su campamento, a la brega de sus mejores días, a entregarse de nuevo a los combates, a la trinchera en que México principiaba a defenderse de la codicia extranjera y de la podredumbre reaccionaria; por fin dejaba la ciudad con sus discordias, y allá, detrás de los volcanes, le esperaban la lucha, la gloria y la muerte.

Veracruz condensa la atención del país; el general De Mora informaba desde el día 8 de diciembre, que hasta las dos de la tarde habían llegado a Antón Lizardo doce vapores de guerra españoles; y como tiene órdenes de abandonar la plaza en cuanto se presente algún buque con carácter hostil, está preparado para salir por el rumbo de Jalapa y escoger el punto donde pueda defenderse al ser atacado, y que, por consecuencia, queda abandonado el cerro del Chiquihuite, que puede cubrirse con fuerza de Orizaba; la comisión de ingenieros, sigue informando, marcha a Cerro Gordo para fortificarlo y pide que López Uruga baje a Veracruz para que libre las órdenes que crea más convenientes.

Así lo hizo López Uruga, quien desde el propio puerto rinde el día 10 informes desalentadores, pues ninguna obra de defensa se ha construido y ninguna providencia se ha tomado.

Acabo de reconocer estos puntos: 19 piezas tiradas en el camino y algunas cureñas en Paso del Macho y otras en El Potrero... hay 15 hombres en el Chiquihuite. La Guardia Nacional que se llame a servicio cuesta dinero...

debe rozarse el monte. Es tiempo de hacer todo sacrificio para aprovecharlo en defensa de nuestra nacionalidad. El servicio de guías, exploradores y espías y los trabajos de campaña son indispensables. He dado órdenes para que las divisiones de San Luis Potosí y Oaxaca avancen hasta Orizaba. Es indispensable reforzar Jalapa y poner en Huatusco una fuerte división de auxilio para Jalapa y Orizaba.

Considera indispensable un ejército de 15 ó 16,000 hombres para cubrir la línea que ha proyectado, desde Jalapa hasta Orizaba, porque así, mientras una de las alas se sostiene, la otra puede auxiliarla y, si posible, aun atacar por la retaguardia al enemigo. Para esto insiste con el Presidente en la necesidad de contar con “tres generales de primera clase para emplearlos como conviene”. Considera necesario, por todo esto, el envío de más tropas para que “vayan conociendo el terreno y aclimatándose”. Concluye su nota con la noticia de que en Antón Lizardo se encuentran ya 26 barcos enemigos.

El 13, todavía de Veracruz, remite el mismo López Uruga su plan de operaciones, tomando en cuenta las exigencias del terreno y las circunstancias. Prevista la evacuación del puerto, establecerá el depósito general sobre el camino de Puebla, colocando la primera línea de defensa desde Cerro Gordo-Chiquihuite-Jalapa-Córdoba-Orizaba, con cuartel general en Huatusco, desde cuya línea organizará guerrillas que por el rumbo de Veracruz hostilicen al enemigo. Si éste maniobra sobre sus dos líneas Veracruz-Jalapa y Veracruz-Orizaba:

Escogeré una y reconcentrándome sobre ella batirlo en detalle. Sin exponer toda la suerte del ejército en un solo hecho de armas, conservando la línea lo más posible. Mi fuerza va a depender de la inteligencia con que se desarrolle este plan; de la actividad y movilidad de las tropas y de la disciplina y precisión en la ejecución de mis órdenes.

Desde hace cuatro días se encuentra en Veracruz, de donde ha sacado todas las municiones de infantería “la mayor parte del material de guerra y 150 piezas que están tiradas, 74 al pie de Cerro Gordo, el mayor número de grueso calibre, y el resto al pie del Chiquihuite”. Todo esto deja ver

más que nada, la falta de elementos económicos para dar cumplimiento tanto a las previsiones tomadas para la evacuación, como para la movilización de la artillería y la construcción de las fortificaciones.

El 14, comunica de Veracruz que el comandante de las fuerzas navales españolas se ha dirigido al gobernador del estado para anunciarle el propósito de ocupar la plaza; de acuerdo con las órdenes que tiene, al día siguiente por la mañana la evacuará, dejando sólo una pequeña fuerza de policía. “La guerra queda declarada y las hostilidades comienzan por nuestra parte con el asedio de la plaza”. El 15 de diciembre a las nueve de la mañana dejaba la ciudad; la división de Veracruz se retiraba por el camino de Jalapa mientras la de San Luis avanzaba de Córdoba hacia San Juan de la Estancia y la Guardia Nacional de Veracruz cubría todas las avanzadas en Tejería.

El plan de López Uruga era de una lógica irreprochable, pero requería recursos económicos de que se carecía y elementos humanos que no se podían improvisar.

Un fuerte norte le había impedido al enemigo desembarcar el 15, pero el 17 a las siete de la mañana lo haría; así lo informa el 20, desde Córdoba, el mismo López Uruga, quien ya para esa fecha, al hablar de la distribución de sus tropas, señala para las que vienen al mando de Zaragoza, la población de Jalapa, donde se le incorporará la división de Michoacán y una batería de batalla, “para reforzar la división de Veracruz que es al mando del general José María de Mora y cubrir la línea hasta Puente Nacional”.

Ya para el 24 Zaragoza se encuentra en su cuartel general; ese día felicitará a Hinojosa, nuevo ministro de Guerra y rendirá parte de las actividades de las guerrillas en Paso del Macho y Palo Verde, donde se apoderaron de 250 reses y 62 mulas cargadas de harina con destino a las fuerzas invasoras.

El día 30 se presentaron con Uruga dos desertores españoles que le dieron una serie de informes, aun cuando exagerados, importantes, como son los siguientes: la expedición salió de La Habana el primero del mes con 10,000 hombres al mando del general Manuel Gasset y Mercader; después llegaron 5,000 más; cada soldado trae cinco paradas de

cartuchos; el armamento que usan es marca ‘‘Minié’’ en muy buen estado; los haberes se cubren diariamente y todos los servicios están muy bien organizados; la artillería que traen casi toda es rayada; el 26 llegó el general Prim [inexacto]; toda la tropa es peninsular; no hay cubanos; la ciudad la encontraron casi sola y las gentes de Veracruz antes de salir botaron al mar unas piezas que se habían quedado en Ulúa.

Mientras todo esto ocurre, desde Toluca, el 16, se comunicaba la salida de la división del Estado de México, compuesta de 4,400 hombres distribuidos en tre-s brigadas mandadas por el general O’Horan, el coronel Ignacio de la Peña y Barragán y el de igual grado Jesús Andrade. Berriozábal, que es el que ha organizado esta fuerza, le pide en tono suplicatorio al Presidente, que le dispense el honor de salir a campaña.

PARTE CUARTA

1862

El año de la gloria y de la muerte



## ***Una victoria diplomática Panorama general del país***

*Antecedentes de la Intervención: los intereses y los hombres.– Juárez y la tormenta.– La impresionante personalidad de Doblado.– Una equivocación afortunada.– Tres banderas en un puerto.– “El suelo y el clima pelearán por nosotros”.– Las cartas marcadas del señor Saligny.– El suelo y el clima...– Un repatriado indeseable.– Es urgente dejar la costa.– Juárez propone una solución.– Doblado se las sabe todas.– Dos caballeros en acción: preliminares de La Soledad.– Una penosa jornada... El suelo y el clima...– Otro repatriado non grato.– Un caballero y un cínico.– El señor conde de Lorencez en escena.– La protesta de Juárez contra los repatriados.– Francia enseña su carta: a Saligny no le interesa tratar.– Prim y Wyke contra Saligny por lo de Almonte.– Los amigos dejan de serlo.– Lealtad de Prim a Napoleón.– Doblado, Wyke y Prim.– Nunca falta una mosca en la sopa: Serrano.– La villanía de Lorencez.– México en la voz de un patriota: don Juan Antonio de la Fuente.*

Desconcierta sobremanera la forma en que van a realizarse los acuerdos de Londres; Inglaterra, fiel a sus intereses, se preocupaba, sobre todo, por asegurar sus reclamaciones y ganarse la simpatía del gobierno que se estableciera, pero a condición de que éste lo instituyeran los propios mexicanos; le interesaba asimismo obtener materias primas para sus industrias, ahora en crisis por la guerra civil americana, pues el bloqueo impuesto por el gobierno de Lincoln a los puertos del sur, cerraba el paso a los productos que consumía el mercado británico. A Francia le importaba también esto último, pero en lo concerniente a sus reclamaciones figuraban algunas de un turbio tan subido que ni siquiera podía explicar su origen y especificar su cuantía, aparte del sucio negocio de Jecker con todas sus

consecuencias: minas de Sonora y derechos de Tehuantepec, principalmente; junto al interés crematístico, el sueño de un imperio que había comprometido en favor de Maximiliano para equilibrar la política francesa en Europa, por un lado, y, por otro, contar en América con un país que sirviera de dique a la expansión americana y de paso abrir para el comercio y la industria de Francia, un atractivo futuro. España representaba el interés económico menor: el tratado Mon-Almonte [lesivo en el orden de la dignidad nacional]; el castigo a los autores del asesinato de cinco súbditos españoles; la satisfacción de agravios inferidos a otros, pese a su decidida participación en favor de los conservadores, a todo lo cual se sumaba la exigencia de obtener explicaciones por la expulsión del embajador Pacheco, aliado ciego y torpe de Miramón y, por último, si prosperaba la posibilidad de una monarquía, adelantar la prioridad en favor de alguno de los príncipes españoles de la ya desacreditada familia borbónica.

Inglaterra se manifestaba hostil a toda intervención de carácter político que no contara con la anuencia clara y expresa del pueblo mexicano; pero a Francia no le importaba esto; para Napoleón lo esencial era instituir un gobierno estable bajo su inspiración y a su servicio.

Aparentemente eran más las coincidencias de intereses que los desacuerdos, pero en el fondo no existía un completo entendimiento; si a esto se añade el desconocimiento del país en su realidad geográfica y en su verdad histórica, y si más aún, se considera la calidad de los personajes que representaban a los países invasores, se comprenderá fácilmente la serie de fricciones que habrían de culminar con la ruptura de aquella asociación de gobiernos fuertes contra un país debilitado por cincuenta años de luchas para encontrar su propio derrotero.

Los encargados de llevar a la realización los planes de Londres, principalmente los que decidirían los caminos a seguir y no precisamente los que dirigirían las operaciones militares, eran personas de muy distinta formación ideológica y profesional: Wyke, el embajador inglés, se movía por intereses sustancialmente económicos y de una legitimidad atendible, sin que careciera el personaje de discreción y habilidad para obtener por

medio de arreglos, las mayores ventajas posibles; por su educación política estaba muy lejos de una conciliación con los principios conservadores.

Don Juan Prim, el hidalgo catalán, figura heroica, la de mayor relieve en la España de su tiempo, con una formación liberal y democrática que trascendía en todos sus actos, amigo personal de la reina, con gran ascendiente político, con un sentido del honor y una superioridad moral reconocida, resultaba también inadecuado para coludirse en ninguna trapacería, ni de sus colegas y, menos aún, de los descalificados monarquistas mexicanos, pues si Prim pensaba en la posibilidad de un imperio, no sería para favorecer una designación napoleónica, porque le parecía desleal que un país “formado por España”, quedara en manos extrañas a su sustancia histórica.

El tercer hombre era la figura siniestra: Dubois de Saligny; mezcla de intrigante y de pirata; aliado de los conservadores, dotado de una tenebrosa habilidad para presentar la realidad mexicana a la medida de los secretos anhelos de Napoleón; intemperante y soberbio, engreído y tortuoso en sus tratos, inestable en sus decisiones a causa de que unas las adoptaba en su juicio y otras bajo los humos de sus aficiones al dios de los viñedos, unas veces inspirado por el interés monarquista de Napoleón y otras por las futuras ganancias de sus protectores y socios; el tercer hombre iba a ser así, no la causa, pero sí el instrumento de una criminal aventura.

Napoleón, cuidadoso de la susceptibilidad inglesa, enderezaba su simpatía a favor de Prim, representante de España, país que era el socio menos peligroso en el orden económico y el más ligado a Francia en lo político; Inglaterra, por razones parecidas, coincidía también en no cederle la primacía a su competidor más significado y, de esa suerte, sin desconocer sus relevantes prendas personales, el ilustre español se había colocado en un lugar preponderante respecto de sus colegas.

Tales eran las líneas generales del negocio intervencionista y tales los hombres que iban a llevar adelante los acuerdos de la Convención de Londres.

Juárez contemplaba los acontecimientos con su acostumbrada serenidad; casi resuelto el problema militar en lo relativo al enemigo interno,



***General don Felipe Berriozábal.***

no disponía, sin embargo, de los elementos necesarios para contener a los invasores; llegaban éstos cuando aún no organizaba debidamente sus tropas; acababa de deshacerse de Zaragoza como ministro, acaso su mejor carta en el orden de las operaciones; pronto lo percibiría el Congreso, que no calló sus críticas contra los sucesores del chinaco norteño; pero el Presidente, que advertía bien su situación, trasladó la lucha al frente diplomático y en esto obró con salvador acierto al entregarse a Doblado; su talento, su preparación, su habilidad, su sentido de la cortesía, su ductilidad para ajustarse a las circunstancias, sin llegar a la aspereza de decisiones violentas, le daban una superioridad sobre el mismo Presidente, cuyos amigos la consideraban un mucho riesgosa.

Doblado era uno de esos hombres de tan claro talento y relevante personalidad, que se prestaba a todas las especulaciones; unos lo tenían por un conspirador que con González Ortega y Vidaurri, preparaba el derrocamiento de Juárez; otros le atribuían entendimiento con los conservadores para crear un nuevo orden de cosas con él a la cabeza; algunos le suponían arreglos con los principales jefes militares para acaudillarlos en el momento preciso; no escaseaban los que afirmaban que se movía en complicidad con los representantes de los aliados, y por último también se apuntaban los que veían en aquella singular inteligencia, una verdadera amenaza para el reformador, pues éstos percibían que no eran pocos los liberales que consideraban al gran guanajuatense como el único capaz de salvar al país.

A Juárez le llegaban todas estas versiones, pero no las temía y ni siquiera le preocupaban; Doblado tampoco las ignoraba y las dejaba correr; de los políticos era el más connotado; desde su refugio de Guanajuato había sabido mantenerse al margen de las agitaciones y las maniobras contra el gobierno, cuidando así un firme prestigio personal.

Era un hombre desconcertante para los más avezados; pero en realidad era un patriota que nunca perdió el rumbo de México, y si a veces comprometió su reputación para resolver una crisis, no le arredró cargar con el pasajero descrédito; si en el fondo llegó a sentirse el hombre clave de su tiempo, se cuidó siempre de observar una conducta sospechosa y si



***General don Manuel Doblado.***

en alguna ocasión adoptaba actitudes autoritarias y hasta intransigentes con Juárez, nunca pensó en la deslealtad; por eso lo siguió hasta la peregrinación por el norte, donde serios quebrantos de salud le obligarían a expatriarse para morir en el extranjero antes de que triunfara la República sobre la Intervención.

Y si las circunstancias se iban presentando propicias para disolver la Triple Alianza, el genio de Doblado resultaba insustituible para reducir el problema a términos de menor gravedad; como diplomático dio más de una lección a sus adversarios, a los que convenció de que el partido liberal contaba con hombres capaces para conducir las relaciones con el extranjero dentro de los principios más rigurosos del derecho internacional; Doblado y don Juan Antonio de la Fuente eran las dos personas con que Juárez dio testimonio de la calidad de los guías de la República en el aspecto de los problemas de México con el exterior.

Juárez y Doblado pensaron siempre, un tanto equivocadamente, que con Inglaterra y Francia podrían entablarse arreglos satisfactorios; el peligro lo veían en España y por eso el manifiesto que el Presidente lanzaba a la nación con motivo del desembarco de las fuerzas extranjeras, aludía al interés peninsular. Era un error de apreciación, pero también un acierto político, porque nada enardecería tanto a los mexicanos, como sentirse amenazados por una reconquista, negadora de nuestra gesta más gloriosa y de nuestros hombres más insignes.

Doblado extremó sus atenciones con Wyke, no así con Saligny, a quien tenían no más que por un traficante. El inglés se sentía halagado; también él era de los que consideraban al ministro de Relaciones mexicano como el que en verdad ejercía el mando, criterio que se le robustecía con las versiones indiscretas y ligeras de López Uruga, muy adicto a Doblado, que no se recataba en aconsejar de diversos modos a los emisarios, a que llegaran a un acuerdo, pues en cuanto esto sucediera, desconocería a Juárez a quien sustituiría con Doblado, fusilando de paso a Zaragoza, a su juicio el único militar juarista importante.

El antecedente del tratado Wyke-Zamacona, con todo y que fue rechazado por el Congreso y las atenciones dispensadas ahora al

embajador inglés, suscitaban desconfianzas y sospechas en el ánimo de Saligny, quien deslizaba su intriga al dirigirse a Serrano, el capitán general español de Cuba, para denunciarle aquel estado de cosas, socavando de paso el prestigio de Prim, a quien no veía muy dispuesto para consumir la empresa intervencionista.

Con Prim también se conducía Doblado con discreta finura; uno de los ministros de Juárez, González Echeverría, era tío de la esposa del héroe catalán y esta circunstancia acrecentaba los celos del francés.

Las fuerzas españolas, que se habían adelantado para ocupar Veracruz en nombre de los tres países, tuvieron que esperar tres semanas la llegada de las naves franco-inglesas; el almirante Ruvalcaba, jefe de la armada peninsular, se encontraba desesperado. Saligny quiso aprovechar el tiempo y salió de México para Veracruz a fin de continuar su labor de insidia cerca del marino español; pero se le había adelantado Wyke, quien ya lo había interiorizado de los pormenores de la realidad mexicana, convenciéndolo de que el camino más acertado era el de los arreglos y que a España, más que a ninguna otra nación, le convenía seguirlo, pues en el país existía desde muchos años atrás un enconado sentimiento contra los peninsulares.

La Intervención en realidad principia el 7 de enero en que se enarbolan las banderas de los tres países; al día siguiente llega Prim y desde luego se hace sentir su arrolladora personalidad. Saligny comienza a alarmarse por aquello de que España conviene en lo de la monarquía, pero para uno de sus príncipes. Sin embargo no revela su desacuerdo y se dedica a congraciarse con Prim, sugiriéndole la necesidad de que las fuerzas de los dos países inicien la marcha hasta ocupar la ciudad de México, en la que convocarán a una junta representativa de las provincias, que determinará la forma de gobierno más conveniente para el país; sólo que los franceses, muy secretamente, movían ya los hilos para inclinar el acuerdo a favor de una monarquía encabezada por Maximiliano bajo la protección del imperio napoleónico. La invitación para ocupar México no se extendía a Inglaterra, porque su ministro de Relaciones, desde la Convención de Londres, había expresado la decisión de no rebasar los puertos ocupados.

El 9 de enero celebran los comisionados su primera junta en Veracruz; resuelven desde luego contestar el manifiesto con que Juárez denunciaba la maniobra intervencionista; para el efecto daban a conocer los acuerdos de la Convención de Londres, recalcando, después de hablar de las reclamaciones, que no existía el propósito de mezclarse en los asuntos domésticos de México y que sólo se proponían, en beneficio del propio país, ayudarlo a constituir un gobierno estable con el acuerdo de los mexicanos y en la forma que ellos mismos lo determinasen.

Cuando todo México advirtió el peligro de la Intervención y los espíritus se sentían conturbados por la superioridad de los invasores, no faltaron los que llegaron a pensar en toda suerte de concesiones, pues no se disponía de fuerza y de recursos para resistir; pero entonces se escuchó una voz serena, una de esas voces que no se dejan ganar por el pánico, ni por el temor, ni por la fama del adversario: era la voz de Zaragoza en una declaración a la que no se le ha hecho justicia histórica y que descubre la calidad del soldado y del mexicano resuelto a no capitular; la voz de Zaragoza que decía a Zamacona, después de reflexionar sobre la fuerza del enemigo y la propia, que no debía desatenderse un factor decisivo concretado en estas palabras: “también el suelo y el clima pelearán por nosotros”.

Y así era; para la primera quincena de enero el clima principiaba a recoger su cosecha: en los hospitales había 500 españoles y en esos momentos llegaban 4,000 más; la ciudad estaba deshabitada; las aldeas vecinas recibían la frecuente visita de las guerrillas y tras de todo esto se hacía sentir la carencia de algunos alimentos indispensables, lo mismo que la escasez de agua potable.

La táctica aconsejada por Zaragoza era la de proteger la cordillera y contener al enemigo en la zona ocupada, sin dejarlo avanzar; Zaragoza sabía poco de Bonaparte, pero, como lo asienta Roeder, tenía su misma visión de soldado; el gran corso decía que hay países cuya naturaleza los vuelve irreductibles, porque si al tratar de conquistarlos se manda un ejército numeroso, éste se muere de hambre y si no lo es, se lo come la tierra. México era uno de ellos.

La situación no admitía esperas; era urgente precisar las reclamaciones que debían presentarse al gobierno mexicano. Como ya se ha dicho, las de los ingleses eran más o menos atendibles y las de los españoles, con la sola excepción del tratado Mon-Almonte, se encontraban en condiciones parecidas. Los primeros habían logrado documentar 50 millones de pesos; pero las cuentas de los franceses eran de tal suerte confusas y exageradas, que no se podían glosar en términos concretos. Se exigían 12 millones de pesos a que, “más o menos”, “a ojo de buen cubero”, ascendían, según Saligny, las pérdidas de sus nacionales; a esto se añadían los 15 millones de los milagrosos bonos de Jecker con el apéndice de sus concesiones: la ocupación de Tampico y Veracruz para manejar las aduanas y rebajar hasta en un 50 % los derechos para estimular el comercio europeo; todo lo admitieron en principio, pero de ninguna manera lo de Jecker. Ni Prim ni Wyke estaban dispuestos a convertirse en cómplices de semejante atraco. Mas como Saligny no tenía facultades para modificar sus reclamaciones, se remitió a su gobierno para que determinara lo conducente y esto significaba una espera de dos meses, por lo menos, para formalizar las demandas que debían someterse a la consideración de la administración mexicana.

Pero sobre el cuello del ejército de ocupación se iba apretando el dogal pavoroso del clima; era necesario buscar el asilo de las poblaciones próximas menos insalubres y como no estaba en el ánimo de los comisionados precipitarse en la violencia, no veían otro medio que el de acudir a las negociaciones; el mejor colocado para buscarlas era Wyke, pero su problema se reducía a 700 marinos más o menos bien instalados en sus transportes; en esas circunstancias no hubo otro remedio que enviar emisarios a México.

Mientras tanto, Prim se cercioraba de la verdad mexicana y de la maniobra monárquica de Napoleón a favor de Maximiliano; consentirla le parecía una traición; no de otra manera interpretaba dejar que un extranjero gobernara un país con evidente raíz hispánica; en tal caso, era preferible que México se quedara con sus instituciones liberales.

Un acontecimiento volvió más tirantes las relaciones entre los comisionados; el 25 de enero llegaba Miramón a Veracruz; Miramón que

era la causa de uno de los agravios ingleses; por eso Dunlop, el jefe de la escuadra británica, lo aprehendió y procedió a deportarlo, con la cólera consiguiente de Saligny. En esa misma fecha expedía Juárez la ley que condenaba a la pena capital a los mexicanos que se unieran al invasor para atentar contra la soberanía nacional, lo mismo que a los que acudieran al campamento enemigo a concertar arreglos, pues unos y otros se hacían cómplices del delito de atacar la independencia y la seguridad de la nación.

El 28 regresaron los emisarios con una respuesta no muy definida por las condiciones que implicaba; los franceses principiaban a sospechar que Wyke estaba negociando un arreglo con Doblado y que los españoles andaban tras de lo mismo; la propuesta concreta de Juárez la trajo oficialmente Zamacona; por ella se invitaba a los comisionados a pasar a cualquiera de las ciudades de la altiplanicie para discutir con los representantes de México el asunto de las reclamaciones, pudiendo llevar una escolta de 2,000 hombres, en la inteligencia de que el resto de las fuerzas de ocupación debería reembarcarse.

Ninguno aceptó: el gobierno se allanaba a los arreglos, sin embargo, y les parecía grave romper las hostilidades; en los hospitales se encontraban 300 franceses y 800 españoles y rondaba ya el fantasma del vómito: “El suelo y el clima pelearán por nosotros”.

Ahora comprendían los aliados el alcance de la táctica mexicana al abandonar Veracruz para confinarlos en esa faja insalubre dominada por la fiebre, el sol, el hambre, el paludismo y ahora por el vómito. No cabía otro recurso que avanzar para ponerse a salvo, con permiso del gobierno o sin él; pero esto contravenía la decisión inglesa de no rebasar los puertos.

En estas condiciones, a manera de alivio, les llegó la invitación de Doblado para tratar el solo asunto de la internación; los comisionados acordaron que los representara el general Prim y el 19 de febrero, después de una entrevista de seis horas, el ministro de Relaciones de México y el representante aliado, formulaban los preliminares de La Soledad, cuyo era el nombre del lugar en que se había efectuado la conferencia.

Por ellos el gobierno declinaba el auxilio extranjero que se le ofrecía, pues contaba con los elementos de fuerza y opinión para dominar cualquier revuelta intestina, por lo cual los aliados entraban en el terreno de los

arreglos, para formalizar las reclamaciones de sus respectivos países. Por su parte, los representantes extranjeros protestaban no intentar nada contra la independencia, soberanía e integridad del territorio nacional y aceptaban abrir las negociaciones en Orizaba, “a cuya ciudad concurrirían los señores comisarios y dos de los señores ministros del gobierno de la República, salvo el caso en que, de común acuerdo, se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes”. Durante las negociaciones las fuerzas aliadas ocuparían Córdoba, Orizaba y Tehuacán; se declaraba de modo terminante que con tales arreglos no se trataba de procurarse el paso a través de los puntos fortificados, estipulándose,

que en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antedichas y volverán a colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones, en rumbo a Veracruz, designándose como puntos extremos el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba y Paso de Ovejas, en el de Jalapa.

Si llegaba a presentarse este último caso, los enfermos que tuvieran los aliados en sus hospitales quedarían bajo la salvaguardia de la nación mexicana y, finalmente, se establecía que en la fecha en que emprendieran las fuerzas su marcha para ocupar las ciudades señaladas, se enarbolaría el pabellón nacional en Veracruz y en la fortaleza de Ulúa.

Este tratado preliminar formulado por Prim y Doblado, fue aprobado después por C. Lennox Wyke y Hugh Dunlop, comisarios ingleses; por A. D. Saligny y E. Jurien de la Gravière, representantes franceses, y cuatro días más tarde por Juárez como Presidente de la República y por don Jesús Terán, su ministro de Gobernación.

México había logrado uno de sus mejores triunfos diplomáticos; Juárez, para Inglaterra, Francia y España, no era ya el jefe de una facción, sino el representante legal de su país. De esta suerte el gobierno mexicano obtenía el reconocimiento de los representantes de las naciones hasta ese día comprometidas, en cierto modo, con el grupo conservador.

Pero si para México era una victoria, para el ejército invasor era una salvación; sus condiciones eran tan difíciles que los franceses no esperaron a que llegara a Veracruz el documento ya firmado por Juárez, pues un día

antes, el 25 de febrero, iniciaban la marcha. Aquí principia una verdadera odisea; entre las muchas imprevisiones de los aliados contaba en forma importante la falta de transportes terrestres; apenas habían podido conseguir 32 carretas, 11 guayines y 3 ambulancias. Esperar a que llegaran de La Habana más unidades, era imposible; ya se sentía el pánico en unos y la desesperación en otros. Este suelo y este clima...

Los soldados llevaban, además de sus armas, provisiones para cuatro días en sus mochilas; el sol de la costa castigaba con mexicana intensidad; la fatiga, la insolación, la sed, y sobre todo la sed; a las ocho horas de camino los jefes de cada fracción no podían reunir ni la tercera parte de sus efectivos; los demás descansaban a la orilla del camino. Este suelo y este clima...

Dos días tardaron para llegar a La Soledad, jornada de ocho leguas; allí descasarían otros dos para esperar a los rezagados y reorganizarse; allí se quedarían, al reanudar la marcha, 80 enfermos y 200 impedidos para continuarla; hasta el sexto día llegarían a la sierra, el séptimo a Córdoba, el noveno a Orizaba y mucho después a Tehuacán. Pero a medida que salía del infierno de las tierras bajas el ejército recobraba su espíritu militar y su entusiasmo; los invasores habían salido de esa pesadilla tremenda del suelo y del clima, los aliados en que confiaba Zaragoza para compensar las pobrezaas de sus tropas.

Por esas fechas otro incidente empeora la situación de los aliados; a Veracruz acababa de llegar Almonte, enviado por Napoleón para organizar el partido monárquico y derrocar a Juárez; todo sería cuestión de dos meses. Almonte relató a los comisionados el plan que se proponía desarrollar; Prim lo dejó hablar; tuvo la paciencia de escuchar la especiosa disertación y cuando aquél hubo concluido, le advirtió terminantemente que para esa empresa no contaría ni con las armas españolas ni con las inglesas; “pues entonces la realizaremos con las francesas”; y así terminó el incidente.

Saligny, por su parte, continuaba con sus especulaciones y sus enredos, al grado de asegurar que no había firmado los tratados de La Soledad; esto exasperó a Prim, quien públicamente lo interpeló, y el francés,

públicamente también, confirmó lo que se decía, pues no había autorizado con su firma compromiso alguno; Prim estuvo a punto de perder su compostura; su sangre guerrera le hervía de indignación, pero se contuvo y prefirió denunciar todo aquello a su amigo el emperador francés, en una larga carta donde campeaban la sinceridad y la cortesía y en la que le hacía ver cómo había sido engañado por Saligny; en México no existía ningún partido monárquico; habían pasado cuatro meses de ocupación, apuntaba, y por ninguna parte aparecían señales siquiera de grupos adictos a la intervención, pues los únicos que la deseaban eran los adinerados que querían un gobierno a su servicio y no para sacar al país de sus crónicas turbulencias.

Pero Napoleón ya no entendía ese lenguaje del demócrata catalán. Un imperio latino; una barrera para la expansión norteamericana; la gloria de Francia; la resurrección napoleónica y también los bonos de Jecker; las minas de Sonora; el dominio de Tehuantepec; la conciliación con sus desafectos europeos; todo aquello era más fuerte que los informes recibidos; la verdad no la decía Prim, la decía Saligny, porque la verdad del traficante coincidía con los delirios de aquel soñador incurable convertido en un impostor sin remedio.

Para confirmar las instrucciones que Almonte decía tener, el 5 de marzo llegaban más fuerzas francesas a Veracruz; venían al mando de Charles Ferdinand Latrille, conde de Lorencez, un general cualquiera, engreído, fatuo, ampuloso, sin mayor valimiento militar, pero suficiente para dominar esa cafrería que era México.

El propósito intervencionista de Francia ya no admitía dudas, como tampoco las admitía la oposición de Wyke y de Prim; las negociaciones no principiaban, porque aún no recibía contestación Saligny, quien no la necesitaba, porque ya sabía lo que tenía que hacer: exasperar a sus colegas y asumir la responsabilidad de la empresa por cuenta y riesgo de Francia.

Juárez, entretanto, advierte a los comisarios que perseguirá y aprehenderá a los enemigos de la nación que penetren como proscritos en auxilio de cualquier invasor; le irritaba la presencia de Almonte y de Miranda que llegaron a reforzar al representante francés. Prim y Wyke

consideraban legítima la medida del Presidente, pero no así Saligny, dispuesto a proteger bajo su bandera a los perseguidos.

Lorencez, por acuerdo de Napoleón, asumía el mando militar en lugar de La Gravière; venía instruido para cultivar el mejor acuerdo con Saligny y muy particularmente con Almonte y Miranda, con quienes llegó a Orizaba para hostigar más al hidalgo español y al diplomático inglés. La temperatura política subió de grado al declarar Saligny que ya no le convenía tratar con Juárez, pues lo único indicado era marchar hasta la capital, para desde allí imponerle condiciones; de paso acusó a Prim de oponerse a la política francesa.

Éste y Wyke cortaron por lo sano al replicarle que si no retiraba la protección a Almonte y que si los franceses se obstinaban en no aceptar las conferencias que deberían abrirse el 15 de abril, las tropas españolas y las fuerzas navales inglesas se retirarían, ya que consideraban la conducta francesa violatoria de la Convención de Londres y de los tratados de La Soledad.

La Gravière, que todavía metía la mano, no se alarmó ante la advertencia; era lo que deseaba; adelantó que Francia, a pesar de todo leal a sus aliados, se encargaría de sostener sus reclamaciones y con un cinismo incalificable puso a disposición de Prim los barcos de la escuadra francesa para repatriar las tropas españolas.

Lo primero no se le aceptó, porque serían los gobiernos interesados los que se encargarían de fijar la forma de sostener sus exigencias y se le rechazó lo segundo, porque Prim tenía barcos suficientes. Así quedaba rota la Triple Alianza.

Todavía el caudillo español tuvo un gesto de lealtad con Napoleón al reiterarle el engaño de que se le hacía víctima; le hacía ver que se comprometía en una aventura de la que, una vez iniciada, ya no podría salir; que con los seis mil franceses de Lorencez no llegaría ni a Puebla y que si se proponía dominar a México, necesitaba por lo menos sostener un ejército de veinte mil hombres.

Lorencez, también tiene un rasgo de pudor; escribe confidencialmente a su emperador para asegurarle que Saligny y Almonte lo han engañado;

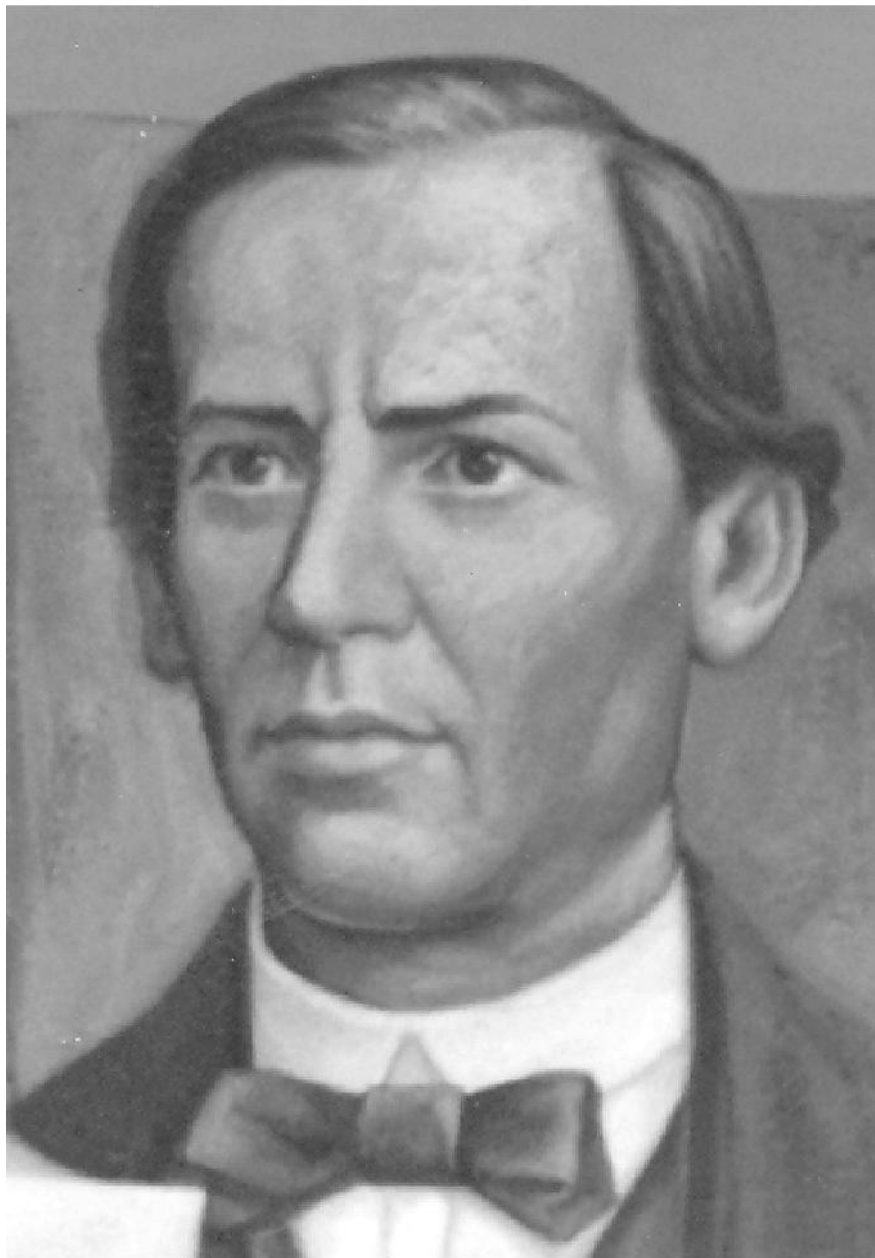
que no hay partido imperialista y que con los pocos monárquicos que ha conocido no se llega a ninguna parte. Pero Napoleón padecía la peor de las sorderas.

Los comisarios se reunieron en Orizaba el 9 de abril para el solo acto de protocolizar la disolución de la Triple Alianza; pero la junta fue de tal modo ominosa, que Saligny se retiró antes de que terminara.

El último acto oficial de los aliados fue notificar al gobierno mexicano la ruptura de la Triple Alianza, y que el ejército francés se retiraría a tierra baja para iniciar las operaciones militares, luego que la evacuación de las tropas españolas hubiera rebasado su línea, movimiento que se esperaba terminar para el 20 de abril. Después cada comisionado seguiría su camino. Dunlop, con acuerdo de Wyke, levó anclas para las Bermudas, y Prim, con los suyos, se dirigiría más tarde a su patria.

Doblado, excediéndose a veces ante el imperativo de desbaratar la coalición, había hecho arreglos con Wyke en los que aceptaba lo estipulado en Londres a título de reclamaciones inglesas, autorizando la supervisión de las aduanas y eliminando la intervención del Congreso que había rechazado algo semejante con anterioridad; ofrecía, además, como garantía, un empréstito americano en proyecto que debía pasar, a plazos determinados, a manos británicas, y en caso de fracasar el citado empréstito, las garantías ofrecidas al gobierno estadounidense [hipoteca de baldíos y de bienes del clero aún disponibles] serían adjudicadas al gobierno inglés a cuenta de sus reclamaciones. De esta manera, la ruptura, en el sentir de Wyke, había resultado más ventajosa para sus intereses; cuando los franceses se enteraron de este arreglo, protestaron por considerarlo violatorio de los principios de la Convención de Londres; pero Juárez finiquitó el problema haciéndole observaciones al arreglo de Doblado con Wyke y el gobierno inglés tuvo el tino de dejar las cosas en suspenso.

Prim no negoció, dejaría el asunto en manos del embajador español que se designase. Para Prim no había otro camino que el de salir; declaraba que lo habían traído intereses más altos. Serrano, desde La Habana, lo instaba a seguir contemporizando con Francia hasta llegar a la capital, o bien hasta que recibiera instrucciones del gobierno. Pero ¿dónde iba a



***Licenciado don Juan Antonio de la Fuente.***

acantonar sus fuerzas durante dos meses que sería, cuando menos, el plazo necesario para esperar cualquier determinación? Para cuando viniera, así lo expresaba, ya habría perdido la tercera parte de la fuerza y la mitad del resto estaría en los hospitales. El suelo y el clima seguían luchando por nosotros...

Serrano insiste y lo amenaza con no mandar transportes para reembarcar las tropas. Ya dos batallones iban en naves inglesas, y si aquél no le enviaba las faltantes, le decía, “aquí me quedaré a sufrir con la tropa”. Serrano no se atrevió a tanto.

Los franceses se concentraron en Córdoba en espera del paso de los españoles, para retirarse a Paso del Macho, apenas a dos jornadas, de donde inmediata y rápidamente comenzarían las operaciones; pero les era preciso esperar diez días.

El ministro de Prusia no se quiso quedar sin meter su cuchara; desde el día 4 de abril se había dirigido al jefe francés para hacerle ver que si desde luego no ascendía de Córdoba y aun de Orizaba, entre el vómito y la fiebre le arrancarían de dos a tres mil hombres en una o dos semanas. El consejo, con ser oficioso, tenía sus razones. Lorencez buscaba desesperadamente la forma legal de sustraerse al compromiso. Así pasó nueve días. El suelo y el clima seguían siendo su pesadilla.

Aguzando todo su ingenio, se trataba de salvar su ejército, se prendió a una cláusula: la que especificaba que en caso de no llegarse a un arreglo, los soldados extranjeros hospitalizados quedarían bajo la salvaguardia de la nación mexicana; en Orizaba había dejado 345 franceses enfermos y la ciudad había sido ocupada por Zaragoza, ahora jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, al salir las tropas españolas. Una de sus medidas fue la de pasar los franceses enfermos de un hospital a otro en mejores condiciones. Esto sirvió a Lorencez para informar a Saligny y a Almonte, que tenía fundados temores por la suerte de los enfermos que había dejado en Orizaba y en tal virtud invitaba a sus asesores para emprender la marcha y poner a salvo a los pacientes.

De esta suerte, el 19 de abril, la columna francesa salió de Córdoba para Orizaba. A la medianoche, Prim, que se encontraba en esta ciudad

con su esposa y su hijo, ya con el pie en el estribo para dirigirse a Veracruz, recibió aviso de Lorencez sobre su aproximación y la causa que la motivaba; en el camino se encontraron y el jefe francés al saludarlo le preguntó en voz alta, para que lo oyeran sus oficiales, qué era lo que había pasado con los enfermos, a lo que le contestó Prim que el día anterior, a las cinco de la tarde, acompañado del médico en jefe, había visitado el hospital sin que nada indicara peligro alguno; a las siete, a las nueve y a las once de la noche pasó por el mismo edificio observando igual calma; a las cuatro de la madrugada había mandado a uno de sus ayudantes, quien le rindió parte de no registrarse ninguna novedad, por eso le recalcó: “Vuestros enfermos en Orizaba se encuentran tan seguros allá como lo estarían en los hospitales de París”.

Al aproximarse Lorencez, el 20 de abril, Zaragoza, que tenía instrucciones de agotar cuanto aconsejara la prudencia, evacuó la ciudad y se retiró a las Cumbres de Acultzingo.

Mientras pasaba todo esto las cancillerías europeas entraban en acción para darse explicaciones, buscar nuevos arreglos y hasta para murmurar de la fallida empresa. El caso de México pasaba al plano de los sucesos mundiales. En el Parlamento francés principiaba a estallar la oposición y la nota patriótica y altiva de don Juan Antonio de la Fuente ante el gobierno de Napoleón, poco antes de que el diplomático mexicano abandonara París, causó profunda sensación:

México, después de haber sacudido el poder secular y hondamente arraigado de la España; México, que no quiso por rey a su mismo libertador; México, en suma, que acaba de alzarse victorioso de una revolución terrible contra los restos de la oligarquía que pesaba sobre su democracia, a ningún precio aceptará la monarquía extranjera. Crearla será muy difícil; pero sostenerla lo será más todavía. Tal empresa será ruinoso y terrible para nosotros, pero lo será también para sus promovedores. México es débil, sin duda, comparado con las potencias que invaden su territorio, pero tiene la conciencia de sus derechos ultrajados, el patriotismo que multiplicará sus esfuerzos, y la profunda convicción de que, sosteniendo con honor esta lucha peligrosa, podrá preservar al hermoso continente de Colón del cataclismo que lo amenaza. Protesto, pues, altamente, señor ministro, en nombre de mi gobierno,

que todos los males que resulten de esta guerra injustificable, y los que causen directa o indirectamente la acción de las tropas y de los agentes de Francia, serán exclusivamente de la responsabilidad de su gobierno. Por lo demás, México no tiene qué temer, si la providencia protege los derechos de un pueblo que los defiende con dignidad.

La razón de México en el campo del derecho internacional había esplendido victoriosamente; la Triple Alianza ya no existía; la pelea empezaba contra los designios de un déspota a quien los conservadores habían embarcado en la peor de las aventuras.

Ahora los fusiles hablarían con su lenguaje de muerte; con el único lenguaje con que a veces es fatalmente preciso que los pueblos respondan para afianzar su destino.

## *México organiza su defensa*

*Efectivos del invasor.– Un 13 de enero.– Zaragoza en desacuerdo con la política exterior.– El caramelo de los emisarios.– La Ley de 25 de enero de 1862.– El problema de la internación.– Zaragoza, jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente.– Los preliminares de La Soledad.– Prim y la situación mexicana.– Zaragoza se dirige a sus tropas.– Ha llegado Lorencez, pero con Almonte.– Una orden de aprehensión.– Una dificultad con Wyke.– Cinco cartas de Zaragoza: sugiere que a Vidaurri no se le dé injerencia en Tamaulipas. La catástrofe de Chalchicomula. Robles Pezuela, al paredón. Los franceses no juegan limpio. Severa crítica a dos ministros del gabinete.– Juárez se dirige a Zaragoza.– Juárez reclama la entrega de Almonte e insiste en las negociaciones.– El desastre de Matamoros Izúcar: Alariste.– Se disuelve el negocio intervencionista.– “Los libres no conocen rivales...”– Inglaterra y España se concilian con México.– Zaragoza ocupa Orizaba y Lorencez se aproxima.– Retirada a las Cumbres.– Condiciones que prevalecían en el frente.– Dos cartas frente al enemigo. Acultzingo.*

El curso de las operaciones en 1862 explica en su detalle la fuerza y la acción del enemigo por una parte y por otra, los esfuerzos de los mexicanos y su gobierno para defenderse de una agresión en donde se mezclan, con un sueño vesánico, las más sucias pillerías, disfrazado todo con una generosidad que olía a Jecker, a minas de Sonora, a istmo de Tehuantepec y a protectorado para mejor explotar nuestros recursos.

Para el 7 de enero se encontraba en Veracruz el ejército de ocupación compuesto por 3,000 franceses, 6,200 españoles y 800 ingleses, según los informes rendidos al respecto; al siguiente día llegaba el general don Juan Prim, figura principalísima entre los jefes intervencionistas.

Inmediatamente principiaron sus pláticas observándose desde las primeras, al analizarse las reclamaciones, el desacuerdo de los representantes de España e Inglaterra con los de Francia en lo relativo al asunto de Jecker.

*El Siglo XIX*, del 9 de enero, refería que toda la brigada de San Luis al mando de Zaragoza, así como la Guardia Nacional de Orizaba y Córdoba, acampaban en la región de La Soledad, en la vanguardia del Cuerpo de Ejército de Oriente; el enemigo no se movía de Veracruz y sus representantes ya redactaban los términos de la nota que dirigirían al gobierno de México.

El 13, muy temprano, Zaragoza dejó su campamento para recorrer a caballo parte de la línea que ocupaban sus tropas; le acompañaban algunos de sus ayudantes y una pequeña escolta; quería darse cuenta personalmente de cómo estaban cubiertos los puntos avanzados y de cómo las guerrillas estorbaban el paso de las provisiones para los invasores, que principiaban a sentir la escasez de algunos alimentos y muy particularmente de agua potable, pues las tropas se resistían a tomarla de las zonas cercanas por el riesgo de cualquier contaminación.

La jornada del general norteño ha sido dura; al mediodía llega a donde se encuentra una patrulla; descansa el tiempo suficiente para tomar el rancho con sus soldados, reanuda el tránsito y ya casi al oscurecer, vuelve al campamento y llama a su secretario para rendir el parte cotidiano.

La mañana de aquel día, acaso a la misma hora en que Zaragoza iniciaba su marcha, en la ciudad de México, su esposa emprendía también la suya, pero a la eternidad.

En *El Siglo XIX* del 14 de enero, aparecía esta nota:

Defunción. Tenemos el sentimiento de anunciar que ayer a las 7 de la mañana ha fallecido en esta capital, la virtuosa y estimable señora doña Rafaela Padilla de Zaragoza, esposa del señor general Ignacio Zaragoza, quien tuvo que dejarla enferma de gravedad, para no demorar su marcha a la campaña, haciendo así al país un costoso sacrificio.

Los funerales de la señora Zaragoza se han celebrado hoy a las 9 de la mañana en el panteón de San Diego, asistiendo a la ceremonia una numerosa y escogida concurrencia, en la que se distinguían muchos de los amigos del bizarro general.

Tiempo después los restos de la señora Zaragoza serían trasladados al panteón de San Fernando, en donde a unos cuantos pasos de la tumba de su esposo y en el muro del lado norte, sobre una gaveta se lee en modesta lápida de mármol:

“703

Rafaela Padilla de Zaragoza

Enero 13 de 1862

Los Zapadores del Pueblo”.

No deja de ser conmovedor que fueran los soldados quienes se encargaran de rendir ese modesto tributo que confirmaba su afecto hacia quien, más que su jefe, era el compañero de armas que compartía con ellos las vicisitudes de la campaña.<sup>8</sup>

Zaragoza recibió poco después la funesta noticia; en su cara inaccesible a la emoción, ningún signo denunció la pena que lo abatía; tal vez pensó en el desamparo de su hija, ahora confiada al cuidado de su abuela paterna; y también debe haber recordado los contados días que pasó al lado de su esposa en los cinco años de su matrimonio.

El 14 salían de Veracruz para México los emisarios de los representantes de la Triple Alianza para entregar a Juárez la nota con la que, a manera de ultimátum, se le comunicaban las causas de la expedición y las medidas acordadas por sus jefes para cumplir la misión que los traía.

Zaragoza se encontraba en esos días en la hacienda del Potrero; por ahí pasaron los emisarios, quienes, para seguir su tránsito hubieron de pedirle permiso, aun cuando al parecer ya lo tenían del jefe del Cuerpo de

---

<sup>8</sup> Sobre la causa de la muerte de doña Rafaela Padilla de Zaragoza, que acaeció cuando tenía poco más de veinticinco años de edad, las investigaciones arrojan pocas luces; cuando se habla de una enfermedad incurable ocurre pensar, tomando en cuenta el estado de la medicina de ese tiempo, en el cáncer o la tuberculosis; sin embargo, los descendientes aluden a una pulmonía; lo cierto es que para diciembre de 1861 ya se había diagnosticado lo del “mal incurable” y el deceso ocurrió el 13 de enero siguiente; esto y otras referencias sugieren también un ataque de pleuresía; se asegura que principió a sentirse enferma desde una noche en que, después de haber concurrido a una función de ópera, al llegar a su casa se despojó del abrigo, cuando en el valle de México se hacían sentir las rachas de un otoño húmedo y frío.

Ejército de Oriente; Zaragoza no descuidó conversar con ellos; de sus impresiones, así como de las noticias que tenía, corrió traslado al Presidente en una carta personal, fechada en aquel lugar el 17 de enero y en la que textualmente le decía:

He visto a los comisionados de las potencias enemigas de Europa que pasaron para esa ciudad, y he hablado con ellos, lo que me ha dado motivo para juzgar que no son a propósito para arreglar negociaciones de tanta importancia, como las que se les han encomendado; y aunque me supongo que el general Prim es un caballero, me parece que con pretexto de arreglos trata sólo de ganar tiempo, pues sin duda, cuando los aliados meditaron su expedición, creyeron venir a encontrar al país en tal estado de división, que les bastarían diez mil hombres para penetrar hasta su capital, imaginándose que no había en la República gobierno reconocido y que podían celebrar convenios con cualquier jefe de los muchos bandos que les informaron se disputaban el poder.

A mi juicio ha sido poco prudente la conducta que se ha observado para con un enemigo, que, para pisar nuestro territorio, no ha guardado ni aun las reglas de urbanidad, porque lo hemos dejado en aptitud de proporcionarse elementos para transporte y aun de catequizar a esta gente jarocho, que en lo general carece casi de sentido común y quizá también de patriotismo. Por otra parte, de los que componen la comisión, dos son jefes de estado mayor, que van de paso examinando bien nuestras posiciones y explorando también el espíritu público [y el] de nuestros soldados, a algunos de los cuales han hecho preguntas capciosas según yo entiendo, sería muy conveniente que a esos comisionados se les haga volver por el mismo camino que han llevado para no mostrarles nuestros principales puntos de defensa, ni evidenciarles el número de nuestra fuerza, datos de que un enemigo astuto se aprovecharía mucho en sus operaciones.

Viendo ahora el asunto por otro lado, la dilación de anteriores hostilidades que ellos mismos, los aliados, han procurado (,) no nos daña porque también a nosotros nos faltan el tiempo y elementos de guerra, no siendo difícil que para dentro de quince días ya estemos mejor preparados, pues los trabajos de esta línea tocan ya a su conclusión; en este momento me encuentro recorriéndola y activando aquello, el general Uruga se halla por la de Jalapa y llegará a Córdoba para el 23 según me escribe.

Hace muy pocos días que hubo entre los tres jefes principales de la expedición un disgusto tan grande, que estuvieron a punto de romper entre sí tratando el general Prim de reembarcarse con sus fuerzas; andan

muy mal entre ellos mismos, no se quieren unos y otros, y no será remoto que un día cometan una imprudencia de funestos resultados para sus operaciones. De la veracidad de estas noticias puedo responder, pues estoy seguro de que el hecho no es una mera vulgaridad. A ese malestar se agrega la enfermedad que se ha difundido entre sus tropas según me ha dicho el mismo jefe español, bien que el clima comienza también a causar males en los nuestros, pues de cuatro días a esta parte tenemos algunos enfermos, que aunque adolecen de calenturas, en lo sucesivo podrán fallecer ellos y otros más, si aquéllas se desarrollan con fuerza. Con el contrato de raciones que hizo el general en jefe se ha conseguido lo principal que es el rancho de la tropa y aun de jefes y oficiales porque todos estamos a rancho.

Agradezco a usted infinitamente que haya dado la orden para que mi familia reciba mil pesos, de cuya suma ya se les hayan entregado quinientos; y a propósito de dinero diré a usted que de los siete mil pesos que dejé pendientes de paga en esa capital, y que recomendé a usted y al señor Doblado se entregasen al acreedor, éste sólo ha recibido a cuenta mil quinientos; espero a pesar de los compromisos del gobierno, que usted se servirá repetir sus órdenes para el completo pago de aquella suma. También estoy informado de que los prestamistas de Puebla, que tanto fiaron en mi palabra para ser reembolsados, sólo han recibido del comisario cinco mil pesos y en consecuencia se les deben tres mil, lo que éste ha dicho pagará luego que dé la distribución que está ya practicándose (,) pero esto acaso no será más que un pretexto para ganar tiempo porque, como dicen nuestros vecinos los yanquis el tiempo es dinero (,) principio que a veces no combate su afectísimo amigo... Aumento: Recuerdo a usted mi recomendación respecto a Colombres, la cual no se reduce a hacerle favor a él, sino a que tengamos por acá un ingeniero, porque si usted viera cómo nos encontramos sobre este punto, se espantaría.

Como se deja ver, Zaragoza desconfía de la limpieza de propósitos para negociar; a su juicio lo que se quiere es ganar tiempo; los jefes invasores se han encontrado con una realidad muy distinta de la presentada por el insidioso Saligny; considera imprudente haber permitido que entre los emisarios figuren jefes de estado mayor, quienes fácilmente se darían cuenta de muchas particularidades de la zona defensiva, del estado de ánimo de las gentes y de la organización de las tropas, datos fundamentales para proyectar las operaciones.

Ya tiene noticias de las dificultades entre los jefes principales del enemigo, dificultades que no sería difícil, como así fue, que culminaran con la disolución de la alianza.

Hace cuatro días que falleció su esposa y acaso desde hace dos lo sabe, pero no deja palabra alguna de desaliento y sí de gratitud, porque se le han entregado quinientos pesos a su familia.

En la nota que los emisarios entregaron a Juárez, ya se expresaba que las naciones representadas por aquéllos no se han aliado sólo “para reclamar a un pueblo, a quien afligen terribles males, la satisfacción de los agravios que se les han inferido a sus nacionales”; que las tres naciones se ha unido y obran de acuerdo...

para tender a ese pueblo una mano amiga y generosa que lo levante, sin humillarle, de la lamentable postración en que se encuentra... venimos a ser testigos, y si necesario fuese, protectores de la regeneración de México. Queremos asistir a su regeneración definitiva, sin intervención alguna en la forma de gobierno ni en su administración interior... al pueblo mexicano por sí solo con toda libertad, con la más absoluta independencia y sin intervención extraña, toca seguir el camino que mejor le parezca.

En el texto se percibe claramente el espíritu y la fraseología de Prim y por ser demasiado amplias las perspectivas que ofrece, encierran un compromiso, el de no permitir injerencias extrañas ni en la forma de gobierno ni en la administración interior, sólo que se habla de una protección que nadie ha pedido, como no sea el grupo descalificado de los mexicanos monarquistas en el exilio. La nota no deja de sorprender, porque lo menos que podía preguntarse eran cosas como éstas: ¿Y el imperio latino en América? ¿Y el proyectado trono para Maximiliano? ¿Y el propósito borbónico de una reconquista sui géneris? ¿Y las minas de Sonora? ¿Y la apertura de mercados para el comercio y la industria de Francia y de Inglaterra? ¿Y los bonos de la turbia pillería de Jecker?

Juárez consideraría todo esto con Doblado; la comunicación contenía una serie de principios que a su hora aprovecharía muy bien el talentoso ministro de Relaciones, quien columbraba la posibilidad de un arreglo sobre bases que se avinieran con la dignidad nacional. Decididamente a los

conservadores se les principiaba a desinflar el sueño de un imperio sostenido por tres potencias de primer orden.

El 23 de enero, Juárez respondía muy hábil y patrióticamente:

Es muy satisfactorio para el gobierno ver que las intenciones de los aliados son tan favorables como parece. El gobierno no cree que se hayan aliado tres grandes potencias para venir a hacer estériles en un día los heroicos esfuerzos hechos durante tres años por un pueblo amigo. El gobierno confía en que los representantes de las tres potencias, en vista del movimiento y de la gran vida que el gobierno de La Reforma le ha procurado a la nación que antes estaba encadenada por las preocupaciones, se volverán a sus países con el testimonio de la realización de la grande obra de pacificación de México, llevada a cabo en virtud de los principios de progreso y libertad.

Respecto a las reclamaciones, quedaría a los convenios determinar la forma de satisfacerlas en cuanto tuviesen de legítimas.

Juárez había contestado en el mismo tono de los comisarios y si nada en concreto ofrecía, dejaba la puerta abierta para las negociaciones y en este particular la presencia de Doblado pronto principiaría a despejar serias incógnitas.

Como una prueba de que el gobierno no se desentendía de la defensa nacional, convocaba a los mexicanos para cumplir con sus patrióticos deberes, pero al mismo tiempo condenaba a los que apoyaran al invasor y a los que bajo cualquier título, se presentaran al campo aliado a concertar pactos o convenios. A esta condenación se refería la Ley de 25 de enero de aquel año; por bárbara la tuvieron los negadores de su patria; por fatalmente necesaria la tuvieron los que iban a comprometer su vida en aras de la defensa nacional.

Las condiciones por las que atravesaban las tropas extranjeras en Veracruz, a cada día se volvían más críticas a causa del crecido número de enfermos, por cuya circunstancia los jefes aliados se dirigieron el 2 de febrero al Presidente, para hacerle ver la necesidad que tenían de ocupar Jalapa y Orizaba, con el sólo objeto de procurar mejores condiciones sanitarias para su ejército; Juárez recibió la instancia el 6, y por la tarde les contestó que mientras no dijeran concreta y oficialmente el objeto de su

venida, no podía permitir la internación de sus fuerzas, por lo que antes que nada debían fijarse bases generales, para cuyo efecto podían nombrar comisionados que en Orizaba se reunieran con los que nombraría el gobierno.

El mismo 6 de febrero, por extraordinario, se ordenaba al general López Uruga pasara a México a conferenciar con el gobierno, entregando el mando al general Zaragoza; Uruga, que se encontraba en Córdoba, recibió el comunicado el 9 y en el acto llamó a Zaragoza para cumplir con lo que se le comunicaba; desde esa fecha hasta unos cuantos días antes de su muerte, el soldado norteño tendría a su cargo la responsabilidad de la defensa del país.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Ya concluida la redacción de esta obra, el maestro don Agustín Yáñez tuvo la gentileza de proporcionarnos una serie de documentos autógrafos de gran importancia, procedentes de la correspondencia de don Benito Juárez, algunos de los cuales figuran como anexos en estas notas. El primero se refiere a la aceptación del mando como jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, nota que suscribe Zaragoza el 10 de febrero de 1862 desde su "Campo en La Soledad" y cuyo texto es el siguiente:

"Muy querido amigo:

Con positiva satisfacción he recibido del Gobierno el nuevo voto de confianza con que se me ha servido honrarme, nombrándome General en Jefe de este cuerpo de Ejército: muy arduo y difícil es el cargo que se me encomienda y acaso superior a mis fuerzas en una guerra de tanta importancia para la Nación; pero me sobra voluntad para llenarlo, y me esforzaré cuanto esté en mí, a fin de desempeñarlo como a la Patria conviene: tengo fundadas esperanzas y casi convicción firme de que será feliz el éxito de nuestras armas porque está de nuestra parte la justicia, el buen sentido de los pueblos y la abnegación de los jefes para resolverse a todo, si ese todo es por salvar a la Patria. Juzgo que no me costará mucho trabajo conservar el espíritu y entusiasmo de nuestras tropas, porque ellas por sí mismas están poseídas del más puro patriotismo, y desean con ansia victorias triunfantes a las banderas mexicanas.

Luego que recibí el mando he dado las órdenes conducentes a nuestro noble objeto, ciñéndome a las instrucciones que he recibido por conducto del Sr. Doblado: me he dirigido también ya al Gral. Prim, manifestándole lo que se me ordena en la orden del caso, pues hasta hoy no se han movido las fuerzas de los aliados, y me parece que no lo harán tan pronto como ellos dicen, porque carecen de medios de transporte, bien que en estos últimos días de una manera escandalosa han recibido, me supongo que de paisanos suyos residentes en el Estado de Veracruz porque dudo que aun el mexicano más imbécil tuviese tal atrevimiento, discurriendo por sí mismo y libremente, caballos, mulas, reses y otros objetos que necesitan; pero hoy mismo quedará ya evitado ese abuso. Las circunstancias de los invasores con respecto a nosotros son bien raras, y de balde me hubiera dedicado a escoger términos más suaves con que hablar a su jefe, porque ciertas voces son tan propias y precisas en su significación, que expresarían otra cosa si se sustituyesen con un sinónimo que realmente no lo sería: la comunicación

El 13 contestaron los jefes aliados la nota de Juárez, pidiéndole que el secretario de Relaciones pasara al rancho “La Purga” con objeto de darle las explicaciones solicitadas. Con este motivo, el Presidente les comunicó “que el 19 concurriría el ministro con la autorización competente y con las instrucciones correspondientes”.

Las instrucciones que se dieron al señor Doblado, escribe Juárez, son que si los aliados no reconocen al gobierno constitucional y no ofrecen respetar la independencia y soberanía de la nación en todas sus consecuencias, no convenga en dar permiso para que las tropas de los aliados tomen cuarteles en Jalapa y Tehuacán.

El 14 salió el ministro de Relaciones y el 19 se reunía con el general Prim, designado para el efecto por parte de los aliados, en la hacienda La Soledad, donde después de una conferencia de seis horas, formularon los preliminares de ese nombre, cuyos puntos sustanciales fueron consignados ya; el convenio una vez firmado y aprobado por Prim, por Doblado y por los demás jefes aliados, se remitiría a Juárez para su ratificación como así ocurrió el 23 del propio febrero.

---

expresada es un poco dura; pero he procurado templarla, sin faltar nuestra dignidad. También yo tengo el mejor concepto del Sr. Mejía; y tendré en mucho sus consejos y observaciones: en la actualidad por desgracia no estamos de acuerdo sobre la calificación de la potencia e intenciones de los aliados: él opina que aquéllos han penetrado nuestro territorio animados de la mejor buena fe y de los sentimientos de nuestro bien, y que será indudable nuestra completa pérdida, si no accedemos a sus deseos y combatimos con ellos; mas yo veo estos dos puntos tan capitales bajo un aspecto del todo contrario, y es la prueba de lo uno que nos han invadido, cometiendo un verdadero acto de vandalismo, siendo la de lo segundo que los resultados de una verdadera defensa, cuando el ofendido, por débil que sea, observa religiosamente los preceptos del derecho y de la justicia, un poder supremo y más alto que toda inteligencia humana falla casi siempre su causa con el decisivo auxilio que presta a sus esfuerzos, convirtiéndose no pocas veces en humo los cálculos probables que cuentan con los mejores datos. Con todo, repito que en todo aquello que no esté definido y resuelto por el Gobno., lo escucharé con calma y con ánimo y aprovechar sus prudentes consejos. Salvo los accidentes que en circunstancias dadas hacen necesarias las eventualidades de la guerra, no omitiré medio alguno para desarrollar en sus bases esenciales el plan de defensa presentado por el Sr. Uruga, porque ni me desagrada, ni bastaría el tiempo para concebir otro, preparando de nuevo sus elementos.

En estos momentos he recibido su última carta, y a lo dicho sólo agregaré las más sinceras felicitaciones por el término de la guerra de Alica, y que el Sr. Doblado enseñará a Ud. la copia de la nota dirigida al Gral. Prim por su afmo. Amigo y servidor que lo aprecia...”

El día 20, el general Prim explicaba a su gobierno cuál era el verdadero estado del país, en los siguientes términos:

Como el verdadero objeto de las tres naciones aliadas, aparte del desagravio debido por las ofensas recibidas y la indemnización de los daños causados, era contribuir a la organización de este país, bajo pie estable y duradero; toda vez que el gobierno existente se cree con los elementos suficientes para pacificar el país y consolidar la administración y que se declara animado de los más vivos deseos de satisfacer las reclamaciones extranjeras, he creído y también mis colegas, que no había derecho para rechazar a este gobierno, prestando auxilio moral o material al partido que les es contrario. Tal conducta sería, además de injusta, impolítica; porque es evidente para los que vemos las cosas de cerca, que el partido reaccionario está casi aniquilado hasta el punto de que, en cerca de dos meses que estamos en este país, no hemos observado muestra alguna de la existencia de semejante partido. Es cierto que Márquez, a la cabeza de algunos centenares de hombres, sigue desconociendo la autoridad del presidente Juárez, pero su actitud no es la de un enemigo que ataca, sino la de un proscrito que se oculta en los montes y es probable que muy pronto tendrá que someterse o abandonar el país.

Además, y si bien los comisarios franceses traían grandes esperanzas de que sería fácil establecer aquí una monarquía, por creer que era fuerte el elemento monárquico en México, se van desengañando y reconociendo su error: ni puede ser de otro modo, pues por nuestras propias observaciones, y por las noticias que nos suministran personas muy conocedoras de la tierra, no podemos dudar que el número de los partidarios del sistema monárquico es insignificante y que no son hombres dotados de la energía y decisión que a veces dan el triunfo a las minorías.

Por esto no hemos debido negarnos a declarar que no es el ánimo de nuestros gobiernos favorecer a determinadas personas ni a un partido con exclusión de los demás; ni mucho menos atentar contra la independencia, soberanía e integridad del territorio mexicano. Por eso tratamos con el gobierno que hemos hallado establecido en la capital, a pesar de los motivos de queja que ha dado a nuestros gobiernos...

Juárez transmitió el 23 a Zaragoza copia de los preliminares de La Soledad; éste, con tal motivo, giró desde Jalapa una circular a los jefes de sus fuerzas, misma que mandó publicar el 26 y en la que, después de referirse

a la situación del país a causa del desembarco de fuerzas extranjeras, defiende la conducta del gobierno en estos términos:

No es, pues, la debilidad de México, de que tanto hacen alarde sus enemigos, ni la constante anarquía que con tanta frecuencia como exageración se le echa en cara, ni la carencia o mediocridad de soldados que la defiendan, de armas que la protejan, de recursos que la abastezcan, ni de los elementos que una nación libre necesita para mantener dignamente el puesto que ocupa en el globo: ninguna de estas causas, repito, ni todas juntas, sino el anhelo y deseo de fijar una paz duradera interior y exteriormente, son los verdaderos motivos de los próximos sucesos que van a tener lugar: nosotros nos reconcentraremos hasta ciertos puntos del terreno de operaciones del ejército, y las fuerzas aliadas se establecerán pasajeramente en Córdoba, Orizaba y Tehuacán, en virtud de los preliminares de paz ajustados entre nuestro gobierno y los comisarios de sus respectivas potencias; pero al mismo tiempo se abrirán las negociaciones para conseguirla, previo el honor que se tribute a nuestro pabellón en la ciudad de Veracruz.

Si por un desgraciado evento se rompieren aquellas negociaciones y no se obtuviere un desenlace pacífico y satisfactorio para las partes contendientes, tendremos que cumplir como soldados y usar de las armas que nos ha confiado la nación, repeliendo los agravios que se le infieran y disputando palmo a palmo el terreno a todo el que se declare su enemigo, librando a la suerte de las armas una decisión que la razón y la justicia debieran pronunciar.

Cuando don Justo Sierra llamó a Zaragoza “el Juárez de la espada”, no modelaba una figura literaria; por las palabras del Presidente indio y por las del más fiel de sus soldados, circulaba el mismo aliento de dignidad y patriotismo; serenas, pero firmes, sencillas, pero altivas, reflexivas, pero sin optimismos comprometedores; bajo el tono de la ponderación, la voluntad inflexible de rechazar la injusticia; por eso advertía que se dejaría “a la suerte de las armas una decisión que la razón y la justicia debieran pronunciar”.

El 25 de febrero un día antes de que llegara a Veracruz la ratificación de los preliminares por parte de Juárez, los franceses, más por desesperación que por otra causa, iniciaban la marcha hacia Orizaba.

Y mientras Juárez desde México y Zaragoza desde las trincheras veracruzanas defendían la soberanía nacional, todavía por las distintas regiones del país merodeaban las figuras siniestras de los facciosos. Márquez tratando de acercarse a los invasores; Mejía en Querétaro; Buitrón en el Estado de México; Gutiérrez en Tulancingo; Ordóñez en Puebla; Vicario en Cuernavaca; Tovar en Jalisco y, a salto de mata, reuniendo gavillas para sumarse al extranjero, Zuloaga, Chacón, José María Cobos y Montaña.

Eran la última cosecha de una causa perdida.

El 5 de marzo llegó Lorencez a Veracruz al frente de 3,000 hombres para duplicar así el contingente francés; este refuerzo suscitó recelos en los jefes españoles y británicos, pues tal parecía que seguían robusteciéndose los planes monárquicos de Napoleón.

El 6 ocurre una catástrofe en Chalchicomula, al incendiarse el parque y la pólvora de la segunda brigada de Oaxaca en el mismo lugar en que se encontraba acuartelada, siniestro que le causó centenares de bajas.

Juárez, al darse cuenta de que algunos jefes reaccionarios de los desterrados en Europa, Almonte entre ellos, están desembarcando en Veracruz, dispone su aprehensión comunicándolo así a los comisarios aliados; La Gravière expresa su desacuerdo y principia a declarar que conforme a las instrucciones que tiene está decidido a retirarse hasta más allá del Chiquihuite para iniciar las hostilidades, estén o no conformes los comisionados de Inglaterra y España. Así se perciben los primeros síntomas del rompimiento de la Triple Alianza.

La presencia de Almonte en Tehuacán, adonde llegó Lorencez para comunicar a Prim las instrucciones que aquél traía de Napoleón, enardeció al gobierno al grado de pedir que se le remitiera al faccioso o que se le reembarcara; Lorencez acabó por convenir en que Almonte se volviera a Veracruz.

Pero ahora se presenta al Presidente una nueva dificultad con motivo de la resistencia de Wyke para entregar la aduana de Veracruz, de conformidad con un acuerdo que se había tenido para que dicha dependencia volviera a manos de los empleados mexicanos, en la

inteligencia de que quedarían en vigor las asignaciones como estaban antes del 17 de julio anterior, fecha de la suspensión de pagos. Con tal motivo Juárez comisiona a los ministros Terán y González Echeverría para que se trasladen al puerto y entrevisten a los comisionados: así se hizo y se llegó a la conclusión de que el asunto quedara pendiente para ser tratado en las conferencias de Orizaba, previstas por los preliminares de La Soledad.

Durante el mes de marzo, Zaragoza sostiene una activa correspondencia con Juárez; se trata de cinco cartas, de las que cuatro tienen marcada importancia; se refieren a problemas del ejército y a la desconfianza que le inspiran los franceses, cuyas tortuosidades son signos muy sospechosos de que burlarán los compromisos.

a) La única carta de tipo distinto es la primera, cuyo contenido está enderezado contra Vidaurri. A consecuencia de disturbios locales que de algunos meses a la fecha se registraban en Tamaulipas con motivo de las elecciones para designar gobernador, Juárez le había agregado a Vidaurri el mando militar de dicho estado; Zaragoza que ha estado recibiendo varias inconformidades de sus amigos en aquella región, le advierte al Presidente lo peligroso que para el futuro puede llegar a ser esta injerencia del cacique norteño que ha venido a complicar más la crisis tamaulipeca.

Zaragoza no carecía de razón; hacía poco que Juárez manifestaba a Vidaurri su desacuerdo con la protección que venía prestando a Comonfort, cuya aprehensión le demandaba; el neoleonés se salió con la suya y Juárez obró con prudencia a pesar de las razones en que fundaba su determinación. Ahora resultaba que Vidaurri delegaba su autoridad militar en Tamaulipas a favor del propio Comonfort; éste, con muy buen sentido, serenaba la contienda local y excitaba a los bandos para organizarse militarmente y pasar al centro del país con objeto de que el gobierno utilizara esas fuerzas en la defensa de la nación. Pero Zaragoza que sabía cómo se las gastaba su antiguo jefe, veía en esos movimientos anuncios de cosas más graves; de allí su pedido para que Vidaurri sacara las manos de Tamaulipas. Felizmente las cosas no derivaron adonde se temía; Comonfort habría de probar más tarde que su condición de soldado y de mexicano, estaba por encima de cualquier compromiso que lo apartara de la defensa del país.

b) En su carta del 18 de marzo, se refiere Zaragoza a la catástrofe de San Andrés Chalchicomula, de la que culpa a los jefes de la segunda brigada de Oaxaca; su imprudencia y más bien, su criminal imprevisión al establecer el depósito de parque y de pólvora en el mismo lugar donde se acuartelaba la tropa, ocasionó el desastre en que murieron

tantos patriotas que vinieron a sucumbir de una manera terrible por la imprudencia de sus jefes, cuando la nación que tanto les debía por sus largos servicios y sufrimientos en la última contienda, esperaba mucho de ellos en los actuales conflictos.

c) En este mes era notoria la copiosa peregrinación de jefes conservadores hacia la zona ocupada por los franceses, y es que éstos, a través de numerosos emisarios, los venían invitando para que se les reuniesen. Dos de ellos, Antonio Taboada y Manuel Robles Pezuela, acudían a ese llamado, pero el día 20 al pasar por las inmediaciones de Chalchicomula, fueron sorprendidos por la caballería de Zaragoza; el primero pudo escapar, pero no el segundo. Robles Pezuela estaba amnistiado y se le había confinado a Pachuca, pero cuando el gobierno se dio cuenta de la maniobra de los franceses, le ordenó se trasladara a Sombrerete, del estado de Zacatecas, pero en lugar de hacerlo, la emprendió para Veracruz.

Zaragoza se encontraba en una situación comprometida; por una parte debía vigilar los movimientos de los aliados y por otra tenía que cuidar que no se les reuniesen las partidas conservadoras alentadas por la presencia de los invasores; por eso el jefe mexicano se volvió inflexible en el caso de Robles Pezuela, como lo demuestra la nota que el 21 de marzo dirigió al Presidente desde Chalchicomula:

Por las noticias oficiales que hoy mismo dirijo al gobierno, se impondrá usted de los activos y grandes trabajos que los traidores a la patria están poniendo en juego todos los días. Pues bien: usted sabe la guerra tan tenaz que nos ha hecho don Manuel Robles Pezuela durante el tiempo en que estuvo oculto, predisponiendo altamente a los ministros extranjeros,

especialmente al de la Francia; y no contento con la lenidad de que para con aquél usó, el señor Doblado, que, según él mismo me ha dicho, lo desterró a Pachuca y persistió en su propósito, dando lugar a que se le cambiara a Sombrerete, como él lo ha confesado, cuya orden ha quebrantado, dirigiéndose a Veracruz, ciudad en donde está el foco de los traidores que no descansan un día en tramar contra el gobierno, sin otro fin que el de asociarse con ellos.

Estoy perfectamente convencido de que este individuo es un traidor incorregible, que ya no tiene enmienda, y que caminaba de acuerdo con Almonte, quien ha dirigido dos correos, el uno por Jalapa al C. coronel Alejandro García y el otro, según me escribe el señor Llave, a Negrete por Orizaba. Por lo mismo mañana mandaré pasarlo por las armas, y no me ocuparé para ello de formar un voluminoso proceso que nos haría perder el tiempo, remitiré todos los datos que condenan al culpable, para responder si alguna vez se me hacen cargos; mi conciencia se encuentra tranquila y me hallo íntimamente convencido de que es preciso obrar con energía, porque de lo contrario nosotros mismos nos perdemos, dispensando a nuestros enemigos una imprudente indulgencia que tiempo ha ya no merecen... Aumento: En estos momentos es cuando más se necesita atender eficazmente estas fuerzas, y por lo tanto encarezco a usted nuevamente, empeñándome cuanto para Ud. valga que se remitan más recursos para socorro, pues en este mes sólo ha recibido el ejército una tercera parte de haber económico.

El fusilamiento de Robles Pezuela contrarió profundamente a Saligny; lo reputó como un acto de barbarie; los conservadores lo tuvieron por un asesinato, pues aducían que el ajusticiado se dirigía a Veracruz para cerciorarse de las finalidades perseguidas por los aliados; sólo les faltó decir que andaba en viaje de recreo. Los facciosos conocían la Ley de 25 de enero y no ignoraban lo que les esperaba al buscar el amparo extranjero. d) Como Zaragoza se da cuenta de las mil maniobras que desarrollan los franceses con el deliberado propósito de fortalecerse para su aventura intervencionista, el 25 de marzo, desde Chalchicomula, le participa al Presidente sus temores, pues principia a desconfiar de los arreglos:

Yo estoy persuadido, le dice, de que los aliados y en particular los franceses, no proceden de buena fe, y espero la salvación de nuestra patria tan sólo de la fuerza de las armas, pues francamente no considero que sólo la justicia de

nuestra causa infunda respeto a nuestros enemigos extranjeros, porque ellos proceden de ordinario fundados en su propio interés y apoyados en la fuerza, procedimiento que indudablemente observarán también con nosotros supuesta nuestra debilidad relativa. Anoche escribí largamente sobre esta materia a usted y a los señores Doblado e Hinojosa, y ahora duplico a usted ésta, porque temo que se hayan extraviado las comunicaciones de anoche, suplicando a usted la dé por suyas también a ellos.

Encarezco a usted, pues, sobremanera la remisión de más recursos, de más tropas, de la parte que fuere posible de los artículos de guerra que tengo pedidos, de vestuario para los cuerpos que tengo en campaña y finalmente que se dé orden al C. comandante militar de Puebla para que me abastezca de abundantes provisiones de boca.

e) La circunstancia de que no se le atendiera en la medida necesaria, le daba la impresión de que se tenían por exageradas sus presunciones y demandas; a esto obedece su carta del 27 en la que también critica la conducta de los ministros [de Gobernación y Hacienda] Terán y González Echeverría, quienes por estas fechas habían acudido con la representación del gobierno a entrevistarse con los aliados para arreglar lo relativo al impuesto extraordinario sobre capitales acordado por el gobierno y cuya vigencia se pretendía que no afectara a los extranjeros; tal ordenamiento era una de las causas por las que no se entregaba la aduana de Veracruz. Zaragoza se quejaba de que los ministros citados ni siquiera habían tenido la deferencia de guardarle atenciones; en realidad, tanto uno como otro eran civiles, carecían de experiencia militar, sobreestimaban su misión diplomática y a todo eso se debe lo que Zaragoza apuntaba como descortesía; la carta es enérgica sin dejar de ser mesurada; se inspira en razones de dignidad y patriotismo y constituye una llamada de atención al gobierno que a veces descuidaba el enlace de los diversos órganos relacionados con el conflicto. La carta dice así:

Por los documentos que por el correo de hoy remito en copia por conducto de los ministros de Relaciones y de la Guerra, se impondrá usted de que no son meras sospechas, ni mucho menos temores, los que me mueven a juzgar que es muy probable un pronto rompimiento con las fuerzas de las potencias aliadas, sino las gravísimas presunciones que los mismos documentos

producen por sí sin lugar a dudas, pues son públicos los hechos a que ellos se refieren.

Por esto y porque parece que se duda de mis noticias, que para mí son dignas de todo crédito, supuesto que estoy muy próximo al teatro de los acontecimientos, insisto en pedir a usted recursos pecuniarios, refuerzos considerables de tropas, vestuario para cubrirlas de la intemperie y todo lo demás que he solicitado, pues actualmente ni la tropa tiene rancho, ni yo siquiera un centavo en caja para los gastos de correo que son tan indispensables y he suplido pidiendo prestado algún dinero, privado como estoy de disponer de alguna suma de la renta de estos estados, y usted me conoce y sabe que soy muy sincero y ajeno de exagerar las cosas.

Pues bien, esté usted seguro de que cuanto le tengo manifestado oficial y privadamente, ya sea con respecto a las tendencias de las fuerzas aliadas, ya por lo que toca a las necesidades de este sufrido Cuerpo de Ejército, es la verdad neta. Confidencialmente diré a usted para que en lo sucesivo se procure evitar la especie de contradicción y mala nota que esto envuelve, que los señores Terán y González Echeverría han sido poco reservados y prudentes al ponerse en contacto con el señor Prim: ni cuando vinieron de México, ni a su vuelta para aquella ciudad, me han dado noticia alguna de su marcha; sin embargo yo reforcé oportunamente las escoltas de los caminos para su seguridad, circunstancia que ellos sin duda ignoraron por la razón antes dicha; en lugar de informarse sobre este punto que tendía a su conservación bien interesante para mí también, pidieron una escolta al señor Prim que los custodió hasta El Palmar: dieron también pasaporte a la escolta referida para que se internase hasta 18 leguas más acá de la línea que se tiene demarcada a las fuerzas aliadas, siendo de notar que entre aquélla venían oficiales de estado mayor que a lo menos a vista de pájaro habrán formado un croquis del terreno que recorrieron. Con lo primero se ha mostrado por personas muy notables de la República un temor excesivo por falta de seguridad, confirmando a los aliados en la idea que tienen de que en nuestra patria no se pueden andar diez leguas, sin correr riesgo de ser muerto o plagiado, siendo esto tanto más notable, cuanto que ese temor se abriga en un terreno cuyo perímetro está rodeado de tropas: prueba lo segundo que se confía demasiado en la buena fe del enemigo extranjero, en los mismos momentos en que se reciben pruebas de su infidelidad.

No pretendo absolutamente ofender en lo más mínimo la inteligencia y bien merecida reputación de los señores Terán y González Echeverría, sino tan sólo advertir por nuestro propio honor, interés y delicadeza, el deseo que tengo de que no se repitan semejantes escenas, que mucho nos hacen desmerecer y nos condenan ante nuestros enemigos: yo quisiera que ni un

solo mexicano les diera el más ligero motivo de juzgar mal de nosotros, y que todos los convenciéramos que para nada los necesitamos, sino que más bien estamos muy fuertes para repelerlos: yo quisiera por último estar cerca de usted o que usted lo estuviese de mí para hablarle con prolijidad de nuestros asuntos públicos, pues temo a veces que alguna idea mía mal explicada, le haga dudar de lo que le comunico...

En esa misma fecha el Presidente se dirigía a Zaragoza en los siguientes términos:

Mi querido amigo: Estamos haciendo todo esfuerzo para mandarle a usted dinero y mañana sin falta saldrá de aquí. Ya están dadas las órdenes para que marchen más fuerzas a ese rumbo.

“El portador dirá a usted algunas cosas que por falta de tiempo no estampo en el papel.

He mandado a Zambrano para ver si quiere ir de administrador a Tampico, porque es tiempo de establecer el orden en aquella aduana y Zambrano es el más a propósito para ello.

Del interior he pedido fuerzas que vendrán pronto. Estoy muy contento del modo de obrar de usted. Siga usted usando la misma energía que hasta aquí y ordene lo que guste a su amigo...

El 3 de abril Juárez se dirige a Prim pidiéndole la entrega de Almonte y demás jefes reaccionarios que están en Córdoba y Veracruz o que se reembarquen; Almonte había llegado desde fines de febrero y traía, como ya se ha dicho, instrucciones precisas de Napoleón para organizar el partido monárquico. En la misma nota el Presidente le ruega al comisario español le diga si él y sus colegas están de acuerdo en nombrar delegados para que comiencen las conferencias con los del gobierno de México a fin de estudiar y resolver lo relativo a las reclamaciones que se presentan.

La Gravière, por su parte, se interesa en hablar con Doblado; el Presidente dispone que éste le escriba para que venga a Puebla “si gusta”, de lo que se dará conocimiento en lo privado en otra carta de Doblado a Prim.

El 7 el gobierno designa a los ministros Terán y Lacunza para representarlo en las conferencias con los aliados; los delegados mexicanos se reunirán al día siguiente con Doblado para recibir instrucciones definitivas.

El día 10 ocurre una lamentable derrota: las fuerzas que guarnecían Matamoros Izúcar habían sido tenazmente atacadas por Cobos y Zuloaga, que merodeaban por la región; para auxiliarlas acudía el general José Cástulo Alatríste que fue derrotado y hecho prisionero en las inmediaciones de la población aludida, cuyos defensores capitularon después. Alatríste fue fusilado y el gobierno destacó fuerzas competentes sobre aquella comarca, donde las partidas de facciosos reunidas principiaban a constituir un problema permanente, pues se proponían atacar por la retaguardia a Zaragoza en el momento en que lo hiciera el ejército francés, que ya se preparaba para faltar a sus compromisos y llevar adelante la agresión.

En Orizaba, como ya se apunta en la relación del panorama general que el país ofrecía en 1862, se declaraba rota la Triple Alianza y así se le comunicó al Presidente, quien al enterarse el día 11 de la nota relativa, apuntó en sus memorias:

Se recibió la comunicación de los aliados avisando que queda disuelta la convención de Londres: que los ingleses y los españoles se reembarcarán y que los franceses irán a Paso del Macho para obrar con la libertad de acción que les convenga.

Así las cosas, dispuso lanzar un manifiesto a la nación con miras a preparar la defensa, canceló la salida de los ministros comisionados, participó a los representantes ingleses y españoles la disposición del gobierno para entrar en arreglos, ordenó que saliera de Francia el ministro de México, licenciado De la Fuente y dio cuenta de lo que ocurría, a los ministros extranjeros residentes en México.

En el comunicado de los aliados se expresaban los términos de la salida de las tropas españolas e inglesas con rumbo a Veracruz; las primeras calculaban rebasar la línea de protección para el 20, desde cuyo día principiarían, a partir de aquélla, las operaciones de los franceses. Ya vimos cómo las cosas ocurrieron de distinta manera por el descaro de Lorencez y el cinismo diabólico de Saligny.

Zaragoza se encontraba ese día en camino de Jalapa y por extraordinario también había participado la ruptura de los preliminares

por parte de los franceses, noticia que ya había sido comunicada por el general Ignacio Mejía desde Chalchicomula. Zaragoza, a su paso por Perote, ya de regreso a su cuartel general, se dirigió al Presidente para informarle que salía con toda rapidez para San Andrés Chalchicomula con objeto de proceder a resistir o atacar a los franceses, una vez que se situaran en Paso Ancho.

Para esto, decía Zaragoza, he mandado reconcentrar a Arteaga y a Álvarez que se hallan en Acatlán (,) porque no puedo distraer un solo soldado en otra operación, porque el Ejército de Oriente, como usted sabe, está reducido a poco más de 7,000 hombres, agobiados hasta cierto punto por el hambre. Es necesario, pues, señor Presidente (,) que usted se sirva dar sus órdenes muy terminantes para que me manden lo menos 3,000 hombres más; pero que sea pronto, muy pronto... [Después se queja de que]: el ministro de Guerra y el general Mendoza dan órdenes, autorizado éste por aquél, para que fuerzas de este ejército se muevan a tal o cual punto. Esto produce una confusión grande y sobre todo mi responsabilidad ante la nación es inmensa. He dado (,) en consecuencia, orden para que no se obedezcan otras que las comunicadas por mi conducto... Me avisa el ministro que me mandaba cierta cantidad de parque, con el coronel Gómez y resulta que éste no trajo sino la tercera parte. Por disposición del mismo ministro se tomaron de la conducta en Puebla seis mil pesos, cuya cantidad era natural que faltara (,) para éstas tan sufridas tropas [y en tono casi suplicante termina]: De usted y del señor Doblado espera toda clase de auxilios su servidor y amigo...

Pero a sus tropas no les hablará así; con ellas empleará el tono heroico, y es que en estas crisis Zaragoza rompía su serenidad habitual para dar curso a la palabra inflamada de patriotismo. El 14 de abril, ya en su cuartel general de Chalchicomula, dirigía esta proclama a sus tropas:

Compañeros de armas:

Va a comenzar la lucha: los preliminares de La Soledad han sido rotos por los franceses; se han separado de la coalición que con los españoles e ingleses formaran en Londres, para hacer a México algunos reclamos respecto a nuestra deuda pública: el estallido del cañón hará latir en breve el pecho de los hijos de Anáhuac. Pretenden los franceses intervenir en nuestra política interior inducidos a ello por mexicanos indignos, por traidores que pronto vais a castigar. La República es independiente: los hijos de esta

generación nacimos libres; así nos conservaremos o moriremos en la demanda.

Valor amigos míos, no os preocupe luchar con una nación que tiene el renombre de guerrera: los libres no conocen rivales, y ejemplos mil llenan las páginas de la historia de pueblos que han vencido siempre a los que pretendieron dominarlos.

Tengo una fe ciega en nuestro triunfo: en el de los ciudadanos sobre los esclavos: muy pronto se convencerá el usurpador del trono francés que ya pasó la época de las conquistas: vamos a poner la primera piedra del grandioso edificio que librará a la Francia del vasallaje a que la han sujetado las bayonetas de un déspota.

Sed como siempre, valientes en el combate y generosos en la victoria, y pronto os conducirá frente a los invasores vuestro general y amigo.

Sus consignas eran terminantes: “Los hijos de esta generación nacimos libres; así nos conservaremos o moriremos en la demanda... los libres no conocen rivales... tengo una fe ciega en el triunfo...” y finalmente, le da a esta guerra contra los invasores, proporciones que acabarán con el déspota engreído. Ocho años más tarde, se cumpliría el vaticinio.

La circular que en esa misma fecha remite a los jefes subalternos, tiene el mismo aliento. Después de denunciar la ruptura de los tratados por parte de los franceses, les advierte que contra un pueblo libre no vale la opresión ni es fácil conquistarlo por la fuerza.

México acepta la guerra, no la ha provocado; pero la acepta con honra, y se gloria de haber cumplido fielmente la palabra empeñada en aquellos preliminares. Su fe ha sido burlada, y las desgracias de la guerra pesarán sobre la nación que injusta y despiadadamente pretende la esclavitud. Las naciones, el mundo entero nos hará justicia, y si la fortuna nos es adversa, si perecemos con gloria en la demanda, la posteridad recogerá solícita nuestros nombres e imitará nuestro ejemplo.

Mas luego alabará la actitud caballerosa de los representantes de Inglaterra y de España, para continuar:

Nuevos sacrificios tenemos que emprender, nuevas fatigas que arrostrar, y nuevas batallas que dar; pero ante la idea sublime de nuestra libertad, nada

debe arderarnos, la muerte misma nos debe ser indiferente, y todo, absolutamente todo, debemos postergarlo, para no tener en estos momentos más pensamiento que nuestra desgraciada patria, ni más ocupación que su defensa...

Fustiga en seguida a los mexicanos coludidos con el invasor, despreciados hoy como nunca por el pueblo que...

los mira con indignación y los desprecia altamente, porque sabe lo que tiene que esperar de aquellos especuladores que en su delirio, no han rehusado poner a las plantas de Maximiliano la soberanía de México... Dentro de breves momentos la campaña estará abierta, y el enemigo se convencerá bien pronto que tiene al frente a los defensores de la República.

Zaragoza tiene que hacer prodigios para compensar todas las escaseces; invoca el patriotismo del pueblo, suplica el envío de tropas y recursos, neutraliza los movimientos de los reaccionarios en combinación con los invasores, recorre la línea de defensa, enardece el entusiasmo de sus tropas, vive en su campamento y comparte sus miserias con sereno optimismo.

El mismo 14, Prim y Wyke contestan a Juárez y le anuncian su disposición de entrar en arreglos, para cuyo efecto el Presidente ordenará la salida de Doblado para Orizaba; mientras tanto se aceleran las gestiones con el fin de obtener un empréstito de los Estados Unidos y se le da nueva comisión militar al general Uruga.

El día 15 abre sus sesiones el Congreso y se da forma al contrato de un préstamo con los Estados Unidos; el 16 marcha Doblado para Orizaba, cuya plaza ocupó Zaragoza en cuanto la abandonaron los invasores para concentrarse en Córdoba y dirigirse a Paso Ancho, desde donde comenzarían las operaciones; pero ya Lorencez había recurrido a la sucia maniobra de burlar lo convenido en los preliminares, y el 19 se encaminó, con el pretexto de asegurar a sus enfermos, con el rumbo de Orizaba adonde llega el 20.

Zaragoza se replegó a las montañas vecinas a fin de dominar el camino de México y evitar que las fuerzas reaccionarias se unieran a los invasores. Como Doblado llegara en esa fecha para cumplir el encargo de entrevistarse

con los representantes de España y de Inglaterra, ya no pudo entrar a Orizaba y regresó a Puebla donde más tarde se entendería con Wyke.

Zaragoza, desde Acultzingo, escribe el 22 a Juárez; se trata de una carta de la mayor significación histórica para comprender las condiciones que prevalecían; es una nota en la que no oculta la verdad, revela los planes de los franceses, cuya conducta lo llena de indignación, por más que ya se la esperaba; acusa a sus jefes no sólo de haber faltado a su palabra, sino de proteger a los reaccionarios para que se organicen y sean ellos quienes combatan a las fuerzas del gobierno, auxiliándolos en caso necesario; de esta suerte aquéllos procurarán que la Intervención sólo les cueste dinero.

El momento es comprometido; los invasores están en contacto con Márquez que comienza a moverse sobre uno de los flancos y la retaguardia del ejército; las tropas nacionales se encuentran sin recursos; el estado de Veracruz nada puede proporcionar; el de Puebla tampoco, porque pronto será invadido por Márquez, y el de Tlaxcala menos aún, “por su pobreza y pequeñez”.

También debe considerarse la debilidad del Cuerpo de Ejército de Oriente si se tiene en cuenta el vasto campo de operaciones que ha de cubrir, “pues tengo que combatir, dice Zaragoza, y contener no solamente al enemigo extranjero, sino también al del interior que ya se me aproxima, con la mira de hostilizarme en combinación con el otro sea parcialmente o sea formando un solo cuerpo con él”.

Al solicitar urgentemente el envío de recursos, pide más fuerzas, además de las de San Luis que vienen en camino, y sugiere que sean de las mejores y menos fatigadas como las de Guanajuato, pues no hay tiempo ni lugar en donde adiestrar cuerpos bisoños. Esto lo tiene por muy necesario “para asegurar el primer golpe”, ya que de otra suerte podría decaer el ánimo público; y ese primer golpe únicamente puede conseguirse con un ejército numeroso y bien organizado, pues de no ser así tendría que recurrirse a la postre a un

levantamiento general y desordenado, que nos causaría muchos mayores males, viéndonos precisados a prolongar la guerra indefinidamente, por

medio de los combates de guerrillas, sistema que acaso no nos daría el resultado apetecido ni después de una lucha sin término.

Le recuerda la experiencia de la Guerra de Reforma que no comenzó a triunfar sino “cuando los principales caudillos de la libertad formaron un solo cuerpo; y sólo así lograron restablecer el orden en lo general en menos de un año”.

Pero no todo es negativo; le habla a Juárez del repudio con que los pueblos han respondido a las excitativas de los reaccionarios y de los franceses para que se alistén bajo sus banderas. Y finalmente, con esa entereza tan suya en las grandes pruebas, le dice:

Estoy resuelto con todos mis subordinados a combatir sin descanso a todos los enemigos de la patria, y cuento con que usted estimará nuestras solemnes circunstancias, escuchando decididamente las reiteradas súplicas de su afectísimo amigo...

En la parte superior y al margen de la carta, estas palabras de buen humor, que escribe de su puño y letra: “Ya tiene usted otro compañero más: Almonte ha sido declarado Presidente de la República. ¡Son tres!”

Se refería en esta información marginal al hecho de que Taboada el día 19 de abril había levantado en Córdoba una acta suscrita por varios jefes reaccionarios, en la que se reconocía a Juan N. Almonte como jefe supremo. Zuloaga protestaría encolerizado, pero bien poco caso le hicieron; desde entonces el trashumante tacubayista principió a pensar en que no le dejaban más camino que el del exilio voluntario.

Lorenz permaneció por más de una semana en Orizaba; sus cómplices mexicanos le aconsejaban que esperara la reunión de las fuerzas de varios facciosos que venían en camino, pero no hizo caso y el 27 se encaminó sobre Zaragoza, quien el 28, desde las Cumbres de Acultzingo, comunicaba en carta particular al Presidente, que el ejército francés había principiado a moverse el día anterior con rumbo a la línea republicana, encontrándose para las 12 de ese día al pie de las Cumbres. “Ya tenía

previsto este caso, dice Zaragoza, y desde anoche ocuparon posiciones la poca fuerza de dos mil hombres que puedo destinar a disputarle el paso...”; espera que esto ocurra en la noche o al día siguiente temprano; no cree imposible que el enemigo logre forzar la entrada, pero le costará caro.

Tiene noticias de que el gobierno español desaprobó la conducta de Prim y esto le hace esperar la presencia de un enemigo más aparte de los dos que ya se tienen; que el sustituto de Prim en el mando de las fuerzas españolas que aún quedan en Veracruz, es el general Vargas Machuca, quien ocupará ese encargo mientras llega el general Gasset que es el titular; con ese motivo Zaragoza giró órdenes a la comandancia general de Veracruz, para que las avanzadas por el camino de Jalapa observen los movimientos de este nuevo enemigo, batiéndolo si pretende internarse. Efectivamente algo había de esto, pero Prim, que era un factor político fundamental para sostener el bamboleante trono de Isabel II, se dirigía a su gobierno en términos enérgicos y deshacía la insidiosa tentativa.

¿Pero cuál era el estado de ánimo de Zaragoza? Desde luego no lo abatía el desaliento; pero sí estaba contrariado. Aquí sorprende la serenidad de este hombre que con el enemigo a la vista, se dio tiempo para escribir una carta, cuyo tono confidencial revela su sentir. La dirige a su amigo el licenciado don Manuel Z. Gómez y está concebida así:

Quedo impuesto por su grata fecha 26 del corriente, de las noticias que usted me comunica. Una de ellas es el regreso de la brigada de San Luis que si mucho sorprende a usted, más me sorprende a mí, que con la tenacidad de un limosnero indigente, desde el 8 de marzo estoy predicando al gobierno la mala fe de los franceses, la necesidad de que nos preparemos con tiempo y el urgente envío de fuerzas respetables; pero quizá por imposibilidad no se me ha atendido, y hoy me encuentro a la vista del enemigo extranjero con un puñado de valientes dignos de mejor suerte, todos desnudos, muertos de hambre, y que no será remoto que sucumban, aunque fía mucho en su bravura y entusiasmo su afectísimo amigo: *I. Zaragoza*. Aumento: Estoy recorriendo mi campamento: ya está el enemigo al frente.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> En una comunicación del 8 de marzo dirigida desde Jalapa al Presidente, denuncia la versión de que Francia se apartará de lo pactado, separándose de España e Inglaterra,

Lorenz acampó al pie de las Cumbres, pero no más que para dar a sus tropas un ligero descanso; dos horas después tomaba dispositivos para combatir. Zaragoza no pretendía darle batalla formal, sino simplemente cerrarle el paso; sus efectivos apenas llegaban a dos mil hombres y las fuerzas francesas contaban con seis mil; el objetivo de Zaragoza se habría logrado de no haber tenido que distraer fuerzas para rechazar una columna reaccionaria que se acercaba por la retaguardia. Después de cinco horas de combate la columna mexicana se retiró con todo orden no sin haberle causado fuertes bajas al invasor.

Zaragoza, desde “El Palmar”, en carta para Juárez fechada el 29, le relata detalladamente la operación de referencia, cuyo resultado explica con la razón apuntada; las tropas con que mandó ocupar las Cumbres formaban un total de dos mil hombres que estaban al mando del general Arteaga y entre las que se contaban la cuarta brigada de la segunda división a las órdenes del general Negrete y los cuerpos de reserva comandados por el coronel Mariano Escobedo y el general José Rojo; las fuerzas atacantes llegaban a más de tres mil hombres, lo que indicaba que Lorenz había dispuesto de la mitad de su división.

Zaragoza acusa una pérdida de 50 hombres entre muertos y heridos y al enemigo le atribuye de 500 a 600 bajas; Lorenz presenta la acción como de escasa importancia y refiere que sólo tuvo dos muertos y unos cuantos heridos; si lo de Zaragoza puede parecer exagerado, lo de Lorenz tiene todas las fantasías de un cuento; el combate duró cinco horas; las posiciones republicanas eran muy ventajosas, por eso resulta inverosímil el parte del jefe francés en cuanto a las bajas que sufrió.

En la misma carta que el jefe mexicano dirige al Presidente, le informa de las órdenes giradas al general De la Llave para que se le incorpore con su división, a fin de reunir algo así como cuatro mil hombres con alguna artillería; está buscando la forma de seguir combatiendo ventajosamente mientras llega a Puebla, pues quiere causarle el mayor daño al enemigo y advierte que su plan de campaña ni ningún otro podrá ponerse en práctica

---

para intervenir en los asuntos de México, y el 24 del propio mes confirma la noticia, pues sabe ya de cierto que los franceses quebrantarán los tratados.

con buenos resultados debido a lo intempestivo del rompimiento, y principalmente, recalca, “porque no nos preparamos con tiempo”. Y luego termina:

Demasiado sabe usted desde cuando estoy pidiendo fuerzas y recursos y con tanta frecuencia que podrá calificármese de fastidioso; hoy haré cuanto pueda por sucumbir con honor supuesta la carencia de elementos en que me encuentro, siendo ésta la resolución y último recurso de su afectísimo... Aumento: Con sentimiento anuncio a usted que el C. general Arteaga fue herido en una pierna con fractura del hueso... el general Díaz con su brigada cubría nuestra retaguardia y protegió perfectamente nuestra retirada cubriéndonos del avance de los franceses... yo voy a Acultzingo para reunir allí todas mis fuerzas y reorganizarlas en lo posible, para un segundo combate que creo indispensable... pelean muy bien los franceses pero los nuestros matan bien.

Así se había derramado la primera sangre mexicana.

Zaragoza era un soldado hecho en campaña; las derrotas ni le sorprendían, ni le quebrantaban el ánimo, como tampoco lo envanecían las victorias; no hay en las notas de todo este periodo una frase pesimista y sí una constante e irrevocable decisión de pelear; nunca se tuvo a sí mismo como un genio militar, pero en intrepidez, bravura y espíritu combativo, muy pocos podían tomarle la delantera; lo que acaba de ocurrir no era para él sino una experiencia más; ya vendría el desquite y los desquites de Zaragoza eran terribles.

En México, el presidente Juárez aprobaba el 29 el convenio definitivo que Doblado había formalizado con Wyke; y esa misma fecha confirió a González Ortega el mando en jefe del Ejército del Interior que se formaría “con las fuerzas de San Luis, Zacatecas, Aguascalientes y Guadalajara, que están en marcha”.

El 30 designaba al general Tapia para que tomara el mando político y militar de Puebla, a cuya ciudad se iba retirando el ejército mexicano.



## *Puebla*

*Una retirada con el enemigo siempre a la vista.– Preparando la defensa de Puebla.– El plan de Lorencez.– El plan de Zaragoza.– “Leo en vuestras frentes la victoria...”– Dispositivos de las fuerzas republicanas.– “Las armas nacionales se han cubierto de gloria”.– La pifia de Márquez.– Significación de la victoria.– Un parte oficial sin alardes.– “El bien de la patria...”– Una espada de honor.– Una cátedra civilizadora.– Continúa la penuria.– Zaragoza prepara la marcha.– “No me mande más amnistiados...”– La gratitud nacional.*

Después del combate de Acultzingo, Zaragoza se replegó poco a poco hacia Puebla, sin perder de vista al enemigo que seguía ese mismo rumbo; la marcha del ejército mexicano se desarrollaba con todo orden y su general en jefe llegó a dicha ciudad el 3 de mayo; el día 2 había tomado posesión de su cargo el general Tapia.

Con extremada actividad Zaragoza ordenó la ejecución de obras de emergencia en las entradas y calles de la población, al tiempo que se reforzaban las fortificaciones de los cerros de Loreto y Guadalupe. Se trabajaba premiosamente, porque era seguro el ataque del enemigo que llegaba al pueblo de Amozoc el día 4. Se le atribuían más de 5,000 hombres; Roeder fija una cifra de 4,474, en tanto que a las fuerzas mexicanas les asigna la de 4,852; los efectivos estaban equilibrados numéricamente, pero piénsese que los franceses constituían cuerpos regulares, seleccionados de las campañas de Italia y de Crimea, en tanto que las corporaciones mexicanas se habían formado en gran parte con elementos de relativa pericia en la guerra y los más eran soldados noveles con más ganas de pelear que con preparación militar.



***General don Miguel Negrete.***

La tarde del 4 celebró Lorencez en Amozoc una junta de guerra con sus jefes, sin que faltara la participación de Almonte, a quien acompañaban otros de sus secuaces, uno y otros muy conocedores de la región, ya que antes habían combatido en la plaza por atacar; de acuerdo con su experiencia, aconsejaban que el asalto se hiciera por el sur, pues advertían que la artillería de los cerros, únicas posiciones dominantes, no alcanzaría a las columnas que atacaran por aquel rumbo. Pero para Lorencez y sus técnicos esto presentaba dos inconvenientes: el de separarse demasiado de sus trenes y de su campamento que necesariamente debería quedar sobre el camino, donde lo instalarían con sus 260 carros provistos de alimentos, parque, etc.; la otra contraindicación era la de dividir el ejército para combatir por calles atrincheradas, que no se conocían; además, como ya se tenían noticias de la proximidad de Márquez, esa tarea le correspondería a sus fuerzas.

Por todo esto, el general francés, confiando, y no sin razón, en el arrojo y disciplina de los suyos, decidió apoderarse de los cerros fortificados, porque pensaba que al expugnarlos tendría una posición ventajosa para desencadenar sus asaltos sobre la población. No escaseaban los optimistas, Saligny entre ellos, que opinaban en el sentido de que la banda de Zaragoza, así la llamaban, ofrecería una resistencia débil, seguramente de menor intensidad que la de Acultzingo, y hasta aventuraban que por ser Puebla una ciudad donde existían muchos adictos al Imperio, éstos se encargarían de sabotear a los defensores, augurándole a Lorencez que su entrada sería un desfile triunfal bajo una lluvia de flores y entre el aplauso de la multitud. Todo esto aumentó tanto la confianza de Lorencez, que clausuró la junta con un “hasta mañana, señores, en Guadalupe”.

Zaragoza desde el 4 preparó la defensa; al amanecer ordenó a Negrete que con 1,200 hombres de la división de su mando ocupara los cerros de Loreto y Guadalupe, artillados con baterías de batalla y montaña. Ese mismo día formó con las brigadas de los generales Felipe Berriozábal, Porfirio Díaz y Francisco de Lamadrid, tres columnas: la primera de 1,082 hombres, la segunda de 1,000 y la última de 1,020; además preparó otra

de 500 caballos a las órdenes del general Antonio Álvarez; el total de estas cifras coincide exactamente con el señalado por Roeder.

El jefe mexicano esperaba un ataque frontal, por sobre el camino de Veracruz; de allí por qué se alistara para extender su línea principal por ese rumbo, pues le parecía problemático que el enemigo embistiera por el de los fuertes; en previsión de que Márquez pudiera acercarse para entrar en combinación con Lorencez, había destacado a O’Horan y Carvajal por el camino de Atlixco, con una columna integrada por casi toda la caballería; por eso se había quedado con sólo la de Álvarez; de no haberse debilitado en esa forma, es casi seguro que en Puebla habría sucumbido el invasor.

Por la relación numérica de las fuerzas y principalmente por la calidad del ejército atacante, se dirigía el general en jefe al Presidente pidiéndole el día 3 con urgencia un refuerzo de 2,000 hombres y le advertía en la misma fecha al general Blanco, recién nombrado secretario de Guerra, que, “si el gobierno haciendo un esfuerzo supremo me mandara violentamente mañana 2,000 infantes, yo le aseguraría hasta con mi vida, que la división francesa sería derrotada precisamente el día 6”.

El 5 por la mañana, antes de entrar en batalla, Zaragoza le habló a gran parte de sus tropas; las arengó con esa oratoria nerviosa de los grandes momentos y así terminaría diciéndoles: “Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo, pero vosotros sois los primeros hijos del mundo, y os quieren arrebatrar vuestra patria. Leo en vuestras frentes la victoria; tengamos fe; ¡Viva la Independencia nacional! ¡Viva la patria!”; “un solo grito, dice un cronista de la época, se levantó de las tropas, grito que hacía más espeluznante el entusiasmo y el peligro”.

Desde el día anterior había dispuesto la colocación de las tropas del siguiente modo: Negrete con las suyas ocuparía los dos fuertes avanzándolas hasta poco más abajo del de Guadalupe; Berriozábal con las de su mando se situaría en la plazuela de San José; él con las de los generales Díaz y Lamadrid cubriría el punto de Los Remedios; la brigada Michoacán al mando del general Rojo se colocaría en la plazuela de San Francisco, al sur de Guadalupe; el batallón fijo de Veracruz por el mismo

rumbo; los rifleros de San Luis, a las órdenes del coronel Salazar, permanecerían de reserva en El Hospitalito; otras tropas quedarían a cargo del general Tapia en el perímetro de la ciudad y el regimiento de caballería del general Álvarez y el escuadrón del coronel Solís, se instalarían al pie y al noreste del cerro de Loreto.

Cuando Zaragoza percibió que el enemigo se encaminaba a establecer su campamento provisional al fondo y frente a los fuertes, para atacar por ese rumbo, ordenó que las fuerzas de Negrete avanzaran hasta las faldas del de Guadalupe y movilizó rápidamente a Berriozábal para que se colocase en Aránzazu, entre los dos cerros. Todo esto ocurría alrededor de las diez de la mañana y poco después de las once y media principiaban a caer entre las filas enemigas “las primeras flores” con que Puebla las recibía: la metralla de los cañones de Zaragoza.

Velozmente se desprendió la columna principal de los franceses, fuerte en 4,000 hombres que avanzó para desplegarse en línea de ataque sobre Guadalupe; la fracción republicana del coronel Juan. N. Méndez recibió el primer impacto; se replegó mientras se combatía tenazmente y cuando el enemigo estaba por llegar a su objetivo, se desencadenó Negrete desde el fuerte de Loreto alentando a sus tropas, obligándolo a retirarse hasta Rementería; para las doce treinta se había rechazado el primer asalto.

Después de replegarse, los franceses se reorganizaron para un segundo sobre la misma posición. Zaragoza movilizó velozmente los rifleros de San Luis para apostarlos al sur, pero muy cerca de Guadalupe, entre la Misericordia y Los Remedios; también movilizó los batallones de Zapadores y Reforma para situarlos en el barrio de Xonaca y en el cerro atacado.

Al dar la segunda carga los franceses, Zaragoza ordenó a Negrete que se colocara entre los dos cerros, a Berriozábal que con sus fuerzas se situase a la izquierda, al general Rojo que se localizase a la derecha con la brigada de Michoacán, quedando el Fijo de Veracruz y los Nacionales de Puebla en el centro de la línea de batalla.

La columna francesa se dividió en tres grupos: el del oriente avanzaba sobre el parapeto de Guadalupe; el segundo detrás del anterior, sobre el mismo objetivo, y el tercero sobre el ala izquierda entre los dos cerros;

este grupo fue rechazado, lo que permitió que la línea de batalla convergiera sobre la derecha enemiga hasta atacar por el flanco al primer grupo que se batía, lo mismo que el segundo, cuerpo a cuerpo en las propias trincheras de Guadalupe; fue el momento más encarnizado; lo mismo se peleaba con los rifles, con la bayoneta, con granadas de mano y hasta con piedras; por fin, nuevamente se retiró el enemigo; para las dos de la tarde se había rechazado su segundo asalto.

Todavía, con una bravura digna de su prestigio militar, intentan un tercer ataque, pero hacia el sur del cerro, encaminando dos columnas como de 1,500 hombres cada una; ahora se trataba de buscar otro punto de acceso a la ciudad.

En esa región se encontraban ya los rifleros de San Luis que ocupaban el tramo de La Misericordia a Los Remedios; el batallón de zapadores y el Reforma en el barrio de Xonaca, al sureste del cerro, y la brigada de Oaxaca que cubrió una línea entre los caminos que parten de Los Remedios a la garita de Amozoc.

También este tercer ataque se significó por lo sangriento; Zaragoza recorría la línea de batalla acompañado de los generales Ignacio Mejía y Garza Ayala, asistiendo a los puntos más comprometidos; el enemigo cargaba en varias direcciones como para romper el frente mexicano, pero entonces el general Díaz con la brigada de Oaxaca avanzó resueltamente sobre la izquierda francesa, forzándole la retirada y persiguiéndola con tenacidad hasta que recibió órdenes de contramarchar.

Esta tercera carga, dice un testigo presencial, autor del interesante relato publicado por el Profr. Salazar Monroy, la resistió el general Ignacio Zaragoza, quien montaba un caballo prieto, con bota fuerte, traje de paño color gris y cachucha azul oscuro con bordados de hilo de oro.

Cerca de la cuatro de la tarde el enemigo se disponía para una cuarta carga, dirigida otra vez sobre el cerro de Guadalupe; pero cuando ya avanzaba bajo el fuego de la artillería mexicana, se desató una fuerte tormenta eléctrica con copiosa lluvia de granizo que paralizó el movimiento de los franceses, pues les era imposible dar paso, y cerca de las cinco,



**General don Porfirio Díaz.**

cuando el cielo principiaba a serenarse, regresaron a su campamento donde se parapetaron para resistir.

Fue en esos momentos cuando Zaragoza que constantemente se había estado comunicando con México, mandó el siguiente telegrama:

Durante dos horas y media de combate nos hemos batido. El enemigo ha arrojado multitud de granadas. Sus columnas sobre el cerro de Loreto y Guadalupe han sido rechazadas y seguramente atacó con 4,000 hombres. Todo su impulso fue sobre el cerro. En este momento se retiran las columnas y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas. Comienza un fuerte aguacero.

En cuanto los franceses emprendieron francamente su retirada, Zaragoza recogió sus brigadas y las colocó frente al enemigo hasta el oscurecer en que de nuevo se situó en su primitiva línea de defensa.

De no haber distraído la caballería de O'Horan para neutralizar a Márquez que había sido batido en Atlixco hasta obligarlo a tomar el camino de Matamoros Izúcar, el 5 de mayo el ejército mexicano habría destrozado totalmente al invasor.

Zaragoza registra en su parte que las pérdidas francesas ascendieron a más de mil bajas entre muertos y heridos, además de 10 prisioneros.

El mismo autor a que nos referimos últimamente relata que los franceses perdieron 1,139 hombres entre muertos y heridos, así como 40 prisioneros; en tanto que las bajas mexicanas ascendieron a 490 muertos y 210 heridos, apuntando además, que el ejército nacional utilizó 190,000 cartuchos de fusil y disparó 2,150 cañonazos.

Roeder, basándose tal vez en el parte de Lorencez, refiere que al pasarse lista, éste pudo apreciar que su ejército había perdido 462 hombres, pero ya hemos visto que el francés era muy afecto a reducir sus bajas en los comunicados oficiales.

Muchos historiadores, al ocuparse de la batalla del 5 de mayo, afirman que para Zaragoza y sus generales fue una verdadera sorpresa la que llevaron al observar que el ejército francés se había retirado; el examen de los partes no revela precisamente eso; tal vez pueda haberles extrañado que el enemigo no volviera a la carga el día 6, pero la circunstancia de no

haber dominado la acción en un solo momento el 5, no le daba garantía alguna de vencer, más aún cuando Márquez se había vuelto ojo de hormiga y a la plaza llegaba la columna de O'Horan y luego, ese mismo día 6, el refuerzo de 2,000 hombres que desde México traía el general Antillón.

Durante dos días Lorencez estuvo reorganizándose en su campamento quizás en espera de la presencia de Márquez en la retaguardia de Zaragoza, pero el faccioso de Tacubaya andaba bien lejos y entonces el perdidoso inició definitivamente su retirada el 8 a las 4 de la tarde.

La batalla de Puebla se significó por la intrepidez, el arrojo y la disciplina del ejército enemigo, compensado ampliamente con la bravura de las tropas mexicanas y superado por la agilidad y rapidez de las maniobras para movilizar las corporaciones de que se disponía.

Los peritos en materia de operaciones militares y con ellos no pocos autores, consideran ese hecho de armas como de importancia secundaria, pero en el orden de la defensa nacional, sus repercusiones fueron altamente alentadoras; el país se conmovió entusiasmado, sacudió sus temores y se aprestó a redoblar su cooperación; el soldado mexicano cobró una firme confianza en su capacidad combativa y Lorencez, que se llamaba a engañado porque esperaba que la población de Puebla se encargara de liquidar a Zaragoza y porque lo de Márquez había resultado una pifia, se convenció de su jactancioso error cuando afirmaba que con sus 6,000 hombres se pasearía victorioso por todo el territorio nacional; Lorencez, al rendir su parte, hacía ver a su gobierno, con vista a una serie de informaciones recogidas, que por lo menos se requerían de 15 a 20,000 hombres para una invasión con seguridades de vencer; esto y no otra cosa era lo mismo que Prim advertía semanas antes.

Napoleón se indignó con su ineficaz soldado. Ahora se le decía al emperador en todos los tonos que el honor de Francia y el prestigio de sus armas estaban en entredicho; lastimada así la susceptibilidad del autócrata, se dispuso a organizar un nuevo ejército; ahora sí numeroso y al mando de un jefe acreditado; pero mientras esas tropas llegaran los franceses quedarían inmobilizados por cerca de un año.

Don Justo Sierra le da a la victoria de Puebla, si bien sin que Zaragoza se lo propusiera, resonancia de carácter continental al comentar:

El 5 de mayo hizo perder un año a los designios de Napoleón, claramente indicados en su famosa carta a Forey, respecto de los Estados Unidos; precisamente en los momentos en que Zaragoza defendía a Puebla, aparecía en primer término en la guerra separatista Robert E. Lee, el soldado genial que había de dar un carácter científicamente grandioso a la guerra; el emperador, dueño de México y debelador momentáneo de la República, en aquellos momentos desarmada, habría tenido un punto de apoyo admirable para aliarse con los sudistas y, con la ayuda, segura en aquellos días, de Inglaterra, reconquistar puertos y limpiar de estorbos marítimos la comunicación entre los estados rebeldes y el océano. Y esto era, quizás, la secesión definitiva. El 5 de mayo defendió Zaragoza en Puebla la integridad de la patria mexicana y de la federación norteamericana. Servicio involuntario, pero inestimable, que otros servicios de parte de los Estados Unidos [ninguno desinteresado], pudieron compensar, mas nunca superar.

En importante carta de semanas antes, Zaragoza comentaba la tendencia de los franceses a proteger a los secesionistas americanos.

El día 9 de mayo, cuando ya tuvo en sus manos todos los partes de sus jefes, Zaragoza rindió el suyo; es un comunicado sobrio y preciso, en el que, lejos de atribuirse méritos personales, destaca los de sus compañeros de armas.

El documento no por ampliamente conocido, puede faltar en un ensayo biográfico como el presente:

Ejército de Oriente. General en Jefe. Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué a esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte a usted. El enemigo me seguía a distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado a retaguardia de aquélla, la segunda brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar las fortificaciones de la plaza, que hasta entonces estaban descuidadas.

Al amanecer el día 4 ordené al distinguido general C. Miguel Negrete, que con la segunda división de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, y a su mando, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar de las brigadas Berriozábal, Díaz y

Lamadrid, tres columnas de ataque compuestas: la primera de 1,082 hombres, la segunda de 1,000 y la última de 1,020 toda infantería y, además, una columna de caballería con 550 caballos que mandaba el C. general Antonio Álvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

A las 5 de la mañana del memorable día 5 de mayo, aquellas fuerzas marchaban a la línea de batalla que había yo determinado, y verá usted marcada en el croquis adjunto: ordené al C. comandante general de artillería, coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola a la disposición del C. comandante militar del Estado, general Santiago Tapia.

A las 10 de la mañana se avistó el enemigo y, después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el Cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres con 2 baterías y otra pequeña de 1,000 amagando nuestro frente. Este ataque, que no había previsto aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia, que la brigada “Berriozábal” a paso veloz, reforzara a Loreto y Guadalupe, y que el “Cuerpo Carabineros a Caballo”, fuera a ocupar la izquierda de aquéllos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al Batallón Reforma, de la Brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que a cada momento se comprometía más en su resistencia. Al “Batallón de Zapadores” de la misma brigada, le ordené marcharse a ocupar un barrio que está casi a la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida a una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses, y en las tres fueron rechazadas con valor y dignidad. La caballería situada a la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

El C. general Díaz con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla y el resto de la de Álvarez, contuvieron y rechazaron a la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente a defenderse, pues hasta habían claraboyado la finca; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: mandé por tanto hacer alto

al C. general Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité a conservar una posición amenazante.

Ambas fuerzas beligerantes estuvieron a la vista hasta las 7 de la noche, que emprendieron los contrarios la retirada a su campamento de la hacienda de Los Álamos, verificándolo poco después la nuestra a su línea.

La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo y cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de 1,000 hombres entre muertos y heridos, y 8 ó 10 prisioneros.

Por demás me parece recomendar a usted el comportamiento de mis valientes compañeros: el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío, y por sí solo los recomienda.

El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

Las armas nacionales, C. Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al Primer Magistrado de la República, por el digno conducto de usted en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

Indicaré a usted por último que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar a las brigadas O'Horan y Carvajal, a batir a los ficciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa y al pequeño Cuerpo de Ejército de Oriente, de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que a ella concurrieron.

Libertad y Reforma: Cuartel General en Puebla, a 9 de Mayo de 1862. *I. Zaragoza*, C. Ministro de la Guerra.–México.

Esa victoria que justificadamente se ofrece como uno de los mejores ejemplos del patriotismo mexicano, obliga a reconocer que fue posible no sólo por la pericia del general en jefe, sino por el brillante cuadro de generales, sobre cuyos hombros pesó la responsabilidad de ejecutar con intrepidez el plan de operaciones.

En México el entusiasmo popular llegó hasta el Congreso que declaró el día 7 en un decreto lo siguiente:

Que han merecido el bien de la patria el C. general en jefe Ignacio Zaragoza y los CC. generales, jefes, oficiales y soldados del Ejército de Oriente que sostuvieron el honor y la Independencia de la República en las jornadas del 28 de abril en Acultzingo y el 5 del corriente en las inmediaciones de la ciudad de Puebla: en consecuencia da a tan esforzados y heroicos ciudadanos un voto de gracias.

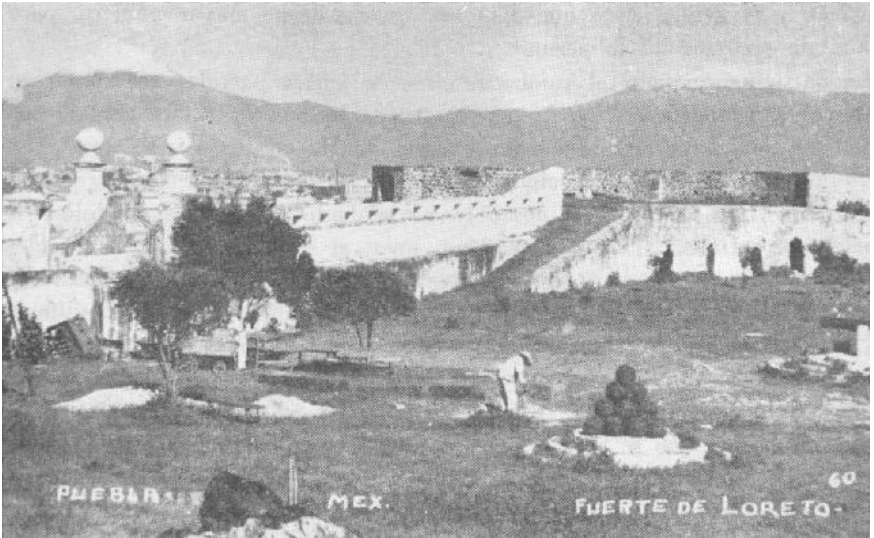
En la propia ciudad de México se inicia una suscripción popular para ofrecer una espada de honor a Zaragoza; la encabezan el Presidente y sus ministros, así como la totalidad de los miembros de la familia Juárez y de los secretarios de Estado Manuel Doblado, Jesús Terán y Miguel Blanco. Más tarde veremos la reacción de Zaragoza ante este homenaje.

El día 8 se registra en Puebla un ejemplo de la jerarquía civilizadora de la República en la atención de los heridos que se encontraban en los hospitales, ejemplo que inspiró el siguiente documento:

Consulado de Francia.— Los que suscribimos, habiendo presenciado todas las delicadas atenciones con que se hallan rodeados los prisioneros franceses y muy particularmente los heridos, venimos a cumplir un sagrado deber, manifestando a S. E. cuánto ha conmovido nuestro corazón una conducta tan noble y generosa de parte del gobierno hacia nuestros compatriotas, que los azares de la guerra han hecho caer prisioneros o se encuentran heridos; autorizados por un especial favor de S. E. a visitar y auxiliar a nuestros desgraciados compatriotas, como los fieles intérpretes de los sentimientos de gratitud que los animan por los cuidados esmerados que reciben.

Sírvase admitir a nombre de todos nosotros, la expresión sincera de nuestro agradecimiento, como también la presentamos a los señores facultativos, practicantes y oficiales del ejército, que visitan diariamente a los enfermos, dándoles verdaderamente pruebas de simpatía.

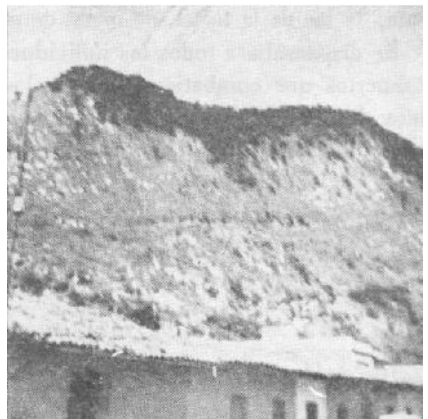
Reiteramos a S. E. las expresiones de consideración y respeto de sus atentos servidores.— Puebla, 8 de Mayo de 1862.— Víctor Herón; Agustín Binochi; E. Eugenio Lefenetre; Camilo Capier; E. Lamarque; L. Negrié; Bernard Abadié; Charles Reboriech; Luis Toussaint; Emilio Raymond; Emile Robert; Paul Clarion; Simón Beguerissi; G. Peters; René Valadié; Adrián Valadié; E. Larre; Juan Ferrand; Alfredo Lerroux; Emilio Diech; E. Naude; J. S. Villars; F. Beguerissi; J. F. Fioger; Pedro Bueguerissi; P. M. Valadié; Al Excmo. señor general don Santiago Tapia, Gobernador y Comandante Militar del Estado.



***Fuerte de Loreto (estado actual).***



***Iglesia de los Remedios, Puebla.***



***Cerro del Borrego. Orizaba, Ver.***

Tapia contestó en los siguientes términos:

Este gobierno, intérprete de los habitantes del estado, y seguro de ser los mismos que animan a la nación entera, ha recibido con sumo agrado la manifestación que usted y demás súbditos franceses residentes en esta ciudad, se han servido dirigirle, respecto de las atenciones y cuidados de que son objeto los individuos del ejército francés, que fueron heridos y hechos prisioneros de guerra en los cerros de Loreto y Guadalupe el día 5 del actual. Ella es una prueba a la faz del mundo civilizado, de que México, aún en el caso presente en que se ve obligado a defenderse de una agresión injustificable, no he perdido las simpatías por la nación francesa, aunque lamenta el error de sus gratuitos enemigos que han puesto a la República en el caso de sostener con las armas en la mano su independencia y su decoro. Con este motivo sírvase usted señor Cónsul y demás súbditos franceses que han firmado la comunicación que contesto, aceptar las seguridades de mi consideración y aprecio. Libertad y Reforma, Puebla, 9 de Mayo de 1862. *Santiago Tapia.*— Señor Cónsul Francés don Víctor Nerón.— Presente.

El día 9 Zaragoza gira desde Puebla una serie de telegramas al ministro de la Guerra relativos a la marcha del enemigo que va siendo hostilizado por la caballería, a la falta de recursos y al impacto que produjo en Puebla la victoria del día 5. Su penuria es tan angustiada, que no ha podido en esa fecha completar ni \$3,700.00 que importa un día de socorro para la tropa, pues apenas se pudieron reunir \$3,300.00. “La fuerza está sin socorro y casi sin rancho desde el día 5”.

Por fin el 10 recibe \$30,000.00 remitidos por el gobierno, que lo autoriza para gestionar un préstamo de 50 mil pesos, cosa que considera muy difícil. Va a darle nueva organización a su ejército y sugiere que el general Ignacio Mejía se encargue del mando político y militar de Puebla, para que el general Tapia pase como cuartel maestro del Ejército de Oriente.

Ese mismo día Zaragoza escribe a Juárez una carta para detallar sus telegramas. Le informa de cómo está preparándose para salir en persecución del enemigo, sobre el que marcha la caballería de Carvajal que le pone toda clase de obstáculos en el tránsito. Nada quiere aventurar para el éxito de las operaciones futuras y por eso está seleccionando 5,000 buenos infantes, más la caballería y la artillería de que dispone;

quería llevar mayor número, pero la falta de recursos no lo permite.

Le participa que para el rumbo se mueven varias partidas reaccionarias, por cuya razón necesita dejar bien resguardada la ciudad: (“esta ciudad execrable que no he incendiado porque existen en ella criaturas inocentes”). Le aconseja no confiar en los reaccionarios, pues con excepción de Negrete y unos cuantos más, son de lo peor, como lo ha probado la reciente defección de Echeagaray y Gálvez. “En consecuencia, pues, si se amnistían más rebeldes no me los mande usted, porque entonces no podré ni dormir”. Considera muy justo compensar a los valientes, pero no con empleos y grados militares que tan caro cuestan a la nación. “Expídanse cruces y medallas y la ambición militar quedará cubierta y los servicios premiados, sin crear nuevos elementos de bancarrota”.

Juárez, por lo que se verá después, parece haber acogido con simpatía la sugestión de Zaragoza; el 19 de mayo el Congreso expedía el decreto por el que se concedían sendas medallas a los que participaron en defensa de la nación en Acultzingo el 28 de abril y en Puebla el 5 de mayo. La primera llevaría en el anverso esta leyenda: “La República Mexicana a sus valientes hijos” y en el reverso, esta otra: “Combatí con honor en las Cumbres de Acultzingo contra el ejército francés el 28 de abril de 1862”. La otra condecoración era igual, pero en el reverso se cambiaba la leyenda por ésta: “Triunfó gloriosamente del ejército francés delante de Puebla el 5 de Mayo de 1862.

La del general en jefe sería de oro con un águila mexicana sobrepuesta; las de mayor general y jefes de brigada también de oro, pero con adorno también sobrepuesto; las de los demás jefes, hasta teniente coronel, de oro, sin adorno; las de los otros jefes, de plata sobredorada; las de los oficiales, de plata, “y las de la tropa, de metal de menor valor”.

Se dispensaba a todos los individuos de tropa y a los hijos de los mutilados y muertos que combatieron contra los invasores franceses, del pago de toda clase de contribuciones personales por diez años, para estos últimos se concedería preferencia, en igualdad de condiciones, para recibir educación en colegios nacionales, “o para las colocaciones a que puedan optar y sean de provisión del gobierno”.

## *Sobre el enemigo*

*Se reanuda la marcha.– Lo de la espada, para los hospitales...  
Un refuerzo que no se anuncia.– Peligrosa oficiosidad de  
González Ortega.– En la malla de un enredo.– Sobre Orizaba.– El  
desastre del cerro del Borrego.– Desfaciendo un entuerto.– Imposibilidad  
de una nueva ofensiva.– Desaliento de Lorencez.– Napoleón  
prepara una nueva columna.– Calma en el frente.– Juárez  
requiere nuevamente el auxilio de los gobernadores.*

Zaragoza principió a mover sus tropas con rumbo a Orizaba. Informado de que Márquez marchaba a unirse con Lorencez, destacó a Tapia con una brigada para que lo batiera; éste se situó en Barranca Seca y cuando prácticamente tenía derrotado al faccioso, llegó un batallón de 450 franceses que volvió adverso el resultado para las tropas nacionales. Por fin el hombre de Tacubaya se unía con Lorencez.

Desde antes de salir de Puebla, Zaragoza había dado a su Cuerpo de Ejército nueva organización; se compondría de la primera división de infantería a las órdenes de Berriozábal, con tres brigadas al mando, respectivamente, de los generales Caamaño, Díaz y Antillón; de la segunda división de infantería que jefaturaría Negrete, con dos brigadas mandadas por los generales Lamadrid y Rojo, y por una división de caballería que tendría por jefe al general Antonio Álvarez. La plaza de Puebla quedaría a las órdenes del general Ignacio Mejía, sustituyendo a éste como cuartel maestre, el general Tapia.

Desde El Palmar, el 23 de mayo, se comunica Zaragoza con la Secretaría de Guerra, para informarle que la falta de recursos viene

entorpeciendo el plan de operaciones en todo su desarrollo; por esta razón y mientras los obtiene situará la división de Berriozábal en Tehuacán y la de Negrete en Chalchicomula, formando así las dos alas a conveniente distancia del centro con base en la cañada de Ixtapa, donde quedarán la caballería y la brigada Jalisco.

El general De la Llave, después de guarnecer Perote y otros puntos del camino de Jalapa, ha ocupado el cerro de El Chiquihuite. Ahora se tienen noticias de que el enemigo está fortificando Orizaba.

El 25 comunica el ministro de la Guerra, general Blanco, que tiene instrucciones del Presidente para que con toda urgencia se remitan al Cuerpo de Ejército de Oriente toda clase de provisiones a fin de que pueda desarrollarse el plan, cuyas operaciones se han tenido que suspender.

Zaragoza, que sabe ya lo de la suscripción nacional para ofrecerle una espada de honor, se dirige a uno de sus amigos, al que le ruega influir para que lo que se recoja con tal fin, se destine a los hospitales militares, “pues si él había acaudillado a los ciudadanos, los que habían sufrido los dolores causados por las balas enemigas, merecían toda preferencia”. Así, no sólo confirmaba su modestia, sino su sentido humano; su punto de vista entrañaba un llamado para que cuanto recurso se obtuviera se destinara a fines más útiles para la defensa nacional.

En la primera decena de junio llegaba al campo de operaciones la división de Zacatecas al mando de González Ortega; la circunstancia de que no mediara aviso alguno sobre este movimiento, las murmuraciones circulantes, el conocimiento que de los enredos políticos de México tenía y las versiones de la prensa, todo esto, en conjunto, no dejó de sorprender el ánimo de Zaragoza; era sereno y confiado, pero no tanto como para pasar inadvertida la presencia de su amigo, tan afecto a manejar las cosas con su muy personal manera de ser.

Pese a todo eso, la prudencia se impuso, pero no sin aclarar cuanto pudiera haber detrás de la llegada del general zacatecano. En realidad no había nada, como no fuera la desatención del gobierno para comunicar al jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente la movilización de aquellas tropas.

Zaragoza preparaba el ataque a Orizaba cuando ocurrió el arribo de

los zacatecanos. González Ortega con una lamentable oficiosidad se dirigió a Saligny, con quien desde la época en que aquél fue ministro, lo habían ligado relaciones de una amistad que nunca fue más allá de atenciones protocolarias y de una que otra reflexión privada sobre los asuntos de México, para persuadirlo de la necesidad de llegar a un avenimiento antes de acudir a las armas; la gestión era privada; de tal propósito había conversado con Zaragoza, motivo que lo indujo a pensar en que estaba plenamente de acuerdo; lo indebido fue que éste no le marcara el alto, pero como lo embargaban tantas dudas sobre las posibles órdenes secretas que pudiera traer su subordinado, lo dejó obrar.

En la citada nota fechada el 10 de junio en San Agustín de El Palamr, le decía González Ortega a Saligny que acababa de llegar del interior con sus tropas, pero que antes de principiar las operaciones había resuelto comunicarse con él por medio de aquella nota confidencial, para darle a conocer las razones en que fundaba su petición; después de hablarle de la decisión del pueblo para sostener el gobierno y los principios republicanos, le hacía ver cómo de todas partes se ofrecían contingentes para la defensa del país, circunstancia indicadora de que la lucha sería larga y sangrienta; consideraba que no podía creer que “la culta Francia” hiciera suya una impostura a la que la habían conducido las falsas informaciones del grupo reaccionario, que no encontró otro camino para salvarse. Por todas esas razones lo invitaba a enmendar su error para salvar el buen nombre de su país, prescindiendo de la idea monárquica, desechando el plan impopular de Córdoba “y terminar de una manera honrosa para Francia y para México, por las vías diplomáticas, la guerra en que por desgracia se hallan empeñadas estas dos naciones”. A continuación le hablaba de la superioridad de fuerzas con que contaba el país; de los sacrificios económicos y humanos que su dominación implicaba para Francia, para concluir en la urgencia de un convenio, no sin observar que para esta instancia no tenía encargo ni del gobierno ni del Ejército de Oriente, pero que si [Saligny] aceptaba sus indicaciones, le encarecía comunicárselo inmediatamente, pues aun cuando el ejército se encontraba a las puertas de Orizaba, movilizaría su influencia ante su superior inmediato con objeto

de celebrar un armisticio que duraría el tiempo necesario para que la proposición llegara al gobierno,

para que, si lo estima por conveniente, como creo que lo hará, mande un comisionado con amplios poderes a fin de que se entienda con usted. No extrañe usted que nuestras operaciones militares sigan adelante mientras no reciba contestación de usted y el asunto de que se ocupa ésta deje de tener un carácter confidencial.

De esa carta dio cuenta a Juárez ese mismo día, adjuntándola a la que con ese motivo y para mayor explicación le remitió; lo trata de convencer de que con derrotar a los cinco o seis mil franceses de Orizaba, no se ha ganado la guerra, porque queda en pie el conflicto con Francia. Lo grave de su comunicado es la afirmación de que obró de acuerdo con Zaragoza; insiste en que es indispensable destruir la raíz de la invasión, acudiendo a la diplomacia ahora que se tienen todas las ventajas militares sobre el enemigo. Le aclara que no se suspenderán las operaciones a menos de que Saligny lo pida por medio de la carta que espera en respuesta a la anterior, en cuyo caso Zaragoza lo avisará al gobierno; le habla de la confidencialidad del asunto y para ponerse a salvo de cualquier sospecha, asegura que “Ya sea en el terreno de la diplomacia o en el de las armas, el problema quedará resuelto antes de cinco días”. Le informa que la noche anterior, Zaragoza le dio a conocer el plan de ataque formulado:

Dos fuertes columnas entrarán por distintas cañadas casi por rumbos opuestos a Orizaba. Una de estas columnas se compondrá de todo el Ejército de Oriente, la que llevará la artillería del señor general Zaragoza; la otra se compondrá de la división de Zacatecas y Durango, la que llevará una batería de montaña y será mandada por mí. Como según los informes que me da el señor general Zaragoza es muy probable que los franceses presenten una “campaña campal” a una de estas columnas antes de llegar a Orizaba, no sabemos a quién tocará la gloria de batir a los invasores de México.

No le da más detalles por temor de que se extravíe la carta. Y para darse más autoridad, le comunica que Zaragoza mandó ofrecerle, por conducto de Tapia, “el mando de general en jefe del Ejército de Oriente, mando que

no he aceptado porque mi único objeto y ambición es servirle a mi patria en cualquier línea...”

Esta nota, mezcla de buena fe, de ingenuidad, de indiscreción y, sobre todo, de menosprecio a los deberes militares, no dejó de preocupar al Presidente; de inmediato le respondió con una carta fechada el 13, en la que reconoce su buena intención, pero muy prudentemente reprueba esa conducta, “pues sabe usted muy bien lo peligroso que es que los jefes de los cuerpos entren en pláticas con el enemigo, y por eso la ordenanza se muestra tan rígida sobre este particular”. “Además en la situación a que han llegado las operaciones militares, ni el general en jefe puede ni debe provocar negociaciones diplomáticas con el comisario francés”. Le recuerda la clase de hombre que es Saligny y lo excita a que deje expedita la acción de Zaragoza para que obre militarmente. Y para que no le quede duda sobre su deber, termina diciéndole que mucho celebrará que la dicha carta no haya entorpecido las operaciones, “sino que siguiendo éstas el impulso que se les ha dado, me comunique usted pronto el triunfo de nuestras armas”. Juárez no quería saber más. Su actitud era categórica.

En menudo enredo había metido González Ortega a Zaragoza, quien no tardaría en darse cuenta de las desconfianzas y sospechas que en su contra había suscitado el entremetimiento del general zacatecano; pero ya revelaría en una de sus mejores cartas su postura en este incidente, carta que lo perfila en toda su rectitud; pero antes, ocupémonos de las operaciones de Orizaba.

Zaragoza con todas estas cosas no esperó nada; el 12 de junio se dirigió a Lorencez por escrito para decirle que tenía datos suficientes relativos a la protesta

que usted y los jefes y oficiales de la división de su mando han remitido... al emperador contra la conducta del ministro Saligny, por haberlos arrastrado con engaño a una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés...; [después le proponía] una capitulación honorable basada en la evacuación del territorio dentro de un plazo por determinar.

Muy distinto era el comportamiento del jefe del ejército mexicano; aquí se trataba de buscar una capitulación sobre la base de evacuar el territorio; es decir, se trataba de una comunicación con fines rigurosamente militares.

Lorencez no podía faltar a su formación castrense; y así replicó que, por carecer de facultades que su gobierno había conferido a Saligny, le era imposible entablar las negociaciones propuestas. Zaragoza no mentía en cuanto a las dificultades entre el diplomático y el soldado francés, pero éste silenció sus desacuerdos frente al enemigo y se condujo con estricto apego a sus deberes.

Lorencez tampoco esperó la resolución de Saligny sobre lo de González Ortega, sino que, acudiendo a la misma táctica de Zaragoza, se apresuró a construir obras defensivas y a recoger las partidas que andaban fuera. Su situación era muy difícil; su actividad era admirable, pero se le escapó ocupar el cerro del Borrego, una eminencia de 350 metros de altura que dominaba el acceso a la ciudad.

Zaragoza sí había advertido la importancia de aquella posición y ordenó a González Ortega la ocupara el 13, para que de allí desencadenara el asalto, al mismo tiempo que aquél, por rumbo opuesto haría lo mismo; como el jefe zacatecano demoró la ocupación, el ataque se dejó para el 14 al amanecer; ya Zaragoza se encontraba en las inmediaciones de Orizaba y González Ortega, por la noche, en su posición.

Lorencez percibió su peligroso descuido; pero no faltó un jefe, el capitán Detrié que, ignorando que el cerro estaba ocupado, tomó 75 hombres del 99 de línea y sigilosa y lentamente fue escalando la altura; cerca de la medianoche sus avanzadas se tropezaron materialmente con la republicana que no esperaba esta visita; toda la división zacatecana descansaba a más y mejor; Detrié no se amedrentó y echó mano de su audacia; la noche no permitiría que se dieran cuenta del reducido número de su fracción y se aprestó a combatir, mientras le llegaban otros 75 hombres de refuerzo; los republicanos, cogidos de sorpresa y pensando que se trataba de un enemigo numeroso que no acertaba a localizar entre las sombras de la noche, emprendieron la fuga, dejando 200 muertos y

heridos e igual número de prisioneros; para la madrugada la posición era de los franceses, y Zaragoza, deshecha la combinación, se retiró con todo su ejército para las antiguas posiciones. Soportó el desastre sin que, pese a su rabia, tuviera una palabra de recriminación para “el octavo durmiente” como algún liberal motejó con ironía a González Ortega, lo que no le impidió quejarse de “la brillante oportunidad que hemos perdido por el criminal abandono con que se hace el servicio frente al enemigo”.

Zaragoza, al regresar a Acultzingo, se encontró con cartas de México que no dejaban de confundirlo; seriamente contrariado, el 16 de junio se dirigió al Presidente, ahora sí en tono recriminatorio, sin amenazas, pero con dignidad:

Por su apreciable fecha 13 del corriente quedo impuesto de que han salido víveres para este Cuerpo de Ejército.

La mala inteligencia o falta de explicación del señor González Ortega en la carta que dirigió a usted, ha dado lugar a que se censure mi conducta; más mi condescendencia con él para que escribiese a Saligny, ni provino de la ignorancia de mis deberes, ni tuvo por objeto el que el señor González Ortega o yo entrásemos en negociaciones con aquel comisario; aunque con repugnancia y seguro de que Saligny es el hombre más predispuesto contra México, por cuya causa nunca esperé que diese resultado la carta del señor Ortega, consentí en que la escribiese, porque esto lo hacía tan sólo en lo confidencial y en ningún caso habría paralizado las operaciones militares sin orden de mi gobierno, a quien desde luego habría participado cualquiera coyuntura que se presentase para abrir negociaciones con la Francia, si así fuese conveniente. Comprendo que como soldado son muy limitadas mis facultades, y esté Ud. seguro que ni permitiré que otro se arroge ni yo me arrogaré autorizaciones de que carezco.

Por los partes oficiales verá usted que nos hemos retirados de cerca de Orizaba en el mejor orden. Consérvese usted bueno, y cuente siempre con el afecto...

Pero después de esto y de su puño y letra, se mandó con un largo y enérgico “aumento” relacionado con el ofrecimiento del mando a González Ortega, con cuyo motivo rechaza cargos y con toda entereza censura el desconcierto en que se le tiene y la falta de energía del gobierno para

ordenar los movimientos de algunas tropas. Tan severa llamada de atención, se advierte en estos términos:

El señor Doblado me ha escrito que en la misma carta del señor González Ortega dirigida a usted, éste le decía que yo le ofrecí el mando del ejército: diré a usted francamente lo que hay sobre este particular.

Hasta para mandar una guerrilla a incorporarse al ejército de mi mando, se me ha comunicado por el ministerio respectivo la orden dada al jefe para que lo hiciese con su fuerza; mas de la marcha del señor González Ortega con su división sólo recibía noticias por cartas privadas, sin explicación de que venía a mis órdenes o independientemente. Más todavía, los periódicos que no conocen la trascendencia de algunas cuestiones administrativas que llevan este carácter, o descuidan la proporción o los términos, referían que el señor González Ortega había tenido una conferencia con el gobierno a su llegada a la capital. Por otra parte el señor Ortega había llegado ya a Acultzingo, estando yo en El Palmar, y ninguna insinuación militar me había hecho de que viniese dependiente de mí, ni por cartas, ni por oficio, ni por la presentación de los documentos de estilo.

Tales circunstancias que para mí significaron **LA VACILACIÓN Y FALTA DE ENERGÍA DEL GOBIERNO PARA ORDENAR TERMINANTEMENTE SU DESTINO AL SEÑOR ORTEGA**, me obligaron a mandar a Acultzingo al cuartel maestro, a fin de que examinara el objeto con que había marchado el mismo señor Ortega, pues si venía independiente, yo debía saberlo de cualquier manera, y también debía averiguar si se le había prevenido obrase de acuerdo o en combinación conmigo, para obrar en el primer caso como me conviniese, y evitar en el segundo **ESA FUNESTA TEMPERANCIA DE QUE SE “USA” CON FRECUENCIA ENTRE NOSOTROS EN EL SERVICIO MILITAR, PORQUE INDUDABLEMENTE TODO EL EJÉRCITO SE ENCONTRARÍA INUTILIZADO, ENCONTRÁNDOSE CON DOS JEFES; Y COMO YO CAREZCO ADEMÁS DE TODO GÉNERO DE PRETENSIONES, OBSERVANDO COMO REGLA MÁS SEGURA DE MIS ACTOS, LA LEALTAD, LA FRANQUEZA Y EL PRUDENTE DESPRENDIMIENTO, HICE RECORDAR AL SEÑOR ORTEGA ESTAS CUALIDADES QUE ME GLORIÓ DE POSEER, INDICÁNDOLE DE MI PARTE QUE, SI EL GOBIERNO LO HABÍA INVESTIDO CON EL MANDO EN JEFE, ME HALLABA EN LA MEJOR DISPOSICIÓN DE ENTREGÁRSELO, O QUE DE UNA VEZ Y ANTES DE QUE LAS TROPAS SE AGLOMERASEN SIN EL ORDEN DEBIDO, ME EXPLICARA EL OBJETO DE SU MARCHA, O MÁS BIEN LA EXTENSIÓN DE LAS ÓRDENES QUE HABÍA RECIBIDO.**

Demasiado sé que el mando de las armas es atribución exclusiva del que ejerce el poder supremo de una nación, el cual una vez conferido por éste a algún individuo no puede por sí mismo delegarlo a otro, sino en los casos

que demarcan las leyes, o por adiciones de las órdenes anteriores o por posteriores disposiciones; **NO FUE LA IGNORANCIA DE LO QUE DEBO HACER, LO QUE ME OBLIGASE A HACER EXPLICACIONES AL SEÑOR ORTEGA Y PEDÍRSELAS EN ASUNTO TAN GRAVE, SINO LA CARENCIA ABSOLUTA DE LAS NOTICIAS QUE SOBRE SU MARCHA DEBÍA TENER, A LO MENOS DESDE QUE PISÓ EL ESTADO DE PUEBLA.**

Disimúleme usted que me haya difundido, mandando como siempre a su amigo y servidor que por segunda vez repite lo aprecia. *I. Zaragoza.*

Juárez leyó pacientemente aquella andanada y con su habitual prudencia guardó con discreción la carta y no se ocupó más del asunto.

El gobierno es el que se empeña ahora en un nuevo ataque a Orizaba y aun a Córdoba; pero perdida la oportunidad de sorprender a Lorencez, Zaragoza se pronuncia por un nuevo plan, como lo consigna en su carta para Juárez, suscrita en Acatzingo el 27 de junio, en cuya parte medular y después de considerar el inconveniente de una nueva operación sobre aquella plaza dice que si no es imposible, sí es muy difícil; refiriéndose a la posición topográfica de la ciudad añade:

Es tal que una vez imposible el ataque que emprendimos, ya que el enemigo ha tomado sus precauciones para evitar un segundo, el amagar de flanco o retaguardia no cabe, de flanco por lo expuesto, a retaguardia porque además de que la estación imposibilita el tránsito de fuerzas regulares por los caminos que pudieran tomarse, estas fuerzas sólo podrían llevar piezas de montaña, débiles para emprender(la) sobre las fortificaciones que el enemigo ha hecho en Córdoba. No es esto todo: aquella fuerza lo menos por veinte días quedaría en un terreno en que la carencia de recursos es tal, que aun las guerrillas del país viven con dificultad. Parece a primera vista que esta operación pudiese verificarse tomando la carretera de Jalapa con los trenes necesarios a Paso de San Juan, para de allí tomar la de Orizaba, mas esta operación dilataría por el estado en que se ponen los caminos en la estación presente y suponiendo su éxito favorable en el Chiquihuite, tiene el inconveniente que ya dije, la falta absoluta de víveres; se perdería la fuerza por el hambre y por las enfermedades a consecuencia de las lluvias y de lo insalubre de aquellos puntos.

He meditado bien todo lo anterior y le aseguro a usted que fuera de atacar de frente, esto es por La Angostura, no nos queda medio alguno para intentar algo. Esto como dije a usted en mi anterior no es más que opinión mía hecha

en lo confidencial; mas si dispone que se emprenda la operación se hará; pero es preciso mil tiendas de campaña capaces para contener ocho hombres cada una, víveres para 20 días y al menos media paga para el ejército, pues verdaderamente se halla agobiado por la miseria.

Con estos elementos ya se podría hacer algo y será necesario batir y quitar el Cerro del Borrego, que el enemigo ocupa fortificado, lo cual costaría alguna gente.

Tales son las apreciaciones que de la presente campaña he hecho, y ellas me han inducido a guardar una posición defensiva, reforzando en lo posible la línea de Jalapa y protegiendo las guerrillas de la tierra caliente.

El enemigo tampoco podrá hacer nada sobre nosotros y si lo intentara estoy seguro de que lo amolaríamos.

Agradezco mucho que usted con la bondad de siempre, atendiera mi recomendación con respecto al nombramiento del licenciado Hernández. Creo que él dará buenos resultados.

Creo que el señor Llave insistirá en ir a México, pues desea entrar en explicaciones con usted y con el señor Doblado, en relación a (su) eliminación del mando en el estado de Veracruz.

He nombrado al general Porfirio Díaz, general en jefe de la división Llave, de la cual formará parte su brigada.

El pliego para Hernández y Hernández ha sido remitido. Soy de usted como siempre...

Ahora nuevamente acude a su antigua táctica: inmovilizar al enemigo; hostilizarlo cuando se pueda; estorbarle los aprovisionamientos y dejar que la temporada de lluvias y el clima recojan su cosecha en aquel ejército que ni puede ni quiere avanzar.

No obstante el triunfo alcanzado en la defensa de Orizaba, Lorencez se muestra desalentado y por eso escribe así a París:

Parece que nuestra impopularidad no ha hecho más que aumentar después del fracaso delante de Puebla:... más que nunca debemos convencernos de que no tenemos aquí (a) nadie en nuestro favor. El partido moderado no existe; el partido reaccionario está reducido a la nada, y es odioso. Los liberales se han dividido los bienes del clero, y esos bienes constituían la mayor parte de México. Fácil es deducir de este hecho el gran número de personas interesadas en que el partido clerical no se levante. Nadie quiere aquí la monarquía. Ni siquiera los reaccionarios. Todos los mexicanos están infatuados con las ideas liberales en lo que tienen de más estrecho, y aceptarán

como preferible a la monarquía el destino de ser absorbidos por los americanos.

Pero ya Napoleón preparaba una poderosa columna que pondría a las órdenes del general Forey, veterano de las campañas de Crimea y de Italia, y a quien el emperador venía instruyendo sobre su función militar y política en México, pero dejando a salvo a Saligny, porque “es el único que conoce el país a fondo”; después insistiría en lo de siempre: “el dique contra la expansión americana; el aseguramiento de las colonias francesas en las Antillas y las de la ingrata España”; la influencia benéfica de Francia hacia el norte y el mediodía, “creando inmensos mercados para nuestro comercio y asegurándonos las materias indispensables para nuestra industria”.

A todo hombre le es necesario soñar; pero Napoleón desde hacía tiempo padecía un delirio mesiánico y adelantaba sobre México la garra de su locura.

Julio pasa en relativa calma; Zaragoza adiestra sus corporaciones; selecciona sus tropas y elimina a cuantos se vuelven reacios a la disciplina y al buen nombre del ejército; el día 7 retira del servicio a los escuadrones Valencia y López, de la brigada Chavarría, porque es una “tropa muy desmoralizada”, que con el cuento de la falta de haberes comete toda suerte de desórdenes; ha dado instrucciones para que se entreguen esos cuerpos al gobierno en la capital de la República y sugiere que con todo y jefes se les refundan en unidades permanentes “pues habituados aquéllos con sus soldados a una vida de holganza”, su baja redundaría en perjuicio público.

Organiza el servicio de guerrillas que ya opera interrumpiendo las comunicaciones del enemigo embotellado en Orizaba, para privarlo de víveres y de toda clase de elementos.

Le cobra gran simpatía a las recién llegadas fuerzas de Chiapas por la buena índole de sus gentes y su mejor disposición para servir en el ejército; sólo lamenta su dificultad para aclimatarse, lo que ha ocasionado algunas bajas; también le conmueve la calidad de su armamento: fusiles de chispas unos, de percusión otros, de distintos calibres y la mayoría en mal estado,

pero tiene la seguridad de que se transformarán en muy buenos soldados.

Juárez, mientras tanto, informado de que Francia prepara nueva expedición, se dirige a los gobernadores para solicitarles su cooperación en víveres o numerario, pues se desea asestarle un golpe definitivo a los de Orizaba antes de que les lleguen refuerzos; insiste en la necesidad de llevar al frente de batalla:

viveres en abundancia, municiones, tiendas de campaña, para que a los diez o doce días no esté nuestro ejército derrotado por el hambre, pues estando enteramente arruinadas las poblaciones inmediatas, no pueden éstas dar ningún auxilio, que es preciso llevar desde aquí o desde puntos lejanos.

Las únicas operaciones, y eso de carácter secundario, son las de las guerrillas; el 20 de julio se desprende de Orizaba una fuerza de caballería sobre Acultzingo, seguramente en busca de víveres; sorprenden al pequeño destacamento y saquean la población, pero a poco llega el escuadrón liberal del comandante Ugalde y les da alcance, causándoles varios muertos, capturando siete prisioneros y quitándoles gran parte de objetos robados que se devuelven a sus dueños; entre los muertos figuran “los titulados coronel Epifanio Ruiz, teniente coronel Agapito Gómez, comandante Martínez, capitán Lino Zúñiga y dos oficiales más”. Zaragoza, que se encontraba en su cuartel general de Acatzingo, da parte de este suceso el 1º de agosto, fecha en que manda fusilar a los prisioneros. Para algunos contrastaba este rigor con la benignidad dispensada a los franceses, pero esto de sumarse a los invasores que atentan contra la soberanía de una nación, siempre ha sido duramente castigado, en México y en cualquier parte del mundo.

La guerrilla del coronel Quezada había sorprendido en Fortín, a inmediaciones de Córdoba, a 300 facciosos mandados por Vicario; entre los muertos quedó Manuel Bonilla, segundo en jefe de aquella partida.

## *La enésima crisis*

*Vuelve la agitación al Congreso.— Renuncia de Doblado.— Una consulta y una respuesta ejemplar.— Zaragoza en la capital.— De nuevo en el frente.*

En el Congreso, en el que no hay unidad sino bajo la presión de graves peligros, principia a censurarse<sup>o</sup> lo que muchos llaman inactividad y otros ineptitud del gobierno; pero lo más crítico de aquella agitación, es el cargo de que Doblado la promueve para atacar al personal de la administración. De esta suerte el día 13 de agosto estalla en México la nueva crisis; Doblado se retira del Ministerio; la razón que expuso al Presidente fue la de que se le estaba acusando de atacar los principios liberales “y de destruir al personal del gobierno”; y aun cuando sabía que Juárez no comulgaba con esas versiones, la grito provocada podría llevar sus efectos hasta los estados sembrando la desconfianza; lo que podría originar en cualquier lugar un motín y...

entonces el gobierno, decía Doblado a Juárez, se vería precisado o a contestar a los motineros o a ceder a sus pretensiones, y en cualquier extremo se empeoraba la situación. Que lo más prudente era quitar el pretexto retirándose él a prestar sus servicios como lo juzgara conveniente el gobierno.

La renuncia fue aceptada, separándose Doblado “en la mejor armonía” y tan así fue que al día siguiente se le designó general en jefe de las fuerzas que operaban sobre Mejía; ese encargo le era muy conocido, pues antes

lo había desempeñando con éxito y además le permitía conservar su dominio político en Guanajuato y en los estados circundantes.

La dimisión de Doblado era asunto grave, habida cuenta de su notoria capacidad; el Presidente debe haberse sentido hondamente preocupado y acudió en busca de consejo a sus amigos; así, el 14 de agosto, le escribió a Zaragoza pidiéndole su opinión sobre la crisis que se presentaba; esta nota revela la ilimitada confianza de Juárez en su exministro de Guerra, cuyos juicios cautos, discretos, limpios, inteligentes y reflexivos, siempre eran expuestos con entereza y claridad; además, como lo observa don Justo Sierra, Zaragoza era en aquellos días el ciudadano armado más importante de México. Su apoyo daría fuerza incontrastable al gobierno; pero el soldado norteño no era político ni nada quería saber de esos achaques; dijo su opinión sin rodeos; con hermosa sinceridad y definió su posición de soldado, cuya tarea no podía ser otra que la de responderle al país de la defensa de sus soberanía y al Presidente de su lealtad a las instituciones.

Zaragoza andaba recorriendo su línea cuando llegó la nota de Juárez y fue hasta el 18 [21 días antes de la muerte del héroe] cuando, desde El Palmar, dio respuesta a la instancia, en una carta, de las últimas de su puño y letra que se conservan en la correspondencia del *Benemérito*:

La marcha que he tenido que emprender para asuntos del servicio, me ha impedido contestar la suya fecha 14 del actual.

En efecto, señor, la separación del señor Doblado del ministerio es una cosa grave por las circunstancias que está atravesando la nación, porque él había sabido hasta ahora manejarse de tal manera que prestaba servicios interesantes a la República.

Pero ese suceso, tan grave como lo juzgo, no ha influido ni influirá en nada respecto a la situación del Cuerpo de Ejército de Oriente. Su patriotismo, su deber, su honor, le tienen enfrente del enemigo de la Patria, **Y DESDE EL GENERAL EN JEFE HASTA EL ÚLTIMO DE LOS SOLDADOS, SABRÁN CUMPLIR CON LA OBLIGACIÓN QUE TIENE COMO MEXICANOS.**

Sea cual fuere el gabinete que forma usted, todos los que tenemos mando e influencia en estas tropas, estaremos conformes y secundaremos sin vacilar las patrióticas miras del gobierno, pero **PUESTO QUE ME HACE UNA INDICACIÓN PARA QUE LE DÉ MI PARECER RESPECTO DEL NUEVO MINISTERIO**, me permito dar

a usted mi opinión, la cual ruego a usted **TENGA PURA Y SIMPLEMENTE COMO LO QUE ES EN SÍ; ES DECIR, COMO UNA OPINIÓN PARTICULAR.**

Creo, ante todo, que los hombres que hoy deben ponerse al frente de los negocios, deben tener antecedentes que los hagan merecer la confianza del Primer Magistrado del país, **Y LA DE LA GRAN MAYORÍA DEL PARTIDO LIBERAL;** sin estas dos condiciones se aumentarían los obstáculos que siempre rodean a los gobiernos (,) por esto opino, por que llame usted a su lado a los señores don Francisco Zarco y don Juan Antonio de la Fuente, cuya ilustración, conocimientos y patriotismo le son a usted conocidos, así como a la nación. Ambos han dado pruebas evidentes de su saber: el señor Zarco, a pesar de la grita que se levantó contra él, supo desempeñar dignamente su puesto, en medio de mil dificultades diplomáticas. El señor De la Fuente, ha sido tal vez **EL ÚNICO MINISTRO (EN EL) EXTRANJERO QUE HA DIRIGIDO A UN GOBIERNO UNA NOTA EN QUE DEFIENDE A SU PAÍS CON TANTA ENERGÍA COMO LA QUE ÉL TUVO EN LA QUE DIRIGIÓ AL EMPERADOR DE FRANCIA.** Ésas son las razones porque creo que esos dos ciudadanos harían bien en el gabinete. Pero repito a usted que esa no es más que mi opinión, y que yo, y todos los jefes de este cuerpo de ejército quedaremos contentos con el Ministerio que Ud. nombre, y esto se lo aseguro a Ud. porque en este sentido he recibido protestas, ya en lo particular, ya por escrito, hasta del mismo general Antillón, quien, como antes, servirá sin vacilación a la causa de nuestra independencia.

Cuando venga el señor Llave hablaré con él y arreglaremos lo concerniente a las operaciones militares.

Respecto de la situación que guardo con el general Ortega, no puede ser mejor. El general Ortega es un verdadero patriota que lejos de poner obstáculo ninguno, trata de quitarlos, olvidando si los tiene, hasta sus disgustos personales, y sirviendo de buena fe como excelente mexicano, como verdadero liberal la independencia de la República.

Ahora que he visitado las divisiones, las he visto en una falta casi absoluta de vestuario: **NO PUEDE USTED IMAGINARSE LA PENA QUE CAUSA VER A ESTOS HOMBRES QUE ACASO VAN A MORIR Y QUE NI SIQUIERA TIENEN CON QUÉ CUBRIRSE. POR LO MISMO, RUEGO A USTED ENCARECIDAMENTE MANDE CONSTRUIR CINCO O SEIS MIL VESTUARIOS, PERO QUE ÉSTOS SEAN COMPUESTOS DE CAMISA Y CALZONCILLO DE MANTA, Y PANTALÓN Y CAPOTE DE PAÑO, PUES NO TIENEN CON QUÉ TAPARSE Y HAY VECES EN QUE DUERMEN CON LA ROPA MOJADA.** Consérvese usted bueno... (Aumento). Estamos malísimamente de provisiones, pues se han acabado enteramente las últimas que llegaron en el convoy de principios de mes. Tengo necesidad de dirigirme diariamente a

los pueblos para poder vivir con mi ejército y esto se me tiene a mal por los gobernadores de los estados. Llamo a usted mucho la atención sobre esto. Esta tarde he hablado en La Cañada de Ixtapa con el señor Ortega, está en el mejor sentido que usted pueda figurarse. Es hombre de fe y patriota. Su servidor y amigo. *I. Zaragoza.*

Qué hidalga lección de patriotismo; qué apego tan diáfano a la amistad; qué concepto tan sereno de los hombres; cuánta nobleza en su actitud, y al final su mensaje humano sobre lo que más le hiere, la vida que llevan sus soldados y lo que para ellos pide; de éstos habla como si fueran sus hijos; así los llamaría públicamente; en realidad era el hermano mayor de aquella gran familia de patriotas.

Tal vez Juárez no se sentía muy seguro de González Ortega; su gobierno siempre trató de apoyarse en cualquiera de los tres hombres fuertes con dominio político en grandes zonas del país: Doblado, González Ortega y Vidaurri; conjeturamos que a eso se debe la pregunta que le hacía sobre las relaciones que el jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente llevaba con el militar zacatecano, al que defiende en forma reiterada.

Pero Zaragoza desconfió del medio político de la capital; quizás intuyó el peligro de una asonada en aquellos instantes supremos y ese mismo día partió para México. Sabía bien que su presencia, la presencia del héroe, desarmaría a la pasión, y así fue.

Llegó el día 20 de agosto a la capital; sin anunciarse; sin fanfarrias ni desplantes; sin vanidades ni arrogancias; calladamente y sólo acompañado de sus ayudantes descendió de la diligencia de servicio ordinario; ni siquiera quiso entrar de día; lo hizo de noche, y sin darse tiempo para abrazar a su madre y besar a su hija, cuya orfandad le torturaba, se encaminó primero a palacio y conferenció largamente con Juárez.

El 21 la prensa denunció su llegada y entonces el pueblo, sin invitación de nadie, sino impulsado por sus sentimientos, se arrojó a la calle en busca de Zaragoza; éste se había refugiado en Palacio para que no lo buscasen en su casa, mientras la multitud se reunía en la alameda; no se sabe de dónde salieron bandas de música, banderas y flores; el desfile era imponente por lo espontáneo del entusiasmo; en algunos de los despachos del viejo

edificio virreinal recibió a las comisiones de la multitud que acudieron a felicitarlo y a las que agradeció el homenaje con su acostumbrada humildad.

“Su popularidad, dice don Justo Sierra, al comentar este suceso, no era de muchedumbres tumultuantes como la de González Ortega el año anterior. Se formaba de una fe mística en la potencia del héroe para conjurar los desastres...”

A don Juan Antonio de la Fuente, Zarco, Iglesias y los principales hombres públicos de entonces, les conmovía la modestia de Zaragoza frente al homenaje de la muchedumbre, circunstancia que haría exclamar a Iglesias. “He aquí a un héroe de la antigüedad”.

Sus amigos le obsequiaron con un almuerzo y después con una comida, dice don Manuel Z. Gómez, en la que por última vez le vimos contestar con afabilidad y sumamente conmovido, a los elogios que se le tributaron en los expresivos brindis que le dirigieron el ciudadano Presidente y algunos particulares. Zaragoza hacía recaer el mérito de la acción del 5 de mayo en sus compañeros, en el valiente ejército que tenía el honor de mandar, y protestó a su nombre, que sucumbiría primero que dejar mancillar el decoro nacional, en cuya patriótica tarea sabía bien que sería secundado a su vez, por el pueblo de esta capital y el de la República toda, que pelearía con el mismo valor y entusiasmo. Dijo que la atención de aquel ejército era exclusiva a sólo el preferente objeto de la guerra extranjera: Que había en él unión íntima, subordinación y disciplina, y tenía ciega confianza en el supremo gobierno, quien podía obrar con entera libertad, y con la plenitud de sus poderes, seguro de que no encontraría las menores trabas en el mencionado ejército. Y expresó textualmente: “Todos los que lo componen [añadió para concluir], son mis hijos, son mis hermanos, y yo sólo le ruego al supremo Magistrado que haga porque se les proporcione cuanto contribuya a satisfacer sus precisas necesidades, ya que las escaseces generales no permiten atenderlos en todo, como estoy seguro que lo desea el mismo digno Magistrado, y ellos se lo merecen...”

Por la noche se le ofrecería un concierto; ya se preparaban nuevos homenajes para el siguiente día, pero los eludió; oscura la mañana del 22, se despidió para siempre de su hija, besó a su madre, “tomó la diligencia y se perdió en las sombras de la noche y de la muerte”.

Su sola presencia había sido la mejor invocación al patriotismo y la concordia; la agitación se había serenado y Zaragoza volvía con los suyos al campamento, frente al enemigo que más allá del mar seguía tejiendo una corona de espinas.

El 23 terminaba la crisis ministerial; el licenciado don Juan Antonio de la Fuente ocuparía la Secretaría de Relaciones y Gobernación; don Higinio Núñez la de Hacienda, en tanto que continuarían en la de Justicia don Jesús Terán y en la de Guerra el general Miguel Blanco Múzquiz.<sup>11</sup>

En el frente de batalla había inquietud por el intempestivo viaje de Zaragoza; pero cuando el 25 volvió a su cuartel general, hubo fiesta en todos los campamentos.

El 26 despachó los asuntos pendientes y el 27 dictó una de sus últimas órdenes:

Habiéndose restablecido de sus heridas los prisioneros franceses del día 5 de mayo, sargentos cazadores Carlos Delfin, zuavo Eugenio Proisaeet y soldado de infantería de marina Leimon Igrofroy Roctx, he dispuesto marchen a incorporarse a su ejército, siguiendo la conducta observada hasta hoy con los demás prisioneros.

El 29 se dirigió a las Cumbres, donde por la noche, antes de marcharse a descansar, llamó a González Ortega, que se sentía enfermo, para anunciarle que por la mañana del siguiente día, a muy temprana hora, saldrían a recorrer la línea de operaciones; quería ver cómo andaban sus tropas. Se acostó en su catre de campaña y poco después dormía profundamente. El silencio reinaba en todas partes, acaso interrumpido apenas por el tropel de alguna patrulla; pero sobre el humilde aposento del héroe rondaba ya el fantasma de la muerte.

---

<sup>11</sup> Después de su presencia en México durante el mes de agosto de 1862, Zaragoza, al informarse de la designación del Lic. don Juan Antonio de la Fuente como jefe del gabinete, le dice al presidente Juárez: "Es verdaderamente un suceso por el cual debemos felicitarnos la entrada del Sr. De la Fuente en el Ministerio, porque su patriotismo y la energía con que se condujo en París respecto de nuestras cuestiones, son una garantía de que el honor de la República saldrá sin mancha de sus manos".

## *La última jornada*

*Por los campamentos.– Un ligero malestar...– Puebla. Curso de la enfermedad.– La épica agonía.– “Son las diez y diez minutos, acaba de morir el general Zaragoza...”– Duelo y homenaje nacionales. – Escobedo escolta el cadáver de Zaragoza.– Benemérito de la Patria.– El funeral del héroe.*

Muy temprano dejó el lecho; se afeitó cuidadosamente; se aseó luego; se caló los pequeños espejuelos; se vistió con su traje de campaña; tomó su parco desayuno acompañado de González Ortega y salió rebosante de espléndida salud; ya lo esperaban su ayudante, su secretario, el jefe de su estado mayor y la escolta; montaron en sus caballos y se perdieron por el polvoriento camino. El vencedor de Calpulalpan todavía se quejaba de penoso malestar.

El recorrido se prolongó tal vez por dos días; en cada destacamento se detenía Zaragoza; charlaba con sus soldados; comía con ellos; visitaba los enfermos donde los había; recogía noticias, dictaba acuerdos y descansaba en los puntos ya previstos, a veces en el mismo vivaque de la tropa; había algunos casos de tifo, pero Zaragoza se sentía inmune a toda enfermedad; siempre pensó que su destino habría de cumplirlo una bala en el combate o en cualquiera otra parte, menos un padecimiento en el lecho de un paciente.

Estaba acostumbrado a la inclemencia; en muchas ocasiones, a través de su hazañosa carrera, había dormido a campo raso: la montura por cabecera, los sudaderos por colchón y el capote campañero por cobija y

a veces bajo el amparo del cielo o junto al tronco de un árbol. Era un soldado y no se sentía ni más ni menos que un soldado.

Seguramente en esa camaradería con la tropa o en alguna tienda de campaña, mientras conversaba, o en el astroso petate de algún enfermo, recogió su cuerpo la causa del tifo.

Cuando regresó a El Palmar, de paso para Acatzingo, traía un fuerte dolor de cabeza, los ojos enrojecidos, el cuerpo muy quebrantado y alta temperatura; no se preocupó; atribuía el malestar al chaparrón que los había sorprendido en camino “mañana estaré bien, después de descansar”; pero al siguiente día, quizás el 1º de septiembre, la temperatura seguía igual; así resistió hasta el 3; su secretario y el jefe de estado mayor pensaron en el tifo y, por sí o por no, determinaron llevárselo a Puebla.<sup>12</sup>

Adecuaron un vehículo, tal vez un guayín que encapotaron, tal vez una diligencia; le prepararon una cama y salieron de Acatzingo; varios aguaceros dificultaron la marcha; la fiebre continuaba y al fin, seguramente ya bien entrada la tarde, se acercaban a la llanura de Puebla, donde cuatro meses antes cabalgando su corcel de guerra animaba a las tropas en sus trincheras.

Desde su arribo a Puebla, los médicos se dieron cuenta de que era un caso serio, pero no necesariamente mortal, dada la recia constitución del enfermo; el 5 pareció recobrase y hasta se pensó en una mejoría, pero por la noche la cefalea fue más intensa, el malestar general desesperante y la fiebre tan alta, que el 6, a las 11 de la mañana, principió a delirar; en esta

---

<sup>12</sup> El 31 de agosto de 1862, apenas ocho días antes de su muerte, Zaragoza dirige al general Blanco esta, carta, tal vez la última que salió de las manos del héroe:

Palmar, agosto 31 de 1862.

Estimado amigo y compañero:

Me he impuesto por la de Ud. fecha 27 de la llegada del Sr. Gral. Patoni a esa ciudad, y de que el lunes continúa su marcha para este cuerpo de Ejército.

Respecto de la artillería de a 4, me es inútil, porque es descalibrada; y en cuanto a la rayada, si tienen ya granadas, mándemelas Ud.; pero no en caso contrario.

He visitado las Cumbres y a pesar del mal tiempo, se trabajan las fortificaciones, y nuestro campamento está en el mejor estado posible.

Consérvese Ud. bueno y cuente como siempre con el afecto de su amo. y compo. que lo aprecia. *I. Zaragoza*

Recomiendo a Ud. muy mucho cumpla lo que ofreció el Gbo. para los gastos de las fortificaciones de Puebla.— *Zaragoza*.

ocasión, como en las siguientes, sus alucinaciones fueron en torno de la guerra y del ejército; comenzó por pedir sus botas de montar y su caballo, pues debía salir y visitar las divisiones. Porque se le contuvo, increpó a sus ayudantes y a los médicos.

En México, tanto el Presidente como los ministros principiaron a consternarse; la alarma cundió cuando en *El Siglo XIX*, del día 6, se informaba que desde el 4 había llegado Zaragoza a Puebla para curarse de una fiebre recientemente contraída.

Este desgraciado accidente, decía la nota, sobre todo en estos momentos, será deplorado por el ejército y por la nación entera, y debe ser motivo de pesar para el valiente caudillo, por haber tenido que separarse en este momento del glorioso puesto que ocupa. Ardientemente deseamos el pronto restablecimiento del señor general Zaragoza.

Ese mismo 6, González Ortega tomaba provisionalmente el mando del Ejército de Oriente y salía de México para Puebla la señora madre de Zaragoza con una de sus hijas, así como el doctor Juan Navarro, enviado por el Presidente a solicitud del enfermo en uno de sus periodos de lucidez.

Por la noche, subió otra vez la fiebre; Zaragoza estuvo dando órdenes a Negrete para que forzase la línea izquierda del enemigo y a Berriozábal para que con cuatro columnas avanzara por el centro; después de un momento de sombría contemplación, empezó a sonreír y a exclamar: “ya corren los zuavos, en América no son tan intrépidos como en Europa”. Nuevamente pidió su uniforme, sus botas, su espada y su caballo. Volvió a recuperar la razón y entonces preguntó a los médicos (¿Marroqui, Burguiccianni, Orozco?) sobre el tiempo que lo tendrían en cama y cuando le contestaron que sería cosa de cinco o seis días, con gran desaliento desplomó la cabeza sobre la almohada.

Los cáusticos, los vejigatorios, las pócimas y todo lo disponible en la terapéutica de entonces, daban resultados fugaces. Los médicos tuvieron por buen síntoma la frecuencia delirante y pensaron que posiblemente se salvaría.

El día 7 continuó la gravedad; apenas pudo reconocer a su madre y a su hermana. Se repiten las alucinaciones, trata de incorporarse y se le tiene que sujetar; el tifo iba aniquilando el vigoroso organismo y en la cara se presentaban ya signos mortales. El aposento se llenó de jefes, de oficiales y de amigos; el general Mejía, gobernador y comandante militar del estado, no se separaba un momento; sobre las mejillas de muchos veteranos, curtidos en la pelea, rodaban lágrimas de pesadumbre y desesperanza; quienes minuto a minuto desafiaban la muerte, se sentían abrumados al observar cómo iba sucumbiendo el más brillante de sus generales.

Al escuchar una guardia y al corneta que batía marcha, intentó levantarse: “ya vienen; me van a fusilar; está bien; pero que no toquen a mis ayudantes”. Habló de defecciones y condenaba a cada momento a los traidores.

El doctor Navarro, en cuanto llegó, le hizo minucioso examen, para concluir con abatimiento: “nada hay que hacer. Nunca he visto una fiebre más terrible”; dejó caer los brazos y se echó anonadado en un sillón.

Al amanecer del implacable 8 de septiembre, se perdían las últimas esperanzas; continuaba el bélico delirio: “Fuego, artilleros de Guadalupe y Loreto. Al centro los batallones de Zacapoaxtlas de Negrete... ¿Y aquellos jinetes?... Al galope... Aquí Berriozábal, pronto, a la izquierda”. Siguió dando órdenes a Porfirio Díaz, Álvarez y Lamadrid. Fatigado de hablar, contempló con mirada extraviada a quienes lo rodeaban y les preguntó: “¿Pues qué, también tienen prisionero a mi estado mayor?... Pobres muchachos... ¿Por qué no los dejan libres?... Luego, clavó los ojos como hacia el infinito. Había terminado la agonía heroica del gran republicano.

En México, a las doce veintiocho, el general Blanco abría nerviosamente el sobre de un breve mensaje:

**“SON LAS DIEZ Y DIEZ MINUTOS. ACABA DE MORIR EL GENERAL ZARAGOZA. VOY A PROCEDER A INYECTARLO.**

*Juan N. Navarro”.*

A los 33 años 5 meses y 15 días de edad, Ignacio Zaragoza rendía la última jornada; la única deserción de su vida, en el decir de don Justo Sierra.

En aquella aldea perdida en la aridez norteña, muy cerca del Golfo de México; en aquel modesto caserío, puesto avanzado de la patria, que sacudían en 1829 el grito de los bárbaros y la codicia de los aventureros, había principado el primer aliento del hombre pueblo, como lo llamarían después.

Su vida fue un esfuerzo permanente. En el merodeo por el territorio que se perdía. En el Matamoros tamaulipeco de la infancia. En el Monterrey de su adolescencia y de su juventud; en el Monterrey de sus letras, donde se convertiría en hombre de trabajo, donde quedaría su padre, donde formaría su hogar, donde nacerían sus hijos, donde se volvería miliciano, primero, y chinaco, después. En la aridez del norte potosino. En las ásperas cordilleras que acunan a Guanajuato. En el rudo pelear de Calamanda. En el trágico abril de Tacubaya. En la devoción por el deber contra la satrapía vidaurrista. En el primer sitio de Guadalajara. En el sur de Jalisco. En la brava jornada de Silao. En la lección de lealtad contra las transacciones de Degollado y de González Ortega. En el huracán de metralla del asalto a Guadalajara. En la inflexible actitud frente a las lomas de Calderón, cuando abate a Márquez. En la epopeya de Calpulalpan. En el azaroso pelear desde Puebla hasta Iguala. En la Secretaría de Guerra dirigiendo la lucha contra la reacción que sacrifica a Ocampo, a Degollado y a Valle. En el modesto mando de una brigada contra la recién nacida Invasión. En la resistencia de Acultzingo. En la fulgurante victoria de mayo. En el infortunado ataque de Orizaba. En su erguida prestancia para consolidar el gobierno de Juárez, y, después, en el fatigado peregrinar por la línea de defensa del decoro nacional, donde apunta la declinación orgánica para consumir más tarde su transfiguración. En todos esos hechos marcará su itinerario sin sombras. Sencillo, severo, rectilíneo, fiel a sus principios, reflexivo y sereno; intrépido hasta la temeridad; hostil al halago, a la soberbia, a las genuflexiones y a las ruindades.

Murió en pie de guerra como convenía a la hidalguía de su nombre. Sin aras y sin dioses, sin capitulaciones ante el deber, sin manchas deshonorosas y sin hurtarle el cuerpo a las duras campañas, se marchó de la vida con las manos limpias de ventajas personales, cuando México veía en él su más legítima esperanza.

Se desplomó desde el zenit; murió a la hora justa; no quedaría tiempo sino para la gloria.

Guardia nacional de Nuevo León; chinaco de La Reforma, soldado de la República, miliciano de la patria, se había formado en el dolor y en la esperanza de México. No venía de las academias militares ni de los cenáculos doctrinarios ni de las facciones políticas; venía del pueblo y el pueblo fue su rector y su coraza y su destino.

Carrera impresionante la suya: desde el humilde grado de capitán en 1852 hasta el día de su muerte, apenas transcurrieron diez años; le bastó tan breve lapso, para llegar a la cima de los grandes mexicanos. Su ejemplo no es sólo una ufanía, es un camino que señala para la juventud de México consignas indeclinables.

Si algunos, muy pocos, le regatearon su simpatía, fue por su fe juarista; si para el *Benemérito* Zaragoza era su soldado, para Zaragoza, Juárez era el representante de la Ley, el autor de La Reforma, el Magistrado de la República y la expresión cabal de México.

Para los republicanos consternados, decía Sierra, el héroe muerto ya no era el héroe de la antigüedad, era el guerrero de la fábula, el hijo de Príamo, Héctor, el domador de caballos y destructor de hombres. ¿No tenía la piedad y la ternura del troyano ilustre, que solía dejar por un momento el casco resplandeciente, para besar a su hijo? Se recordaba que poco antes había abandonado el lecho de muerte de la desolada Andrómaca, y cómo había inclinado su testa laureada para recibir las bendiciones de la madre, cuya mano bañaba de lágrimas. Se evocaba su modestia de soldado que no hablaba de victorias y era incansable narrando derrotas; su delicadeza para consolar a los heridos en el campo de batalla y en el hospital de sangre; su caballeresca dignidad con los prisioneros; su entereza en el consejo de ministros; la fe que le inspiraba su frase a Zamacona: “El suelo y el clima pelearán por nosotros”. Y aquel hombre, dulce como Héctor, era como él fiero y temible entre todos los guerreros: era el exterminador impasible de Guadalajara y de Silao; el héroe de las cargas y de los asaltos que singularizaron a la chinaca del norte.

La pesadumbre que en la capital produjo la muerte de Zaragoza, se transformó luego en homenaje general; la Cámara de Diputados, donde

bullían las pasiones políticas, se sumó al tributo en honor del desaparecido; la primera voz que allí se hizo escuchar fue la de don Sebastián Lerdo de Tejada, al solicitar en la junta previa que el Congreso celebraba el mismo día 8, que se decretara en favor de Zaragoza el título de *Benemérito de la Patria*, que se le ascendiera a general de división y que se concediera un donativo de 100 mil pesos para su hija. Que mientras no pudiera pagársele, recibiese una pensión de 3 mil pesos anuales, que se asignara otra, también por 3 mil pesos anuales, a la madre de Zaragoza, y por último otra cantidad semejante para las hermanas del héroe.

Don Francisco Zarco, en el editorial que publicaba en *El Siglo XIX*, de esa misma fecha, después de referirse al deceso y a la carrera del desaparecido, aludía a su gestión en los últimos tiempos con estas palabras:

Si en las batallas había demostrado serenidad y genio militar, en el gobierno dio pruebas de gran valor civil, de adhesión sincera a las instituciones, de incomparable desinterés y de talento administrativo.

Comenzaban entonces las dificultades internacionales, el joven ministro de Guerra asistía con vivo disgusto al gabinete cuando se discutían cuestiones diplomáticas. Sus discursos breves, lacónicos, enérgicos, condenaban siempre las exageradas exigencias del extranjero, su voto era siempre en defensa de la dignidad nacional, y generalmente concluía creyendo inevitable la guerra.

El día 8 el ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación giraba una circular a los gobernadores y demás dependencias de la administración, en la que comunicaba la muerte de Zaragoza, comentándola en estos términos:

La patria ha perdido por desgracia a uno de sus más esclarecidos ciudadanos, a un hombre verdaderamente grande, puesto que sus eminentes servicios no alteraron la sencillez de su alma, ni la inspiraron jactancia ni orgullo; a un guerrero colmado de virtudes republicanas, a un vengador del nombre mexicano, a un caudillo de bien ganada fama en el país y en el extranjero; a un campeón objeto de tan ardientes loores, y depositario de tan nobles esperanzas.

Después excitaba a los gobernadores para que el funesto acontecimiento no se tradujera en desalientos,

...y menos cuando el enemigo extranjero está profanando el suelo sagrado de la patria; ellos [los mexicanos] deben sentir por el contrario un deseo ardiente de imitar los altos hechos del buen ciudadano que pagó a la naturaleza el último tributo. Los hombres mueren; pero un pueblo es inmortal si lo sostienen incesantemente las virtudes de sus hijos.

Y Juárez también, en la propia fecha, expedía un decreto por el que disponía que se celebraran honras fúnebres en todos los lugares de la República, para cuyo efecto los gobernadores y comandantes militares fijarían la fecha en que deberían efectuarse los actos correspondientes, cuidando de que a la memoria de Zaragoza se rindieran honores “como Capitán General del Ejército con mando efectivo y muerto en campaña”. Prevenía que los funcionarios y empleados portaran luto por nueve días; que en todos los edificios públicos se izara el pabellón nacional a media asta por tres días, “y se dispararan durante ellos en las ciudades donde se pudiere, un cañonazo cada cuarto de hora, desde el alba hasta la puesta del sol”. En seguida anunciaba que los funerales se efectuarían el sábado 13 a las 10 de la mañana, debiendo concurrir al acto todos los funcionarios y empleados, para acompañar al Presidente hasta el panteón de San Fernando.

En forma parecida a la circular del Ministerio de Relaciones y Gobernación, el de Guerra expedía un comunicado para todos los jefes militares del país.

Puebla le rindió su tributo la mañana del 10 para entregar los restos del héroe a la columna que habría de escoltarlos hasta México; la mandaba el coronel Mariano Escobedo.

A Zaragoza le había correspondido infligir la primera derrota a los invasores; a Escobedo le tocaría asestarles el golpe definitivo; los dos venían de la chinaca norteña; los dos habían hecho carrera en la Guardia Nacional de Nuevo León y Coahuila, bajo la rectoría de Vidaurri, el gran cacique reformista que para desgracia suya, la ambición le hurtó la gloria,

cuando cometió el peor de los olvidos, el de México.

Por esos días apareció en la prensa la proposición de que lo recaudado para la espada de honor que se entregaría a Zaragoza, se diese a su familia; pero la manufactura del trofeo ya la habían encargado por su cuenta los mexicanos residentes en San Francisco, California, a la casa de Tucker y Cía., de dicha ciudad americana; así se informa en una nota de aquel tiempo publicada por el periódico *La Voz de México*, que se editaba en el mismo lugar, nota que ha sido recogida por Salazar Monroy para publicarla en sus fascículos históricos; en ella se describe la espada como una verdadera y costosa obra de arte. No sabemos qué se hizo de este magnífico trofeo.

Todavía no llegaba a México la fúnebre comitiva, cuando ya el presidente Juárez expedía, el 11 de septiembre, un decreto con las siguientes resoluciones:

Artículo 1º- Se declara *Benemérito de la Patria en grado heroico* al ciudadano general Ignacio Zaragoza.

Artículo 2º- Su nombre se inscribirá con letras de oro en el Salón de Sesiones del Congreso de la Unión.

Artículo 3º- Se declara que mereció el ascenso al empleo de general de división, y se le considerará con tal carácter desde el día 5 de mayo del corriente año por los eminentes servicios que prestó a la nación en la guerra actual contra el invasor extranjero, y principalmente por el triunfo obtenido contra él en el día mencionado.

Artículo 4º- Como muestra de reconocimiento nacional, se dota a la hija de este ilustre ciudadano con la cantidad de cien mil pesos, que se le entregarán en bienes nacionales; y mientras esto no se efectúe, se le asigna una pensión anual de 6 mil pesos, cuyo pago se verificará en la ciudad de México en la misma proporción que los concernientes a la guarnición de la plaza, en cuyo presupuesto quedará comprendido.

Artículo 5º- En los mismos términos se satisfará a la señora madre del general, una pensión vitalicia de 3 mil pesos anuales, y a las señoras sus hermanas pensiones de la misma clase, que unidas suman 3 mil pesos anuales.

Artículo 6º- Desde la publicación de este decreto la ciudad de Puebla llevará el nombre de “Puebla de Zaragoza”.

Artículo 7º- El Ayuntamiento de la capital dictará las providencias que sean de su resorte para que las calles de “La Acequia”, donde vivió el general, y

la recientemente abierta en el exconvento de La Profesa, se llamen en lo sucesivo, “Zaragoza”, la primera, y “Del 5 de Mayo”, la segunda.

Años más tarde el Congreso de Coahuila acordaría que dicha entidad llevara el nombre de “Coahuila de Zaragoza” en virtud de que la población de Bahía de Espíritu Santo, pertenecía a la jurisdicción de dicho estado, cuando nació el héroe de Puebla.

El día 11, a las seis de la tarde, según información de *El Siglo XIX*, llegó el cadáver; lo escoltaban tropas de caballería e infantería;

luego que se supo que estaba en la garita de San Lázaro el pueblo acudió en masa a recibirlo, empeñándose en conducirlo en hombros al salón de cabildos del Ayuntamiento donde permanecerá hasta mañana (13) a las 10 horas en que se celebrarán los funerales.

El mismo periódico publica el siguiente desplegado:

El sábado 13 del actual, a las 9 de la mañana, se celebran las honras fúnebres del invicto y malogrado ciudadano general Ignacio Zaragoza.

El Presidente de la República, sus ministros y la familia del finado con sus amigos, invitan a usted a que concurra al Palacio Municipal para acompañar el cadáver que se depositará en el panteón de San Fernando.

En otro lugar aparece la orden expedida por la comandancia militar del Distrito, respecto a la forma en que se rendirán los honores.

En ella se previene la instalación de guardias y dispone que, en cuanto el cortejo aparezca en la esquina de Provincia, la batería de la plaza de armas comenzará los disparos cada cuarto de hora hasta el toque de retreta. “Al sepultarlo se guardará lo prevenido por la ordenanza, haciéndose los disparos de 3 y 5 cañonazos por la batería situada en el Paseo Nuevo”. La guarnición formaría en batalla apoyando la cabeza en la esquina de San Fernando y toda la línea estaría al mando del general Pascual Miranda.

A la marcha del entierro han de preceder un cabo y cuatro batidores, un piquete de caballería, el general en jefe y el mayor de la Plaza, un batallón, cuatro cañones de batalla, los caballos del difunto enjaezados, las escuelas,

después el cadáver, yendo a sus costados cuatro jefes y ocho soldados de la guardia del difunto, mandados éstos por un cabo, poniendo cuatro soldados a cada lado del carro mortuario y detrás de éste la guardia; en seguida marchará el duelo, presidido por el ciudadano Presidente de la República y después los coches.

La crónica del sepelio refiere cómo el pueblo de la capital desfiló en el cortejo; no se recordaba tributo semejante; ese día arriaron sus banderas todas las disidencias del partido liberal.

A las 11 horas se reunía al duelo en el Palacio Municipal y el cadáver fue bajado en hombros de sus ayudantes para ser colocado en el carro fúnebre. El cortejo se organizó según las previsiones ya citadas; el presidente Juárez, acompañado de sus ministros, de la diputación permanente, de los diputados, de los ayudantes, empleados, jueces, magistrados, Junta Patriótica, el Club Reforma y una gran multitud [lo formaban].

En la esquina de Plateros se levantaba un arco triunfal... La comitiva llegó a San Fernando cerca de la una de la tarde; allí se levantó un magnífico catafalco; la oración fúnebre estuvo a cargo del licenciado don José María Iglesias, en seguida don Guillermo Prieto recitó una sentida composición y después habló don Felipe Buenrostro en nombre de la Junta Patriótica.

La ceremonia concluyó después de las tres de la tarde y el cadáver quedó expuesto al público hasta las cinco, hora en que fue inhumado en el sitio mismo donde se encuentran los restos de don Melchor Ocampo, don Miguel Lerdo y don Leandro Valle.

Don Justo Sierra, al recordar este acto, lo comenta de esta manera...

¡Quién podrá olvidar aquel espectáculo, quién el espontáneo arrodillamiento del pueblo, convirtiendo el funeral sin ejemplo de un héroe de treinta años, en una apoteosis magnífica! La democracia lo bendijo por todo, por su fe en la patria, por la alteza de su credo republicano, por su vida inmaculada, por su religión del deber y del honor, por su triunfo, por su muerte... ¡Quién podrá olvidar aquel espectáculo! La inmensa turba apiñada, triste y piadosa en derredor del regio féretro, al que servía de paño fúnebre la bandera tricolor, que se perdía entre nubes de incienso desgreñadas por las primeras brisas del otoño... Quién las lágrimas mudas de Juárez, quién los patéticos sollozos del bardo sublime de los dolores y las alegrías de nuestra historia, que resonaban en aquel silencio solemne con proféticos acentos a que



***“Y seis años más tarde, el 4 de mayo de 1868, el Presidente indio descubriría el monumento que guarda los restos de Zaragoza en el Panteón de San Fernando”.***

hacían eco infinito en los valles y en las montañas de la República, el clamor de las campanas y la voz sorda de los cañones de duelo..!

El discurso de Iglesias fue de una sobriedad clásica, el relato de la vida del héroe no ofrece una sola palabra ociosa; de los acontecimientos más cercanos recuerda la última presencia de Zaragoza en México:

La capital de la República llevaba meses de no ver al esclarecido general, cuando sabe de repente que ha venido por breves horas a tratar asuntos del servicio. En el acto se improvisan espontáneas demostraciones de cariño, para significar el júbilo con que la ciudad recibe a su huésped. Las campanas rompen su largo silencio para saludarle: el pueblo recorre las calles entre vítores y plácemes, y le busca en su casa y en palacio para felicitarlo: sus amigos le obsequian con una comida de hermanos.

Tal me parece que fue ayer. La franqueza, la expansión reinaban en el convite: los brindis sucedían a los brindis, todos entusiastas, patrióticos, encomiásticos del héroe de la función. Cuando él pronunció el suyo, la emoción apagó su voz; las lágrimas asomaron a los ojos de aquel hombre sereno ante el peligro. Sus palabras solemnes revelaron de nuevo esa fe en la salvación de México, que no le abandonó un instante, así como su entrañable amor a la patria a que había consagrado su existencia. Veía a la nación entera detrás del Ejército de Oriente; aquella era, así lo esperamos, la visión profética del porvenir.

Y después del preciso panegírico, lo despide con estas palabras:

Y tú, insigne mexicano que nos has enseñado el camino que a todos nos cumple seguir, gózate de los opimos frutos que has dejado en tu corta mansión sobre la tierra. ¿Quieres consuelos? Para tu hija querida la herencia envidiable de tu nombre. Para tu patria adorada, esa misma herencia, tu heroico ejemplo, los prósperos resultados de tus hazañas. Para tu memoria en el mundo el lauro inmarcesible de la gloria. Para tu alma inmortal, el premio con que Dios galardona a la virtud.

La poesía de Prieto, que recitó entre sollozos, tiene el mérito de una nerviosa y honda sinceridad; pese a los desaliños que pueda descubrirle el crítico exigente, ocupa lugar propio en el mermado caudal de nuestra épica; si lo escrito con sangre es lo que persevera, los versos de aquel romancero

lo probaron; por mucho tiempo fueron recitados con desgarradora emoción; y su mejor aplauso, en aquel día, fueron las lágrimas arrancadas lo mismo a los varones más severos que al espíritu sencillo de la multitud.

Pero la invocación más conmovedora, si se consideran los instantes que México vivía, saldría de los labios de don Francisco Zarco en su discurso del 16 de septiembre de 1862, tres días después de las exequias:



***Estatua de Zaragoza erigida en Saltillo, Coah.***

...¡Zaragoza! Hijo, amigo, padre, defensor, esperanza, tesoro y gloria de este pueblo infortunado. Ante tu cadáver, en que la muerte heló la sonrisa, presagio de victoria; ante ese cuerpo helado, que es lo único que nos queda de ti, la reflexión es imposible, el ánimo decae, la esperanza pliega sus alas deslumbrantes, un nudo oprime la lengua, se seca el corazón y los ojos se arrasan de lágrimas... Zaragoza, es preciso llorar cuando nos falta la fe de tu alma de niño, el ejemplo de tu virtud preclara, el acento de tu voz tranquila y mesurada, el brillo de tu espada, de ese rayo del pueblo que deslumbró en los cerros de Guadalupe y de Loreto a los ojos de Bonaparte, a los invencibles vencedores de Solferino y de Magenta, y que tú venciste, Zaragoza, enalteciendo, vindicando a tu patria, e indicando la senda de su salvación... Tú debías ser nuestro guía como la nube de fuego lo fue del pueblo de Israel; tú que eras nuestra gloria y nuestra esperanza...

Zaragoza había concluido su camino; después vendrían las horas terribles para la República, pero también el día de su restauración definitiva.

Así finalizaba la vida del chinaco de La Reforma, del soldado de la República, del miliciano de México.

Y seis años más tarde, el 4 de mayo de 1868, el Presidente indio descubriría el monumento que guarda los restos de Zaragoza en el panteón de San Fernando.



## Bibliografía y fuentes

Alessio Robles, Vito. *Coahuila y Texas en la época colonial*.  
\_\_\_\_\_ *Coahuila y Texas desde la consumación de la Independencia hasta el tratado de Guadalupe Hidalgo*.

Archivo de historia de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Archivo de historia del Estado de Nuevo León.

Cambre. *La Guerra de Tres Años*.

Cavazos Garza, Israel. *Artículos y noticias*.

*5 de Mayo de 1862*. Periódico ilustrado. José Carrasco, director y editor, 1897.

Correspondencia de don Benito Juárez. Biblioteca Nacional.

Covarrubias, Ricardo. *Artículos y noticias sobre la historia de Nuevo León*.

Cronyn. *Díaz y México*.

Cue Cánovas. *El Tratado Mac Lane-Ocampo*.

Cuevas. *Historia de la nación mexicana*.

De la Garza, Ciro R. *Historia de Tamaulipas. Anales y efemérides*.

*Epistolario de Benito Juárez* (Selección, prólogo y notas de Jorge L. Tamayo).

Filisola, Vicente. *Guerra de Texas*.

Gómez, Manuel Z. *Biografía del general Ignacio Zaragoza*.

González Ortega, Jesús. *Protesta del Presidente de la Corte Suprema de Justicia contra los decretos expedidos por don Benito Juárez el día 8 de noviembre de 1865* (San Antonio de Béjar, 26 de diciembre de 1865).

Guzmán, León. *Cuatro palabras sobre el asesinato de don Juan Zuazua*.  
\_\_\_\_\_ *Otras cuatro palabras sobre el asesinato de don Juan Zuazua*.

Islas García, Luis. *Miramón, caballero del infortunio*.

Juárez, Benito. *Apuntes para mis hijos*.

Ley Orgánica de la Guardia Nacional de Nuevo León. 1848.

Márquez, Leonardo. *El Imperio y los imperiales*.

*México a través de los siglos*.

Muñoz, Rafael F. *Santa Anna*.

*Periódico Oficial* de Nuevo León (1852-1864).

Prieto, Guillermo. *Memorias de mis tiempos*.

Roeder. *Juárez y su México*.

Roel Jr., Santiago. *Artículos y noticias*.

Roel, Santiago. *Nuevo León. Apuntes históricos*.

\_\_\_\_\_ *Correspondencia particular de don Santiago Vidaurri*.

Salazar, Monroy (Fascículos históricos).

Saldívar, Gabriel. *Historia compendiada de Tamaulipas*.

Sánchez Navarro, Carlos. *Miramón*.

Sierra. *Evolución política del pueblo mexicano*.

\_\_\_\_\_ *Juárez, su obra y su tiempo*.

\_\_\_\_\_ *Discursos*.

Valadés, José C. *Santa Anna y la guerra de Texas*.

Velázquez, Primo Feliciano. *Historia de San Luis Potosí*.

Zamacois. *Historia de México*.

Zarco, Francisco. *Historia del Constituyente*.



# Índice

<i>Presentación</i> .....	5
<i>Prefacio</i> .....	9
<i>Prólogo</i> .....	11
<i>Introducción</i> .....	17

## PARTE PRIMERA

### Las vertientes de la sangre y el tiempo

<i>Los antepasados inmediatos</i> .....	25
<i>Un jovenzuelo de 17 años.— El norte neurálgico.— Tempranos esponsales.— Semblanza de una mujer.— Por tierras de Coahuiltecas. Ignacio Zaragoza.— Matamoros-Monterrey-San Luis Potosí-Matamoros-Zacatecas.— Ante los invasores.— El ancla en Monterrey. Miguel Zaragoza Valdés rinde su tránsito.</i>	
<i>Ignacio Zaragoza Segúin</i> .....	49
<i>Niñez y adolescencia peregrinas.— Los signos del carácter.— La Guardia Nacional.— Anverso de Vidaurri.— Un capitán de milicianos.</i>	
<i>El resplandor de Ayutla</i> .....	55
<i>Su Alteza Serenísima.— El Plan de Ayutla.— Álvarez y Comonfort. El Constituyente y la Constitución.</i>	

**Nuevo León levanta su bandera** ..... 63

*Vidaurri y el Plan de Monterrey.*– Ignacio Zaragoza, presente. *La zarpa santanista.*– *Un ascenso en combate.*– *Zuazua marcha hacia el sur.*– *Nuevo León con el Plan de Ayutla.*

**Un capítulo de la historia de Nuevo León** ..... 69

*Un desmán vidaurrista.*– *Comonfort aprieta el puño.*– *La expedición sobre Nuevo León.*– *La Ciudadela.*– *La marcha sobre Monterrey.*– *Tratado de paz.*– *Vidaurri se ha salido con la suya.*

**El año de la Constitución** ..... 85

*Intransigencias y veleidades.*– *Motines, sublevaciones y algaradas.*– *Un suicidio político.*– *Comonfort y la coalición de gobernadores.*

PARTE SEGUNDA

La Guerra de Tres Años  
1858

El año del reto conservador

**Benito Juárez entra en la historia** ..... 93

*El compadre Zuloaga, presidente.*– *Benito Juárez.*– *Salamanca. El cuartelazo de Guadalajara.*– *Un gobierno trashumante.*– *Don Santos Degollado.*– *Veracruz, ciudadela de la esperanza.*– *Las milicias de los estados.*– *Escenarios y ciudades claves.*– *Los hombres del drama.*

**Nuevo León y Coahuila por la causa constitucionalista** ..... 99

*Zaragoza ha formado un hogar.*– “*Con dos mil de los míos...*” *Vidaurri reconoce a Juárez.*– *El contingente norteño.*– *Sobre el norte potosino.*– *Miramón en Zacatecas y, luego, a San Luis. Puerto de Carretas.*– *Zuazua expugna Zacatecas.*– *Osollo en auxilio de Miramón.*– *Miramón sobre Guadalajara.*– *Muerte de Osollo.*– *Miramón sobre San Luis Potosí.*– *Vidaurri se siente estratega.*– *Ahualulco de Pinos.*– *Un tal Miguel Blanco...*– *Degollado gana y pierde Guadalajara.*– *El saldo del primer año.*

1859

El año de La Reforma

**Panorama general** ..... 115

*Los problemas del gobierno.— La mano extraña en el destino patrio.— Primer sitio de Veracruz.— Un señor Mac Lane.— Las Leyes de Reforma.— La penuria, fatal consejera.— Una crisis nacional.*

**Vidaurri vuelve a la carga** ..... 123

*Una campaña llena de incógnitas.— Zaragoza en la vanguardia. San Luis es el objetivo.— Zaragoza destaca a Quiroga en auxilio de Zacatecas.— Desajustes e insubordinaciones.— Quiroga y González Ortega.— Instrucciones de Vidaurri.— Zaragoza en el mando de las tropas de Nuevo León y Zacatecas.— Batalla del cerro del Rebaje.— Aguascalientes.— Un señor Rincón Gallardo.— Una lección de justicia...— Que Zuazua se ponga al frente del Ejército del Norte.— Anarquía operativa en el país.*

**Un miliciano entra en la historia** ..... 133

*Zaragoza con Iniestra sobre Guanajuato.— Con don Santos a México.— Acción de Calamanda.— Escepticismo de Vidaurri.— ¿Qué pasa en Nuevo León?— Operaciones sobre México: Un 2 de abril infructuoso.— Inactividad de Degollado.— Un funesto 11 de abril.— La retirada.— Un relato poco conocido.— La mala ley de una intriga.— Tentativa de unidad.*

**Vidaurri adelanta la mano** ..... 145

*Zuazua sobre el Bajío.— Zaragoza vuelve con los suyos.— Zuazua y González Ortega.— Vidaurri se pronuncia por la unidad de mando.— Un permiso a Quiroga.— Zuazua y González Ortega en el Bajío, pero no unidos.— Zaragoza agradece su ascenso a Vidaurri.— Una maniobra contra el gobernador potosino.— Un ejército que no funcionó.— Woll sobre Zuazua, pero éste no quiere pelear. Una Casa de Moneda.— Un favor personal.— Situación del Bajío.— Guadalupe García malogra las operaciones.— Nada de artilleros americanos.— Altercado de Zaragoza con Quiroga.— Andanada contra Zuazua.— No es posible la unidad.— Zuazua se defiende.— ¿Qué traía Quiroga?— También don Melchor...*

**Un mes de crisis ominosa ..... 159**

*Doblado, Hinojosa y Quiroga en el Bajío.– Una nueva borrasca. Insubordinación de Quiroga.– Resentimientos de Zuazua con González Ortega.– Degollado disciplina a Quiroga.– Peligrosa maniobra de Zuazua.– Zuazua se encuentra la horma del zapato.– ¿Qué había detrás de todo esto?– Degollado denuncia, meses después, la maniobra de Vidaurri.*

**Un traspiés de Vidaurri ..... 167**

*Los dos frentes de Degollado.– Una querrela y una promesa. Irreflexión de Degollado.– Una carta fulminante.– Otra operación que se frustra.– Zaragoza y la actitud de Vidaurri.– Una misión de amigos.– El decreto del 5 de septiembre.– Degollado responde a Vidaurri.– Una misión de los diablos.– Contragolpe de Vidaurri.– Zaragoza depone al cacique norteño.– Aramberri, gobernador de Nuevo León y Coahuila.– Que regrese Zaragoza.– Un soldado envuelto en la política.*

**Mientras tanto... ..... 175**

*La reacción se debilita en el Bajío.– Woll escolta una conducta y sigue a Zacatecas.– Doblado se apunta otra victoria.– Márquez secuestra \$600,000.00.– Vidaurri y Zuazua conspiran.*

**Miramón sale al desquite ..... 179**

*Degollado reúne sus fuerzas en el Bajío.– Miramón en campaña.– Estancia de Las Vacas.– Miramón ha dominado.– Degollado se retira a San Luis y más allá...*

**Otro capítulo de la historia de Nuevo León y Coahuila ..... 183**

*Zuazua reúne a los suyos y marcha sobre Monterrey.– Una conminación casi generosa.– Respuesta de Aramberri.– El plebiscito de Monterrey.– Aramberri pierde la partida.– Un general de primera en un encargo de capitán.*

**Un balance adverso ..... 187**

*Miramón sobre Guadalajara para enjuiciar a Márquez.— Dos cuerpos de ejército de los conservadores.— Otras operaciones. Derrota de Tonila.— ¿Y Zaragoza qué...?— El saldo del año. Entre el sosiego del hogar y Veracruz, Veracruz...*

1860

**El año de la victoria**

**En las garras del exterior ..... 195**

*Panorama general.— Entre lobos anda el juego.— El destino de un tratado.— A veces lo indio salva.— Sigue el juego entre los lobos.— Comonfort.*

**Las primeras victorias ..... 199**

*El sitio de Veracruz. Vicisitudes de una campaña.— Tres núcleos de tropas liberales.— Zaragoza vuelve a campaña.— González Ortega y López Uraga.— Zacatecas.— Loma Alta.*

**La división del centro ..... 203**

*López Uraga toma el mando.— Zaragoza cuartel maestro.— La marcha sobre Jalisco.— Ogazón se reúne con Uraga.— Ataque a Guadalajara. Uraga prisionero.— Así se hace una retirada.— Zaragoza marcha con Ogazón al sur de Jalisco.— Ineficaz campaña de Miramón.— El triunfo de Peñuelas.— Miramón marcha para el Bajío.— La inactividad, mala consejera.— Un sitio simulado y una marcha estratégica.— Zaragoza otra vez con González Ortega.— Allá, en Nuevo León y Coahuila, ha caído Juan Zuazua.*

**Cómo nace un ejército y cómo surge un caudillo ..... 211**

*La batalla de Silao.— Nueva organización del Ejército Liberal.— Este señor Vidaurri...— La conducta de Laguna Seca, máximo sacrificio de don Santos.— Contramarcha a Guadalajara.— Ogazón se reúne con las tropas de González Ortega.— Un traspies de González Ortega.— Inflexibilidad de Zaragoza.— Las armas tienen la palabra.— También don Santos...— Enérgica reacción de los subalternos.— Destitución de Degollado.— Zaragoza toma el mando del ejército.— Desconocimiento de Degollado.— Por ahí viene*

*Márquez.– El asalto a Guadalajara.– Un armisticio tras de un huracán de metralla.– Mientras, marchemos a Zapotlanejo.– “Ni dos minutos...”– Derrota de Márquez y ocupación de Guadalajara.– Un ejército de 30,000 hombres y un general de 30 años.– Un zarpazo de Miramón.– González Ortega vuelve al mando.– Calpulalpan.– Dos cartas de Zaragoza.– Zaragoza ocupa la capital.– Entrada del Ejército Constitucionalista.*

PARTE TERCERA

1861

El año terrible

**Panorama general** ..... 237

*Juárez vuelve a la capital.– La disidencia liberal.– Parlamentarismo juarista.– Hacia el orden constitucional.– Vicisitudes de una democracia.– La intriga europea sigue su curso.– Pacificar primero, para cumplir después.– Ley de suspensión de pagos. La conjura europea.– Otra vez la garra de Buchanan.– Suspensión de un decreto.– La Convención de Londres.– La reacción conservadora.– La unidad ante el peligro.*

**Operaciones sobre el sur** ..... 245

*Zaragoza a Puebla.– Nuevo gabinete.– Zaragoza emprende la campaña del sur.– Nostalgia del hogar.– La línea Cuautla-Cuernavaca- Iguala.– “Yo no sé hacer milagros”.– No es hora de renunciar.– Otra crisis política.*

**Zaragoza en el Ministerio de Guerra** ..... 251

*Por qué fue ministro.– Situación militar del país. La asociación de los privilegiados.– Juárez, presidente por elección.– Sigue la táctica parlamentaria.– Un enjambre peligroso.– La ofensiva fraccionada.– Sacrificio de Ocampo.– Degollado requiere su espada.– González Ortega sobre Márquez.– La elección de Juárez en el Congreso.– También don Santos paga su tributo.– Márquez se pasa al valle de Toluca y llega hasta Las Cruces.– Valle, vehemencia apasionada.– Un mártir de 28 años.– Márquez sobre México. González Ortega auxilia la capital.– La muerte de Valle se conoce en el Congreso.*

**Otra vez sobre Márquez** ..... 265

*Por el mismo camino.— La cola del gato: Vidaurri y Comonfort.— Por el sur de Morelos.— La suspensión de pagos.— González Ortega, presidente de la Suprema Corte.— Por fin, Jalatlaco...— Un regreso triunfal.*

**Ahora sobre Mejía** ..... 271

*Otra misión para González Ortega.— Una actitud inesperada.— Doblado sustituye a González Ortega.— González Ortega se duele del acuerdo anterior.— Polémica ente dos soldados y otras cosas. Hidalguía y civismo del héroe de Calpulalpan.*

**Se anuncia la tormenta** ..... 289

*En Europa se afilan las garras.— Primeros pasos defensivos. Campaña de Doblado.— Victoriosas operaciones de Tapia.— La reacción va siendo vencida.*

**Algo se mueve en La Habana** ..... 291

*España toma la delantera.— Otra crisis política.— Cómo respondieron los estados al llamado de Juárez.— La Junta Permanente de Generales.*

**El Cuerpo de Ejército de Oriente** ..... 295

*Nombramiento de López Uruga.— Las primeras disposiciones. El problema de la defensa ante el Congreso.— Instrucciones a López Uruga.— Un ejemplo de patriotismo: Miguel Negrete.*

**Zaragoza recobra su trinchera** ..... 299

*Nueva crisis ministerial: Doblado en el gabinete.— Renuncia de Zaragoza.— De nuevo a campaña.— Una sombra en el corazón. Barcos extranjeros en Veracruz.— Informes y proyecto defensivo de López Uruga.— La evacuación de Veracruz.— Dos desertores enemigos informan.— Berriozábal pide su lugar en la defensa.*

PARTE CUARTA

1862

El año de la gloria y de la muerte

**Una victoria diplomática**

**Panorama general del país ..... 309**

*Antecedentes de la Intervención: los intereses y los hombres.– Juárez y la tormenta.– La impresionante personalidad de Doblado.– Una equivocación afortunada.– Tres banderas en un puerto.– “El suelo y el clima pelearán por nosotros”.– Las cartas marcadas del señor Saligny.– El suelo y el clima...– Un repatriado indeseable.– Es urgente dejar la costa.– Juárez propone una solución.– Doblado se las sabe todas.– Dos caballeros en acción: preliminares de La Soledad.– Una penosa jornada... El suelo y el clima...– Otro repatriado non grato.– Un caballero y un cínico.– El señor conde de Lorencez en escena.– La protesta de Juárez contra los repatriados.– Francia enseña su carta: a Saligny no le interesa tratar.– Prim y Wyke contra Saligny por lo de Almonte.– Los amigos dejan de serlo.– Lealtad de Prim a Napoleón.– Doblado, Wyke y Prim.– Nunca falta una mosca en la sopa: Serrano.– La villanía de Lorencez.– México en la voz de un patriota: don Juan Antonio de la Fuente.*

**México organiza su defensa ..... 329**

*Efectivos del invasor.– Un 13 de enero.– Zaragoza en desacuerdo con la política exterior.– El caramelo de los emisarios.– La Ley de 25 de enero de 1862.– El problema de la internación.– Zaragoza, jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente.– Los preliminares de La Soledad.– Prim y la situación mexicana.– Zaragoza se dirige a sus tropas.– Ha llegado Lorencez, pero con Almonte.– Una orden de aprehensión.– Una dificultad con Wyke.– Cinco cartas de Zaragoza: sugiere que a Vidaurri no se le dé injerencia en Tamaulipas. La catástrofe de Chalchicomula. Robles Pezuela, al paredón. Los franceses no juegan limpio. Severa crítica a dos ministros del gabinete.– Juárez se dirige a Zaragoza.– Juárez reclama la entrega de Almonte e insiste en las negociaciones.– El desastre de Matamoros Izúcar: Alatríste.– Se disuelve el negocio intervencionista.– “Los libres no conocen rivales...”– Inglaterra y España se concilian con México.– Zaragoza ocupa*

*Orizaba y Lorencez se aproxima.– Retirada a las Cumbres.– Condiciones que prevalecían en el frente.– Dos cartas frente al enemigo. Acultzingo.*

**Puebla ..... 357**

*Una retirada con el enemigo siempre a la vista.– Preparando la defensa de Puebla.– El plan de Lorencez.– El plan de Zaragoza.– “Leo en vuestras frentes la victoria...”– Dispositivos de las fuerzas republicanas.– “Las armas nacionales se han cubierto de gloria”.– La pifia de Márquez.– Significación de la victoria.– Un parte oficial sin alardes.– “El bien de la patria...”– Una espada de honor.– Una cátedra civilizadora.– Continúa la penuria.– Zaragoza prepara la marcha.– “No me mande más amnistiados...”– La gratitud nacional.*

**Sobre el enemigo ..... 373**

*Se reanuda la marcha.– Lo de la espada, para los hospitales... Un refuerzo que no se anuncia.– Peligrosa oficiosidad de González Ortega.– En la malla de un enredo.– Sobre Orizaba.– El desastre del cerro del Borrego.– Desfaciendo un entuerto.– Imposibilidad de una nueva ofensiva.– Desaliento de Lorencez.– Napoleón prepara una nueva columna.– Calma en el frente.– Juárez requiere nuevamente el auxilio de los gobernadores.*

**La enésima crisis ..... 385**

*Vuelve la agitación al Congreso.– Renuncia de Doblado.– Una consulta y una respuesta ejemplar.– Zaragoza en la capital.– De nuevo en el frente.*

**La última jornada ..... 391**

*Por los campamentos.– Un ligero malestar...– Puebla. Curso de la enfermedad.– La épica agonía.– “Son las diez y diez minutos, acaba de morir el general Zaragoza...”– Duelo y homenaje nacionales. – Escobedo escolta el cadáver de Zaragoza.– Benemérito de la Patria.– El funeral del héroe.*

**Bibliografía y Fuentes ..... 407**



*Ignacio Zaragoza*  
*Federico Berrueto Ramón*

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado  
e impresa en sus Talleres Gráficos  
“*Profr. Arturo Berrueto González*”  
Mayo de 2012

El tiraje fue de 1000 ejemplares



*El 9 de mayo el héroe de Puebla rinde el parte de la batalla, el cual se puede sintetizar en la siguiente frase: Las armas nacionales se han cubierto de gloria. El ejército invasor se ha retirado a sus antiguas posiciones veracruzanas. Pasará un año antes de intentar un nuevo ataque. La batalla, si bien considerada por los peritos militares como de importancia secundaria, en el orden de la defensa nacional ha tenido repercusiones alentadoras.*

Desde la infancia, Ignacio Zaragoza respiró el ambiente de la milicia y la inestabilidad. Su padre Miguel, fiel soldado de la incipiente nación mexicana, le heredó la simiente que habría de regir su destino.

Cuando nació, en 1829, la sociedad tejana manifestaba abiertamente anhelos separatistas. Los brotes insurrectos se habían acentuado en la actitud de los colonos sajones que aspiraban, primero, separarse de Coahuila, después de la federación mexicana, posteriormente convertirse en una República independiente y como última opción anexarse a los Estados Unidos.

Gracias tanto a las lecciones familiares como a las de orden militar, el joven Zaragoza habría de convertirse en un guerrero implacable. Surgió como un refulgente astro de primera magnitud cuando su espada y un ejército mal armado y peor alimentado lograron impedir el avance de las tropas francesas, un 5 de mayo de 1862 en los fuertes de Loreto y Guadalupe, en Puebla.

Las compañías de zuavos y traidores hubieron de remontar su camino con la derrota a cuestras, y el presidente Juárez recibió orgulloso la noticia del triunfo nacional.

A este singular hecho militar se debe la presente obra de don Federico Berrueto Ramón, escrita con motivo del centenario del triunfo mexicano y que hoy se recedita para recordar los 150 años de la gesta de Puebla, peldaño sólido que sostiene hasta la fecha a nuestra República. **Arturo Berrueto González**